

El desenlace de la trilogía
El sermón de fuego



LA NAVE
ETERNA

FRANCESCA HAIG



Hace cuatrocientos años, una explosión nuclear asoló la Tierra. Ahora, la lluvia radiactiva ha cesado y la civilización humana se recupera, pero por alguna desconocida razón todos los alumbramientos son de gemelos. En cada uno nace un alfa, físicamente perfecto, y un omega, marcado con alguna deformidad.

Por mandato del Consejo, los omegas viven marginados en asentamientos aislados, mientras que los alfas se benefician en el reparto de los recursos. Sin embargo, a pesar de su proclamada superioridad, los alfas no pueden escapar a su destino: cuando un gemelo muere, también lo hace el otro.

Cass y Zach son dos gemelos físicamente perfectos; no tienen ninguna deformidad aparente. Pero Cass tiene un secreto y Zach no descansará hasta sacarlo a la luz. Ambos tienen en sus manos el poder para cambiar el mundo, pero uno deberá vencer al otro para ver su visión del futuro convertida en realidad. Si no tienen cuidado, los dos podrían morir en su lucha por el poder.



Francesca Haig

La nave eterna

El sermón de fuego - 3

ePub r1.0

Titivillus 14-03-2018

Título original: *The Forver Ship. The Fire Sermon, Book 3*

Francesca Haig, 2017

Traducción: Simón Saito Navarro

Diseño de cubierta: Charlotte Abrams

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



*Este libro está dedicado a Paul de Tores,
más valiente y divertido que cualquier personaje literario*

Prólogo

Y después de todo, el fuego lo arrasó; la llama brotó en su blanco núcleo y la deflagración se expandió como una pupila al dilatarse. Tantas veces había aparecido aquella figura en mis visiones, que al producirse la explosión me sentí como si volviera a casa.

Las aguas se cerraban sobre la estela del barco y borraban todo rastro de nosotros. Al mar siempre se le había dado bien guardar secretos.

Los bardos cantaban con frecuencia una canción sobre fantasmas. La había oído cuando Zach y yo éramos niños. Leonard y Eva también la cantaron la noche que los conocimos. En la canción, un hombre estrangulaba a su amante y luego su fantasma lo acosaba; el hombre había huido por el río para escapar de él porque se decía que los fantasmas no pueden viajar por el agua.

Sentada en la proa del barco, yo sabía que eso no era cierto.

PRIMERA PARTE

—Deja de mirarme así —dijo Paloma.

—¿Así cómo? —pregunté yo.

Me volví de nuevo hacia el fuego y el humo me obligó a parpadear. No podía negar que había estado mirándola fijamente. La observaba a todas horas. A veces me despertaba y casi esperaba que se hubiera marchado, que nunca hubiese aparecido, o deseaba que nunca hubiera sido nada más que una figura inventada por nuestra nostalgia de Otraparte.

Pero había aparecido: pálida, como alguien vislumbrado a través de la niebla. No era rubia a la manera de Crispin o Elsa, cuyo cabello parecía de oro, ni tenía su piel sonrosada. El pelo de Paloma era tan rubio que casi parecía gris, como los restos de un naufragio, como si se lo lavara en la playa en lugar de hacerlo a bordo de la *Rosalind*. Tenía la piel lechosa y unos ojos de un azul tan pálido que casi parecían incoloros.

—Como si fuera un fantasma —respondió Paloma. Se inclinó para atizar el fuego.

La miré a los ojos.

—Lo siento —dije.

Ella agitó una mano en el aire para darme a entender que mi disculpa era innecesaria.

—No es culpa tuya. Todos hacéis lo mismo.

No le faltaba razón. Cuando encontramos la *Rosalind*, en los pocos días que había pasado a bordo me había percatado de cómo incluso los marineros

que navegaban con Paloma desde hacía varios meses todavía interrumpían sus conversaciones cuando ella pasaba a su lado y seguían sus movimientos con el rabillo del ojo mientras trabajaban en las reparaciones de la embarcación. Piper y Zoe también la observaban. Y desde que habíamos abandonado la nave y enfilado tierra adentro en dirección a Nuevo Hobart, Paloma me sorprendía mirándola muy a menudo. Era la confirmación en carne y hueso de un rumor. Una persona de Otraparte. Una persona sin una gemela. Esas dos ideas eran tan inconcebibles que resultaba turbador cuando la veías sacándose una espina de entre los dientes o limpiándose las uñas con la punta de la daga; eran unas actividades cotidianas y yo no estaba preparada para que Paloma fuera tan real.

—Solo sentimos curiosidad —me justifiqué.

—Ya lo sé —repuso ella, con un acento que daba una pronunciación nueva a palabras conocidas.

Ella también sentía curiosidad. Mientras charlábamos, observaba a Piper y a Zoe, que estaban arreglando una cantimplora a poca distancia del fuego con un pegamento que Zoe había preparado con resina, que había calentado sobre el fuego hasta que un penetrante aroma a pino impregnó todo el claro. Paloma los miraba mientras Zoe mantenía extendido el cuero de la cantimplora sobre el suelo y Piper aplicaba la cola.

—Cuando veo juntos a esos dos —dijo, señalando a Piper y a Zoe—, tengo la impresión de que estoy viendo la escena descrita en una canción de los bardos. Cuenta una historia tan vieja que ni siquiera se sabe si fue real.

Estábamos sentadas juntas en el suelo, cerca del fuego, mirándonos a través de un golfo más extenso que los kilómetros de mar que separaban ese lugar de nuestro hogar. Ella sin gemelo y yo con él, ambas encarnábamos un mito del otro.

Los primeros días del viaje tierra adentro habían sido duros; la copiosa nieve acumulada en los pasos montañosos se convertía en un grisáceo barrizal de nieve medio derretida en las pendientes. Ya habíamos dejado atrás las montañas del Espinazo y el suelo había absorbido la nieve. Amanecía más temprano y por la noche el sol rehusaba descender y se perpetuaba en el horizonte antes de desaparecer detrás de las montañas rodeado por una niebla rojiza. La primavera se acercaba.

Cuando era niña esperaba con ansia la primavera. Significaba el fin del frío y de las inundaciones anuales de los valles. Significaba que faltaba menos para el verano, para bañarse en el río con Zach y pasar los largos días al aire libre y lejos del escrutinio de los padres.

Sin embargo, ahora se habían producido demasiados cambios, y muy rápidamente. Los tanques. La bomba. Otraparte. Paloma. El comienzo de esta primavera (las flores silvestres que devolvían el color al paisaje, los tallos espinosos de los cardos que brotaban de la tierra) solo traía consigo el miedo a lo que vendría después.

Paloma seguía observando a Zoe y a Piper.

—Mi abuela aseguraba que había visto hermanos gemelos —dijo Paloma.

—¿En Otraparte?

—No se llama Otraparte —rezongó. Ya me había corregido varias veces y yo sabía que allí llamaban al lugar las islas Dispersas, pero era difícil cambiar las costumbres—. Da igual —continuó—. Allí no han nacido gemelos desde hace siglos. Salvo en alguna isla del norte. Nuestras expediciones no los encontraron hasta hace un siglo, así que no consiguieron el tratamiento hasta entonces. Allí hay personas que afirman recordar haber visto gemelos. Mi abuela se crio allí. Decía que su madre tenía una hermana gemela, pero no sé si era verdad. —Se encogió de hombros levemente—. Mi abuela siempre tuvo algo de cuentista.

Solo viajábamos cuatro en dirección sureste, hacia Nuevo Hobart: Piper, Zoe, Paloma y yo. Thomas y su tripulación se habían quedado en la costa con la *Rosalind*, para continuar con las reparaciones y mantener el barco fuera de la vista de las patrulleras de la flota del Consejo.

Todas las noches, sentados alrededor del fuego, colmábamos a Paloma con preguntas como si fueran ofrendas. Ella las respondía lo mejor que podía, pero siempre que la interrogábamos sobre cómo habían puesto fin al hermanamiento gemelar se quedaba sin palabras.

—Ignoro los detalles de su funcionamiento —decía—. Los médicos se ocupan de todas esas cosas. Nadie más lo tiene permitido. Ellos van por ahí administrando el medicamento: una inyección a todos los recién nacidos y una dosis de refuerzo al cumplir los doce años a todas las personas que están fuera de las islas, donde la radiación es peor.

»Y ya ves... —Bajó la mirada a su pierna derecha, troncada a la altura de la rodilla— todos tenemos alguna cosa así. Se acabaron los gemelos. Ya no hay nadie como tú —añadió, señalando a Zoe. Sus ojos reflejaban una curiosidad franca mientras los miraba a ella y a su cuerpo perfecto: alfa.

Hubo que pagar un precio por el fin del hermanamiento gemelar, como los habitantes de Otraparte y del Arca descubrieron. Sin los hermanos gemelos, todas las personas sufrían las mutaciones provocadas por la deflagración. Supuso el fin de los cuerpos intactos que los alfas valoraban por encima de todas las cosas.

Paloma hablaba de los médicos de Otraparte de la misma manera en que muchos hablaban del Consejo, con una mezcla de asombro y de pavor.

—No existe un gobierno central, solo una confederación algo imprecisa de consejos de las distintas islas. Pero todas ellas reciben el tratamiento de los médicos de Aguanegra. La verdad es que creo que incluso la Confederación obedece a los médicos. Ellos atajaron la plaga de los gemelos e impiden su regreso.

—¿Y las máquinas? —preguntó Piper—. ¿Lo Eléctrico?

Paloma negó con la cabeza.

—También hicimos purgas, como vosotros.

Le habíamos hablado sobre el tabú, el miedo que había surgido tras la deflagración, tan cierto como las mutaciones de los cuerpos de los supervivientes. Sabíamos pocas cosas sobre la deflagración, pero una de ellas era que la habían provocado las máquinas. Las pocas máquinas que sobrevivieron a la deflagración fueron destruidas en las purgas. Aun ahora, cuatrocientos años después, la gente evitaba con un estremecimiento los restos de las máquinas del Antes.

—En mi hogar lo llaman la Batida —continuó Paloma—. Todas las máquinas que no podían curarnos, o servirnos... esa era la ley. La mayoría desaparecieron con la deflagración o se fueron a pique por la falta de energía. Funcionaban con un combustible que no teníamos. La gente solía extraerlo de pozos excavados en el suelo... Era una especie de aceite. Pero con la deflagración... —Se encogió de hombros y levantó ambas manos al cielo—. Todo lo que podía arder, ardió. Los pozos lo hicieron durante ocho años. Y al norte de Aguanegra hay un yacimiento de carbón que, según cuentan, ardió

bajo tierra durante más de cincuenta años. Dicen que no se pudo hacer nada para impedirlo.

—¿Y ahora? —preguntó Piper.

—Ya no quedan muchas máquinas. Las de comunicaciones dejaron de funcionar hace mucho tiempo. Quizá la Confederación no se molestó en mantenerlas en funcionamiento... después de siglos transmitiendo mensajes sin recibir respuesta. Los únicos que tienen máquinas hoy día son los médicos. Trabajan en cosas como esta. —Bajó de nuevo la mirada a su pierna, a la prótesis que partía de la rótula—. Y hacen lo que pueden para combatir las plagas que aparecen casi todos los inviernos.

—¿Cuántas personas hay viviendo en Otraparte? —preguntó Zoe.

—Contando las islas del norte, alrededor de un millón. Es difícil saberlo con exactitud. Como ya he dicho, hay cientos de islas, algunas de ellas a varios días de viaje en barco desde Aguanegra. Y la travesía para llegar a las islas del norte y al archipiélago del sur dura varias semanas.

Tiró ligeramente de la manta que compartíamos y se inclinó para quitarse la prótesis de la pierna, que se desprendió de la rodilla con un chasquido. Llevaba los pantalones remangados y quedó a la vista lo que parecía la punta de un hueso de acero, en el que iba encajada la prótesis. Esa punta estaba rodeada de cicatrices, pero no tenían nada que ver con las cicatrices de batalla que exhibía Piper en el brazo y en la mano; las de Paloma eran unas estrías limpias y rosadas, tan lisas que yo dudaba que las notara al tacto si las recorría con las yemas de los dedos. Me recordaban a Kip y al astuto truco que utilizaba para esconder las suyas, de tal manera que ni siquiera mis manos las habían descubierto jamás.

Las primeras veces que Paloma se había quitado la pierna dejándola en el suelo, a su lado, la prótesis me había provocado sensaciones encontradas. No era la primera vez que veía extremidades amputadas, y la visión de la pierna allí tirada me evocaba recuerdos estremecedores de la batalla en la isla, o de la nieve sembrada de cuerpos destrozados en las afueras de Nuevo Hobart. Sin embargo, la prótesis tenía un aspecto inmaculado; no había ni rastro de sangre, ni de pelo, ni de uñas en los dedos. Era una superficie lisa y modelada con precisión.

—Puedes tocarla. No me molesta —dijo Paloma al reparar en que estaba

mirándola.

Me incliné y la cogí. A primera vista parecía de carne, pero al tocarla noté que estaba fría y dura. También era ligera, más de lo que sería si fuera de carne y hueso.

—¿Te duele? —le pregunté con los ojos fijos en la punta de acero que asomaba por debajo de su rodilla.

—No —respondió—. Me dolió cuando lo pusieron. Fue una operación complicada. Mis padres me llevaron a Aguanegra, donde están los médicos. Sabíamos que entrañaba riesgos. Pero ha valido la pena. Ahora camino con más soltura. La prótesis anterior, que me sujetaba con vendas, sí que me dolía. Solía tener úlceras... —Se tocó el muñón.

Me sentía rara con su pierna en las manos. Pensé que si la arrojaba al fuego Paloma no sentiría nada. El cuerpo de Zach era más una parte de mí que la prótesis lo era de ella.

Esa noche soñé con él. Tenía a Zach de cara frente a mí. Estaba oscuro y apenas se veía, así que tendí la mano hacia su rostro. Deslicé el dedo pulgar por su frente y sentí una quemazón; noté que brotaba una ampolla caliente e hinchada justamente donde yo tenía mi marca. Incluso percibí un olor a carne quemada.

—Duele —dijo, estremeciéndose al contacto de mi dedo.

—Lo sé.

Me desperté con la mano en la frente, sobre la cicatriz arrugada y rosada de la marca omega. Aún recordaba cómo me sentí cuando Zach finalmente me presentó como su gemela omega y observó cómo me marcaban. En mis veintitantos años apenas había aprendido palabras del vocabulario del dolor. El dolor de la quemadura posee una compulsión única; el cuerpo entero se retrae con una sacudida, de la misma manera que un dedo sale disparado hacia atrás al tocar una sartén caliente. Cuando rememoraba el momento de marcarme, revivía la sensación que me produjo la mano del consejero en el cuello, sujetándome mientras apretaba el hierro candente contra mi frente.

Durante todo ese día, mientras viajábamos, no pude sacarme de la cabeza a Zach ni la marca que le había visto en el sueño. Me había parecido tan real

que incluso sentía la textura de la ampolla en la yema de los dedos.

—Por lo menos es mejor que tus pesadillas habituales —observó Zoe cuando le conté el sueño—. El hecho de que Zach sea marcado me parece un buen cambio en el fin del mundo.

Me eché a reír, pero sabía que ambas cosas (el rostro marcado de Zach y la deflagración que se proponía provocar) estaban relacionadas.

Cuando Paloma hablaba de Otraparte decía muchas cosas que me resultaban completamente ajenas: la ausencia de gemelos, las islas Dispersas a lo largo y a lo ancho de cientos de kilómetros, los misteriosos médicos y sus remedios... Pero había una cosa que me era muy familiar: la deflagración.

Paloma no la llamaba así; se refería a ella como «la bomba». Pero hablaba de la deflagración de la misma manera que lo hacíamos nosotros, con los mismos silencios, con las mismas pausas donde las palabras se quebraban al borde de las llamas.

—No solo fue el fuego —dijo—. También fue la potencia de la explosión, o eso se cuenta. Islas enteras desaparecieron de un plumazo; la bomba las pulverizó. Mi madre me enseñó una vez un mapa antiguo y en él había islas que ya no existen.

La bomba había convertido el mapa en una leyenda, en una minuciosa descripción de islas que habían dejado de existir, en unos dibujos sobre un papel que no significaban nada en nuestro mundo carbonizado.

—Dicen que luego hubo una ola —continuó relatando Paloma—, tan alta que barrió todas las islas que habían sobrevivido a la bomba. No quedó nada. —Suspiró lentamente—. Imagínadlo: sobrevivir a la bomba, creer que ya había pasado lo peor, y encontrarte con que el mar va a arrastrarte.

Hizo una pausa y permaneció en silencio.

—Sin embargo —añadió—, algunas personas sobrevivieron a ambos desastres... al fuego y al agua. No muchas, y durante un gran número de años fue casi imposible salir adelante. No solo por la oscuridad y la falta de comida... Todos los bebés sufrían unas enfermedades atroces. Y en el caso de que sobrevivieran, cuando crecían apenas podían caminar, así que mucho menos cultivar la tierra o pescar. De todos modos, todos los peces habían

muerto. Durante meses, después de la bomba y después de la ola, los peces muertos se amontonaron en las playas, putrefactos, o flotaban en la superficie. —Soltó una risotada—. Es curioso, en todas las historias que han llegado hasta nosotros, el hedor de los peces muertos es una de las cosas que siempre se menciona. Una pensaría que después de la bomba y de la ola y de todo lo que había sucedido, eso sería algo secundario, pero se cuenta siempre. El mundo apestó a peces muertos durante meses.

Paloma nos contó que cuando volvieron a ver animales vivos los peces habían cambiado. Les habían salido bultos, o tenían más aletas, o más ojos. Algunas especies con los cuerpos veteados o plateados antes de la explosión ahora eran de un blanco inmaculado, como si el resplandor del estallido les hubiera arrebatado el color incluso estando en las profundidades de los mares.

Y también en tierra firme. Los niños nacían con cuerpos nuevos, con formas que los padres no reconocían. Los bebés que parecían no haberse formado del todo no sobrevivían. Luego sobrevino lo que Paloma llamaba la plaga de los gemelos: la duplicación, los bebés sanos y sus gemelos devastados por las mutaciones. Los que nacían juntos y morían juntos.

—Al principio, nadie podía creerlo —dijo—. Aunque sabían que era real, nadie comprendía del todo cómo ocurría, a pesar de las investigaciones de los médicos. Pero solo sucedió durante unas pocas generaciones. Luego los médicos encontraron un tratamiento y finalmente cesó; no nacieron más gemelos. —Abrió los brazos—. Fin.

Sonó muy frívolo. Una sola palabra para describir el final de todo lo que nosotros conocíamos.

Entrada la noche nos contamos historias; le hablamos a Paloma sobre los páramos, la extensión de tierra en el este, donde no crecía nada ni había más movimiento que el de los lagartos y el de los remolinos de cenizas. Ella nos habló de un lugar al que llamaba la zona de impacto, situada al sureste de Aguanegra, donde la mayoría de las islas habían desaparecido de la noche a la mañana.

—Y las aves ni siquiera se posan en las pocas que quedan —dijo—. En el archipiélago del sur, más próximo a la zona de impacto, las mutaciones fueron mucho peores que en cualquier otro sitio. Algunas de las personas que viven allí no pueden tener hijos, ni siquiera con las inyecciones.

—¿Alguna vez has estado en la zona de impacto? —preguntó Zoe.

Paloma negó con la cabeza.

—Pero mi padre fondeó una vez allí, cuando formaba parte de una tripulación de cazadores de perros marinos. En el agua no había peces, solo una capa oleosa que se extendía por la superficie. Mi padre y los demás remaron durante horas hasta que llegaron a la costa, solo para echar un vistazo. Al sur de la isla había un cráter de varios kilómetros de diámetro. Decía que debía de haber sido un lago que se había secado, o el lugar donde había impactado una bomba. El suelo estaba cubierto de arena gris.

»Trajo un puñado de esa arena en un tarro para enseñárnosla. Mi madre dijo que era una asquerosidad y lo obligó a deshacerse de ella antes de que nos asustara a mis hermanas y a mí. Pero durante la noche encontré por casualidad el tarro dentro del cubo de la basura. Y vi un diente en su interior, y unas cosas diminutas que parecían fragmentos de piedras o de dientes.

A pesar de que bajaba la voz cuando nos contaba historias sobre la zona de impacto, de la ola y del fuego, Paloma hablaba de la deflagración como algo que había sucedido hacía mucho tiempo. Habían pasado seis días desde que abandonamos la costa en dirección a Nuevo Hobart, pero nuestras advertencias acerca del Consejo y de la máquina de la deflagración que habían sacado del Arca no parecían haber calado en ella.

—Aún no lo entiende —le dijo Zoe a Piper. Nos habíamos alejado del fuego junto al que descansaba Paloma y hablábamos en susurros—. Ayer lo pidió de nuevo. Todavía no se ha sacado de la cabeza la idea de reunirse con el Consejo.

Zoe puso los ojos en blanco.

—Va lista si quiere regalarles Otraparte.

Llegó un ruido desde el arbusto que crecía detrás de Zoe y esta dio un brinco y giró en redondo con el cuchillo ya en la mano. Piper reaccionó con la misma velocidad y me empujó detrás de un árbol al mismo tiempo que se agachaba al lado de Zoe, cuchillo en mano.

Paloma lanzó un grito mientras salía de entre los árboles con las manos levantadas.

Zoe retrocedió y volvió a guardar el cuchillo en el cinturón.

—Deberías intentar evitar acechar de esa manera —dijo Zoe en voz baja—. No creo que hayas cruzado el mar para acabar atravesada por un cuchillo.

—He oído lo que decíais —dijo Paloma con el mentón alzado y aire desafiante, aunque apretaba los puños con fuerza para detener el temblor de las manos—. No soy idiota.

—Nadie ha dicho que lo seas —repuso Zoe—. Pero tienes que entender con qué te enfrentas.

—No me da miedo el Consejo —insistió Paloma.

—Pues debería dártelo —replicó Piper.

—Dejad que me reúna con ellos —suplicó Paloma—. Si les explico los términos del acuerdo que la Confederación quiere negociar, se darán cuenta de las ventajas que tiene.

—¿Tú nos escuchas? —inquirió Zoe—. El Consejo...

—Soy una emisaria —la interrumpió Paloma—. La Confederación me ha otorgado poderes para ponerme en contacto con ellos, para negociar los términos de un acuerdo de colaboración —dijo hablando de una manera cada vez más atropellada y elevando el volumen de la voz—. ¡Soy una emisaria en una misión de paz!

—Aquí, no, no lo eres —repliqué yo—. Aquí eres el enemigo. Te matarán.

Conocía a Zach desde que nacimos, pero incluso a mí me asustaba en qué se había convertido. Y había visto hasta qué punto temía a la General, la líder del Consejo. Juntos, con la deflagración en su poder, no tendrían piedad con Otraparte. No había lugar para «si», «quizá» o «tal vez» en las llamas que había contemplado en mis visiones. Eran reales, y se nos echaban encima.

No creía que Paloma pudiera ponerse más pálida, pero ahora tenía labios azules y las pecas destacaban en su cara blanca.

Piper dejó caer la daga, se quitó la camisa y la arrojó al suelo junto a la daga.

—Mira —dijo, mostrándole la espalda a Paloma. Estiró su único brazo para señalarse el hombro izquierdo. Allí, sobre la piel morena que le cubría el omoplato, había una serie de cicatrices horizontales, blanquecinas y rugosas. Yo ya las había visto durante los meses que llevábamos viajando juntos, cuando nos agachábamos para lavarnos en los arroyos, pero Piper tenía tantas

cicatrices en el cuerpo que no presté especial atención a esas en particular. Las miré detenidamente ahora, como Paloma; no se parecían en nada a las cicatrices que se le veían en la mano o en el brazo, ni a los cortes y los arañazos de la cara. Se veían pálidas y, a diferencia del tajo irregular que le cruzaba el hombro, eran uniformes, unas líneas paralelas y perfectamente rectas.

—Son de unos latigazos que recibí cuando tenía ocho años —explicó Piper—. Una patrulla llegó a nuestro pueblo. Zoe y yo estábamos jugando a un juego con otros niños y cantábamos una canción: «Jack era fuerte, Jack era valiente...».

Zoe cantó con él el verso siguiente:

—«Partió hacia Otraparte, a través del bravo mar».

—Solo era una canción infantil —continuó Piper—, pero los soldados la oyeron y quisieron dar ejemplo. Por supuesto, me eligieron a mí. Incluso en ese tiempo, tan al este, cuando no era raro estar en la calle hasta tarde, siempre venían para azotar a los omegas. Me dieron diez latigazos.

Vi que Zoe apretaba las dientes al recordar el dolor compartido.

—Solo fue por mencionar Otraparte en una canción infantil —dijo Piper. Recogió la camisa del suelo y volvió a ponérsela, con los ojos fijos en Paloma—. Si encuentran Otraparte, no tendrán piedad. ¿En serio crees que dejarán en paz Otraparte cuando se enteren de lo que son capaces de hacer vuestros medicamentos?

—No tienes ni idea de cómo es el Consejo —intervino Zoe, acercándose a Paloma y hablándole con una dulzura que yo no estaba acostumbrada a oírle—. Da igual lo que hagas o lo que les ofrezcas, verán la existencia de Otraparte como una amenaza.

Zoe tenía razón. Otraparte representaba todo lo que los alfas temían. Había visto la repugnancia que les provocaban nuestras mutaciones, había oído los insultos y sentido los escupitajos en la piel. Sabía que lucharían con todas sus fuerzas para defender sus cuerpos perfectos. Nos gobernaban porque pensaban que eran mejores que nosotros. Ellos eran perfectos y nosotros una atrocidad, como los reflejos de un espejo deforme. Así lo veían ellos. Para ocultar esa diferencia y preservar su perfección, minaban todo lo que la representaba. Sobre todo ahora que habían descubierto la manera de eliminar los riesgos del

fatal vínculo: los omegas eran conservados en los tanques del Consejo, donde durante un tiempo indefinido eran confinados a una existencia inhumana que no podía llamarse vida, hasta que cada alfa había puesto los cimientos de su propia vida.

—Aunque pudiéramos subirte a un barco mañana, aunque Otraparte decidiera no ayudarnos jamás ni compartir la cura con nosotros ni volver a acudir a nosotros —dijo Zoe—, el Consejo seguiría buscándoos. Encontraron el mensaje de Otraparte en el Arca. Saben que Otraparte existe y que posee la tecnología para poner fin al vínculo gemelar. Nosotros te encontramos, así que antes o después también lo harán ellos. Y os destruirán a todos.

Paloma había esperado regresar a casa con noticias, con un mensaje. ¿Qué mensaje podía llevar ahora, aun si consiguiéramos devolverla sana y salva a su hogar? El único mensaje posible era la advertencia de Xander: «Fuego, siempre».

—Aunque tuviéramos un barco apropiado para el viaje —señaló Piper—, no podemos llevarte de vuelta ni avisar a Otraparte hasta que mejore el tiempo... Ya has visto con tus propios ojos las tormentas que nos azotan.

Vi que Paloma apretaba los labios. Ella nunca había hablado de la tormenta que a punto estuvo de hundir la *Rosalind*, pero yo vi los boquetes en el casco y sabía que su compañero emisario de Otraparte había muerto, así como dos marineros de Thomas. Había una razón para que se hubiera tardado tanto en establecer contacto con Otraparte, y no era otra que la inclemencia del mar. La hermana de Zoe, Lucia, también había desaparecido en una tormenta años antes.

—Por no mencionar las placas de hielo que hay más al norte —continuó diciendo, implacable, Piper—. Y los fuertes vientos primaverales nos entorpecerían la travesía y tendríamos que luchar contra ellos durante todo el viaje. El comienzo del verano brinda las mejores condiciones.

—No podemos obligarte a que te quedes —dije yo—. Ni a que intentes ayudarnos. Si quieres marcharte, haremos todo lo que podamos para protegerte hasta que tengamos un barco preparado. Nadie te reprochará que quieras regresar a tu hogar y olvidar todo lo que has descubierto aquí.

—Aunque quisiera huir —repuso Paloma con la voz quebrada—, eso no cambiaría nada. Cuando avistamos la *Rosalind* íbamos cuarenta en nuestro

barco. Caleb y yo éramos los elegidos para hacer de emisarios, pero nuestro capitán y toda su tripulación saben dónde estáis. Thomas les dio las coordenadas. La Confederación enviará naves. —Tragó saliva antes de continuar—. Pasamos dos días amarrados junto a la *Rosalind* mientras su tripulación rellenaba los barriles de agua en el lago situado en el afloramiento rocoso más extenso, y Thomas nos contó cuál era la situación aquí; nos habló de los gemelos, del Consejo, de los omegas... Mi capitán, Rue, y su nave ya habrán regresado e informado a la Confederación.

El mástil de la *Rosalind*, divisado a lo lejos entre las islas deshabitadas e inhóspitas de un cordón litoral. Mapas y palabras intercambiados en una playa de guijarros. Un gesto tan pequeño, capaz de cambiar el mundo. Pero no había marcha atrás.

—Tendrán que esperar hasta que se derritan las placas de hielo para enviar los barcos al sur —prosiguió Paloma—. Pero vendrán, con los vientos primaverales a favor, no en contra. Vendrán. Un barco o una flota. Tal vez cuarenta personas, tal vez centenares. Quizá no lleguen todos, pero ahora que saben lo que hay aquí, no se lo pensarán dos veces.

Que arribaran a nuestras costas naves procedentes de un lugar remoto había sido una fantasía durante demasiado tiempo. Ahora era una pesadilla. Acudirían a nosotros y el fuego arrasaría su mundo.

—¿Por qué estás tan segura? —pregunté.

Paloma bajó la mirada y negó con la cabeza.

—Vosotros estáis seguros de que podemos ayudaros. Y quizá tengáis razón, porque podemos hacer cosas que vosotros no podéis hacer. Pero también tenemos nuestros problemas. Plagas casi todos los veranos; bandidos que asaltan las islas más lejanas; piratas que abordan los barcos; cosechas que se echan a perder, sobre todo en las inmediaciones de la zona de impacto... —Paloma me miró—. ¿De verdad piensas que hemos estado enviando barcos, un año tras otro, solo porque queremos ayudaros? —Hizo una pausa y añadió en voz baja—: Esperábamos que vosotros tuvierais las respuestas que nos faltan. Necesitamos ayuda.

Zoe resopló.

—Pues podrías haberte ahorrado el viaje. Aquí, en Otraparte solo encontrará problemas.

—¡Dejad de llamarlo Otraparte! —les gritó Paloma—. No se llama así. Y no es el lugar que imagináis. Estáis hablando de personas reales, de mis padres, de mis hermanas pequeñas, de mis amigos, de toda la gente que he conocido; de un millón de personas. ¿Y me decís que van a quemarlo por lo que os ofrecemos? ¿En lugar de intentar trabar una amistad, de colaborar, nos convertirán en una nueva zona de impacto? —Inspiró bruscamente—. ¡No es vuestra Otraparte, la solución mágica! —Tomó aire y se le quebró la voz—. ¡Es real! ¡Allí viven personas reales!

Era verdad lo que decía; Otraparte no existía pese a todas nuestras esperanzas. No era el lugar que imaginábamos, donde las cosas eran fáciles y todas las respuestas que buscábamos estaban esperándonos como higos maduros suplicando que los arrancaran del árbol. Ese sitio no existía, y en su lugar encontraríamos las islas Dispersas, lugares reales infinitamente más complejos que el creado por nuestra imaginación... y podían destruirlas antes de que ninguno de ellos las viera.

Miré detenidamente a Paloma. Parpadeaba importunada por el viento, que le metía el pelo en los ojos; sus pestañas eran pálidas, como si estuvieran cubiertas de nieve. Tenía los brazos cruzados y se agarraba las mangas.

Había pensado en ella como si fuera un país; como lo que lo cambiaba

todo. Pero mientras la observaba, azotada por el viento y tiritando ligeramente, vi que solo era una chica que se encontraba muy lejos de casa y terriblemente asustada.

Esa noche, alrededor del fuego, cuando todos nos calmamos, nos contó más historias de Otraparte. Describió animales de los que nunca habíamos oído hablar, y mucho menos visto; habló, entre otros, de los perros marinos, unas enormes bestias nadadoras a las que cazaban por su grasa, ágiles en el mar y torpes en tierra firme. Paloma cogió un palo y dibujó uno en el suelo, pero se echó a reír al ver su obra; había dibujado una bestia oronda y alargada con bigotes en un extremo y aletas extendidas en el otro.

—En realidad tienen un aspecto bastante ridículo, no es que yo dibuje fatal —dijo antes de barrer el suelo con la prótesis de la pierna para borrarlo.

Describió otros animales: los elces, unas bestias que parecían unas vacas enormes, pero en cuyas cabezas tenían unas grandes cornamentas enramadas; los zorros de las nieves, de una blancura cegadora; y los entramados, unas aves tan grandes que si desplegaban las alas proyectaban una sombra del tamaño de un bote.

—Se supone que atraen la mala suerte, aunque no sé por qué. A mí me encanta observarlos cuando regresan del archipiélago del sur tras el invierno.

Alcé la vista al cielo nocturno salpicado de nubes grises. Desde las estridentes gaviotas de la costa, las únicas aves que habíamos visto eran cuervos, con sus ganchudos picos negros y sus miradas de indiferencia. Tal vez antes de la deflagración también los entramados habían sobrevolado aquellas tierras.

Las palabras de Paloma nos ofrecían un mundo nuevo que estábamos ansiosos por ver. Pero en su manera de hablar, atropelladamente e inclinada hacia el fuego, había angustia. También en nosotros había angustia mientras la escuchábamos. Yo quería atrapar cada palabra que pronunciaba y aferrarla con mis manos. No podía evitar tener la sensación de que cada cosa que decía sobre Otraparte formaba parte de un testamento, de un registro donde ella iba anotando todo lo que estaba a punto de perder.

Yo había pensado que no podía haber nada peor que el fuego destructor de las

visiones, de las visiones de todos los videntes. Pero a través de las palabras de Paloma estaba aprendiendo cuál era la realidad de las islas Dispersas, y ese descubrimiento recubría con un nuevo y feroz resplandor el horror de las visiones.

Paloma sabía qué era yo. Lo sabía desde antes de conocernos; Zoe debía de haberle contado que era vidente y lo que eso significaba. Sin embargo, otra cosa era presenciar lo que ocurría cuando yo tenía una visión. Lo comprobé la misma noche que la encontramos. Estábamos reunidos alrededor del fuego, en la playa, con los mapas y las cartas de navegación desplegados sobre la arena. Paloma nos enseñaba un mapa de las islas Dispersas y nos explicaba que el archipiélago se extendía hasta tan al noroeste que nuestros mapas no servían de nada. Ella había colocado los mapas al lado de los de Thomas, y para que nos hiciéramos una idea de la distancia real, los había separado más o menos un metro. Para abarcar las islas Dispersas íbamos a necesitar mapas nuevos, una escala nueva.

Paloma habló entonces de la deflagración. Las llamas arrasaron el interior de mi cabeza y un calor abrasador detuvo el tiempo. Era un fuego tan devastador que nada podía existir aparte de él.

Cuando dejé de temblar y volví a ver, Zoe estaba maldiciendo mientras pisoteaba el borde llameante del mapa que yo había arrojado a la hoguera. Paloma había enmudecido y me miraba con los ojos entornados.

Durante los días siguientes intenté explicarle cómo eran las visiones y que no podía leer el futuro como ella leía un libro; que el futuro, como la región sin cartografiar que se extendía desde donde acababan nuestros mapas y empezaban los suyos, quedaba fuera de mi alcance. Lo que recibía eran imágenes fugaces de sucesos que todavía no se habían producido. Despierta o dormida, yo no tenía control alguno sobre las visiones que me asaltaban, me arrancaban del presente y me arrojaban brevemente a un futuro en el que no podía moverme libremente. Si las visiones me sobrevenían mientras dormía, me resultaba difícil diferenciarlas de vulgares sueños; no había manera de discernir si lo que había visto era el presagio de algo que iba a suceder o simplemente una pesadilla.

Las visiones, en forma de advertencias o de pistas, habían resultado útiles en más de una ocasión, aunque nunca eran realmente claras. No obstante, la

mayoría de las veces no eran más que imágenes aterradoras en las que el fuego me rodeaba. Y habían empeorado desde el Arca y lo que habíamos averiguado en ella. Ahora que sabíamos que el Consejo había descubierto las máquinas de la deflagración y que estaba aprestándolas para utilizarlas contra Otraparte, las llamas de mis visiones ardían con una ferocidad mayor.

Nunca le hablé a Paloma sobre lo que las visiones les hacían a los videntes. Lucia, antes de ahogarse, había acabado al borde de la locura; y la mente de Xander había terminado convertida en una habitación oscura iluminada únicamente por los destellos del fuego.

Nunca le conté nada de eso a Paloma. Pero muy pronto vio con sus propios ojos que las visiones de deflagración quemaban mi voz nada más salirme por la boca, que las llamas me hacían temblar, que ponía los ojos en blanco como si tratara de divisar el fuego en el cielo. Yo notaba cómo me miraba a través de los mechones blancos de su cabello, que el viento le arremolinaba en la cara.

Yo me observaba con el mismo detenimiento. A veces tenía la sensación de que solo existían dos certezas: la deflagración y mi locura. No sabía cuál ocurriría en primer lugar.

—Dime, ¿has visto cómo bombardeaban mi hogar? —me preguntó, acercándose furtivamente a mí cuando llevábamos varios días de viaje.

No podía mentirle. Había visto el fuego y el mundo desmoronándose.

Desde entonces no volvió a ser la misma conmigo. Todos la habíamos advertido de qué sucedería si el Consejo encontraba Otraparte, pero yo era la única que había visto arder su hogar, y cuando al día siguiente prefirió compartir la manta con Zoe en vez de hacerlo conmigo, y cuando agachó repentinamente la cabeza al cruzarse nuestras miradas, no se lo reproché.

Me di cuenta de lo que había entre Zoe y Paloma la mañana que Zoe, sin que se lo pidieran, cogió la prótesis de pierna de Paloma, que estaba en el suelo, junto a la manta, y la sostuvo con ambas manos un momento antes de dársela a su dueña. El suceso apenas duró uno o dos segundos. Las manos de Zoe, normalmente seguras, vacilaron un momento, y sus dedos, tan raudos para matar con un cuchillo, se quedaron inmóviles al contacto con la carne falsa.

A partir de ese momento las observé con más atención, y comprendí que cuando Paloma miraba a Zoe y a Piper, no lo hacía por la coordinación de sus

movimientos, ni porque tuviera interés en Piper.

Era algo tan natural y pausado como el musgo creciendo sobre una piedra. Ambas eran el musgo, y ambas eran la piedra. Todos habíamos sido testigos de lo que pasaba, pero apenas nos habíamos percatado de ello; la manta de Paloma acercándose lentamente a la de Zoe por la noche; Zoe quitándole del pelo una ramita que se le había enredado.

Nadie hablaba del tema. Piper y yo nos miramos un par de veces, o intercambiábamos una sonrisa cuando veíamos a Paloma apoyada en Zoe, o cuando ambas caminaban o cabalgaban juntas y Zoe estallaba en imprudentes carcajadas.

Durante esos largos días y noches de viaje había muchas cosas de las que Piper y yo no hablábamos. No mencionábamos la máquina de la deflagración, ni el cuello roto de Leonard, ni los niños ahogados. No comentábamos nada que no quisiéramos evocar con las palabras. Pero lo de Zoe y Paloma era diferente; era como un ave de vivos colores que se hubiera posado cerca de nosotros y ninguno quisiéramos espantarla con nuestras palabras.

No todos los videntes somos iguales. Zoe me había contado que a Lucia se le daban bien los pronósticos del tiempo. La Confesora había tenido un talento especial para las máquinas, gracias al cual había encontrado una salida entre los restos de las máquinas tabú. Piper me había contado que Xander tenía un instinto infalible para discernir si alguien mentía o decía la verdad. Pero con independencia de nuestro talento particular, todos nos despertábamos gritando cuando teníamos visiones; todos resollábamos para sofocar los fuegos que la deflagración encendía dentro de nuestra cabeza.

Lo mío era el instinto para los lugares. Era capaz de sentirlos aunque fuera desde la distancia. En el fondo todo formaba parte de lo mismo, de la falta de fiabilidad del tiempo. De la misma manera que a veces veía cosas que aún no habían ocurrido, podía sentir lugares en los que todavía no había estado. Encontré los túneles por los que hui de las Salas de Preservación, donde Zach me había encerrado; y encontré el camino hasta la isla; y con la ayuda de Piper encontré el Arca.

De manera que me concentré con todas mis fuerzas en la máquina de

deflagración. En el Arca, Piper y yo habíamos visto cómo desmontaron concienzudamente la maquinaria para transportarla. Uno de los soldados comentó algo sobre «el nuevo búnker». Así que indagué. Me sentí rara al querer encontrarla, al buscarla, pues todos mis sentidos se estremecían con la sola idea de un lugar así. Solo su residuo, cuatrocientos años después, no permitía que creciera nada en los páramos y hacía que los alfas sintieran asco de los cuerpos de los omegas.

Permanecí sentada mientras los demás dormían y busqué con afán las conexiones, seguí sus rastros hasta donde me llevaban. Me esforcé por encontrar el origen de las visiones que ardían en la noche, la máquina de la deflagración en el búnker. Pero el tiempo pasaba y yo seguía con los ojos cerrados y los dientes apretados, incapaz de dar con un rastro directo hasta su ubicación.

Una mañana, a mitad de camino de la costa y de Nuevo Hobart, me desperté con la certidumbre de que la máquina de deflagración estaba en el norte. Sentí cómo tiraba de mí con fuerza. Corrí hasta Piper y le di la noticia entre jadeos. Pero al día siguiente, mi certeza había desaparecido; los tirones que había sentido estaban cambiando. Me sentía como una veleta a merced del caprichoso viento. Esa misma noche habría jurado que la máquina de la deflagración estaba en el oeste. Al día siguiente no tenía ningún presentimiento. Cuando Piper me preguntó, farfullé algo sobre el tiempo y la distancia, y sobre que la máquina aún debía de estar viajando, desmontada.

—¡Cass, para! —me espetó Piper, interrumpiéndome en mitad de la excusa—. Ya sé todo eso. Pero también sé que al final la encontrarás.

—«Al final» es demasiado tarde —respondí, desviando la mirada hacia Paloma, montada sobre su caballo, y Zoe, que caminaba a su lado, con la mano apoyada en el pie de Paloma—. Tenemos que buscarla. Es demasiado importante para esperar de brazos cruzados.

Piper lanzó el brazo al aire.

—¿Buscarla dónde? —preguntó.

A nuestra espalda, las cumbres del Espinazo, todavía nevadas, recortaban el horizonte en el oeste. Y delante de nosotros, las llanuras y los bosques se extendían hacia el este, hasta que la niebla matinal los fundía con el cielo. ¿Por dónde empezar?

—Ahora está Paloma, y tenemos que protegerla —respondí—. No podemos estar dando vueltas a nuestro antojo. Cuando regresemos a Nuevo Hobart podemos enviar a los exploradores, también a la red del Maestro de ceremonias. Advertir que nos informen si ven algún indicio de una actividad fuera de lo común, si encuentran un búnker o nuevas instalaciones. Pero sin una pista es inútil estar dando vueltas sin sentido buscando la máquina de la deflagración.

Intenté no tomarme a pecho la crítica contenida en «sin una pista». ¿Qué le ofrecía yo si ni siquiera podía aprovechar mi don para las ubicaciones? Muchas veces, cuando veía a Piper y a Zoe luchando, cazando y trazando planes, me había sentido una completa inútil a su lado. Mi sensibilidad para los lugares era una de las pocas cosas que pude ofrecer. Sin ella, ¿todavía era útil para la resistencia? ¿Lo suficientemente útil para que mantenerme con vida compensara desaprovechar la oportunidad de matar a Zach matándome a mí?

El viaje era duro. Lo habíamos empezado con tres caballos cuando éramos cuatro, y habíamos perdido uno en el paso de la Horca, donde el hielo aún se aferraba al suelo de esquisto. A pesar de que habíamos desmontado y continuado a pie, lentamente, el caballo gris resbaló y se rompió una de las patas delanteras. Zoe fue la única que pudo hacer algo parecido a poner fin a su desgracia. La observé mientras le susurraba palabras tranquilizadoras hasta el mismo momento en que le rebanó el cuello. Comimos carne de caballo cinco días, pero la marcha se enlenteció, pues dos de nosotros íbamos a pie. Cuando estábamos en territorio de los alfas viajábamos durante la noche. La prótesis de la pierna le provocaba fuertes dolores a Paloma cuando caminábamos mucho rato seguido, así que ella iba montada en un caballo y los demás nos turnábamos con el otro.

Esperaba como agua de mayo mi turno para cabalgar, ya que sentía que las fuerzas me abandonaban con las cada vez más frecuentes visiones de la deflagración, que tenían el mismo efecto que una explosión de llamas dentro de mi cabeza. Una mañana, a apenas unas pocas jornadas de viaje para llegar a Nuevo Hobart, me desperté de una visión con la cabeza a punto de estallar, un intenso dolor en las sienes y la mandíbula que no mitigó ni siquiera cuando

la visión desapareció. Estuve todo el día palpándome la cara, acosada por la duda de que las visiones se hubieran extendido por mi cuerpo desde la cabeza.

Divisamos Nuevo Hobart dos semanas después de partir de la costa y dejar atrás la *Rosalind*. Coronamos la cresta montañosa occidental al amanecer y vimos el círculo de antorchas que rodeaba la ciudad y las tropas apelotonadas en las puertas y en los puestos de vigilancia. No supe si sentir alivio o miedo.

Estábamos llevando a Paloma a una ciudad controlada por el Maestro de ceremonias, hasta hacía poco miembro del Consejo. Yo no sabía cuánto tiempo duraría nuestra incómoda alianza con él ni cómo reaccionaría cuando viera a Paloma y la oyera hablar de las islas Dispersas. El ejército de la resistencia había liberado Nuevo Hobart del yugo del Consejo con la ayuda del Maestro de ceremonias, pero, si bien Simon y lo que quedaba de nuestro ejército estaban esperándonos en la ciudad, las tropas del Maestro de ceremonias eran muy superiores en número y él controlaba Nuevo Hobart.

El Maestro de ceremonias había aceptado que Sally, Xander y Elsa se quedaran en la ciudad. Sabía lo que significaban para mí, y lo había dejado claro antes de que Piper y yo nos marcháramos, cuando me amenazó para que no lo traicionara.

Pero lo necesitábamos. Huir y escondernos para ocultar a Paloma del Consejo no habría resultado. Necesitábamos una flota de barcos bien equipados; necesitábamos dinero y soldados. Necesitábamos devolver el golpe al Consejo.

Mientras descendía de la cresta occidental en dirección a Nuevo Hobart con Piper, Zoe y Paloma, comprendí que lo que teníamos entre manos era mucho más importante que nosotros.

Me sorprendió ver señales de que la vida seguía igual pese a las fortificaciones que rodeaban la ciudad. Los granjeros estaban labrando la tierra al norte y al este de Nuevo Hobart, hendiendo el suelo para sembrar cuando llegara el calor. De las chimeneas de algunas casas que se encontraban en las llanuras, fuera del espacio delimitado por las murallas, salía humo. En intervalos de uno o dos kilómetros, circundando la ciudad, había puestos de vigilancia, y vimos dos patrullas dando vueltas a paso lento alrededor de los muros. Pero Nuevo Hobart había vuelto a abrirse al mundo y el ir y venir de

gente era continuo. Me fijé en la figura encorvada del conductor de un carro que se dirigía a la puerta occidental y no pude evitar sonreír. Las leyes del Consejo prohibían que los omegas poseyeran animales, de manera que aquel carro, tirado por un viejo burro, suponía un pequeño acto de desafío.

Sin embargo, durante una hora o más nos mantuvimos ocultos y observamos el puesto de vigilancia situado en la carretera occidental. Los soldados vestían los uniformes rojos del Consejo, pero vimos los brazaletes negros que los distinguían como hombres del Maestro de ceremonias. Aun así no revelamos nuestra presencia hasta que vimos que una patrulla de tropas omegas con sus guerreras azules se detenían a charlar con los soldados del Maestro.

Cuando llegamos al puesto de vigilancia nos recibieron con tranquilidad, si bien miraron a Paloma con una indisimulada sorpresa. Las tropas omegas emplearon el saludo militar con Piper, mientras que los alfas lo saludaron con un receloso movimiento de cabeza. Su prosaico saludo me produjo una sensación extraña. Para ellos solo estábamos regresando, como estaba previsto, tras varias semanas de ausencia, aunque con una desconocida de tez pálida. No podían saber todo lo que habíamos visto y descubierto en ese tiempo: el Arca, la deflagración, Otraparte. No podían saber que el mundo entero había cambiado en esas pocas semanas.

La noticia de nuestro regreso llegó rápidamente a oídos del Maestro de ceremonias, y cuando la puerta se abrió, allí estaba él para recibirnos, con los brazos cruzados y el cabello ensortijado recogido para que no le cayera sobre la cara. Solo había pasado un mes de nuestra marcha, pero había adelgazado y envejecido.

Miraba fijamente a Paloma. Luego desvió la mirada para clavar sus ojos en mí. Esperamos lo que pareció una eternidad hasta que por fin habló:

—Tengo la impresión de que tienes que contarme un montón de cosas — dijo.

Sabía que la reunión sería intensa. El Maestro de ceremonias había instalado la sede de su gobierno en la oficina del recaudador de tributos y allí nos condujo, directamente al salón principal. Simon, el antiguo consejero de Piper, estaba esperándonos, y también Sally, que en cuanto entramos corrió cojeando hacia Piper y Zoe y los abrazó con fuerza. Incluso a mí me dispensó una sonrisa, aunque sus ojos se fijaron rápidamente en Paloma. Xander también estaba presente, si bien no se movió, ni nos miró siquiera cuando entramos. Yo me acerqué a él en busca de alguna señal de que nos reconocía.

—No pierdas el tiempo —dijo el Maestro de ceremonias, negando con la cabeza en dirección al rincón donde estaba sentado Xander mientras cerraba la puerta—. Está tranquilo, últimamente, al menos. Se ha calmado mucho... — el Maestro de ceremonias volvió a mirarme y añadió con toda la intención del mundo— desde que te fuiste. —Señaló los asientos alrededor de la gran mesa—. Sentaos. Dejad en paz al chico.

Permanecimos cuatro horas encerrados en aquella habitación, describiendo todo lo que nos había pasado desde nuestra partida. Xander estuvo callado todo el rato, sin tan siquiera mirar a Paloma. Pero el Maestro de ceremonias, Simon y Sally no despegaban los ojos de Paloma y nos interrumpían constantemente, incluso a ella, para hacernos preguntas y exigirnos más detalles. Paloma estaba cansada y advertí que las preguntas repetitivas sobre los médicos y la ruptura del vínculo gemelar la sacaban de quicio. Yo también estaba exhausta y ansiaba volver a la casa de acogida y ver

a Elsa, pero respondíamos sus preguntas hasta que agotábamos las palabras.

Al principio había pensado que el Maestro de ceremonias tenía razón en lo de Xander. Observé al joven vidente sentado en el rincón, sin moverse de donde lo habían dejado, con la boca entreabierta y un hilo de baba colgándole del labio inferior. Ya no farfullaba ni gritaba, ya no se mecía moviendo las manos ininterrumpidamente. Pero durante las horas que estuvimos sentados alrededor de la mesa vi en varias ocasiones que su cuerpo daba una sacudida, como alguien a quien despertaran repentinamente mientras sueña que está cayendo. Estaba segura de que seguía teniendo visiones, aunque ya no gritaba. No emitía ni un sonido. Ni siquiera Sally era capaz de sacarle una reacción más allá de convencerlo para que abriera la boca cuando le acercaba un vaso de agua a los labios.

Yo había esperado que las noticias que traíamos sobre el Arca y el regreso de la *Rosalind* lo aplacarían; que se animaría al saber que acertamos en ambos casos y que se había tenido en cuenta lo que él había dicho. Paloma era la demostración de ello. Pero su distanciamiento se acrecentó, incluso cuando le hablábamos directamente, o al menos lo intentábamos. Continuaba sentado, con los ojos cerrados la mayor parte del tiempo; y cuando los abría, miraba fijamente, pero no a nosotros.

Y comprendí que las noticias que traíamos y que confirmaban la veracidad de sus visiones eran el peor regalo que podíamos hacerle.

Volví a mirar a Xander. Le caía la cabeza de una manera extraña, como si le faltaran energías para mantenerla erguida sobre el cuello. ¿Durante cuánto tiempo podría haber mirado de frente la deflagración, contemplar su inexorable llegada, sin desintegrarse?

Cuando el interrogatorio concluyó y ya nos preparábamos para marcharnos, me rezagué un momento y observé a los guardias del Maestro de ceremonias que le servían la comida en la mesa mientras Piper y el resto charlaban en la puerta. La tarde estaba nublada y el Maestro de ceremonias encendió una lámpara que inundó la habitación con una pálida luz de color naranja. La comida que le sirvieron no era mejor que la que estarían comiendo los soldados, y consistía en una rebanada de pan no mayor que la palma de mi

mano, un puñado de nueces y un trozo de cecina.

El Maestro de ceremonias se volvió, todavía con la lámpara en la mano, y me vio observándolo.

—Quería preguntarte una cosa —dije.

—¿No deberías conocer ya la respuesta de todas las preguntas? —respondió él.

Negué con la cabeza, molesta.

—Ya sabes que no. Sabes que la cosa no es así.

—Adelante, pues. Pregunta —dijo. Cogió el tenedor y pinchó tristemente en el plato medio vacío.

Respiré hondo antes de hablar.

—Cuando nos conocimos me dijiste que tu hermana gemela estaba encerrada. Me gustaría saber dónde.

El Maestro de ceremonias su puso serio.

—Ella no tiene nada que ver con esto.

—¿Dónde está? —insistí.

—Cuando nos conocimos te conté todo lo que necesitas saber. No está en un tanque. Jamás he quebrantado el tabú. No soy un hipócrita.

—¿No? Tú estás aquí, luchando con nosotros, hablando con nosotros sobre la liberación de los omegas. ¿Dónde está ella?

—Está en un lugar seguro —respondió el Maestro de ceremonias—. Lejos de aquí. ¿Olvidas que poseo mis propias guarniciones, mis propios guardias?

Intenté formar las palabras de una réplica, pero casi podía sentir las paredes de las Salas de Preservación aislándome de nuevo. Aquellos días y más días, años y más años de oscuridad, cuando Zach me tuvo cautiva en la celda. La hermana del Maestro de ceremonias debía de estar sintiendo esa misma desesperación asfixiante dondequiera que estuviera, el mismo pánico que se apoderaba de uno cuando el tiempo perdía su sentido y los días y los meses se convertían en una carga.

—¿Cómo es posible que luches a nuestro lado contra el Consejo y al mismo tiempo pienses que es justo mantenerla encerrada?

Me lanzó una mirada fulminante.

—Nunca he dicho que me parezca justo —aseveró—. Pienso que es necesario. Si Zach o la General ponen sus manos sobre mi hermana gemela,

moriré. Si ella corre peligro, yo corro peligro. Y también lo corre Nuevo Hobart. ¿Acaso crees que mis tropas se quedarían un solo minuto en esta ciudad para protegerla si yo me fuera?

—No te entiendo.

—No tienes que entenderme —repuso con una voz que sonó como un portazo—. Ambos queremos lo mismo: acabar con los tanques.

—¿Es eso todo lo que quieres? —pregunté—. ¿De verdad solo es eso? ¿Qué haces aquí?

Mis preguntas quedaron suspendidas en el aire durante un largo momento, hasta que él volvió a hablar.

—No lo sé —respondió cansinamente, y por primera vez pensé que estaba siendo sincero conmigo.

Habían pasado muchos años desde la última vez que sentí que tenía un hogar. La casa de mis padres, antes de que me sacaran de ella, estaba demasiado contaminada de desconfianza y sospechas para sentirla como tal. Después de mi exilio encontré una especie de estabilidad en el asentamiento, pero mis vecinos siempre mantuvieron las distancias conmigo y hablaban a hurtadillas sobre mis visiones. Luego viví el infierno de las Salas de Preservación y los meses de huida sin descanso con Kip.

Pero esa tarde, cuando Elsa abrió la puerta de su casa de acogida y me reuní con ella, tuve la sensación más intensa de regresar a un hogar que había experimentado jamás. Corrió a recibirme y estuvo a punto de derribarme con su ímpetu, y me aplastó la cara contra su blusa mientras me abrazaba. Durante un breve momento, el resto del mundo desapareció.

—Me enteré de que habías vuelto a la ciudad esta mañana —dijo, sujetándome los brazos mientras retrocedía para contemplarme de arriba abajo. Luego miró directamente al sol que ya descendía hacia el horizonte detrás de mí.

—Me habría gustado venir antes —repuse.

Elsa saludó a Piper y a Zoe, y también a Paloma, aunque no pudo reprimir mirarla de refilón varias veces. Se quejó con amargura de las raciones mientras trajinaba en la cocina, pero la vi tocar el brazo de Piper cuando le

lanzó un fardo con sábanas y poner un trozo de pan en las manos de Paloma e invitarla a sentarse y descansar de la prótesis.

En la oficina del recaudador de tributos había habitaciones más cómodas, pero ninguno quiso quedarse allí, cerca del Maestro de ceremonias. Yo no dejaba de dar vueltas a lo que me había dicho: «Nunca he dicho que me parezca justo. Pienso que es necesario». ¿Qué ocurriría cuando matar a Zach fuera necesario? ¿Al Maestro de ceremonias le temblaría el pulso si tuviera que matarme?

Me alegré cuando los demás se retiraron a la habitación de la parte delantera y me dejaron a solas con Elsa en la cocina. Cuando intenté explicarle todo lo que nos había pasado, ella no me interrumpió como lo habían hecho el Maestro de ceremonias, Sally y Simon. Elsa continuó haciendo sus tareas a mi alrededor, cortando zanahorias y removiendo la olla puesta en el fuego, sin volverse a mirarme mientras yo trataba de encontrar las palabras precisas. Comencé mi relato por el final, por Paloma, Otraparte y todo lo que habíamos descubierto sobre el fin del vínculo gemelar. Cuando llegué a la parte inicial del viaje, y por lo tanto, al Arca, las palabras salieron más despacio de mi boca. La sopa aguada ya estaba lista, pero Elsa no me metió prisa; retiró la olla del fuego y la dejó a un lado. Se sentó sin decir nada y esperó, y sentí que el silencio lo inundaba todo a mi alrededor, como el agua en los pasillos negros del Arca.

Le describí cómo había encontrado a Kip otra vez, doblemente preso, en su cuerpo y en el tanque. Le expliqué cómo había hecho que se inundara el Arca, con lo que había estado a punto de matarnos a Zach, a Piper y a mí y de enterrar de una vez para siempre a Kip y a la Confesora.

Elsa siguió sin hablar y repartió la sopa en los platos, pero antes de llamar a los demás para que vinieran a comer, me apretó el brazo y me dijo:

—Encontraste a Kip.

Asentí con la cabeza. Me parecía raro sentirme agradecida por haber vivido aquellos minutos en el Arca, con el cadáver de Kip tendido sobre la pasarela delante de mí, pero Elsa, a quien nunca le habían entregado el cuerpo de su marido después de que el Consejo lo matara, comprendía el significado que aquellos minutos tenían para mí.

Sally y Xander aparecieron en la cocina poco después. En algún momento de las semanas que habíamos pasado fuera de Nuevo Hobart se mudaron a la casa de acogida y se instalaron en la habitación contigua a la de Elsa, en la parte delantera de la casa, la misma que había ocupado Nina hasta que el Consejo la mató.

Xander seguía guardando silencio. Estaba sentado junto al fuego; tenía algunas hojas en el pelo y las rodillas de los pantalones manchadas de tierra.

—¿Dónde ha estado esta tarde? —le pregunté a Sally.

—En el Árbol del Beso —me respondió ella.

Enarqué una ceja. El enorme árbol hueco del bosque carbonizado era lo único que quedaba del lugar donde Elsa y su marido se escondían cuando eran jóvenes. Allí encontraron los documentos por los que él había sido torturado y asesinado, los papeles que nos ayudaron a hallar el camino hasta el Arca.

—Un día, sin venir a cuento, fue allí —explicó Sally—. Estábamos poniendo trampas y fue directamente hacia allí, como si supiera exactamente qué estaba buscando. Se metió en el tronco sin decir una palabra y se quedó en su interior durante horas. Desde entonces va casi todos los días. Yo lo acompaño cuando las piernas me lo permiten, si no, envío un guardia con él.

De todos los lugares que había en Nuevo Hobart y sus alrededores, el Árbol del Beso era el que tenía un vínculo más estrecho con el Arca y con la máquina de la deflagración. Me pregunté por qué Xander no tenía suficiente con las llamas que ardían dentro de su cabeza y tenía que emprender diariamente el peregrinaje a aquel lugar.

Pero él no iba a responder mis preguntas; seguía sentado en silencio en el taburete bajo, al lado del fuego. Sally estaba junto a él en la silla de Elsa, cerca de la ventana que daba al patio. Elsa le habría clavado el palo de la escoba a cualquier otra persona que hubiera intentado quitarle la silla, pero daba la impresión de que en las semanas que habíamos pasado fuera Sally y ella se habían hecho buenas amigas. Se llevaban treinta años y sus vidas no podrían haber sido más distintas. Elsa había dedicado toda su existencia a cuidar niños en su casa de acogida, mientras que Sally era una pionera de la resistencia, agente infiltrado y asesina. Pero vi cómo Elsa le llenaba el plato y se lo pasaba sin mirarla siquiera; Sally lo cogió sin decir una palabra y ambas compartieron un silencio cómodo.

También vi que Elsa se inclinaba para colocar un cojín detrás de la cabeza de Xander, que la había apoyado contra la pared. Varias veces le limpió la baba que le caía de la boca abierta. Ahora que la casa de acogida estaba vacía y sus niños muertos, Elsa siempre estaba buscando algo que hacer, y yo sabía que la presencia de Xander la alegraba.

Ojalá yo pudiera decir lo mismo, pero estar en la misma habitación que Xander me colmaba el olfato con el olor a humo. Todo él era fuego, todo el rato. Pensé que podía entender por qué iba todos los días al Árbol del Beso. Las llamas lo reclamaban desde hacía tanto tiempo que él no tenía más remedio que responder.

Elsa estaba mezclando varias hierbas para preparar un remedio que ayudara a Xander a conciliar el sueño. Me enseñó a prepararlo y yo misma trituré la valeriana; mientras lo hacía, el crujido de la mano del mortero al golpear el recipiente me produjo una sensación de satisfacción.

Elsa alzó la botella de vidrio para mirarla a la luz de la ventana y vertió un poco de tintura de amapola, con un ojo cerrado para controlar la cantidad exacta.

—Hay que tener mucho cuidado —dijo—. Solo cuatro gotas, ni una más.

—Dos cucharadas de eso, mezcladas con beleño, y puedes dejar inconsciente a una persona —dijo Sally—. Un poco más y la matarías.

Por la manera como lo dijo, no sonó a una advertencia, sino más bien a un consejo.

—Cierra la boca y echa una mano —repuso Elsa, moviéndose alrededor de Sally con la botella en la mano—. En esta casa no nos dedicamos al asesinato.

Ojalá tuviera razón. Tal vez fuera cierto en su caso, y en los de Xander y Paloma. Pero miré a Zoe, luego a Piper y a Sally, y finalmente me miré las manos. De nosotros no podía decirse que no nos dedicáramos al asesinato.

Esa noche dormimos Piper, Paloma, Zoe y yo juntos en el dormitorio de la casa de acogida. Zoe y Paloma habían juntado dos camas pequeñas; fue lo más parecido a una declaración que nos ofrecieron.

Tanto Piper como Zoe eran demasiado altos para las camas infantiles, y la

imagen de los pies y las pantorrillas de Piper sobresaliendo por el borde del colchón me hizo reír.

—¿Por qué son tan pequeñas todas las camas? —preguntó Paloma.

Se me cortó de cuajo la risa y todos nos quedamos callados, hasta que Zoe le habló de los niños que Zach y la General habían metido en los tanques y dejado que se ahogaran. Paloma se sentó en su cama y escuchó el relato abrazándose las piernas encogidas. Cada día que pasaba con nosotros aprendía una nueva lección de crueldad.

—No tiene sentido —dijo Paloma—. Cuando matan a los niños también están matándose ellos mismos.

El vínculo gemelar había evitado que los alfas y los omegas se mataran unos a otros durante algún tiempo. Pero eso ya era historia. No era la primera vez que los humanos se habían alzado y luchado entre ellos. Quienesquiera que hubieran provocado la deflagración cuatrocientos años antes debían saber que no solo destruirían a sus enemigos. El riesgo de exterminar la especie humana, y el mundo entero, no había sido suficiente para impedir la masacre. Ahora el vínculo gemelar sería insuficiente para evitarla.

El Maestro de ceremonias se presentó en la casa de acogida al amanecer. Nos llevó a Piper y a mí a las afueras de la ciudad para que Piper inspeccionara las nuevas fortificaciones. Una alambrada recorría la parte superior del muro que rodeaba Nuevo Hobart, que además contaba con aspilleras y una pasarela para los arqueros. Las torres eran más altas y se habían reforzado con gruesos contrafuertes de madera maciza. Al otro lado de la muralla, unas anchas zanjias circundaban la ciudad, sembradas de postes rematados por puntas metálicas dirigidas al cielo. El perfecto orden con el que se habían instalado contrastaba con el único propósito por el que se habían puesto allí: empalar y matar. Pensé en los caballos que había montado, en la blanda piel de sus vientres, y aparté la mirada.

El Maestro de ceremonias se percató de mi expresión.

—Nadie dijo que tuviera que ser bonito. El Consejo construyó la muralla para mantener dentro a los habitantes de la ciudad, no para repeler un ataque. Jamás la habríamos conquistado si se hubiera construido para defenderse de

un asalto.

—¿Y ahora?

El Maestro de ceremonias apretó los labios antes de responder.

—Si nos viéramos obligados a resguardarnos detrás de la muralla, las fortificaciones nos proporcionarían algo de tiempo. Ya podrían arrojarnos lo que quisieran que seguiríamos en pie y dándonos guerra. Sin embargo, no disponemos de los víveres necesarios para soportar un asedio largo, las raciones ya son bastante exiguas ahora mismo. Pero el Consejo no dejará Wyndham desguarnecida. De todos modos —añadió, con una sonrisa incipiente en los labios—, la construcción de las nuevas defensas ha mantenido ocupadas a las tropas. Los soldados ociosos causan problemas.

Tenía razón. Y también en lo referente a las fortificaciones. Eran impresionantes. Ni siquiera Piper encontró nada reprochable y se limitó a asentir con la cabeza cada vez que el Maestro de ceremonias nos pedía que nos fijáramos en determinadas características.

—¿Cuándo crees que atacará el Consejo? —pregunté.

—No lo sé. —El Maestro de ceremonias lanzó una mirada atrás, hacia la colina sobre la que se alzaba la casa de acogida, donde habíamos dejado a Zoe y a Paloma—. Les hemos asestado varios golpes importantes: la desertión de mi ejército, la liberación de la ciudad, la destrucción del Arca... Pero en algún momento contraatacarán. Más pronto que tarde si descubren que tenemos a una persona de Otraparte con nosotros.

Me pareció que decir «una persona de Otraparte con nosotros» era una osadía. Solo unas semanas antes habría sido inimaginable una afirmación así.

—Paloma lo cambia todo —repuse.

—Sí que lo cambiará todo —dijo entre dientes el Maestro de ceremonias—. Atraerá al Consejo hasta nosotros, y total, ¿para qué?

—Tendremos una oportunidad para poner fin a esto —le respondió Piper, haciendo un gesto con el brazo para abarcar la muralla, las trincheras y las implacables puntas metálicas; la minuciosa arquitectura de la muerte—. De una vez por todas.

El Maestro de ceremonias negó con la cabeza.

—Alguien, hace varios siglos, también pensó que había dado con una manera inteligente de poner fin a esto, con la deflagración. Tu hermano... —Se

volvió hacia mí de un modo tan repentino que Piper se adelantó para interponerse entre nosotros—. Él y la General consideran que los tanques son una solución fantástica para poner fin a esto. ¿Cuándo dejaréis de pensar que las máquinas son la solución?

Ya me disponía a replicar cuando nos llegó un silbido desde la base de la muralla y un coro de gritos desde la torre de vigilancia. El Maestro de ceremonias apartó la mirada de mí y él y Piper echaron a correr por las angostas calles en dirección a la puerta oriental. Yo también corrí, y llegué a la puerta con la respiración jadeante por el esfuerzo que había hecho para no quedarme atrás.

La puerta estaba abierta. Reconocí al centinela enano cuya llegada se había anunciado y que ahora avanzaba hacia nosotros a lomos de su caballo. Era Crispin, uno de los soldados de Piper de la isla.

—Tenemos un alfa —jadeó mientras desmontaba—. Ahora lo traen. —Crispin estaba sin aliento y tuvimos que agacharnos para oír lo que decía—. Se presentó en el puesto de vigilancia de la carretera del este. No quiso decir su nombre. Entregó el cuchillo que llevaba sin rechistar. Lo hemos registrado y no lleva más armas. Pero dice que solo hablará con Cass.

Otros tres soldados omegas entraron detrás de él flanqueando a un hombre alto y encapuchado.

Se cerró la puerta y la tranca cayó con un ruido sordo. Los soldados desmontaron y trajeron a rastras hasta nosotros al encapuchado.

Supe que era él antes incluso de que uno de los soldados le echara hacia atrás la capucha. El hombre mantuvo la cabeza agachada, con el rostro sepultado bajo el pañuelo que le envolvía el cuello. Tenía un moratón en la mejilla, un corte en la sien y el labio inferior hinchado y partido.

Miré fijamente a Zach y él me miró a mí.

—No tenía otro lugar adonde ir —dijo.

SEGUNDA PARTE

Piper se abalanzó sobre él y por un momento pensé que iba a golpearlo, pero simplemente agarró a Zach y, bajo la mirada de los soldados, se lo llevó a rastras de la calle principal y se metió con él en la penumbra de un estrecho callejón adyacente. El Maestro de ceremonias, Crispin y yo los seguimos.

—¡Y ponte otra vez la capucha, así podrás hablar todo lo alto que quieras! —le espetó Piper mientras empujaba a Zach contra el muro—. ¿Crees que hay en esta ciudad un solo soldado que no te destriparía si se enterase de quién eres?

Zach volvió a cubrirse con la capucha, pero mantuvo los ojos fijos en mí.

—Más vale que me saquéis de la calle —dijo de una manera apenas inteligible a causa del labio hinchado. Yo me pasé la lengua por el mío esperando percibir el sabor de la sangre.

—¿Tus hombres le han hecho eso? —le pregunté a Crispin.

—No fuimos excesivamente delicados con él cuando lo registramos —reconoció Crispin—. Pero alguien se había ensañado con él antes de que lo encontráramos.

Mezclada con la incredulidad que me producía la aparición de Zach había una pizca de alivio, pues ahora sabía que los dolores que había sentido hacía un par de noches, inmersa de lleno en las visiones, fueron los dolores de Zach, y no otro paso en la desintegración de mi mente.

El Maestro de ceremonias ordenó a Crispin con un movimiento de la cabeza que se marchara, pero antes de que este llegara a la boca del callejón,

Piper se volvió y le gritó:

—¡Ni una palabra de esto! ¿Entendido? Si valoras tu vida, no hables de esto con nadie. No has visto ni oído nada, y no tienes ni idea de quién es este hombre. ¿Te ha quedado claro?

Crispin asintió con la cabeza.

—Y que el siguiente turno de guardia adelante su inicio —añadió el Maestro de ceremonias—. Quiero que haya un pelotón adicional patrullando alrededor de la ciudad y tres patrullas a caballo más en las inmediaciones. Ahora.

Crispin se marchó con paso ligero.

Piper soltó el brazo de Zach, pues no tenía por donde escapar, acorralado como estaba contra el muro del estrecho callejón y con Piper, el Maestro de ceremonias y yo cortándole el paso.

—¿Tienes idea de lo que has hecho? —espetó Zach con los dientes apretados dirigiéndose a mí.

—¿Qué he hecho? —pregunté—. ¿A qué te refieres? ¿Y qué haces aquí?

—La General quiere matarme para acabar contigo.

—¿Y acudes a mí para que te ayude? —inquirí con incredulidad.

—¿Adónde si no esperabas que fuera?

Entonces miró a Piper, al Maestro de ceremonias y de nuevo a mí. Pensé en el conejo moribundo que una vez había encontrado en una trampa de Zach, que había sobrevivido al estrangulamiento solo porque el lazo se había trabado. Zoe se nos adelantó y le partió el cuello, pero antes de que muriera yo le había visto los ojos. Ahora los de Zach eran idénticos a los de aquel conejo.

—Dilo —le solté.

—¿El qué? —preguntó Zach, cuya mirada saltaba de uno a otro de nosotros—. ¿Qué quieres que diga?

—Reconócelo —insistí—. Di que necesitas ayuda.

—¿Quieres que juguemos? —preguntó Zach—. No hay tiempo. Vienen a por mí, y si dejas que me atrapen, morirás.

—Y tú también —respondí sin el más leve atisbo de emoción en la voz—. Y más de una vez he pensado que quizá no sería una mala solución.

Se me quedó mirando largamente. Noté el calor que desprendía el cuerpo de Piper, situado a mi lado; oí la respiración impaciente del Maestro de

ceremonias, a quien tenía al otro lado.

—Está bien —dijo al fin Zach con la voz quebrada—. Ayudadme.

Piper llevaba a Zach cogido del brazo, flanqueado por el Maestro de ceremonias, de vuelta a la oficina del recaudador de tributos. Llevaba la capucha tan baja que apenas veía, y en más de una ocasión tropezó, aunque Piper lo empujaba para que no se quedara atrás. Cada vez había más actividad en las calles. Una mujer estaba sacudiendo un colchón desde una ventana; tres soldados que charlaban junto a una puerta se pusieron firmes cuando vieron aparecer a Piper y al Maestro de ceremonias; un hombre estaba descargando un tonel de harina delante de la panadería y un polvillo blanco se posó sobre la oscura capa de Zach cuando pasaron junto a él. Me costó asimilar que pudiera darse un suceso tan cotidiano cuando yo me sentía como si la llegada de Zach hubiera parado el mundo.

Cuando llegamos al edificio parcialmente quemado en el que los niños habían estado confinados en tanques y luego habían muerto ahogados, miré de nuevo a Zach y vi que a Piper se le ponían blancos los nudillos de la fuerza con la que le estrujaba el brazo. Sin embargo, Zach no se quejaba.

Una vez dentro de la oficina del recaudador, el Maestro de ceremonias hizo un gesto con la mano a los guardias para que se retiraran y cerró la puerta de la sala principal cuando hubimos entrado todos.

En el interior de aquella amplia habitación no estaba más cerca de Zach de lo que había estado fuera, pero por alguna razón, estar en el mismo espacio cerrado que él, lejos del bullicio de los soldados y de la calle, me producía una sensación más desagradable, de un vínculo más estrecho con él. Ya compartía muchas cosas con mi hermano y no quería compartir, además, el aire que respirábamos.

—¿Quién sabe que estás aquí? —preguntó Piper.

—Nadie —respondió Zach. Se echó la capucha hacia atrás.

La última vez que lo vi fue en el Arca, pero entonces apenas había luz y nunca estuve muy cerca de él. Ahora escruté su rostro cambiado, no solo por los cardenales y las costras. Parecía distinto; le habían salido más arrugas debajo de los ojos y entre las cejas y en la mandíbula exhibía la marca de una

herida cicatrizada hacía mucho tiempo. Una gran parte de su vida era un misterio para mí. En la medida que divergían los caminos que habían seguido nuestras respectivas vidas desde los días de nuestra infancia, cuando habría sido capaz de dibujar el mapa de las pecas de sus mejillas.

El Maestro de ceremonias se acercó a Zach. Tenían la misma estatura, pero el Maestro de ceremonias era más corpulento y fuerte. En el pasado se habían sentado juntos en el Consejo, habían vivido y trabajado rodeados de unos lujos que yo apenas era capaz de imaginar. Ahora se miraban cara a cara en aquella habitación vacía que pertenecía a la antigua oficina del recaudador de tributos, de manera que si bien era más lujosa que cualquier otro edificio de la ciudad omega, mostraba los estragos de los últimos meses. Una de las paredes había sido reconstruida después de que ardiera durante la batalla; una ventana rota seguía sin reparar, y el hueco aparecía cubierto con tablas de madera. El entarimado de la galería exterior, donde antes los ciudadanos hacían cola para pagar sus tributos, había sido arrancado para alimentar el fuego durante las semanas más frías del invierno. En la habitación contigua, donde solía cenar el recaudador, el suelo estaba cubierto con los sacos de dormir de la guardia personal del Maestro de ceremonias.

—No deberías haber venido —dijo este.

—Esto no me gusta más que a ti —repuso Zach—. ¿Crees que habría venido aquí si hubiera tenido alternativa? —añadió, abarcando la habitación con la mano—. La General me ha dado la espalda. Quiere matarme. —Se volvió hacia mí—. Habéis ido demasiado lejos. Te has pasado de la raya destruyendo la base de datos, alertando a la isla de nuestra llegada, liberando Nuevo Hobart y luego destruyendo el Arca. Te has pasado de la raya —repitió, elevando la voz—, y habéis descubierto demasiadas cosas. Hasta el punto de que vale la pena sacrificarme para deshacerse de ti.

No tenía por qué extrañarse de nuestro recelo; después de todo, él se había pasado años sopesando el valor de vidas humanas y tomando unas decisiones que no tenía ningún derecho a tomar. Pero parecía desquiciado, y su voz fluctuaba entre la rabia y la incredulidad.

—¿No tenías a nadie más a quién acudir? —le pregunté—. Seguro que tienes tus propios soldados. ¿Qué pasa, acaso no van a protegerte?

—¿De la General? —inquirió Zach.

Recordé a la General, la manera como paseaba su mirada de indiferencia por nosotros sin mover un milímetro la cabeza. Incluso Zach había acatado sin rechistar todas sus órdenes.

—La General está intentado librarse de mí desde que os apoderasteis de Nuevo Hobart —continuó Zach—. Al principio lo hizo disimuladamente, pero yo me di cuenta. Estuvo intrigando en el Consejo para asegurarse de que contaba con los apoyos necesarios. Cada vez hablaba con más insistencia sobre la amenaza que representaba la resistencia. Luego hundisteis el Arca y comprendí que tenía los días contados. Hace seis noches vino a por mí; envió a sus soldados a mis aposentos antes del amanecer. No me encontraron... Por suerte un amigo me dio el soplo. Escapé por las cocinas un par de horas antes de que se presentaran en mi habitación; aun así tuve que luchar con un centinela para huir, uno de mis propios soldados, que me dijo que tenía órdenes de no permitirme salir del fuerte. ¡A mí! —Cerró los ojos y respiró hondo dos veces.

Yo no sabía a quién iba dirigida su ira, si a sus soldados, a la General o a mí.

—Deberías haber previsto que esto ocurriría —dijo el Maestro de ceremonias—. Deberías haber sabido que no podías confiar en ella.

—¿Y que debería haber confiado en vosotros? —replicó Zach—. ¿En vosotros, que demostrasteis vuestra lealtad y que erais dignos de confianza?

—Yo me he mantenido leal a los principios que el Consejo supuestamente defendía: el tabú; proteger a nuestro pueblo de las máquinas.

Zach se encogió de hombros con gesto impaciente.

—Todo lo que he hecho ha sido para proteger a nuestro pueblo —dijo—. Os aferráis a las supersticiones. ¡Siempre estáis con la historia del tabú! ¡La verdadera amenaza no son las máquinas, sino los omegas!

—Si el tabú existe es por una razón —repuso el Maestro de ceremonias—. Las máquinas acabaron con el mundo. Ellas fueron las causantes de los omegas.

—Podemos controlar las máquinas para que nos ayuden —dijo Zach—. Todo lo que he hecho... las máquinas, los tanques... ha sido para protegernos de la losa de los omegas.

—¿Y la deflagración? —pregunté—. ¿De verdad eres tan idiota para creer

que se puede controlar, que la deflagración también te protegerá?

—Si es necesaria... —respondió Zach—. Si tenemos que recurrir a ella para protegernos de la amenaza de Otraparte...

—Me das asco —le espeté con los dientes apretados.

No podía mirarlo sin pensar en los tanques, en la deflagración, en el hedor a muerte que despedía, como el cadáver de un conejo lleno de moscas.

—Tal vez por lo menos ahora te haces una idea de lo que siempre he sentido por ti —me escupió Zach.

Levanté el brazo para soltarle un puñetazo. No fue un acto impulsivo; apliqué concienzudamente todo lo que Zoe me había enseñado. Me concentré en su mejilla derecha, y cuando le aticé, me aseguré de que lo golpeaba a través del pómulos y no solo el hueso. Deposité todo el peso de mi cuerpo en el puñetazo.

Zach me vio echar el brazo hacia atrás para coger impulso, pero no me creyó capaz de golpearlo. Cuando mis nudillos impactaron contra su cara, su cabeza salió disparada hacia atrás. También lo hizo la mía, y la punzada de dolor fue tan intensa que cuando mi cabeza dio la sacudida me entrechocaron los dientes.

Intenté golpearlo por segunda vez, mientras aún me tambaleaba ligeramente, pero Piper me rodeó la cintura con el brazo para retenerme y me levantó del suelo. Tenía los nudillos rojos, pero el dolor en la mano no era nada comparado con el que sentía detrás del ojo.

Zach se apretaba una mano contra la cara y tenía la otra levantada y con la palma vuelta hacia mí.

—¿Estás loca? ¡Si me atacas estás atacándote a ti misma!

Piper me soltó y me acerqué a mi hermano.

—Aquí el único loco eres tú —dije—. Eres asqueroso. Nos miras por encima del hombro. Te crees superior a nosotros; con las atrocidades que has cometido... —Escupí al suelo, a sus pies—. Eres un monstruo. Un degenerado.

Zach bajó la mano. Ya tenía la mejilla amoratada y el ojo cerrado por el dolor.

—Me da igual lo que pienses de mí —dijo—. No he venido aquí con la intención de ganarte para mi causa. No cambia nada que me odies. —Ya había

recuperado el control de su respiración. Hablaba con voz firme y mirada fría —. Si no me aceptáis, moriré. Y tú también. ¿Es eso lo que quieres? —Hizo una pausa—. ¿Quieres acabar con todo?

Si me hubiera hecho esa pregunta un par de meses antes, mi respuesta podría haber sido muy distinta. Había pasado una temporada muy oscura, deambulando por el mundo como una muerta viviente, completamente perdida sin Kip. Pero encontré el camino de vuelta. Encontré el cuerpo de Kip y lo liberé. Elegí vivir. Y sabía que volvería a hacerlo, aunque para ello tuviera que proteger a Zach.

—Lo quiero encadenado y encerrado —dije, dirigiéndome a Piper sin despegar los ojos de Zach.

El Maestro de ceremonias pidió los grilletes. Cuando los soldados los trajeron, ayudé a Piper con las cadenas y las ceñí con fuerza alrededor de las muñecas de mi hermano. Cuando sentí el contacto de su piel, tuve que reprimir un estremecimiento.

Piper había enviado a alguien a buscar a Sally. Lo oí en el pasillo explicándole la llegada de Zach. Lo cierto es que no pude oír con claridad sus palabras, pero por el tono con el que hablaba no tuve ninguna duda. Cuando Sally entró, miró a Zach y fue como si el invierno hubiera regresado y se hubiera instalado en sus facciones.

—Debería examinarle la cara —dijo con frialdad—. Si se infectan las heridas, Cass lo pasará mal.

No parecían unas lesiones graves, las había visto mucho peores, pero le habían dado una buena paliza. Sally lo sentó en una silla y se colocó de pie a su lado. La ternura con que se ocupaba de Xander brillaba por su ausencia mientras examinaba el rostro de Zach. Tocó su piel únicamente con las yemas del pulgar y del índice para alzarle el mentón y le giró la cabeza a un lado y después al otro para inspeccionarle los cortes en la sien y en el labio. Pidió agua y paños, y limpió con toquecitos firmes las facciones hinchadas de Zach hasta que el paño quedó teñido de un color rojo herrumbre.

—Sujétate esto —le dijo, presionándole con otro paño el tajo que tenía encima del ojo.

Sacó de la bota una daga minúscula, con el mango de hueso, y se inclinó sobre Zach, que se estremeció mientras Sally le extraía las piedrecitas incrustadas en la herida con la punta de la hoja.

Zach soltó un pequeño gruñido de dolor.

—¿Alguna queja? —preguntó Sally en voz baja y apretando el cuchillo contra la herida abierta.

La hoja era minúscula (era el mismo cuchillo que empleaba para picar el tabaco y sacar las astillas de las rodillas de Xander), pero sobre la cara cuarteada de Zach parecía enorme. Él cerró los ojos y yo eché la cabeza hacia atrás al experimentar el mismo dolor en carne viva.

—¡Quitadme de encima a esta zorra loca! —gruñó Zach, levantando los brazos engrilletados para librarse de Sally.

—Sally —dijo Piper, poniéndole una mano en el brazo. Pero ella ya se había despegado de Zach.

—Ya he acabado —dijo mientras limpiaba la punta del cuchillo y volvía a deslizarlo al interior de la bota. Me la quedé mirando y envidié que pudiera decir aquellas palabras: «Ya he acabado». ¿Cuándo acabaría yo con Zach?

El Maestro de ceremonias se acercó a mi hermano sin despegar su intensa mirada de su rostro. Sally le había limpiado las zonas alrededor de las heridas, pero el resto de su cara aún estaba mugriento.

—Sí que has llegado lejos —dijo en voz baja el Maestro de ceremonias.

—No soy el único —repuso Zach—. También tú. Quedan muy lejos de aquí las cámaras del Consejo de Wyndham y las muchachas bonitas y serviciales. Y aquí estamos los dos.

—Hay una diferencia entre nosotros —replicó el Maestro de ceremonias—. Yo pude elegir. Estoy aquí porque quiero, porque escogí enfrentarme a ti y a la General y a vuestra obsesión con las máquinas. Sin embargo, tú no has tenido elección. Has venido porque necesitas ayuda. —Movié el brazo para señalarlos al resto de nosotros y a los guardias apostados en la puerta—. Sin su protección, sin mi protección, eres hombre muerto.

Zach se incorporó y tendió las manos engrilletadas hacia el Maestro de ceremonias.

—Quizá yo esté encadenado —dijo—, pero ambos estamos aquí porque no teníamos otra opción. La única diferencia es que yo he sido sincero. Tú no

estarías aquí, ayudándolos, si no los necesitaras tanto como yo. Nunca has hecho nada si no era a cambio de algo. Jamás. ¿Quieres hacerte pasar por el salvador de los omegas? ¿Estás aquí para ayudar a los oprimidos? —Se echó a reír, y sus carcajadas sonaron huecas, como el tintineo de las cadenas—. Solo estás aquí porque en el Consejo habían empezado a marginarte. Te diste cuenta de que la General y yo estábamos acumulando poder y de que estaban dejándote de lado por tu oposición a reconocer el potencial de las máquinas. —Volvió a sentarse y cruzó los brazos encadenados sobre el pecho—. Tú no abandonaste el Consejo porque quisieras ayudar a los omegas. Te marchaste porque viste en su rebelión la oportunidad para derrocarlos, para hacerte con el poder.

Ninguno salimos en defensa del Maestro de ceremonias. Al fin y al cabo, Zach solo estaba diciendo lo que todos habíamos pensado alguna vez, lo que todos habíamos temido.

Se instaló un silencio que duró varios segundos. Piper miraba con los ojos entornados a Zach. A mi lado, el Maestro de ceremonias permanecía inmóvil, con los músculos en tensión, y yo oía su respiración, forzosamente regular. «Sincero», había dicho Zach. ¿Cuántos de los que estábamos en aquella habitación habíamos sido de verdad sinceros los unos con los otros?

—Llevadlo al cuarto trastero —ordenó el Maestro de ceremonias—. Simon hará guardia en la puerta. Lo acompañarán dos de mis hombres.

No pasé por alto el hecho de que escogiera a Simon. Un par de meses antes, cuando lo conocí, el Maestro de ceremonias jamás habría confiado en un omega, y mucho menos a uno con las habilidades de Simon. Si bien el Maestro de ceremonias podía ser muchas cosas, estúpido no era una de ellas. Había visto a Simon luchar en la batalla por Nuevo Hobart y en el cuadrilátero donde los soldados entrenaban. No solo el hecho de poseer tres brazos lo convertía en un luchador formidable; también era rápido, experimentado y fuerte. Yo lo había visto con mis propios ojos en el ardor de la batalla, blandiendo las espadas, firme, como si fuera el único cuerpo sólido en un mundo poblado de elementos inconsistentes.

Piper asintió y agarró bruscamente a Zach por el codo.

—Y cuando lo hayáis encerrado, traed de casa de Elsa a Zoe —dije yo.

Piper dudó un momento antes de asentir. Ambos sabíamos que cuando

decía Zoe estaba refiriéndome a Zoe y a Paloma. Detestaba la idea de meter a Paloma en el mismo edificio que a Zach, pero era necesario que Paloma participara en esta discusión.

Zach se volvió desde la puerta.

—Recordaré hasta el último detalle de cómo me habéis tratado —nos espetó.

—No eres el único que tiene memoria —respondí, y me lo quedé mirando fijamente mientras me preguntaba si alguna vez podría recordarnos nadando juntos en el río cuando éramos niños sin pensar en los cuerpos empapados de los niños ahogados en los tanques. Nos recordé trepando por los árboles de la orilla del arroyo y no pude sacarme de la cabeza la imagen del cuello partido de Leonard colgado del árbol—. Lleváoslo.

Zoe abrió la puerta con tal violencia que rebotó en la pared y estuvo a punto de golpear a Paloma cuando esta entró tras ella.

—¿Ha tenido el valor de acudir a nosotros? —dijo enfurecida—. ¿Después de lo que ha hecho? ¿Y espera que ahora lo protejamos?

—No —replicó Piper—. No lo protegemos a él. Estamos protegiendo a Cass.

—Está utilizándonos —afirmó Zoe.

El Maestro de ceremonias suspiró.

—Probablemente —dijo—. Siempre ha actuado así. Pero no veo qué alternativa tenemos.

Zoe se volvió a mirarme.

—¿Cómo estás tan segura de que dice la verdad cuando afirma que la General se ha vuelto contra él?

—Dice la verdad —respondí. No es que confiara en Zach, ni que los cortes y los moratones me hubieran convencido de su sinceridad. Si estaba tan segura era porque sabía que jamás habría acudido a mí a menos que no hubiera tenido más remedio.

—Solo era una cuestión de tiempo que la General se volviera contra él —manifestó el Maestro de ceremonias—. Vosotros no conocéis a la General tan bien como yo. —Hizo una pausa—. No es una persona a la que le guste

compartir —añadió, pronunciando cada palabra lentamente y con los dientes apretados.

Yo recordé con qué indiferencia la General nos había contado cómo había capturado y torturado a la tripulación de uno de nuestros barcos.

—Pero eso no quiere decir que Zach esté seguro aquí, con nosotros — continuó diciendo el Maestro de ceremonias—. Si se queda con nosotros, nuestros propios soldados podrían asesinarlo. Hasta el último soldado de esta ciudad, alfa u omega, lo mataría encantado.

—Si eso fuera cierto —dije—, me habrían matado a mí hace muchos meses.

—¿Es que crees que no hemos estado protegiéndote? —inquirió Piper con el tono que habría empleado para hacer una observación trivial, sin embargo, sus palabras me cortaron la respiración—. Tengo la casa de acogida vigilada ininterrumpidamente por guardias de mi confianza. Zoe y yo no nos hemos separado de ti si no era imprescindible.

Hacia unos meses, en la isla, uno de los asesores de Piper intentó matarme para hacer desaparecer a Zach. Desde entonces vivía con la creencia de que había demostrado que era un elemento útil para la resistencia y de que la constante vigilancia de Piper se debía a su desconfianza en el Maestro de ceremonias. No me había dado cuenta de que todavía consideraba que corría el riesgo de ser asesinada por nuestros soldados, por nuestro propio pueblo.

—Solo era una medida de precaución —añadió Piper con un tono tranquilizador—. Y no creo que intentaran atacarte directamente... Después de todo, han visto cómo has luchado por nosotros y saben lo que has hecho por la resistencia. Colaboraste en la evacuación de la isla y en la liberación de esta ciudad. Pienso que nuestro pueblo sabe que te necesitamos, aun cuando eso significa que Zach debe seguir vivo. —Eché un vistazo a la puerta por la que se habían llevado a mi hermano—. Pero es una provocación que se quede con nosotros. Si se topan con él a solas, con ese gesto de desprecio suyo en la cara, no les costará considerarte un daño colateral. En el mejor de los casos le darán una paliza, se ensañarán con él hasta el punto de que tú también sufrirás los dolores.

—¡No puede quedarse con nosotros! —bramó Zoe—. ¡No lo permitiré!

—Eso no depende de ti —repuso Piper—. ¿Crees que yo mismo no le

daría una paliza? —Su voz sonó implacable, aunque luego se suavizó—. ¡Por todos los demonios, Zoe, yo estaba contigo cuando sacamos a aquellos niños de los tanques! Y tú ni siquiera estuviste en la isla; no tuviste que ver lo que vi yo. La Confesora ejecutó a mis soldados uno tras de otro... por orden de Zach. Deja de actuar como si fueras la única que lo odia.

—¿Si no se queda con nosotros lo matarán? —preguntó Paloma, que se había mantenido al margen de la conversación y en silencio mientras nosotros discutíamos—. ¿Y matarán también a Cass?

El Maestro de ceremonias asintió.

—Entonces que se quede con nosotros —dijo, y sus palabras sonaron como si estuviera diciendo lo más obvio del mundo, como si no existiera otra opción.

Zoe hizo una mueca de asco.

—Se dedicará a espiarnos. Nos manipulará. Y acabará descubriendo a Paloma...

—Necesitamos a Cass —la interrumpió Paloma.

Me sorprendió su afirmación, pues me había dado cuenta de cómo me observaba mientras estaba teniendo una visión, de cómo me evitaba desde que comprendió que era Otraparte lo que veía arder.

—No es tan sencillo —dije, aunque me gustó la convicción con la que había hablado.

—No me trates con condescendencia —respondió—. Odio tus visiones, odio que hayas visto arder mi hogar y a mis paisanos masacrados. —Se le quebró un poco la voz y apretó los labios antes de continuar—: Pero te creo. Está cerca. Y tú eres quien nos ha alertado de ello. Sabes más que todos nosotros sobre la deflagración. No podemos salvar las islas Dispersas sin ti.

Todos nos la quedamos mirando. Tenía la espalda completamente recta y se envolvía con los brazos mientras esperaba una respuesta.

—Se quedará aquí —aseveró al cabo Piper.

—Vigilado —añadió el Maestro de ceremonias—. Y lejos de Paloma.

Zoe hizo el ademán de volver a hablar, pero miró a Paloma y no dijo nada.

De manera que Zach se quedó. Pensaba que me sentiría aliviada, ya que después de todo era cierto que ambos moriríamos si los demás no aceptaban acogerlo. En cambio, solo sentía una inquietud que me revolvía las tripas.

Zach había acudido a nosotros, magullado, desesperado y solo, y aun así no teníamos más remedio que hacer lo que nos pedía.

Cuando desperté a la mañana siguiente me quedé unos minutos tumbada en la cama, en silencio. Me estiré y apreté los pies contra los barrotes de la cama, intentando retrasar el momento de levantarme y afrontar el día, lo que significaba afrontar la presencia de Zach.

Piper se había escabullido la noche anterior, mientras el resto cenábamos en la cocina. No regresó hasta medianoche. Paloma se dio la vuelta en la cama y gruñó en sueños con el ruido de la puerta al cerrarse, y él caminó con paso firme hasta la cama. No tuve que preguntarle adónde había ido porque ya sabía que había estado hablando con Zach. Lo supe con certeza cuando lo vi sacarse las botas de una patada en medio de la habitación y por la manera como puso la almohada y la ahuecó debajo de la cabeza. Ahora, a pesar de que apenas había amanecido, Piper ya estaba en el patio con Sally, conversando en voz baja.

Zoe y Paloma también estaban despiertas, charlando junto a la ventana del dormitorio. Paloma asentía con la cabeza a algo que Zoe le decía. Llevaba puesta la camisa de esta, demasiado grande para ella, remangada sobre los brazos pálidos. Salí del cuarto y las dejé a solas.

Encontré a Elsa en la cocina. Mientras ella tamizaba la harina para dejar fuera los gorgojos, yo removía la avena. En la olla solo había un puñado de copos desmenuzados y remojados con agua con una consistencia más líquida de la deseada.

—Estamos así desde las últimas semanas del invierno —dijo Elsa al

reparar en mi mueca de desagrado mientras contemplaba la mezcla—. Las reservas de grano están casi agotadas. La mitad de las granjas ni siquiera habían cultivado los campos. El Consejo solo mantuvo un puñado de ellos, los necesarios para las tropas destinadas aquí.

El Consejo no había cultivado las granjas porque pensaron que cuando el trigo hubiera crecido hasta la altura del hombro y estuviera listo para la recolección, los miles de omegas que vivían en Nuevo Hobart estarían metidos en tanques, como los niños.

—Aun ahora —continuó diciendo Elsa—, algunos granjeros son reacios a trabajar sus pequeñas parcelas fuera de la muralla. Un montón han hecho las maletas y se han ido.

No podía reprochárselo. Los alrededores de Nuevo Hobart tenían una apariencia de normalidad, pero era difícil desprenderse de la sensación de que la ciudad estaba viviendo un periodo de tregua entre dos batallas.

Aún estaba hambrienta cuando me zampé mi ración de avena cocida. Rebañé el cuenco con la cuchara hasta que la arcilla protestó.

Mientras los cuatro atravesábamos la ciudad en dirección a la oficina del recaudador de tributos, nos cruzamos con una patrulla de soldados del Maestro de ceremonias que se dirigía a la muralla. Un año antes, si me los hubiera cruzado en la calle y les hubiera mirado de reojo la cara, habría jurado que eran omegas, con los huesos marcados y unas facciones que apenas distinguían a unos de otros. Desde los años de la sequía, cuando era una cría, no había vuelto a ver unos alfas tan demacrados.

Cuando llegamos a la oficina del recaudador escruté el rostro del Maestro de ceremonias. Incluso él había perdido peso, a pesar de que la mata de pelo rizado lo disimulaba bastante.

Le pregunté sobre las raciones.

—He puesto vigilancia en los silos de Deadmeadow y Landfall. Buena parte de las llanuras del oeste siguen custodiadas por guarniciones que me son leales. También contamos con la recaudación de los tributos.

Piper hizo un mohín, pues ese dinero procedía de los omegas, a quienes a menudo se les había sacado mediante latigazos. Pero si el Maestro de ceremonias se percató de su gesto, no lo demostró.

—El problema es traerlo aquí —añadió el Maestro de ceremonias—. El

Consejo controla el paso de los Demoladores. Los convoyes no pueden realizar el viaje desde mis guarniciones por ninguna otra ruta sin acercarse peligrosamente a Wyndham. Los soldados de la General ya han interceptado dos convoyes de grano y uno de armas este mes. Mientras el Consejo tenga en su poder el paso y las llanuras que rodean Wyndham, vamos a pasar apuros para alimentar a la tropa, y más aún a la población civil —añadió, mirando con el rabillo del ojo a los guardias apostados en la puerta—. Mis soldados no están acostumbrados a raciones tan escasas.

—Nuestras tropas han salido adelante con mucho menos durante años —apuntó Zoe.

—Eso no cambia nada —señaló Piper—. Hay que solucionarlo, por el bien de todos. Estamos pidiéndoles que se enfrenten al Consejo, en batalla campal, cuando la General lance el ataque, cosa que hará antes o después. No podemos defender Nuevo Hobart con las tropas descontentas. Olvídate de los principios de lealtad, no hay mejor caldo de cultivo para un motín que un ejército hambriento.

—¿Y los reclutas nuevos? —pregunté—. ¿Se ha alistado mucha gente desde que se ha corrido la voz sobre los refugios?

Los refugios, lugares donde eran acogidos y alimentados por el Consejo a cambio de su trabajo, habían sido el último recurso de los omegas durante generaciones. Si bien eran poco más que campos de prisioneros, supuestamente eran la última red de seguridad de un Consejo que en ningún caso podía poner en peligro la vida de los alfas permitiendo que los omegas murieran de hambre. En los últimos años, ya con Zach y la General al mando, se habían convertido en algo más siniestro, en lugares a los que miles de omegas acudían para que los metieran en tanques, donde eran preservados para proteger a sus gemelos alfas.

—No es posible que seas el único que no apoye la decisión del Consejo de quebrar el tabú —añadí.

El Maestro de ceremonias se encogió de hombros.

—La noticia sobre los refugios está propagándose... Reconozco que tu iniciativa ha dado resultado, y han estado llegando omegas. Pero muchos son reacios a venir a una ciudad defendida por mí. En cuanto a los alfas, la mayoría no creen los rumores que circulan sobre los tanques; y los que lo

hacen tienen que decidir qué es lo que más temen, si las máquinas o a los omegas y el fatal vínculo. Tienen que decidir hasta qué punto están dispuestos a liberarse de sus gemelos.

Yo misma me había planteado esa dicotomía todos los días. Cada vez que lo oía hablar sobre los gemelos, no podía evitar pensar en la suya, encerrada en algún lugar.

—También temen a la General —añadió el Maestro de ceremonias—. Y no sin motivo. Una cosa es que quieran defender la vigencia del tabú, y otra muy distinta que estén dispuestos a enfrentarse con ella.

—Sería muy distinto si vieran los tanques con sus propios ojos —dije. No podía sacarme de la cabeza lo que había visto allí. La fusión de tubos y de carne; el insoportable silencio de los cuerpos flotando—. Escuchar lo que dicen los rumores no puede compararse con verlo. A excepción de los soldados que trabajan en los refugios, ningún alfa ha visto nunca los tanques. No tienen que afrontar la realidad de lo que está haciéndose en su nombre.

—Tu hermano y la General lo saben perfectamente, pues de ello dependen sus planes —dijo el Maestro de ceremonias con cierta impaciencia—. De todos modos, mientras controlen el paso de los Demoledores no podemos alimentar a más reclutas, aunque entraran en masa por las puertas de la ciudad.

Piper debió percatarse del gesto de abatimiento generalizado.

—No todo son malas noticias —exclamó, y enarcó una ceja—. Si la General está concentrando todos sus esfuerzos en matarnos de hambre, tal vez entonces no esté planeando lanzarse sobre nosotros con toda su fuerza... Al menos de momento.

¿Cuánto tiempo teníamos hasta que el Consejo se enterara de la existencia de Paloma? ¿Y de que Zach estaba con nosotros? ¿La General aplastaría Nuevo Hobart cuando descubriera que les estábamos dando refugio a ambos? ¿Y bastarían el Maestro de ceremonias y sus tropas para defendernos si el Consejo enviaba todas sus fuerzas contra nosotros? ¿Intentarían siquiera protegernos?

El Maestro de ceremonias fue la primera persona que hizo un comentario en voz alta sobre Paloma y Zoe, al día siguiente de la llegada de Zach. Paloma y

Zoe estaban en el otro extremo del salón principal de la oficina del recaudador de tributos, charlando con Simon y con Piper, cuando Paloma se colocó detrás de Zoe y le acarició fugazmente la nuca.

—Mira que tenía donde elegir... —masculló el Maestro de ceremonias en voz baja, de manera que solo yo pude oírlo, mientras negaba con la cabeza.

—¿Dices eso porque Zoe es una mujer? —le pregunté.

—No digas tonterías —respondió—. Lo digo porque no he conocido a nadie más quisquilloso que Zoe. —Me lanzó una mirada cómplice.

No le respondí. No quería hablar sobre Paloma y Zoe, y menos aún con él. Ya controlaba una gran parte de nuestras vidas y no me apetecía que también metiera las manos en eso.

—Paloma es la única emisaria de Otraparte entre nosotros —continuó diciendo el Maestro de ceremonias—. Quizá no me entusiasme tanto como a vosotros la idea de que nos unamos a ellos, pero tampoco soy tan idiota como para pensar que debemos correr el riesgo de emprender hostilidades contra Otraparte. Hay que valorar la buena voluntad de Paloma. Lo último que necesitamos es que una riña de novios eche a perder el único contacto que tenemos con ellos.

—No ha habido ninguna riña —dije. Zoe seguía siendo tan borde como siempre con los demás, pero en presencia de Paloma se comportaba con una docilidad insólita. Al otro lado de la habitación, Paloma se había puesto delante de Zoe y esta le había alzado la barbilla para ponerle la otra mano en el cuello.

El Maestro de ceremonias las miraba fijamente.

—Los soldados han empezado a hacer preguntas sobre Paloma —dijo—. No son ciegos, ni estúpidos. Saben que no es de aquí. Preguntan de dónde ha salido, qué hace aquí y qué influencia tendrá en nuestro futuro.

—Tú ya conoces las respuestas —contesté—. No esperarás que olvidemos lo que hemos descubierto. Si conseguimos salvar Otraparte, acabaremos con el vínculo gemelar. Mira a Paloma.

—Lo sé —dijo con frialdad el Maestro de ceremonias. Seguí la trayectoria de su mirada. Zoe estaba pegada a la espalda de Paloma y apenas se atisbaba la pierna ortopédica, que era un par de tonos más oscura que el resto de su piel—. Nació sin el vínculo gemelar. Allí todos nacieron como ella.

—Y sufren mutaciones —repuso el Maestro de ceremonias—. Nos estáis pidiendo que hagamos un sacrificio extraordinario.

Me di cuenta de que todavía se incluía en los alfas cuando hablaba sobre ellos.

—No —dije—. Os estamos pidiendo que cumpláis vuestra parte. Nosotros hemos llevado la carga durante siglos; y no me refiero solo a la infertilidad, sino también a todo lo demás. Y lo hemos hecho solos, mientras vosotros vivíais cómodamente en vuestros cuerpos sanos.

—¿Eres consciente de lo que estáis pidiéndonos? Queréis que renunciemos a eso.

—Debe de ser agradable estar tan convencido de la propia perfección.

Bufó ligeramente y su nariz se dilató.

—Para vosotros los omegas es muy fácil arrogaros la superioridad moral. No vais a ser vosotros los que tendréis que tomar el medicamento. Queréis que arriesguemos nuestras vidas y tomemos un medicamento tabú que ni siquiera comprendéis.

No le faltaba razón; no comprendía el medicamento. Ni siquiera Paloma conocía los detalles de su funcionamiento. La única prueba que tenía de sus efectos era la propia Paloma y un puñado de documentos encontrados en el Arca. El Maestro de ceremonias también tenía razón cuando señalaba que no eran los omegas los que tenían que tomarlo. El tratamiento tendría efecto en la siguiente generación, pues la única mutación que todos los omegas tenían en común era la esterilidad.

—Eliminar el vínculo gemelar —añadió el Maestro de ceremonias—, de la manera como lo describes, no habría salvado a mi esposa. —Su esposa había muerto al dar a luz, cuando el gemelo omega, con una cabeza descomunal, se quedó atascado. El Maestro de ceremonias no había vuelto a mencionar el episodio desde que me lo confesó por primera vez, y en la única ocasión que yo saqué el tema reaccionó de una manera furibunda. Ahora era él quien lo sacaba, inopinadamente, y con la voz cansina—. No fue su gemelo lo que mató a Gemma. La mató el monstruo que alumbró. ¡Y queréis que os ayude a eliminar ese vínculo gemelar..., a hacer que la siguiente generación esté formada exclusivamente por monstruos!

Siguió un largo silencio.

—No es por nosotros —repuse—. Esto no nos salvará, ni nos cambiará, ni levantará a los muertos de sus tumbas. Pero nos ofrece la oportunidad de ofrecer a las siguientes generaciones la posibilidad de que vivan sus propias vidas.

El Maestro de ceremonias no despegaba la mirada de la pierna ortopédica de Paloma, de Piper ni de Simon, que estaban en el otro extremo de la habitación.

—Pero ¿qué clase de vidas? —preguntó.

Me lo quedé mirando con una mezcla de compasión y de rabia. ¿A qué venía esa pregunta? Seguí su mirada hasta Piper, con su ancha espalda encorvada sobre un mapa mientras hablaba con Simon, y hasta Paloma, cuyo vínculo con Zoe a veces parecía ser lo único que crecía en un mundo carbonizado. ¿Cómo podía el Maestro de ceremonias mirarlos y hablar de imperfección, o de vidas sin sentido?

—Con lo perfecto que eres y no entiendes nada —dije. El Maestro de ceremonias me miró de un modo extraño. Aunque no quise hacerlo, no pude evitar reírme mientras hablaba—. ¿De verdad crees que las imperfecciones son lo que nos hacen la vida imposible? No soy tan tonta como para negar que las deformaciones sean una losa, pero el verdadero problema son los asentamientos, los tributos, los toques de queda, los latigazos... los alfas que nos escupen cuando se cruzan con nosotros, y los asaltantes que atacan nuestros asentamientos a sabiendas de que el Consejo no nos protege.

—Pero yo os he protegido —dijo el Maestro de ceremonias—. He liberado esta ciudad y he luchado a vuestro lado porque estábamos de acuerdo en que había que mantener el tabú.

—Estábamos de acuerdo en que lo que Zach y la General hacían estaba mal —puntalicé.

—¿Y qué ocurre si opino que lo que queréis hacer con los medicamentos de Otraparte está mal?

Hice un esfuerzo para mantener la calma.

—En ese caso tendrás que tomar una decisión —respondí—. Como he hecho yo.

Piper echó un vistazo en dirección al cuarto en el que estaba encerrado Zach cuando un soldado del Maestro de ceremonias depositó una fuente con comida en la mesa.

—Deberíamos darle de comer —dijo Piper.

—¿Por qué? —masculló Zoe—. Que pase hambre. Es lo menos que merece.

—Hay que mantenerlo sano —repuso Piper—. Si se debilita o cae enfermo, Cass sufrirá las consecuencias.

—No estoy sugiriendo que lo dejemos morir de hambre —replicó ella—. Pero no se morirá por saltarse un par de comidas. Lo que te aseguro es que yo no voy a hacerle de criada.

—Iré yo —dije, poniéndome en pie. Me incliné para servir más estofado en mi cuenco y agarré el último trozo de pan.

Cuando me enderecé, el Maestro de ceremonias y Piper estaban observándome.

—A ver qué puedes sacarle —dijo el primero.

—No hace falta que me digas lo que tengo que hacer —contesté—. No voy por gusto.

Noté el sudor en las axilas y el golpeteo del corazón en las costillas mientras enfilaba por el pasillo que conducía al cuarto de Zach. Apreté el paso para adecuar el ritmo de mis pasos al de los latidos.

En los años que me mantuvo encerrada en las Salas de Preservación esperaba sus visitas con impaciencia. Contaba los días, las bandejas de comida, los pasos que sonaban fuera de la celda. A pesar de que lo odiaba, era la única persona que venía a verme, aparte de la Confesora. El odio que le profesaba y mi anhelo por verlo habían cuajado en mi interior.

Ahora era mi turno. Era yo quien recorría el pasillo hasta el cuarto donde esperaba Zach.

Simon estaba tomándose un descanso, pero había cuatro guardias custodiando la habitación. Los hombres se apartaron y recorrieron los cerrojos de la puerta cuando vieron que me acercaba.

En realidad no sé si podría llamarse habitación al receptáculo en el que

estaba encerrado Zach; más bien parecía un armario, aunque había una estrecha ventana en lo alto por la que entraba algo de luz. El polvo se amontonaba en los rincones, donde se apilaban cajas vacías.

Cuando entré, agachándome para pasar por debajo del dintel, Zach levantó las manos para enseñarme que los grilletes que le apresaban las muñecas pasaban por el interior de un aro metálico clavado a la pared. Dejé el cuenco en el suelo y lo deslicé hacia él, pero Zach no le prestó atención.

—Así que este es el trato que habéis decidido darme —dijo.

La puerta se cerró detrás de mí.

—Tú has venido a nosotros —respondí—. Sabías lo que te esperaba.

—No esperaba esto —repuso agitando las manos. Las cadenas tintinearón.

—Tú me trataste peor —repuse—. Pasé cuatro años encerrada en las Salas de Preservación. Deberías sentirte agradecido por tener aire fresco y luz natural. Es más de lo que recibí de ti.

—¿Cuatro años? ¿Por qué no trece?

—¿De qué hablas?

Ladeó la cabeza.

—¿Crees que esta es la primera vez que soy tu prisionero? —preguntó—. ¿Qué me dices de los primeros trece años de nuestra vida? Me tuviste atrapado. Hiciste que mis propios padres desconfiaran de mí. No pude ir al colegio; no pude tener amigos; no pude hacer nada hasta que me liberé de ti. —Me clavó una mirada inclemente—. Trece años —repitió, arrastrando las palabras, regodeándose en cada sílaba—. No comencé a vivir hasta que me libré de ti. Tuve que recuperar el tiempo perdido.

—No me echas a mí la culpa de lo que has hecho —le espeté—. Tú has tomado todas las decisiones. —Le miré las manos y pensé en todo lo que habían hecho. Le miré la boca y pensé en las órdenes que había pronunciado—. Has cometido auténticas atrocidades.

—¿Qué alternativa tenía? —gritó—. ¿Dejar que las cosas continuaran como estaban? ¿Aceptar que todo el mundo viviera sujeto al capricho de los cuerpos de los omegas, que podían enfermar en cualquier momento?

No quise escucharlo.

—Cuéntame qué sabes —ordené—. ¿Adónde habéis trasladado la máquina de la deflagración? ¿Cuáles son los planes de la General?

Zach se puso tenso.

—Ya os lo he dicho. La General me dio la espalda cuando destruisteis la base de datos y os apoderasteis de esta ciudad.

¡Qué rápidamente regresábamos al punto de partida!: todo era culpa mía. ¡Mía!

—Aun así, debes de saberlo —insistí—. Estabas en el Arca cuando transportabais la máquina de la deflagración.

Todas las noches intentaba rastrear la máquina de la deflagración; la buscaba con todas mis fuerzas, sobreponiéndome al rechazo que me producía la idea de un arma de esas características. La buscaba a tientas, con los ojos cerrados con tanta fuerza que veía figuras blancas moviéndose en la negrura. Pero por mucho que intentara distinguir el lugar, siempre era en balde. No sentía nada, o peor aún, recibía impresiones cambiantes: un día señalaban el norte y dos días después desaparecían o señalaban el oeste. Mi don de vidente para encontrar cosas estaba fallándome. O tal vez la máquina de la deflagración lo había aniquilado, como acabaría aniquilando todo.

—No puedo contarte nada más —dijo Zach—. La General ordenó su nuevo emplazamiento. Yo jamás vi dónde era. Ya se lo dije a tu amigo Piper cuando vino a interrogarme. —Apretó los labios al recordarlo—. Él y el Maestro de ceremonias juntos. Estuvieron haciéndome las mismas preguntas durante horas. Intentaron asustarme, intimidarme. Les dije lo mismo que te he dicho, que nunca estuve allí. No lo sé.

—Mientes.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —inquirió Zach con una sonrisa en las comisuras de los labios—. ¿Torturarme?

Aporreé la puerta y mantuve la palma de la mano apretada con fuerza contra la tosca madera mientras los guardias descorrían los cerrojos. Hice un esfuerzo para no perder los nervios. Zach me lanzó una mirada escrutadora. Sabía que yo sentiría el mismo dolor que le infligieran a él. La noche anterior, cuando adiviné que Piper y el Maestro de ceremonias le habían hecho una visita, me dormí abrazada a mí misma, aguardando el dolor. Finalmente no había llegado, pero ignoraba hasta cuando estarían dispuestos Piper y el Maestro de ceremonias a ahorrármelo. Daba igual que Zach y no yo fuera el responsable de sus crímenes; eso no cambiaba nada, pues mi cuerpo se había

convertido en un obstáculo entre su resistencia y lo que necesitábamos averiguar.

Antes de volver al salón principal junto con los demás, me detuve un momento en el pasillo, con la espalda apoyada contra la pared. Los guardias estaban corriendo de nuevo los cerrojos de la celda de Zach y noté que mi respiración se tranquilizaba con el chirrido de cada pasador, pero las llamas aún crepitan en los márgenes de mi campo visual. La deflagración me perseguía. ¿Cuánto tiempo me quedaba hasta que me sumara a Xander y su silencio en el Árbol del Beso? ¿Cuánto tiempo me quedaba hasta que me rindiera a la deflagración?

Piper me observó detenidamente cuando mi regreso al salón principal interrumpió la conversación.

—¿Le has sacado algo? —preguntó el Maestro de ceremonias.

Negué con la cabeza.

—Dice que no sabe nada.

—¿Le crees? —inquirió Zoe.

—No lo sé —respondí de mal talante—. No puedo leerle la mente.

Zoe hizo un irónico gesto de rendición con las manos y puso los ojos en blanco.

—Tranquila. Nadie está insinuando que seáis amigos del alma.

Me serví un vaso de agua para poder dar la espalda a la mirada de los demás, y la torpeza de mis manos me hizo derramar un poco.

Piper cogió su vaso y se acercó a mí.

—Zach está jugando contigo —dijo sin mirarme mientras cogía la jarra de agua y se servía también él. Habló en voz baja para que no lo oyeran los otros—. No permitas que te engañe.

Asentí, pero él no sabía que Zach nunca había hecho otra cosa.

Sally, Elsa, Xander y yo estábamos sentados en la sala de la parte delantera de la casa de acogida. Del otro lado de la ventana llegaba el ruido del ajetreo nocturno de la ciudad: los andares despreocupados de los soldados de permiso, los pasos más coordinados de los que estaban patrullando, las voces de los ciudadanos que pasaban por delante. La última vez que había estado en Nuevo Hobart tardé unos cuantos días en comprender por qué me sonaban extraños los sonidos de la ciudad. No era solo porque la batalla hubiera dejado la ciudad herida y a sus pobladores con los nervios a flor de piel y huraños. Incluso una vez que comenzaron las labores de reconstrucción y la gente volvió a salir a la calle, el sonido de la ciudad continuó causándome una sensación de extrañeza, hasta que por fin me di cuenta de que venía provocada por la ausencia absoluta de niños. En la casa de acogida de Elsa, alrededor de la plaza del mercado y en las calles solo se oían voces adultas. Faltaba una capa de sonido: la cháchara de los niños, el llanto de los bebés, el grito repentino de un crío acorralado en un juego. El silencio jamás se instalaba en la ciudad, pues la habitaban varios millares de personas que iban de un lado a otro en sus quehaceres diarios, pero como si se tratase de una campana abollada, Nuevo Hobart no sonaba como debía.

No dejaba de lanzar miradas a Xander, que permanecía sentado, apoyado contra la silla de Sally, con los ojos cerrados. Pensé en Zach, encerrado en la celda de la oficina del recaudador de tributos. Zach era mi pasado y Xander mi futuro. Y delante de nosotros teníamos la deflagración, que significaría el

final de Otraparte y de la resistencia, y de todos los futuros que yo pudiera concebir.

Otra patrulla, doce soldados a caballo que regresaban a la muralla, pasó por debajo del ventanal. Sally me pilló observándolos.

—Hemos aumentado el número de soldados de las patrullas desde que el Consejo se apoderó del paso de los Demoledores y comenzó a asaltar los convoyes. También hemos establecido puestos de vigilancia en las rutas de transporte de mercancías.

Pero lo que me había llamado la atención no era el tamaño de las patrullas, sino los dos hombres que ocupaban la posición central, ataviados con unos uniformes distintos a los del resto de los soldados del Maestro de ceremonias. Iban vestidos del azul de la guardia de la isla y eran omegas. El brazo izquierdo de uno de ellos era una mano con garras que sobresalía directamente del hombro. El que iba detrás de él, más alto, tenía una joroba que lo obligaba a cabalgar inclinado sobre el pomo de la silla de montar.

—¿Ahora patrullan juntos? —pregunté.

Sally asintió.

—A ninguna de las partes le entusiasmó la idea, especialmente a los hombres del Maestro de ceremonias. No fue una decisión que se tomara deliberadamente, simplemente sucedió. Cuando estabais fuera se produjo un incendio en el barrio norte y todos aunamos esfuerzos para evitar que la ciudad fuera reducida a cenizas. A partir de entonces, cuando a las patrullas de alfas a veces les faltaban un par de hombres, les cedíamos soldados nuestros, aunque no faltaron las protestas más o menos airadas por ambas partes.

—¿Y siguen patrullando juntos? —pregunté mientras seguía con la mirada al último jinete, que desapareció al otro lado de un recodo en la cima de la colina.

—No te hagas ilusiones —dijo Sally, que aspiró profundamente de la pipa de Elsa y mantuvo el humo dentro de la boca durante un par de segundos—. Si pudieran evitarlo no lo harían. Como te he dicho, simplemente sucedió. De todos modos, solo ocurre cuando a las patrullas les faltan hombres o se produce una emergencia de alguna clase.

Asentí y apoyé la cara en el marco de la ventana para esconder mi sonrisa. No eran necesarios grandes gestos, el simple contacto diario hacía su trabajo.

Bastaba con cruzarse continuamente con un camarada soldado en el cambio de guardia, verlo soltarse la espada del cinturón y quejarse del mal tiempo para acabar dándose cuenta de que era un hombre normal, no más enigmático ni aterrador que uno mismo. La política de segregación del Consejo había jugado un papel decisivo en su afán por alimentar la tensión entre alfas y omegas. Ahora, compartir una letrina podría hacer más para unir a dos personas que cualquier discurso grandilocuente.

—No todo ha sido coser y cantar —dijo Elsa—. No han escaseado las discusiones y ha habido preocupantes momentos de tensión, sobre todo desde que las raciones son tan escasas. Cuando vosotros estabais en la costa, algunos hombres del Maestro de ceremonias intentaron apoderarse del pozo principal, el que está en el mercado, para que solo pudieran utilizarlo los alfas. Trataron de calentar los ánimos y propagaron el rumor de que el agua estaba contaminada.

Sally puso los ojos en blanco.

—¿Compartimos el mismo útero y piensan que pillarán algo si comparten un pozo?

Yo comprendía qué quería decir, pero también sabía que precisamente porque compartimos el mismo útero, y no a pesar de ello, desconfiaban tanto de nosotros. Zach me lo había dejado claro. Nada resultaba más pavoroso que darse cuenta de que, al fin y al cabo, no éramos tan diferentes.

—Hubo altercados —explicó Elsa—, y se llegó a las manos más de una y de dos veces.

Sally asintió.

—El Maestro de ceremonias actuó con contundencia con ambos bandos. Hay que reconocer que en este incidente fue imparcial. No toleró las tonterías, ni por parte de sus soldados ni de los nuestros. —Soltó una risotada ahogada—. Aunque fue la pereza lo que acabó con el problema, no la disciplina, ni mucho menos los principios. La mayoría de los alfas acuartelados en el lado oriental de la ciudad eran demasiado perezosos para cruzar toda la ciudad hasta el mercado para conseguir agua. El conflicto se diluyó al cabo de pocos días.

Sally aún hablaba de sus soldados y de los nuestros, pero por primera vez desde la llegada de Zach me permití alimentar por un momento la esperanza de

que estábamos construyendo algo nuevo en esta ciudad hambrienta. A su humilde manera, la imagen de aquellos jinetes alfas y omegas unidos representaba el mismo ideal que Otraparte.

Esa noche, Sally entró en el dormitorio cuando yo estaba sola. Oí sus inconfundibles pasos atravesando el patio: caminaba con lentitud, ejecutando con precisión cada movimiento porque andar le provocaba un dolor inmenso.

—He visto cómo observas a Xander —dijo.

Oírla pronunciar su nombre bastó para que me pusiera tensa. Era cierto lo que decía: no me gustaba estar cerca de Xander, pero cuando lo estaba, no podía evitar observarlo.

—No lo hago a propósito —repuse—. No puedo evitarlo. Cuando lo veo, veo en qué estoy convirtiéndome...

—No tengo tiempo para tus lamentos —me interrumpió. Hizo un gesto de impaciencia con la mano—. Eres vidente y necesito tu ayuda. Ya no sé cómo llegar a él. Dime cómo puedo ayudarlo. —Me vino a la cabeza el semblante de Xander, impenetrable como los edificios calcinados que flanqueaban las calles de Nuevo Hobart—. Hace semanas que apenas dice una palabra. Ya ni siquiera habla como antes del fuego. —Su cantinela de siempre: «Siempre fuego».

—¿Por qué iba a hablar de eso ahora? —pregunté—. No estás en medio de un bosque en llamas gritando: «¡Fuego!»». La deflagración es inminente. Las advertencias ya no sirven de nada y lo sabe. Lo sabemos.

—¿Qué puedo hacer por él, entonces?

—No puedes hacer nada —respondí—. Es decir, no más de lo que ya haces. Habla con él. Ocúpate de que coma. Permítele ir al Árbol del Beso si eso lo tranquiliza. —El centenar de cosas que afirmaba que hacía por él todos los días. Esa misma mañana había visto a través de la ventana del dormitorio a Sally arrodillándose en el suelo de grava para cortarle las uñas de los pies, a pesar de que había tardado una eternidad en ponerse de rodillas, con ambas manos apoyadas en la región lumbar mientras se agachaba.

—¿Se entera siquiera de lo que pasa a su alrededor? —preguntó.

—Vive dentro de la deflagración —respondí—. Es lo único que ve ahora

mismo.

—¿Nada más?

—Creo que es consciente de las cosas que ocurren. Oye lo que hablamos. Pero para él no tiene importancia nada que no tenga relación con la deflagración. Todo lo demás... —Hice una pausa mientras intentaba encontrar las palabras para describir lo que yo sentía cada vez que veía a Xander. Recordé lo que Paloma dijo cuando nos contó lo que había pasado con las minas y los pozos de petróleo al producirse la deflagración: «Todo lo que podía arder, ardió»—. Todo lo demás solo es combustible. Se consume.

Llegó la orden de que se prepararan los barcos. La General controlaba casi toda la costa, pero el Maestro de ceremonias tenía dos naves guarnecidas en el sur y se proponía enviarlas a la costa noroeste para que se unieran a la *Rosalind*. Era una operación peligrosa, ya que el Consejo había incrementado las patrullas costeras, incluso en esas latitudes, y fondear los barcos mar adentro suponía exponerlos a las tormentas. Todos sabíamos además que el Consejo atacaría Nuevo Hobart tarde o temprano... si es que no nos mataban de hambre antes. Sin embargo, resultaba esperanzadora la idea de que si conseguíamos sobrevivir por lo menos un par de meses más, la flota estaría lista. Y en cuanto los vientos del norte cesaran, Paloma podría guiarnos hasta su hogar... siempre y cuando el Consejo no hubiera encontrado y destruido las islas Dispersas antes.

No obstante, me di cuenta de que el Maestro de ceremonias aún desconfiaba de Paloma, a pesar de haber ordenado que la flota se preparara. Cuando nos sentábamos a la mesa del salón principal, él siempre lo hacía en el extremo opuesto a ella, y cuando los demás la acibillábamos a preguntas sobre Otraparte, él se limitaba a observarla, con los brazos cruzados sobre el pecho. Nunca abría la boca si surgía el tema de los medicamentos.

Piper también se percató de ello.

—¿Tienes alguna objeción? —le preguntó un día.

—Ya he dicho que proporcionaré los barcos y que haré todo lo que esté en mi mano para proteger a Paloma —respondió el Maestro de ceremonias—. Pero no puedo prometer que vaya a arriesgar la vida de mis hombres con los

medicamentos tabú.

—¿Ni siquiera les vas a ofrecer la posibilidad de elegir?

—Los alfas hemos preservado la esencia de la humanidad durante cuatro siglos. Y ahora vosotros queréis que alteremos el orden establecido.

—¿La esencia de la humanidad? —inquirí—. Querrás decir a los alfas... a las personas perfectas como Zach o la General.

—Ya sabes qué quiero decir —repuso con un tono de exasperación—. La perfección física. La fuerza. Quizá hayamos dejado atrás el largo invierno, pero sigue siendo un mundo duro. Y necesitamos personas fuertes para sobrevivir en él.

—¿En serio crees que antes de la bomba todo el mundo era perfecto? —preguntó Paloma desde la otra punta de la mesa.

El Maestro de ceremonias le lanzó una mirada fulminante.

—Sabemos que la deflagración causó las mutaciones —respondió—. Siempre lo habíamos sabido y los documentos del Arca lo confirmaron. Describen las mutaciones y explican cómo se desarrollaron después de la deflagración.

—Sí —reconoció Paloma, echándose hacia delante—. No niego las consecuencias de la deflagración, pero ¿crees que todos los cuerpos eran iguales antes de la explosión? —Se encorvó hasta casi pegar la barbilla a la mesa y sonó un chasquido cuando desenchajó la pierna ortopédica del muñón—. Esta tecnología —añadió mientras depositaba la pierna en la mesa— es de antes de la bomba. —El Maestro de ceremonias observó cómo se balanceaba la prótesis sobre la mesa, hasta que finalmente se quedó quieta—. En casa tenemos otros aparatos que también datan de entonces: sillas de ruedas y manos artificiales... Los médicos solo han podido conservar una parte mínima de los artilugios pasados, pero es suficiente para saber con certeza que entonces también nacía gente como nosotros.

—En el Antes incluso les habían puesto nombres —intervine.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó el Maestro de ceremonias, volviéndose bruscamente hacia mí.

—De los documentos del Arca... de los pasajes dedicados a las mutaciones —respondí—. Ya tenían el vocabulario para describirlas. —Para mí solo eran un batiburrillo de sílabas, «polimelia», «amelia», «polidactilia»,

«sindactilia», pero para las personas que las habían escrito, esas palabras tenían un significado; los había horrorizado la gran cantidad de gente que sufría mutaciones desde la deflagración, pero las enfermedades con las que se encontraban ya tenían un nombre, ya eran conocidas; existían antes de la deflagración—. Conocían las alteraciones. Tenían nombres para ellas.

—Y remedios para algunas —añadió Paloma—. La mayoría no han llegado hasta nosotros, pero hay algunas enfermedades que pueden curarse, o al menos paliarse, con los medicamentos apropiados. Mi hermana pequeña sufre ataques, o los sufría. Los médicos le dieron un medicamento que tiene que tomar todos los días y ya casi se ha olvidado de ellos.

El Maestro de ceremonias negó con la cabeza.

—El hecho de que hubiera unos pocos monstruos en el Antes no significa que sea lo correcto; no significa que debemos darnos por vencidos y permitir que todo el mundo sea así.

Me eché a reír. Paloma me miró como si me hubiera vuelto loca. Y quizá lo estaba. Pero ahora lo veía claro. Lo había visto claro con Zach y de nuevo con el Maestro de ceremonias. Era increíble con qué ímpetu reconstruían los muros que se derrumbaban alrededor de sus creencias.

—¿Monstruos? —exclamé—. Solo estás dibujando una raya en la arena. No significa nada. Es completamente arbitraria.

Mientras la discusión continuaba alrededor de la mesa, yo seguí pensando en lo claras que eran las cosas tiempo atrás. La nítida frontera entre el Antes y el Después se había difuminado con el descubrimiento del Arca y de Otraparte y con lo que habíamos averiguado sobre el pasado. Y la frontera que separaba a los alfas de los omegas estaba desapareciendo a pesar de los esfuerzos de los primeros para mantenerla.

Pero ¿qué pasaba con la frontera entre Zach y yo?

Esa noche me desperté gritando de dolor y apretándome la frente. En el otro lado del dormitorio, Zoe dejó escapar un gruñido y tiró de la manta de la que Paloma se había apropiado.

En un primer momento supuse lo mismo que Zoe, esto es, que el dolor de cabeza era una visión, o un sueño. Permanecí tendida en la cama y esperé a

que remitiera. Sin embargo se hizo más fuerte y me acurruqué con las rodillas pegadas al pecho mientras escuchaba mis propios gemidos. Cuando me incorporé, encontré a Zoe arrodillada frente a mí, con una expresión en la cara que era una mezcla de irritación y de preocupación. Paloma estaba de pie detrás de ella, envuelta con la manta. La puerta que daba al patio se abrió violentamente y Piper entró corriendo, pero yo cerré los ojos para aplacar el dolor de cabeza, inextinguible como un incendio. No había sentido nada igual desde que con trece años me marcaron y noté el aliento del consejero en la cara mientras apretaba el hierro contra mi piel.

—Déjame ver —dijo Zoe al mismo tiempo que me despegaba las manos de la frente. Me resistí, como si al apretarme la cabeza en cierta manera estuviera conteniendo el dolor, pero ella era mucho más fuerte—. No tiene nada —dijo, volviéndose a Piper.

Él fue el primero en adivinarlo.

—Zach.

Cuando llegamos a la oficina del recaudador de tributos, el Maestro de ceremonias ya estaba con mi hermano.

Yo había recorrido las oscuras calles de la ciudad a trompicones, agarrada al brazo de Piper para no caerme mientras el dolor era tan intenso que tenía que morderme el labio para no gritar.

Junto a la oficina del recaudador de tributos había seis soldados apoyados contra la pared y con las cabezas agachadas. Dos de ellos llevaban puesto el uniforme rojo de las tropas del Maestro de ceremonias; los demás, tres hombres y una mujer, vestían el azul de la resistencia. Frente a ellos estaba el Maestro de ceremonias, sujetando en alto un farol. Su rabia contenida le confería un aspecto aún más atemorizador.

Junto a la pared, sentado en el suelo a un par de pasos de los soldados, estaba Zach, con las manos alrededor de la frente, como yo.

—Simon no estaba de servicio —dijo el Maestro de ceremonias nada más vernos—. Cuatro de estos se abalanzaron sobre Zach cuando regresaba del retrete escoltado por dos guardias que no hicieron su trabajo. —Pronunció cada una de las palabras como si las escupiera.

—Intenté detenerlos —dijo la mujer.

La reconocí: era Meera, uno de los soldados veteranos de Simon y Piper, con quien había charlado bastantes veces.

—Ya se nota —dijo Piper, que había dado un paso al frente.

Meera no dijo nada. Tenía el cuello de la guerrera desgarrado, pero no se le veían magulladuras ni heridas. Tal vez hubiera peleado para proteger a su prisionero, pero no lo había hecho con la energía suficiente como para que la pelea le dejara marcas en el cuerpo. A pesar de que la cabeza me iba a estallar, me dije que no podía reprochárselo. ¿Acaso no había sido yo la primera en pegarle un puñetazo a Zach la noche anterior?

—Si se lo hubieran llevado —le recordó Piper con enfado—, Cass podría haber muerto. ¿Eres consciente de ello?

—Sí, señor —respondió Meera con la cabeza baja, y yo no supe si lo hacía porque quería esconder su arrepentimiento o la falta de él.

El Maestro de ceremonias se volvió para lanzar una mirada preñada de desprecio a Zach.

—A mí me gusta menos que a vosotros —dijo, dirigiéndose a los soldados—, pero está bajo nuestra protección. Y cualquier ataque contra él es un ataque contra nuestra vidente, que es imprescindible para nosotros.

Miró detenidamente uno a uno a los soldados para memorizar sus rostros.

—Volved a los barracones —ordenó—. Pero esto no ha acabado aún. Vuestro acto no quedará sin castigo.

Los soldados se marcharon en silencio. Me quedé mirando la espalda de sus guerreras rojas y azules mientras se alejaban. Habría preferido que las cosas hubieran sido de otra manera; ojalá que el odio a Zach no constituyera el nexo de unión de nuestro fracturado ejército.

Piper agarró a mi hermano por la espalda de la camisa y tiró de él para levantarlo. Solo entonces, cuando la luz del farol del Maestro de ceremonias le bañó el rostro, pude ver lo que le habían hecho. Debían de haberlo planeado con antelación, porque le habían marcado la cara. El hierro, apenas un trozo de metal toscamente retorcido, estaba tirado en el suelo, junto a la pared, y a su lado, las tenazas de herrero, abiertas. Zach debía de haber forcejeado con ellos, ya que la «A» marcada a fuego en su frente estaba torcida y faltaba la raya horizontal. Poco importaba que la marca fuera apenas

inteligible, pues el mensaje quedaba suficientemente claro. Una de las líneas oblicuas del símbolo de los alfas ya era una ampolla; la otra era un surco rojo con los bordes negros. Recordé mi sueño: Zach con la frente marcada como yo. Cuando me incliné hacia él para mirarla con detenimiento, mi hermano se apartó con un estremecimiento.

—Tranquilo —dijo Piper mientras lo soltaba para que se mantuviera de pie por sus propios medios—. Solo es una marca. A todos los omegas nos hicieron lo mismo cuando éramos niños.

Piper condujo a Zach al interior del salón principal y dejó que se sentara. Elsa nos había seguido hasta la cima de la colina, pero llegó retrasada por culpa de sus piernas arqueadas. Cuando entró en el salón, miró a Zach con una mueca de repugnancia y luego hurgó en su maletín en busca de una pomada balsámica.

—Pónsela en la quemadura... Aliviará el dolor —me dijo, dándome un tarrito—. Lo hago por ti. Él no podría importarme menos.

Alrededor de la mesa situada en el otro extremo de la habitación, los demás estaban conversando en voz baja y con agitación. Yo me había quedado en un rincón, de pie junto a Zach, que evitaba mirarme a los ojos. La pomada olía a manteca de cerdo y a romero, y era tan espesa que tuve que reblandecerla entre mis manos antes de poder aplicarla en la herida de Zach. Mi hermano estaba transpirando, y el sudor causado por la fiebre y el pánico le empapaba las axilas de la camisa.

Se estremeció cuando le unté la pomada en la quemadura.

—Sé qué se siente —dije.

Ambos estábamos recordando lo mismo: el hierro de marcar en mi piel mientras el consejero me sujetaba. Zach y mis padres observaban la escena desde el otro extremo de la sala. Recordé que mi hermano soltó un gruñido de dolor. Entonces debió de sentir una fracción del tormento que yo estaba padeciendo; ahora el dolor que sentía era el suyo propio.

—Había soñado que te marcaban. Fue hace unas semanas. En ese momento no le encontré el sentido. —Cogí un paño y me limpié los restos de pomada de los dedos. Me quedaron las manos recubiertas de una fina película grasienta.

—Jamás habría acudido a vosotros de haber sabido que ni siquiera sois capaces de controlar a vuestros propios soldados.

Me encogí de hombros.

—Tú elegiste venir aquí. ¿Ahora quieres marcharte? —Miré en dirección a la puerta. Aun en el caso de que no hubiera guardias vigilando la entrada, ambos sabíamos que nunca se atrevería a irse. Si la General le echaba el guante, lo marcaría con un hierro candente hasta matarlo. Los soldados que acababan de agredirlo eran lo único que nos mantenía vivos a los dos.

No fue solo el dolor lo único que me mantuvo en vela esa noche. Piper se había quedado en la oficina del recaudador de tributos para custodiar personalmente a Zach, y a pesar de la proximidad de Zoe, me costaba conciliar el sueño sin oír de fondo la respiración de Piper en la cama de al lado, o sin ver su silueta recortada en la ventana cuando se sentaba a observar el patio.

Hasta donde recordaba, siempre había tenido miedo de algo. Cuando era niña me aterrorizaba la posibilidad de que Zach me delatara, me marcaran y me llevaran lejos de casa. Luego, en el asentamiento, tenía miedo de que Zach viniera a por mí. Y cuando finalmente lo hizo y me encerró en las Salas de Preservación, me horrorizaba la idea de no salir nunca de allí, de no volver a ver el cielo. Después, los seis meses que habían pasado desde mi huida transcurrieron con una variada colección de miedos: persecución, hambre, encarcelamiento, batallas.

Tras la muerte de Kip, durante bastante tiempo me importó más bien poco mi vida ni nada de lo que me rodeaba. Pero ahora había conseguido superar esa indolencia y encontrado en el mundo cosas que quería y en las que confiaba. Así que cuando vi a Zach hecho un ovillo en el suelo y sentí su dolor en mis carnes, todos mis temores se redujeron a uno de lo más simple: no quería morir. No quería que Zach ni sus enemigos ni las traiciones me arrebataran la vida justo cuando había aprendido a apreciarla.

Al día siguiente, los soldados que habían marcado a Zach iban a ser azotados. Piper me dio la noticia en cuanto nos vimos, al regresar a la casa de acogida.

—¿De verdad es necesario? —le pregunté—. Casi todos son omegas. Se unieron a la resistencia porque querían luchar contra el Consejo, y de pronto

se encuentran obedeciendo órdenes del Maestro de ceremonias y ahora a Zach con nosotros. No es fácil para ellos.

—Si no somos capaces de controlar nuestro ejército, no tenemos ninguna esperanza de derrotar al Consejo —respondió Piper.

No podía discutir con él. Sabía que no era solo mi vida, ni la de Zach, las que dependían de que nuestro ejército se mantuviera unido. Pero durante todo el tiempo que estuve ayudando a Elsa en la cocina, todavía con la marca de Zach palpitando en mi frente, el cielo no perdió su color plomizo, como si la noticia de los azotes hubiera contagiado su fealdad al día.

Yo no quise presenciar el castigo. Paloma tampoco. Había torcido el gesto cuando Zoe le preguntó si quería ver cómo azotaban a los soldados, así que ambas se quedaron en la casa de acogida y yo fui a la oficina del recaudador de tributos para ver cómo se encontraba Zach.

Piper, Elsa y yo cruzamos la plaza del mercado, donde estaban instalando un poste para los azotes. Meses antes, Kip y yo habíamos visto cómo un hombre era azotado de forma inclemente en aquella misma plaza. La plataforma que se había utilizado entonces había sido destruida y probablemente quemada. Ahora, dos soldados omegas estaban clavando un grueso poste de madera en el suelo, y cada vez que lo golpeaban con el mazo se levantaba una nube de polvo negro. Aceleré el paso y tiré del brazo de Elsa, que estiraba el cuello para no perder detalle. Habían convocado en la plaza a todos los soldados que no estuvieran patrullando, y la mayoría ya había acudido y formaba una masa de gente por la que tuvimos que abrirnos paso a empujones.

El Maestro de ceremonias y Simon estaban esperándonos en el salón principal de la oficina del recaudador de tributos. Para mi sorpresa, Zach estaba con ellos.

El Maestro de ceremonias se puso de pie cuando nos vio entrar.

—Quedaos con él. Piper y yo tenemos que ir a la plaza y queremos que esté adecuadamente vigilado.

A pesar de que yo me sabía protegida y de que no estaba encadenada como Zach, miré a Piper en busca de un gesto tranquilizador.

—Simon no se moverá de aquí —dijo—. Y habrá tres centinelas en la puerta, elegidos a dedo. —Señaló a los soldados apostados en la puerta. Dos

de ellos pertenecían a la tropa del Maestro de ceremonias, pero me sentí aliviada al reconocer también a Crispin.

Cuando Piper y el Maestro de ceremonias salieron de la oficina del recaudador de tributos, en la plaza del otro lado de la ventana, abarrotada de soldados, reinaba el alboroto. Pero a mediodía se hizo un silencio sepulcral. También cesaron los gritos de los comerciantes. E incluso desde donde estábamos nosotros, con las contraventanas cerradas, pudieron oírse los azotes. Diez latigazos a cada uno de los cuatro soldados que habían atacado a Zach. Cinco a Meera y al otro soldado que custodiaba a Zach por incumplir su deber.

Simon estaba cómodamente sentado y con los brazos cruzados sobre el pecho junto a la puerta, pero una de sus manos descansaba sobre el mango de su hacha, y él no despegaba los ojos de Zach.

Mi hermano y yo estábamos en lados opuestos de la sala y oíamos cada latigazo. El castigo pareció durar una eternidad. Después de cada golpe y antes del restallido del siguiente se producía una pausa, pero lo más ensordecedor era el silencio que había entre Zach y yo. Él, sentado en una silla a la mesa, y yo en el alféizar de la ventana, con la espalda apoyada en la contraventana, nos mirábamos fijamente. Zach se llevaba de vez en cuando la mano a la quemadura de la frente y se palpaba cuidadosamente los bordes.

—No te la toques —le gruñí—. Solo conseguirás que te duela más.

Sonó otro latigazo y no pude evitar estremecerme y aspirar a través de los dientes apretados.

—No me mires así —dijo Zach—. No es culpa mía que vuestros soldados me atacaran.

Me lo quedé mirando con semblante inexpresivo.

—Es culpa tuya que quisieran hacerlo.

—Y es culpa de la nula disciplina de vuestro ejército que lo llevaran a cabo.

Otro golpe bajo. No quería que Zach supiera cómo me sentía, que averiguara que su aparición me ponía en peligro, como si la muralla de Nuevo Hobart hubiera sido destruida.

—Sabes que Piper está azotándolos personalmente, ¿verdad? —añadió mi hermano. El restallido de otro latigazo desgarró el silencio—. ¿No lo sabías?

—inquirió con una voz que sonó como un cuchillo hendiendo carne.

—Sí, lo sabía —mentí.

Zach arqueó una ceja.

No dije nada más y continuamos sentados en silencio bajo la mirada de Simon. El intenso dolor de cabeza de la noche anterior había remitido y apenas quedaba ya un pequeño residuo de él, pero Zach lo reavivaba de vez en cuando al tocarse la quemadura para comprobar la firmeza de las ampollas.

Cuando los azotes concluyeron, Piper regresó y cerró de un portazo. Estaba sudoroso, pero respiré con alivio al reparar en que no había manchas de sangre en su ropa ni en el látigo que dejó caer al suelo. Con independencia de lo que hubiera hecho, no alcanzó las cotas de brutalidad del castigo que yo había presenciado en compañía de Kip.

Zach se puso en pie en cuanto Piper entró, y retrocedió hacia el fondo de la sala con la mirada fija en el látigo de cuero, como si este fuera una serpiente con la intención de atacarlo.

—No temas —dijo Piper—. He acabado por hoy.

Entonces se acercó a la ventana donde estaba yo.

—¿No podría haberlos azotado el Maestro de ceremonias? —le pregunté en voz baja, consciente de que Zach estaba observándonos desde el otro lado de la habitación—. O podrías haber pedido que lo hiciera alguno de los soldados veteranos. Simon, por ejemplo.

—No pienso pedir a mis hombres que hagan algo que yo no quiero hacer —respondió Piper—. Tenía que azotarlos yo. No podía hacerlo el Maestro de ceremonias. ¿Te haces una idea de lo que habría pasado si hubiéramos puesto al Maestro de ceremonias a flagelar a una mayoría de soldados omega por atacar al Reformador? —Suspiró—. Tenía que hacerlo yo.

Probablemente tenía razón, pero cuando puso la mano en el alféizar de la ventana, cerca de la mía, no pude evitar pensar en los latigazos.

—Esto no es lo que queríamos —dije en un susurro—. No estamos luchando para esto. —No quería decirlo delante de Zach, no quería enseñarle las grietas que veía extendiéndose en todas direcciones, pero me había venido a la cabeza lo que les había dicho a Piper y a Zoe en los páramos, aquello de que si no encontrábamos Otraparte fundaríamos nuestra propia ciudad, que encontraríamos la manera de hacer un mundo mejor. Esto, el látigo tirado en el

suelo, los soldados azotados fuera, no era lo que habíamos soñado.

—No eres tan distinta de mí, Cass, por mucho que te gustaría serlo — repuso Piper. Apoyó el brazo en el alféizar—. Tú has tomado la misma decisión que yo: sobrevivir y hacer todo lo que sea necesario para conseguirlo. ¿Te crees más inocente que los demás por no saber arrojar un cuchillo o manejar un látigo?

No estaba rabiosa porque estuviera en desacuerdo con él. Estaba rabiosa porque todo lo que decía era cierto.

—Solo he cumplido mi deber —añadió—. Soy como la resistencia necesita que sea.

—Ya lo sé —dije.

—Entonces, ¿qué quieres?

¿Qué podía decirle que no sonara quimérico, imposible? Yo quería un mundo distinto en el que no fuera necesario hacer estas cosas, en el que ninguno de nosotros estuviera obligado a hacerlas.

—Nada —respondí en cambio.

—Vamos a trasladar a Zach para que se quede con Cass —anunció el Maestro de ceremonias—. Vamos...

—No —lo interrumpí—. De eso nada. Ni hablar.

Me había sentido aliviada cuando Simon se llevó a Zach de nuevo a la celda y Elsa, Zoe y Paloma se reunieron con nosotros en la oficina del recaudador de tributos. Ahora las palabras del Maestro de ceremonias me dolieron como un golpe en el estómago. Me volví hacia Piper en busca de apoyo, pero su rostro permaneció imperturbable.

—Solo intento mantenerte viva —dijo—. Tú y Zach necesitáis protección, y solo pueden dárosela personas de máxima confianza. Además, está Paloma. Si Zach se queda con vosotras solo tendremos que preocuparnos de proteger un lugar en vez de tres. Voy a apostar centinelas alrededor de la casa de acogida. Yo también me quedaré allí cuando Zoe tenga que salir.

—No puedo creer que estés hablando en serio —repuse—. Aunque tenga que quedarse conmigo, no puede venir a la casa de acogida estando Paloma allí. Además, no esperes que Elsa lo acepte.

Piper ni se inmutó.

—Me mudaré yo aquí —propuse—. No llesves a Zach a casa de Elsa.

—Quiero que te quedes en un lugar seguro —dijo bajando la voz y acercando la cabeza a la mía. Lanzó una mirada al Maestro de ceremonias, que estaba en la otra punta de la habitación—. Y este, con él y sus soldados, no lo es.

A pesar de que todos los días nos reuníamos en la oficina del recaudador de tributos, seguía flotando en el ambiente la sensación de que aquel edificio era territorio del Maestro de ceremonias, mientras que la casa de acogida era territorio de Elsa. Tal vez se debiera a la función que había tenido en el pasado, pues era el lugar al que acudían los omegas para entregar sus tributos y elevar sus súplicas. Incluso después de la batalla y durante los meses de hambruna que la habían seguido, las inmensas salas de la oficina conservaban el aspecto opulento que las distinguía como territorio alfa. Nosotros nos sentíamos más cómodos rodeados de los desgastados muebles de la casa de acogida que sentados en las sillas tapizadas de piel de la oficina del recaudador de tributos.

—No se trata solo de eso —añadió Piper, apartando de nuevo su cara de la mía—. No hay nadie más indicado que tú para vigilar a Zach. Recuerda lo que pasó durante tu viaje con Zoe.

El rostro de esta se puso tenso al recordar el episodio. Durante aquellas semanas en las que dormimos juntas recibí imágenes procedentes de sus sueños. Yo no las buscaba a propósito, sino que cada mañana me despertaba con el recuerdo de sus sueños y de los míos. Así me enteré de su escrutinio interminable del mar en busca de Lucia, que había muerto ahogada.

—No puedo leer la mente de nadie. No es tan sencillo.

—Lo sé —repuso Piper—. Pero cualquier cosa que puedas averiguar nos resultará útil.

—Lo acogeré —intervino entonces Elsa. Se había adelantado ligeramente, con el mentón alzado—. No prometo que vaya a ser amable con él. Ni que no vaya escupirle en la comida. Pero si así puedo ayudar y Cass va a estar más segura, lo acogeré en mi casa.

—No tienes por qué hacerlo —le dije—. Es más de lo que podemos pedirte.

Elsa negó con la cabeza.

—Te quiero a salvo y conmigo. —Se encogió de hombros—. Acoger a tu hermano solo será un efecto secundario.

Recordé cuando la General dijo que los omegas solo eran efectos secundarios de los alfas (la misma frase que se empleaba en los documentos del Arca) y se me dibujó una sonrisa al oírla ahora en la voz de Elsa para

referirse a Zach.

Durante medio día se instaló el jaleo en la casa de acogida mientras los soldados fijaban trancas en las ventanas y cambiaban la puerta del dormitorio por una más gruesa, con cerrojos en la parte exterior. Elsa no abrió la boca en todo ese tiempo y se limitó a seguir a los soldados con la escoba y a reprenderlos cuando dejaban clavos y piezas de hierro en el suelo. Preparamos una lista de turnos con los soldados de nuestra confianza para que vigilaran la casa desde el exterior mientras Zoe y Piper se encargaban de la seguridad en el interior. La lista no era demasiado extensa. Simon y Violet, su fiel consejera, estaban en ella. Yo había visto a Violet llegar a las manos con Piper, así que confiaba en su franqueza y en su valor, además de que desde la pelea entre ambos había demostrado su lealtad. Crispin, que había estado al servicio de Simon y de Piper en la isla y los había seguido desde entonces, también estaba en la lista.

El Maestro de ceremonias también nos había ofrecido a algunos de sus soldados veteranos. Dudo que nos hubiera dejado escogerlos, pero quedé satisfecha con su elección. Nos envió a Tash, una mujer de gran estatura que formaba parte de su escolta personal, parca en palabras pero que, a diferencia de la mayoría de los alfas, no me miraba con una expresión de desagrado ni me esquivaba; y a Adam, un tipo extravertido y de risa fácil que, apostado en la puerta de la casa de acogida, no parecía tener ningún problema para reír y charlar indistintamente con Elsa, Sally y sus colegas alfas.

Paloma y Zoe sacaron sus cosas del dormitorio para instalarse en el pequeño cuarto que habíamos compartido Kip y yo al otro lado del patio. Piper también se trasladó y sacó su cama a rastras y la colocó bajo el techo del porche, junto a la puerta principal.

—Ya no hace frío —dijo mientras arrastraba la cama por el suelo de madera—. Así podré vigilar la puerta de Zoe y de Paloma al mismo tiempo que el dormitorio.

No le faltaba razón, pero ambos sabíamos que también lo hacía porque no quería compartir habitación con Zach. Miré el par de marcas que los pies de la cama habían dejado en el suelo de madera y pensé en que Zach y yo dormiríamos solos en el dormitorio todas las noches.

Por fin trajeron a mi hermano, todavía engrilletado. Piper y Zoe se

organizaron para que siempre estuviera uno de ellos en la casa de acogida. Por la noche se le aseguraban los grilletes a una cadena fija en la pared. Yo me había ocupado personalmente de determinar la longitud de la cadena para que fuera lo suficientemente larga como para que pudiera tenderse cómodamente en su cama, pero no tanto como para que pudiera llegar a la mía, pegada a la pared opuesta.

Durante el día seguía cargado de grilletes, pero le dejábamos que hiciera un poco de ejercicio físico en el patio o comiera con todos nosotros. «No quiero servirle como si fuéramos sus criados, como si aún estuviera en las cámaras del Consejo. Además, prefiero tenerlo siempre a la vista», había dicho Zoe.

El tintineo de las cadenas de Zach se convirtió rápidamente en un sonido cotidiano en la casa de acogida.

«Lo siento. Siento que tengas que verlo todos los días», le repetía constantemente a Elsa cuando nos quedábamos a solas. Ella me sonreía y me cogía la mano. En cuanto a Zach, jamás hablaba con él, y se limitaba a mirarlo directamente a los ojos y a llenarle el cuenco a la hora de comer y dejárselo en la mesa. La manera como se enfrentaba todos los días a la presencia de Zach en su casa, la casa en la que habían vivido los niños que él había asesinado, era una demostración de valor como nunca había visto.

Al principio tenía mis dudas sobre cómo reaccionaría Zach al instalarse en la casa de acogida. Durante el asalto para apresar a los niños la mayoría de sus cosas habían acabado destruidas y la casa de acogida destrozada, pero quedaban vestigios de su presencia en todos los rincones. Detrás de la puerta del dormitorio, por ejemplo, sobrevivía la hilera de perchas colocadas a la altura de mi cintura en las que los niños colgaban los abrigos en invierno. Y en la semiderruida cocina de Elsa, los pocos vasos que habían sobrevivido al asalto eran todos de los niños, así que todos los días bebíamos de unos vasitos diminutos y pegábamos los labios a los bordes donde ellos habían puesto sus boquitas.

Zach nunca dio muestras de que nada de eso lo incomodara. Estuve observándolo durante la cena de la primera noche. Envolvió su vasito con la mano, bebió y luego lo dejó en la mesa para que Elsa lo recogiera. Mi hermano jamás mencionó a los niños, ausentes y presentes por toda la casa.

A solas en el dormitorio esa primera noche, Zach y yo estábamos acostados en la habitación estrecha y alargada. Él estaba tendido de espaldas a la pared y de cara a mí, así que apagué la llama de la vela para no verlo.

—Vuelve a encender la vela —dijo.

—Duérmete.

Él se movió y sus grilletes tintinearón.

—No me gusta la oscuridad.

—Pues acostúmbrete a ella —dije, dándome la vuelta en la cama—. No estamos en las cámaras del Consejo. Aquí las velas se acaban.

—Antes me daba igual la oscuridad —repuso Zach—. Pero desde que inundasteis el Arca la odio.

Yo también recordé la oscuridad absoluta de aquellos pasillos; el nivel del agua subiendo en la negrura.

—Me salvé por los pelos —añadió. Su respiración se aceleró al recordar el episodio. Lo escuché a mi pesar, con los brazos cruzados sobre el pecho. Yo guardaba mis propios recuerdos del Arca inundada y no tenía tiempo para malgastarlo con esto—. Ni siquiera cuando salí a la superficie estuve a salvo —continuó diciendo—. El río resurgió por la puerta occidental y estuvo a punto de arrastrarme. Arrasó medio campamento y murieron al menos cuatro de nuestros soldados, atrapados en las lonas de las tiendas de campaña barridas por el agua.

Más nombres que añadir a la lista de fallecidos. Ya había perdido la cuenta de las personas que había matado directa o indirectamente. A veces me sentía atrapada en ellos, como los soldados que se ahogaron enredados en las lonas empapadas.

—Es una manera de morir espantosa —añadió Zach.

—Tú has matado a gente de maneras mucho más crueles —repuse. Pero Zach hizo oídos sordos a mi comentario.

—A veces sueño con ese día. Cuando estoy a oscuras sueño con el Arca, con el agua inundando los pasillos y saliendo como un torrente por la puerta occidental.

Intenté no escucharlo, pero me había asaltado el recuerdo de nuestras conversaciones nocturnas siendo niños mientras nuestros padres discutían en

el piso de abajo sobre qué hacer con nosotros, los hermanos unidos. Hablábamos en susurros de una cama a otra, exactamente igual que ahora.

—Yo sueño cosas peores —dije.

—¿Qué sueñas?

No respondí. No estaba dispuesta a contarle mis sueños, pues ya sabía demasiado sobre la deflagración.

—¿Qué sueñas? —repitió.

—No tiene importancia —contesté—. Ahora cierra la boca. Estoy intentando dormir.

—Mientes.

—No tengo por qué decirte la verdad. No tengo ninguna obligación contigo.

—Mientes sobre tus sueños, como lo hacías cuando éramos niños. Nunca has hablado conmigo, ni siquiera entonces.

—¿A qué te refieres? Pero si siempre estábamos hablando. —A fin de cuentas, cuando todo el pueblo nos miraba mal, solo nos teníamos el uno al otro.

—Nunca fuiste sincera conmigo —dijo en voz baja—. Me mentías continuamente.

Tardé en responderle. No quería darle la razón, pero tampoco podía quitársela. Mis visiones eran lo único que me delataba como omega, así que las había escondido durante años para evitar que me marcaran y me exiliaran.

—No tuve más remedio —dije al fin.

—Y yo no tuve más remedio que hacer lo que hice —repuso Zach—. Tuve que tomar las riendas de mi vida.

—¿Has olvidado lo unidos que estábamos? —pregunté—. ¿Has acabado convenciéndote de que nunca sucedió porque te avergüenza haber estado tan unido a una omega?

Se echó a reír.

—Hablas de aquella época como si fuera una especie de paraíso. Tú y yo, amigos para siempre, unidos contra el mundo. Pero no fue así. Nunca fue así.

—Pero siempre estábamos juntos —repliqué—. Nunca nos separábamos.

—¡Porque no teníamos elección! —me espetó Zach—. ¡Porque por tu culpa todo el pueblo creía que éramos unos monstruos y nadie se acercaba a

nosotros!

Oí sus intentos para apaciguar su respiración y controlar la ira.

—Eso nunca cambió, ni siquiera cuando por fin te fuiste —continuó mi hermano—. El estigma no desapareció contigo. Debería haberlo hecho, pero no fue así. La gente desconfió de mí durante años. Por eso tuve que marcharme del pueblo siendo tan joven.

—Yo era aún más joven cuando me marché obligada —respondí con acritud.

Mi comentario volvió a entrarle por un oído y a salirle por el otro.

—Incluso en Wyndham, cuando llegué, circulaban rumores sobre mí. Se había corrido la voz de que se había tardado mucho en separarnos. Se me exigió más que a nadie. Tuve que trabajar el doble de duro que los demás para demostrar mi lealtad, una y otra vez, y hacer cosas que nadie más estaba dispuesto a hacer.

Las cámaras del Consejo en Wyndham eran célebres por su inclemencia y su brutalidad. Miré a Zach a través de la oscuridad y pensé en el abismo de crueldad en el que había caído.

—Nunca me sentí seguro —continuó—. Ni siquiera cuando estabas en las Salas de Preservación. Ni durante un segundo. Tú me arrebataste esa posibilidad con todos esos años que me obligaste a vivir una vida a medias. Tú me enseñaste hasta qué punto podían ser peligrosos los omegas, la carga que representaban. Tú eres la razón de que llegara al extremo de los tanques.

Cerré los ojos. Sabía que sus excusas y sus justificaciones eran fruto de su demencia y que yo no era la culpable de que existieran los tanques, sino que estos eran la plasmación de su locura. Pero no podía sacarme de la cabeza la imagen de los niños sumergidos allí dentro, con el cabello flotando en torno a sus caritas cadavéricas. Mantuve los ojos cerrados mientras trataba de extirpar de mí esos recuerdos.

—Tú me convertiste en lo que soy —dijo Zach.

La Confesora le había dicho esas mismas palabras a Kip muchos meses antes, en el silo.

Esa noche esperé que me llegaran sus sueños. En el caso de Zoe había

ocurrido de un modo accidental y sus sueños se habían infiltrado en mi cabeza mientras ella dormía a mi lado. A pesar de que intenté rechazarlos, habían entrado en mí, tan llenos de tristeza y añoranza como lo está el mar de sal. Pero Zach no soñaba, o si lo hacía, sus sueños carecían de significado para mí. Teníamos tanto y a la vez tan poco en común... Si durante las noches que compartimos habitación soñó alguna cosa, sus sueños jamás llegaron hasta mí. Me pregunté si durante nuestra infancia, cuando tanto empeño puse en ocultarle mi condición de vidente, no habría erigido alguna clase de barrera entre nosotros. Quizá tantos años de entrenamiento para no reaccionar a las visiones que me sobrevenían, para no gritar ante las imágenes que veía acostada en la cama, tenían ahora como consecuencia que no pudiera meterme en su cabeza, estuviera despierto o dormido, ni percibir nada de lo que le pasaba por la mente. No me sentía más cercana a él ahora, apenas separados por el par de metros que había entre una cama y la otra del dormitorio, que cuando estábamos en la isla, a centenares de kilómetros el uno del otro.

No recibí ni un atisbo de sus sueños, pero él se hizo una idea sin quererlo de los míos. Antes de que amaneciera me desperté con una imagen de la deflagración y mis gritos reverberaron en el techo del dormitorio. Zach me chistó para que me callara. Al principio, todavía desorientada al despertar de un sueño de llamas en una oscuridad impenetrable, no supe de quién era la voz que me mandaba callar justo a mi lado. Entonces, cuando me tranquilicé un poco, Zach me preguntó:

—¿Qué has visto?

Nunca había percibido en su voz una avidez como la que mostraba en ese momento, y yo era una experta en avidez. El hambre estaba haciendo mella en Nuevo Hobart. Esa misma noche, las ocho personas que nos alojábamos en la casa de acogida habíamos devorado un estofado cocinado con un par de ardillas que Zoe había cazado en el tejado, y habíamos dejado los huesos limpios.

No le respondí, y a partir de entonces redoblé mis esfuerzos para no reaccionar cuando me sobrevenía una visión. No siempre fui capaz de contener los gritos, pues estas se habían vuelto más frecuentes y vívidas que cuando éramos niños. Pero lo intenté con todas mis fuerzas. No quería darle ninguna pista sobre lo que veía, ni la satisfacción de oírme gritar. Algunas

noches, cuando me despertaba de los sueños de fuego y apretaba los dientes para reprimir los gritos, sentía que nada había cambiado: Zach y yo seguíamos aquí, en nuestra habitación infantil, yo intentando esconder mis visiones y él observándome y esperando.

Desde el primer día, cuando la vio atravesando el patio junto a Zoe, Zach se había fijado en Paloma. Ojalá su aspecto no la hubiera hecho destacar tanto, pero su piel y su cabello blanquísimos llamaban poderosamente la atención. Observé a mi hermano mientras él observaba a Paloma y apreté los puños de manera inconsciente. Me irritaba que la mirara. Zach siempre había conseguido lo que quería. Vi cómo la miraba y quise gritar: «No. A ella no. Ella no va a ser una más».

—Así que es cierto —dijo mientras seguía con la mirada a Paloma y a Zoe, que caminaban por el suelo de grava.

No dije nada.

—Sabía que habíais emprendido la búsqueda. —Hizo un gesto de suficiencia con la cabeza—. Pero nunca se me ocurrió pensar que pudierais tener éxito. Bravo por Piper y su pandilla de marineros harapientos. ¿Cómo lo habéis conseguido?

—No voy a hablar contigo sobre ella.

—No soy tonto.

—Nunca he pensado que lo seas —repuse—. Eres algo mucho peor, y mucho más peligroso.

Cuando entramos en la cocina para desayunar, Zach no despegó los ojos de Paloma, que lo miraba con una curiosidad parecida. Aquel era el hombre que había desenterrado la deflagración que podría aniquilar a su familia y el mundo que conocía. Advertí cómo entrecerraba los ojos y ladeaba ligeramente la cabeza, como si tratara de desentrañar el misterio de cómo un hombre podía llegar a cometer unos actos tan terribles. Y yo quise gritarle: «¡Aléjate de él! ¡Aléjate de él!».

Pero fue Zoe quien intervino. Cuando se dio cuenta de que Zach no apartaba los ojos de Paloma, se interpuso entre ellos.

—Mantén la distancia —le advirtió.

Zach levantó las manos y agitó los grilletes.

—Aquí soy un prisionero. Yo no elijo adónde me lleváis.

—No hace falta que estés mirándola todo el rato —insistió Zoe.

—Solo es curiosidad —repuso con una voz tan afilada como la hoja de un cuchillo—. Nadie me ha presentado como es debido a vuestra nueva amiga. —Miró a Paloma de abajo arriba y se detuvo en su cara—. Me encantaría saber más cosas sobre ti.

—Pues a mí me han contado muchas cosas sobre ti —repondió Paloma.

—¿Y te las crees todas? —se apresuró a replicar Zach—. ¿Qué te hace pensar que puedes confiar en ellos?

Zoe abrió la boca para responder, pero Paloma se le adelantó.

—Tengo mi propio criterio.

—¿Y tu criterio te dice que una alianza con ellos es lo más esperanzador para tu pueblo? —inquirió Zach, señalando con la mirada la desvencijada cocina y a los que estábamos allí.

Zoe le dio un empujón. No lo hizo con fuerza, pero puesto que Zach tenía los brazos encadenados delante de él, no pudo mantener el equilibrio ni evitar la caída, así que cayó de espaldas junto a la chimenea.

Piper corrió a sujetar a Zoe, pero esta ya estaba saliendo de la cocina seguida por Paloma.

—Mantén la distancia —repitió sin volverse, y cerró la puerta de la cocina con estrépito.

Zach arqueó las cejas y se levantó del suelo. Se sacudió como pudo el polvo de los pantalones con las manos encadenadas.

—¿Qué os asusta tanto? —preguntó mi hermano.

Mi visión respondió: las llamas ardían en mi cabeza. «Siempre fuego».

En mi infancia había hecho todo lo posible para no separarme de él. Había mentido y escondido la verdad sobre mis visiones a todo el mundo para poder quedarme a su lado y al lado de mi familia. Ahora que lo tenía conmigo, mi único deseo era librarme de él.

En ocasiones me sentía atrapada en las similitudes que teníamos. Oía en mi voz las inflexiones propias de él y entonces me callaba. En las comidas, me

sentaba con la barbilla apoyada en la mano mientras con la otra me acariciaba la nuca, y cuando dirigía la mirada al otro lado de la mesa, veía que él estaba haciendo exactamente lo mismo. Ignoraba quién estaba imitando al otro, pero yo siempre me incorporaba y bajaba torpemente las manos mientras miraba de reojo a los demás, temerosa de que alguien se hubiera percatado de lo que sucedía.

Zach rara vez hablaba y se limitaba a observar, y cuando abría la boca, lo hacía con un propósito concreto.

Abordó a Sally una mañana, durante el desayuno.

—¿Has pensado en otras utilidades potenciales de los tanques?

Me quedé petrificada, con la cuchara suspendida en el aire a mitad de camino de la boca. Sally hizo como si no lo hubiera oído y Zoe apartó su cuerpo de él para colocarse de frente a Paloma, que estaba en el otro extremo de la mesa.

—Conocemos bien tus tanques —dijo Piper.

—Os habéis precipitado en vuestro juicio acerca de ellos. —Zach movió el brazo de un lado a otro de la mesa—. No os habéis parado a reflexionar con detenimiento sobre ello porque os asusta el tabú. Pero se les podría dar otros usos. —Se le estaba curando la quemadura; habían desaparecido las ampollas y tenía una costra seca como la tierra en verano. No tardaría en exhibir una cicatriz en el mismo lugar que yo—. Con los enfermos, por ejemplo, para mantenerlos con vida hasta que se descubra una cura para sus dolencias. O con los viejos. —Su voz había adquirido un tono amable. Se volvió de nuevo a mirar a Sally—. ¿Quién sabe qué medicamentos podrían descubrirse en el futuro si este levantamiento vuestro no pusiera trabas al progreso? Los tanques podrían manteneros vivos durante décadas, hasta que encontráramos un remedio para vuestras enfermedades.

Sally había continuado comiendo como si Zach no estuviera allí. Ahora, sin embargo, soltó la cuchara y se echó a reír con estridentes carcajadas.

—Yo no soy una vieja —respondió, dirigiéndose a Zach—. Soy una persona mayor —añadió, saboreando la palabra mientras la pronunciaba—. Y mi enfermedad es que llevo en este mundo más de ochenta años y he visto cosas que tú ni siquiera podrías imaginar. Para eso no existe cura. —Apartó de sí el cuenco—. ¿De verdad piensas que voy a meterme en uno de tus

tanques para arañar un par de años más de vida? —Se inclinó hacia Zach, y su rostro se acercó tanto al de él que mi hermano echó la cabeza atrás sin poder disimular su desagrado—. Voy a morir, hijo. Y tú también vas a hacerlo. La única diferencia entre nosotros es que yo poseo la sabiduría suficiente para saber que la muerte no es ni mucho menos lo peor que puede pasarme.

El banco crujió cuando se puso en pie. Agarró a Xander de la mano y se lo llevó de la cocina.

Pensé que me había despertado la lluvia, pero lo hicieron las garras de las ratas en el tejado. En Nuevo Hobart teníamos una plaga de ratas. Se inició en el barrio occidental y rápidamente se propagó al resto de la ciudad. Los roedores también habían abierto túneles debajo del suelo de madera de la casa de acogida. Como nosotros, también ellas estaban padeciendo la ausencia de cosechas en los campos de cultivo que rodeaban la ciudad y se habían adentrado en Nuevo Hobart para rapiñar lo que fuera, que parecía ser todo. Todas las mañanas barríamos los restos que dejaban en el suelo de la cocina. La piel de las sillas tapizadas de la oficina del recaudador de tributos estaba completamente roída, y una vez encontré un nido con ocho crías durmiendo en el relleno de crines de caballo de un sillón.

El Consejo había vetado a los omegas la posesión de animales, de modo que en Nuevo Hobart no había ni un gato. Ni siquiera el Maestro de ceremonias pudo contener la risa cuando informó de que había enviado dos pequeñas patrullas a territorio del Consejo para que robaran gatos en sus ciudades y pueblos. Yo estaba presente cuando regresaron y abrieron los dos sacos que el último jinete de la columna llevaba colgados de la silla de montar. Los gatos echaron a correr y se desperdigaron bufando y maullando, y uno de los caballos, asustado, se empotró contra una valla. Al cabo de pocos días, los gatos se habían convertido en los guardianes de los almacenes de grano y engordaron y adquirieron un aspecto lustroso mientras los demás nos íbamos quedando en los huesos.

Pese a la presencia de los felinos, las ratas seguían viniendo y cada vez eran más descaradas. Una tarde vi una deslizándose por el patio a plena luz del día, llevando en la boca una patata que acababa de hurtar. Cuando le tiré

una piedra, ni siquiera intentó esquivarla, y simplemente se volvió para mirarme brevemente antes de continuar su camino por el suelo de grava.

Lo peor ocurrió por la noche, en el camino a la letrina, cuando a la luz de la vela vi en cada rincón una ondulante masa de pelo oscuro y ojos brillantes y negros como escarabajos.

Una mañana encontré a Sally en la cocina preparando trampas, de las que ya había una pila sobre la mesa. Sally, con un ojo guiñado, estaba tirando de un alambre y doblándolo para hacer el lazo. Para sus manos agarrotadas, el trabajo de precisión resultaba extremadamente difícil, y le era más sencillo manejar una daga que una aguja de coser.

—¿Por qué te molestas? —le pregunté—. Zoe dice que apenas ha atrapado conejos con las trampas del bosque últimamente. Incluso empiezan a escasear las ardillas.

Sally siempre había sido una persona delgada, pero ahora, después de los largos meses de hambruna que estábamos padeciendo, la piel se le acumulaba en pliegues sobre las muñecas cada vez que bajaba los brazos.

—No son para los conejos —respondió, y volvió a contemplar las trampas repartidas por la mesa. Eran diminutas, apenas pasaba un dedo por el hueco de los lazos; demasiado pequeñas para los conejos, e incluso para las ardillas.

De manera que durante esos meses, cuando deberíamos haber estado recolectando tubérculos, estábamos cazando ratas. No era fácil atraparlas, pues enseguida aprendieron a evitar las trampas y tuvimos que emplear métodos cada vez más elaborados. Una noche, Elsa cazó trece roedores con unas tablas que había embadurnado con una densa pasta de cola hecha de resina y depositado en el suelo del patio, junto a la puerta de la cocina. Yo estaba en el dormitorio, con Zach acostado en la cama de al lado, y me tapé la cabeza con la almohada para no oír los chillidos de las ratas atrapadas. Aun así, al día siguiente nos las comimos.

La ciudad se moría de hambre. El Consejo continuaba controlando el paso de los Demoledores y ningún convoy procedente del territorio del Maestro de ceremonias podía cruzarlo. Nosotros seguíamos preparándonos para el ataque del Consejo, pero cuando veía los rostros lánguidos y cadavéricos de la gente en las calles, dudaba que la General tuviera que recurrir a un ataque, pues su control del paso de los Demoledores sería suficiente para aplastar Nuevo

Hobart sin acercarse a la ciudad.

Desollar las ratas y extraerles la poca carne que tenían era una tarea ardua. Una mañana, Piper me acompañó a la cocina de Elsa y, sin yo pedírselo, se sentó a ayudarme. Afianzaba los cuerpos de las ratas entre las rodillas y los abría en canal, desde el hocino hasta la cola; luego les sacaba las vísceras y me pasaba los animales para que yo los despellejara. Con el tiempo había adquirido destreza y ya era capaz de sacar de una pieza la piel negra y grasienta de los animales. Luego sacaba la carne de las patas traseras y de las costillas, delgadas y puntiagudas como las púas de un peine.

Entretanto, observaba a Piper con el rabillo del ojo. Me gustaba que siguiera haciendo tareas como aquellas. A veces, cuando estábamos en la oficina del recaudador de tributos y él y el Maestro de ceremonias discutían delante de los mapas, o cuando paseábamos por la ciudad y los soldados omegas lo saludaba respetuosamente al cruzarnos con ellos, me daba la impresión de que entre nosotros había una distancia insalvable. Yo prefería los momentos como este, aunque estuviéramos hundidos hasta las rodillas en vísceras de rata.

—Si sobrevivimos a esta guerra —dije—, y si conseguimos la ayuda de Otraparte y los bardos algún día cantan el relato de todo lo que sucedió aquí, no mencionarán esto.

Piper se echó a reír.

—Seguro que no. Solo hablarán de batallas, de valor y de visiones mágicas.

Sonreí.

—No dirán nada de tripas de ratas ni de misiones militares para robar gatos.

Pero eso era lo que yo recordaría, me prometí. Si sobrevivíamos, cosa que parecía más improbable cada día que pasaba, esa era la clase de cosas que yo quería recordar: la compleja tarea de vivir un día más. Desde que habíamos descubierto que el Consejo planeaba destruir Otraparte con una bomba, no dejaba de toparme con imágenes hermosas. Las encontraba en los lugares más insospechados: en los rayos del sol atravesando los barrotes de las ventanas del dormitorio; en la paciencia de las manos de Elsa cuando mezclaba las hierbas para Xander; incluso aquí, sentada entre vísceras de rata con Piper.

Había encontrado la manera de volver a vivir y me permitía estos momentos de esperanza, más intensos por improbables. Incluso cuando saboreaba esos instantes, era consciente de su fragilidad. Cuantas más cosas acumulaba, más podía perder. Todo se magnificaba, todo era más intenso. Habíamos encontrado Otraparte, algo por lo que valía la pena luchar y, por lo tanto, teníamos mucho más que perder que lo que éramos capaces de imaginar.

Hubo otro momento que me dio esperanza. Estaba atravesando el patio de la casa de acogida y vi que la puerta de la habitación de Zoe y de Paloma estaba abierta. Paloma estaba peinando a Zoe, que se dejaba hacer sentada en la cama, con los codos apoyados en las piernas abiertas y afilando el cuchillo. Paloma rio por algo que Zoe decía y esta sonrió. No llegué a oír de qué hablaban, pero me emocionó el tono y la risa que envolvían cada una de sus palabras.

En el fondo era una escena de lo más vulgar, que podría haberse producido en cualquier dormitorio o cocina del mundo en cualquier momento. Era un instante de felicidad, y yo me sentí como si se hubiera introducido de contrabando en aquella ciudad amurallada en tiempos de guerra. Sally también la vio mientras colocaba trampas por el patio; levantó la cabeza y las miró con una sonrisa en los labios.

—Acércate —le dijo Sally a Paloma esa noche—. Esto es para ti.

De la mano tendida en dirección a Paloma colgaba un objeto sujeto con un cordón de cuero. Era un colgante del tamaño y del color de un diente, engarzado en una pieza metálica que pendía del cordón.

Paloma se acercó y se detuvo frente a Sally, cogió el colgante y lo colocó a escasa distancia de los ojos para observarlo detenidamente.

Piper y Zoe ya lo habían reconocido. Reparé en que Piper se ponía tenso y Zoe respiraba hondo.

—Lo he llevado puesto durante muchos años —dijo Sally mientras Paloma lo miraba atentamente—. Ahora deberías llevarlo tú.

Quien no conociera a Sally habría interpretado aquello como un gesto sentimental; quien no conociera la historia de cómo a ella y a sus camaradas infiltrados les habían entregado cápsulas de veneno. Sally había visto cómo

uno de sus compañeros ingería la cápsula y moría, espumajeando por la boca y sacudiéndose con espasmos, para evitar la tortura. La propia Sally degolló a otra compañera para ahorrarle ese sufrimiento. Ella consiguió escapar y nunca tuvo que tomar la cápsula de veneno. Hasta este momento no me pregunté jamás qué habría sido de ella.

—Nunca se ha sacado del engaste —explicó Sally mientras Paloma continuaba mirando detenidamente el colgante—. En principio tendría que conservar sus efectos. Creo que deberías llevarlo encima.

Paloma seguía sin entender nada.

—Es la última que queda —continuó Sally—. No hemos podido conseguir más en todos estos años. En las colinas de Merricat había un grupo de árboles de madera de serpiente, pero se quemaron cuando asaltaron el asentamiento.

Paloma sostenía la cápsula en la palma de la mano, pero al oír que Sally mencionaba los árboles de madera de serpiente, apartó la mano como si se hubiera quemado y sujetó el colgante solo por el cordón.

Sally cogió el colgante y lo pasó por la cabeza de Paloma para ceñírselo al cuello.

—Nunca te separes de él. Si alguna vez lo consideras necesario, arráncalo de un mordisco y trágatelo.

Paloma se levantó el pelo de la nuca para pasar por debajo el cordón y el colgante quedó oculto bajo su cabello. Sin embargo, era probable que ninguno olvidáramos que estaba allí, y ella menos que nadie.

—Gracias —dijo, y parecía sincera. Pero durante el resto de la noche, mientras estábamos en la cocina, no paró de rascarse el cuello. Era un regalo, pero también una soga, y todos lo sabíamos.

Esa noche, cuando crucé el patio, me encontré a Zoe sentada en el umbral de la puerta de la habitación que compartía con Paloma. Abrí la boca para hablar, pero ella se llevó un dedo a los labios y señaló con la cabeza hacia el interior del cuarto.

—Está durmiendo —susurró.

Asentí y me senté a su lado en el escalón.

—Me alegra que tenga la cápsula —dijo Zoe en voz baja, rompiendo el silencio—. Pero me fastidia que pueda necesitarla.

—No dejaremos que le pase nada malo —repuse—. Nunca tendrá que

tomarla.

—Eso no puedes prometerlo. —Zoe negó con la cabeza—. No dejo de repetirme que debería desear que no hubiera venido. Sé que habría sido lo mejor para ella y para Otraparte. Pero no puedo. —Zoe soltó un bufido que pretendía ser una carcajada—. Supongo que estoy siendo egoísta, pero soy incapaz de desearlo.

—Piper me lo ofreció una vez —dije en la misma voz baja en la que me hablaba ella—. No era exactamente una cápsula, pero el efecto era el mismo. Sucedió cuando nos invadieron, durante la batalla al otro lado de la muralla. Se volvió hacia mí y me di cuenta de lo que estaba a punto de hacer. —Levanté el brazo empuñando un cuchillo imaginario—. Fue en la llanura que se extendía en los alrededores de Nuevo Hobart, cuando la batalla parecía perdida y no quedaba esperanza. Delante solo teníamos la perspectiva de la tortura o de los tanques. Piper regresó de la avanzada, se detuvo a pocos metros de mí y levantó el cuchillo. Supe que me mataría antes que permitir que me capturaran. Recordé que hacía mucho frío; los caballos de los soldados enemigos avanzaban al galope y su aliento blanqueaba el aire. Miré a Piper y su cuchillo y él no desvió la mirada ni ocultó sus intenciones. Me miró a los ojos y yo asentí con la cabeza, y no he conseguido olvidar la comprensión que fluyó entre nosotros. No hago más que pensar en ese momento. Nos sumió en una intimidad mayor que si nos hubiéramos acostado juntos. Sabía perfectamente lo que se proponía hacer por mí, lo que se proponía hacerme. Ese conocimiento estaba instalado en mí, como si finalmente me hubiera arrojado el cuchillo y ahora viviera con la hoja alojada en la garganta.

—Te habrían metido en un tanque —dijo Zoe—. Piper solo quería ahorrarte ese sufrimiento.

Asentí.

—Ya lo sé.

—¿No habrías hecho tú lo mismo por él si lo hubieran capturado?

—No sé arrojar cuchillos —respondí—. No sé luchar... No soy como tú ni como Piper.

—No te he preguntado eso.

Ambas sabíamos la respuesta. Habría hecho lo mismo si hubiera estado en mi mano. Era una promesa que no recordaba haber hecho, como la promesa de

una muerte compartida por Zach y por mí. Tampoco era una cosa que hubiera pedido, pero no por ello dejaba de formar parte de mí.

Detestaba que la escolta personal del Maestro de ceremonias pasara por la calle de Elsa y que este siempre entrara en la casa de acogida sin llamar a la puerta. A pesar de que sabía que tenía controlada toda la ciudad y que sus soldados superaban de largo en número a los nuestros, yo me aferraba a la ilusión de que la casa de Elsa todavía nos pertenecía.

—Preparaos —dijo sin siquiera saludar—. Salimos de la ciudad. He recibido un mensaje de la General. Está dispuesta a hablar.

Sally, Xander y Zoe se quedaron en la casa de acogida con Simon para custodiar a Paloma y a Zach, y Piper y yo salimos a caballo por la puerta oriental junto a un escuadrón de jinetes que vestían guerreras azules o rojas.

Cabalgamos durante varios kilómetros a través del territorio franco que se extendía alrededor de Nuevo Hobart. Poco antes del mediodía, con el sol calentándome los brazos desnudos, dejamos atrás el último puesto de vigilancia de la carretera oriental. La anterior ocasión en que habíamos acudido a una reunión con la General, la nieve cubría el paisaje y Zach la acompañaba y repetía sus amenazas. Ahora mi hermano estaba encadenado en el dormitorio de Elsa.

Su ausencia no parecía haber menoscabado la confianza de la General. Allí estaba ella, sentada sobre su caballo blanco, más alto que los demás, rodeada por su ejército. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho.

El Maestro de ceremonias nos hizo una señal con el brazo levantado para que nos paráramos cuando apenas nos separaba media docena de metros de la

General.

—Vengo a por el Reformador —dijo la General antes de que nuestros caballos se detuvieran por completo.

—El Reformador es problema tuyo, no nuestro —replicó Piper.

—No es una persona en la que se pueda confiar —dijo la General, dirigiéndose al Maestro de ceremonias, como si los demás no existiéramos—. Te utilizará para conseguir lo que quiere.

Reparé en que uno de sus guardias, situado detrás de ella, a la derecha, tenía un brazo amputado a la altura del hombro. El hombre no estaba marcado y el muñón que le asomaba de la guerrera estaba recubierto de tejido cicatricial y era de un vivo color rosa. Se trataba de una herida reciente, y al verlo no pude evitar pensar en Kip y en lo que le habían hecho.

—Aunque tuviéramos al Reformador... —comenzó a decir el Maestro de ceremonias, pero la General lo interrumpió.

—No me hagas perder el tiempo con tus patrañas. Lo vieron huyendo en esta dirección y no puede haber ido a ningún otro sitio.

—... jamás te lo entregaríamos —terminó de decir el Maestro de ceremonias como si la General no hubiera hablado.

—¿Vais a proteger al hombre que inventó los tanques? Ya sabes que fueron idea suya, ¿verdad? Suya y de su perrita faldera, la Confesora.

—Sabes tan bien como yo que no es al Reformador a quien estamos protegiendo —intervino Piper.

La General se volvió para mirarme. Movié la cabeza con parsimonia, como si le costara admitir que merecía su atención.

—¿Y de verdad es tan valiosa esa vidente vuestra?

—Lo suficiente para hacer que te enfrentes con tu más estrecho aliado —respondió Piper—. Lo suficiente para hacerte venir aquí.

—¿Lo suficiente para continuar una guerra que no podéis ganar?

—¿Cuál es tu oferta? —preguntó el Maestro de ceremonias.

—Si me entregáis al Reformador y compartís conmigo toda la información que tengáis sobre Otraparte, tal vez lleguemos a un acuerdo.

—¿Clausurarás los tanques y destruirás la máquina de la deflagración? —inquirió el Maestro de ceremonias.

La General hizo un rotundo gesto de negación con la cabeza.

—Debemos preservar nuestra soberanía como nación. Necesitamos las armas para protegernos de las interferencias o los ataques de Otraparte. Pero podemos decidir juntos cómo continuar implementando los tanques. Y os ofrezco la posibilidad de debatir una nueva organización del Consejo. Podría crearse incluso un foro con representantes de los omegas. —Miró a Piper—. Has demostrado que eres un líder fuerte. Podrías colaborar con nosotros. En lugar de llevar a tu pueblo a una guerra, podrías dedicarte a negociar con el Consejo mejoras en las condiciones de los omegas.

—No pienso convertirme en tu títere —espetó Piper—, en tu amiguito omega que va a ayudarte a sepultar a mi pueblo en los tanques. Y no quiero formar parte de un Consejo cuyo único interés es confinar a los omegas en los tanques y destruir el único lugar que podría ayudarnos.

—¿Quieres evitar el derramamiento de sangre y la destrucción? Olvídate de Otraparte... está a miles de kilómetros de aquí. ¿Qué pasa con esta guerra? Entregadnos al Reformador y dadnos información sobre Otraparte y daré por terminada la guerra.

—Si quieres poner fin a la guerra —repuse—, cierra los tanques. Destruye la máquina de la deflagración. Acepta la ayuda que puede ofrecernos Otraparte.

—Escuchadme —dijo tranquilamente y sin alzar la voz—. Si no me entregáis al Reformador, todos moriréis, incluida la gente que hay en vuestra ciudad. Miraos. vuestras tropas morirán de hambre o asesinadas, y los que sobrevivan serán confinados en los tanques.

La vidente era yo, pero la General hablaba sobre el futuro con una seguridad que yo era incapaz de sentir.

—No permitiremos que Otraparte corrompa lo que queda de la humanidad —continuó la General—. El fuego la arrasará —añadió, ahora sí, alzando la voz para asegurarse de que nuestros guardias y los suyos la oían. Pronunciaba cada palabra como si fuera en sí misma una prueba de su veracidad, como si estuviera explicando un hecho verdaderamente ocurrido. Y, por supuesto, así había sido; la deflagración era un hecho consumado. Y se repetiría. Flotaba en el aire una sensación de inevitabilidad, y la voz de la General no dejaba espacio para pensar que pudiera ser de otra manera.

El soldado manco situado detrás de ella se revolvió en la silla de montar.

Deseé que nuestras miradas se cruzaran, pero él no despegaba los ojos de los soldados de nuestro bando que tenía enfrente. La General me pilló mirándolo.

—No te lleves a engaño —dijo—. Perdió el brazo en Nuevo Hobart. A pesar de ello, aún es capaz de derrotar a los omegas más fuertes. —Lanzó una mirada feroz en dirección a Piper.

Piper hizo caso omiso de sus palabras, pero yo me sentí ofendida.

—¿Qué diferencia hay entre su brazo izquierdo y el de Piper? —le solté.

—Él no nació así —respondió la General—. No es un monstruo.

Piper se echó a reír y dijo:

—¿Y el hecho de saber eso hace que le resulte más fácil atarse los cordones de las botas?

El soldado había mantenido la mirada fija al frente durante toda la conversación. Sin embargo, en ese momento miró fugazmente a Piper. Yo no fui capaz de desentrañar el significado de su mirada; no supe si quería decir que se sentía identificado con el cuerpo de Piper o si le repugnaba lo que veía. Yo había aprendido que ambos sentimientos podían aflorar simultáneamente.

El soldado devolvió la vista al frente.

—Mi oferta de negociación no va a mantenerse en pie eternamente —dijo la General, de nuevo dirigiéndose al Maestro de ceremonias—. Contigo o sin ti, pondré fin a esto, y lo haré con una contundencia que no puedes ni imaginar.

Pensé en Paloma, en su familia, y en todas las personas de Otraparte que ignoraban por completo las llamas que se dirigían hacia ellas.

—Entregadme al Reformador —repitió la General.

—¿Por qué mi hermano es tan importante para ti? —pregunté—. ¿Qué tiene él que necesitas tanto?

La General pasó por encima de mi pregunta y volvió a dirigirse al Maestro de ceremonias.

—Entrégamelo.

—Abandona esta locura con las máquinas —replicó él.

La General se lo quedó mirando con una expresión inescrutable en el rostro.

—Eres un hombre de principios. Nunca he dudado de ello. Incluso comprendo tu postura respecto a algunos de mis proyectos. Respeto tu veneración al tabú, pero si continúas apoyándolos... —nos lanzó una mirada a

Piper y a mí— tendrás que enfrentarte con una tecnología más aterradora que nada de lo que hayamos visto antes. No te dejes seducir por la idea del final del vínculo gemelar. Pretenden acabar con la humanidad tal como la conocemos... con el único objetivo de poner fin a los gemelos, cuando nosotros ya hemos resuelto ese problema.

—¡Los tanques no son la solución! —le grité.

Ni ella ni el Maestro de ceremonias, que estaban mirándose fijamente, me respondieron. Miré a uno y a otro alternativamente, intentando descifrar qué se decían con los ojos.

—Entrégame al Reformador —repitió la General.

—¿A cambio de qué? —inquirió el Maestro de ceremonias.

—A cambio de tu vida. —Enarcó una ceja—. Te ofrezco la oportunidad de salir vivo de esta —dijo sin despegar los ojos de los de su interlocutor.

El Maestro de ceremonias desvió la mirada.

—No estoy solo en esto —aseveró con rotundidad.

—Tienes razón —repuso la General—. Si me entregas al Reformador, perdonaré la vida a algunos de tus soldados cuando conquiste la ciudad, como bien sabes que haré, si es que no os mato de hambre antes. Si te niegas a entregármelo, pagarás con vidas humanas tu egoísmo y tu paranoia. Miles de personas morirán. Es tu última oportunidad. Si no me lo entregas, no tendré clemencia.

Piper escupió al suelo.

—¿Te refieres a la clemencia que tuviste con los niños de Nuevo Hobart? Ya la hemos comprobado en nuestras propias carnes. —Piper hizo dar media vuelta a su caballo. Yo me dispuse a seguirlo, pero la General volvió a hablar, esta vez para dirigirse a mí.

—Tú eres vidente. Cuéntales lo que has visto.

Todo el mundo estaba mirándome. Detrás de la General, el soldado manco se inclinó sobre la silla de montar para verme mejor. También el Maestro de ceremonias se había vuelto encima de su caballo para mirarme.

—Sé qué veis todos los videntes. Tu hermano me lo contó cuando estabas en las Salas de Preservación. Veis la deflagración.

Se me aceleró la respiración y se me secó la boca.

—¿Por qué permites que te sigan, que luchen por ti y arriesguen sus vidas

si ya sabes cómo termina todo? —preguntó la General.

—Porque no tiene por qué acabar así —respondí. Quería que mi voz sonara firme como la suya, pero las palabras salieron de un modo balbuceante de mi boca. Había visto la deflagración tantas veces que me sentía incapaz de negarla—. Aún puede haber otro final —dije, esforzándome en aparentar que creía de verdad en lo que decía.

La General me miró con una expresión cercana a la compasión.

—Sabes que no podéis detenerme —declaró—. Ves el futuro, pero no puedes cambiarlo.

Durante todo el viaje de vuelta a Nuevo Hobart sentí las miradas de nuestros soldados clavadas en la espalda. La mayoría estaba al corriente de mis visiones de la deflagración; muchos de ellos también habían visto a Xander asediado por las llamas. Sin embargo, la General había tergiversado mis visiones para que parecieran traiciones, las pruebas de la victoria del Consejo. «Ves el futuro, pero no puedes cambiarlo».

Gracias a las visiones pude alertar a los isleños de la invasión del Consejo, pero el baño de sangre que había presagiado se produjo de todas maneras. Y antes de la batalla de Nuevo Hobart tuve visiones de sangre y muerte. Convencí al Maestro de ceremonias para que nos ayudara y conquistamos la ciudad, pero las llanuras que rodeaban Nuevo Hobart se convirtieron en un campo de sangre y muerte.

—Solo ha venido para asustarnos —dijo Piper, y espoleó el caballo para ponerse a mi lado—. Intenta hacer que dudes de ti misma.

—Lo sé, pero eso no le quita la razón.

—¿Y qué? —preguntó con impaciencia—. ¿Quieres que bajemos los brazos y esperemos sentados la llegada de las llamas? —Hizo una mueca a mitad de camino entre una sonrisa y un gruñido—. Llevo en esta lucha más de diez años. ¿Vas a pedirme que me rinda ahora?

No esperó a que le respondiera; golpeó con los talones al caballo y se adelantó para unirse al Maestro de ceremonias. Me lo quedé mirando y pensé en Xander. ¿Sería eso lo que había hecho él, rendirse y esperar las llamas?

¿Llegó a la conclusión de que nuestras visiones podían alertarnos, pero no salvarnos? ¿Qué sentido tenía lo que hacíamos y lo que habíamos hecho si al final el fuego acababa con todo? Pese a las incontables horas que había pasado con los dientes apretados y estrujándome los ojos cerrados con los puños, buscando la máquina de la deflagración, pese a los insistentes interrogatorios de Piper y del Maestro de ceremonias a Zach, no conseguimos ninguna pista de la ubicación de la máquina, así que mucho menos habíamos avanzado en nuestro objetivo de impedir la deflagración.

Mientras atravesaba las puertas de Nuevo Hobart detrás de Piper, pensé en la voz de la General y en el tono de urgencia que había detectado cuando exigía que le entregáramos al Reformador. ¿Había venido hasta aquí y se había reunido personalmente con nosotros solo llevada por un ánimo de venganza? ¿O habría otra razón oculta para que quisiera recuperar a Zach? Cuando mi hermano se presentó ante nosotros, contusionado y desesperado, no tuve ninguna duda de que la General quería matarlo. Pero hoy ella vino para reclamar que se lo entregáramos. Incluso estaba dispuesta a negociar, a hacer algunas concesiones con tal de que se lo diéramos. La General no parecía la clase de persona que se deja llevar por las emociones, ni siquiera por la sed de venganza. Era una mujer que lo tenía todo bajo control, incluso sus propios sentimientos. ¿Qué podía querer de Zach si no era su muerte y la mía?

—Hay que contraatacar —dije. Estábamos reunidos en el comedor de la casa de acogida. Zach estaba encadenado en el dormitorio, bajo vigilancia—. Ya oísteis a la General. Va a tomar represalias. Para ella fue un revés que conquistáramos Nuevo Hobart, pero está reuniendo sus fuerzas y el control que ejerce sobre el paso de los Demoledores está debilitándonos un poco más cada día que pasa. Está preparándose para lanzar un ataque, y también está preparando la bomba y acercándose a Otraparte. Ya hay miles de personas en los tanques, y el número no deja de crecer.

—No dispone de tropas suficientes para lanzar un ataque a la ciudad —señaló Piper—. Al menos mientras los soldados del Maestro de ceremonias se mantengan leales y ella tenga que defender Wyndham y los refugios. Sus amenazas solo son palabrería.

—Las amenazas de la General nunca son palabrería —repuso con calma el Maestro de ceremonias.

Nadie dijo nada. De las calles no llegaba ningún ruido; reinaba el silencio de una ciudad sin niños. Un silencio que era la prueba de la brutalidad de la General.

—Por lo tanto —dije al cabo—, nosotros tenemos que atacar primero.

—Podríamos consolidar lo que hemos ganado hasta ahora si no cometemos ninguna temeridad —dijo Zoe—. Podríamos conservar Nuevo Hobart... esperar al final de la primavera mientras preparamos la flota para llevar a Paloma de vuelta a casa.

—¿Para qué quieres conservar Nuevo Hobart? —pregunté. Señalé en dirección a la ventana. Al otro lado del cristal se veían las fortificaciones y los barracones, a los soldados patrullando calles deprimentes por las que no corría ningún niño—. ¿Para qué queremos la ciudad si a cambio dejamos que la General continúe metiendo gente en los tanques y con su plan para la máquina de la deflagración?

—Ahora tenemos una base y un ejército que puede medirse con el del Consejo. Tenemos a Paloma —dijo Zoe—. Y a Zach. Si ponemos en peligro lo que hemos conseguido, no habrá esperanza. No podremos proteger a Paloma; y si la gente de Otraparte consigue llegar aquí y no queda nada de nosotros, no podremos colaborar con ellos para acabar con el vínculo gemelar.

—Si consiguen llegar aquí y no hemos hecho nada para debilitar el Consejo, pero debilitarlo de verdad, estarán metiéndose en la boca del lobo —dije—. Las llamas arrasarán Otraparte.

—Tiene razón —señaló Paloma, y me sorprendió que hablara para apoyarme, pues había mantenido las distancias conmigo desde que se enteró de mis visiones sobre la deflagración—. No será posible zarpar hasta que pase la primavera. Hasta entonces, lo mejor que podemos hacer para ayudar a las islas Dispersas, y por nuestro propio bien, es seguir dando guerra al Consejo.

Respiré hondo e intenté imprimir a mi voz un tono convincente.

—Deberíamos dirigir los ataques allí donde más daño haríamos al Consejo: los refugios.

El Maestro de ceremonias resopló.

—¿Y qué ganaríamos con eso? —inquirió.

—Liberaríamos a miles de personas que están sufriendo —respondí—. ¿No te parece suficiente?

—Están fuertemente vigilados y en lugares recónditos —repuso el Maestro de ceremonias—. Necesitamos provisiones y más soldados, no un puesto avanzado en un páramo lleno de omegas moribundos. —No hizo ningún esfuerzo para disimular el desprecio que contenía su voz—. Odio las máquinas tanto como vosotros, pero me parece una mala estrategia. Y aunque los liberáramos, ni siquiera sabemos si sobrevivirán cuando los saquemos de los tanques.

—¿Cuál es el refugio más grande? —pregunté, volviéndome a Piper.

—El Refugio 6 —respondió sin vacilar—. Fue el primero que ampliaron cuando Zach alcanzó el poder, el primer complejo de tanques. Es tan grande que cerraron el Refugio 7, que solo estaba a cuarenta y cinco kilómetros al norte. Y desde entonces no han parado de ampliarlo.

—¿Cuántos omegas tienen allí actualmente?

—Seis mil, más o menos —dijo Piper—. Casi todos metidos en tanques. Pero también es el que está mejor defendido.

—Una guarnición entera lo protege —señaló el Maestro de ceremonias—. Seis mil soldados, según las últimas informaciones que me han llegado. Y está cerca de Wyndham... Los refuerzos se nos echarían encima en menos de doce horas.

—¿Seis mil? —pregunté sin desviar la mirada de Piper, haciendo oídos sordos a las palabras del Maestro de ceremonias.

Piper asintió.

—Entonces, lo atacaremos —dije—. Si queremos que el ataque tenga verdaderas consecuencias, el Refugio 6 debe ser nuestro objetivo. —Me sentí mareada ante la idea de liberar de los tanques a seis mil personas.

Una vez había prometido a un hombre, mientras se desangraba hasta morir delante de mí, que encontraría a su sobrina y la rescataría de los tanques. Ese hombre se llamaba Lewis, y Piper había impedido que me matara. Cuando lo oí hablar de su sobrina, capturada y metida en un tanque por Zach, comprendí por qué quería matarme y le hice aquella promesa. No tenía manera de saber si estaba en el Refugio 6, pues estos habían proliferado como hongos en los

últimos años. En el fondo había sido una estupidez prometerle tal cosa, pues Lewis jamás sabría si había intentado siquiera cumplir mi palabra, pero yo sí.

—¿No sería más lógico atacar uno de los refugios más pequeños a ver cómo nos va antes de asaltar el mayor de todos? —sugirió Paloma.

Piper negó con la cabeza.

—Cass tiene razón. En cuanto lancemos el primer ataque reforzarán la seguridad en los demás refugios. Y entonces será más difícil, si no imposible, repetir la operación. Si solo disponemos de una oportunidad, deberíamos intentar algo grande y sacar al mayor número posible de personas de los tanques.

—Es una mala estrategia —repitió el Maestro de ceremonias—. Está demasiado cerca de Wyndham. Los refuerzos llegarán antes de que liberemos a la gente. No saldrá bien. Y aunque no fuera así, ¿qué haremos con todas esas personas? —Hice un esfuerzo para que no me afectara la manera como había dicho «esas personas»—. No tenemos fuerzas suficientes para guarnecer el refugio sin renunciar a Nuevo Hobart. ¿Cómo trasladaremos a los omegas liberados de los tanques hasta aquí? Serán miles, y quién sabe en qué estado.

—Precisamente es por esas personas por las que debemos hacerlo —dije.

—Pillaremos desprevenido al Consejo —apuntó Piper.

—Lo pillaremos desprevenido porque es una locura —repuso el Maestro de ceremonias.

—¿Qué esperarías el Consejo que hiciéramos? —pregunté, mirando al Maestro de ceremonias—. ¿Qué harías tú si te correspondiera solo a ti tomar una decisión?

—No perdería el tiempo con los tanques. Consolidaría lo que ya tengo ganado, como ha propuesto Zoe, y lanzaría ataques estratégicos para desafiar el poder del Consejo.

—¿Dónde atacarías? —pregunté.

Se inclinó sobre el mapa que había desplegado encima de la mesa.

—Aquí —dijo, señalando con determinación un punto en el mapa—. En el cañón de la Soga, si dispusiera de más tropas. Si controláramos el cañón tendríamos una posición más fuerte y fácil de defender desde donde podríamos asediar Wyndham.

Wyndham. Cuatro años había pasado encerrada en sus profundidades, en

las Salas de Preservación. Varias decenas de metros por encima de mí, en el fuerte que se aferraba a la ladera de la montaña, el Consejo había vivido y maquinado en sus lujosas cámaras. A los pies del fuerte, la ciudad propiamente dicha —la sede del Consejo y la mayor ciudad de la que yo había tenido noticia hasta que Paloma me habló de Aguanegra— se extendía por las colinas. Wyndham era diez veces mayor que Nuevo Hobart... No, veinte veces o más. En una ocasión la atisé en toda su inmensidad desde las almenas que habían marcado el punto de partida de mi huida: unas calles a continuación de otras, atestadas de casas y de carros, hasta difuminarse en el horizonte.

—Para derrocar al Consejo tenemos que conquistar Wyndham en algún momento —continuó el Maestro de ceremonias—. Pero para ello, antes hay que apoderarse del cañón de la Soga.

Bajé la mirada al lugar donde había posado el dedo en el mapa. Estaba a mitad de camino de Wyndham y del Refugio 6, al oeste de la ciudad. Era una escisión en la montaña, un barranco profundo en el que los dos lados se estrechaban para formar un cuello de botella a menos de un kilómetro y medio de la ciudad.

—¿Por qué?

Señaló de nuevo el mapa.

—El Consejo escogió Wyndham como sede por una razón. Se levanta sobre el precipicio y limita al sur con la montaña y al norte con el río. No hay fisuras en la ciudad, que es prácticamente inexpugnable. Las defensas naturales la protegen por tres de sus lados, y las paredes del precipicio son demasiado escarpadas. Por lo tanto, solo puede ser atacada desde el norte. Aun así, las tropas atacantes deben cruzar el río, y solo hay dos puentes. Y aunque lo consigan, el objetivo ocupa una posición elevada. Desde las llanuras pueden alcanzarse las colinas más bajas de Wyndham, pero los ciudadanos pueden replegarse detrás de las murallas del fuerte, debajo del cual se extiende un vasto espacio que solo se utiliza para las Salas de Preservación. —El Maestro de ceremonias no pareció percatarse de que se me tensaban los músculos de la mandíbula al oírle hablar con tanta indiferencia de las Salas de Preservación. Pensé en su hermana gemela, que debía de estar encerrada en alguna de esas recónditas salas—. Además, el complejo de los tanques también se encuentra ahí abajo desde hace algunos años —añadió con

su tono despreocupado—. No obstante, queda suficiente espacio para cobijar a la mayoría de los habitantes de la ciudad si esta es sitiada. También hay almacenes de grano y pozos de agua.

—Aquí, sin embargo... —volvió a poner el dedo en el mapa— el cañón de la Soga atraviesa la ladera de la montaña y da acceso directo a las carreteras del oeste. Se ahorra una jornada de viaje, pues no hay que cruzar el río ni dar el rodeo por el norte. Es la clave de la defensa de la ciudad. La lucha será cruenta; necesitaremos a todos los soldados que tenemos y aun así tendremos que afrontar un largo asedio y un gran número de bajas. Pero es el punto más débil de sus defensas. Si les arrebatamos el control del cañón de la Soga no serán capaces de mantener Wyndham. Y no se puede derrocar el Consejo sin apoderarse primero de Wyndham.

Sonreí.

—Me parece perfecto —dije.

El Maestro de ceremonias me miró impertérrito.

—Sigue soñando —repuso—. No tenemos hombres suficientes. Podemos atacar, pero en el mejor de los casos, el asedio duraría varios meses.

Asentí con la cabeza.

—Ya, pero nuestro objetivo no es derrocar el Consejo, sino destruirlo.

—Esperan que hagamos lo que harían ellos —expliqué—. Es decir, que atacemos Wyndham. Creen que nos interesa el poder, derrocar el Consejo. —Miré al Maestro de ceremonias—. Ya oíste lo que te dijo Zach la noche que apareció. Y la oferta de la General para integrarnos en el Consejo. Creen que ese es nuestro objetivo: quitarles lo que tienen. Si no los sacamos de su error, dedicarán todos sus esfuerzos a proteger lo que más valoran: Wyndham, los salones del Consejo, la sede de su poder.

—¿Estás proponiendo emplear un señuelo? —inquirió Piper, tirando hacia sí del mapa.

Asentí.

—Si logramos convencerlos de que estamos planeando un ataque a Wyndham, tal vez trasladen algunas tropas del refugio al cañón. Y si controlamos el cañón el tiempo suficiente, no podrán enviar refuerzos al Refugio 6. Eso nos brindará la oportunidad que necesitamos para liberarlo.

—Si marchamos hacia el este, no habrá que hacer nada para convencerlos

de que planeamos atacar Wyndham, ya que la ciudad es el único objetivo con un valor estratégico en esa dirección.

—Solo si su definición de «valor» coincide con la nuestra —puntalicé.

El Maestro de ceremonias negó con la cabeza.

—Aunque consigamos atraerlos hasta el cañón y mantenerlos entretenidos un tiempo, solo retrasaremos un día la aparición de los refuerzos, que acabarán llegando por el camino largo, cruzando el río por los puentes y rodeando las llanuras del norte.

—Podríamos destruir los puentes —propuso Zoe.

—¿Eso les impediría cruzar el río? —preguntó Paloma.

—Sí —respondió Zoe—. El deshielo del Wyndham mantiene alto el nivel del río hasta el final de la primavera. Tratarán de vadear el río con embarcaciones, pero será lento, sobre todo si también destruimos los embarcaderos de la otra orilla.

—Eso nos daría el tiempo necesario para liberar el Refugio 6 —dije—, para sacar a las personas de los tanques y traerlas a Nuevo Hobart.

—¿Es factible? —preguntó Paloma. Todas las miradas se habían posado en mí.

—No hay mejor señuelo que tú —dije, volviéndome hacia el Maestro de ceremonias—; eres más importante que los soldados que enviemos al cañón, porque esperan que hagamos lo que tú harías. Dan por supuesto que eres nuestro líder. —Recordé la manera como la General nos había menospreciado a todos los demás y se había dirigido a él para trasladarnos sus peticiones.

El Maestro de ceremonias parecía encantado.

—¿Y no es lo más lógico, que piensen así? —Apartó la mirada de mí para dirigirla a la ventana—. Esos soldados que están ahí fuera protegiendo la ciudad son míos, al fin y al cabo.

—No todos —se apresuró a corregirlo Zoe—. También hay soldados de la resistencia, que además lideraron la carga contra Nuevo Hobart.

—Yo liberé Nuevo Hobart —afirmó el Maestro de ceremonias.

—Tú ni siquiera tuviste el valor de enfrentarte al Consejo hasta que nosotros les plantamos cara —le espetó Piper.

El Maestro de ceremonias se puso en pie.

—¡No solo los soldados que están patrullando las calles son míos, también

lo son los caballos! ¡Mis guarniciones están desplegadas en el oeste! ¡Mis convoyes traen las provisiones que mantienen vivos a los habitantes de esta ciudad!

Esta última afirmación era discutible, pues estábamos muriéndonos de hambre.

—¿Quieres hacer lo que la General espera que hagamos? —le pregunté—. ¿Es cierto lo que Zach dice de ti? ¿Estás con nosotros porque viste tu oportunidad para derrocar el Consejo y apropiarte del poder?

—Quiero acabar con los tanques —respondió. Pero me di cuenta de que no había negado ninguna de mis acusaciones.

—Tenemos la oportunidad de conseguir algo más que acabar con los tanques. ¡Podemos poner fin al vínculo gemelar! ¡Podemos cambiarlo todo! Pero solo lo conseguiremos si destruimos el Consejo, si estás dispuesto a demostrarles que se han equivocado contigo y que eres algo más que lo que piensan de ti.

Los pequeños músculos de las comisuras de sus ojos temblaban mientras me miraba fijamente.

—¿Crees que sabes qué soy realmente? ¿Quién soy?

Negué con la cabeza.

—No —respondí con sinceridad—. Pero sí sé en qué podrías convertirte.

Los segundos pasaban en silencio. El Maestro de ceremonias apartó la mirada de mis ojos, volvió a acercarse el mapa y plantó una mano en cada lado del pergamino mientras se inclinaba sobre él. Lo examinó durante unos minutos con los ojos entornados; a continuación sacó un trozo de tiza del bolsillo y marcó con una equis la entrada del cañón.

—El cañón de la Soga. No hay ninguna posibilidad real de apoderarse de él sin un ejército. No tenemos los hombres suficientes y ellos podrían aguantar sin problema un asedio prolongado. Pero si también logramos hacernos con el control de los puentes, tal vez podríamos contener sus fuerzas. Eso nos daría la oportunidad que necesitamos para liberar el Refugio 6.

—¿Morirían muchos hombres de las tropas que formaran parte del señuelo? —preguntó Paloma.

Todos nos quedamos mirando fijamente el mapa, la angosta entrada del cañón marcada con la equis del Maestro de ceremonias.

—Si los mandamos allí, contra una aplastante superioridad numérica —dijo Piper—, no saldrán vivos del cañón.

Paloma levantó el mapa de la mesa.

—De verdad que quiero hacer daño al Consejo —aseveró—. Pero nuestros soldados no son simples figuritas sobre un mapa. —Se puso de pie y las patas de su silla rechinaron al deslizarse por el suelo—. ¡Los masacrarán! —exclamó, agitando el mapa.

Rodeó la mesa con sus pasos torpes acompañada por el repiqueteo de la

prótesis de la pierna contra el suelo de madera. Se detuvo frente a Zoe, con el mapa en la mano y lágrimas en los ojos. Zoe se levantó y por un momento pensé que iba a agarrar la muñeca de Paloma. Sin embargo, le quitó el mapa y volvió a desplegarlo sobre la mesa.

—No se me ocurre ninguna alternativa.

—Por favor —le suplicó Paloma.

Zoe negó con la cabeza.

—Las guerras son así.

La cara de Paloma no habría expresado más asombro ni rencor aunque Zoe acabara de propinarle una bofetada. Dio media vuelta y abandonó el comedor. Zoe salió tras ella.

Sentí un escalofrío, como si se me estuviera enfriando el sudor en la piel. Solo un par de meses antes yo habría reaccionado igual que Paloma y habría puesto el grito en el cielo ante la perspectiva de la masacre de nuestros soldados. Pero así son las guerras: insensibilizan incluso a los vivos. Te endurecen, como la piel callosa de la palma de la mano con la que empuñas el cuchillo.

—¿No hay otra manera de liberar el refugio? —pregunté.

El Maestro de ceremonias se puso en pie.

—Diría que es la mejor opción, aunque por supuesto no haya garantías de éxito, ni siquiera utilizando el ataque por el cañón como señuelo. —Hizo una pausa—. En realidad, es la única opción.

Miré a Piper.

—¿Y tú crees que podemos liberar el Refugio 6?

—Habrás bajas. No solo en el cañón, sino también en el refugio. —Podía confiar en que en situaciones como esta Piper siempre hablaba con franqueza y no adornaba la verdad—. Si conseguimos controlar el cañón, tendremos una posibilidad. No obstante, las medidas de seguridad en el refugio son importantes y estaremos en inferioridad numérica, pues tendremos tres frentes abiertos: el cañón, el refugio y la defensa de Nuevo Hobart.

—Pero si sale bien —dije—, sacaremos a miles de personas de los tanques.

Piper asintió.

De manera que, entre la muerte y la tortura, elegíamos la muerte. Yo habría

tomado la misma decisión. Era la misma disyuntiva que Sally le había planteado a Paloma con la cápsula del árbol de madera de serpiente; el mismo dilema que Piper me había presentado cuando estábamos a punto de perder la batalla de Nuevo Hobart y apuntó su cuchillo hacia mí. Pero no solo estaba escogiendo morir yo, sino que lo hicieran centenares de soldados. Apenas pude levantar la cabeza bajo el peso de tantas muertes en mi conciencia.

Entrada la noche, atravesé lentamente el patio de la casa de acogida. Zach estaba esperándome en el dormitorio. La mayoría de las veces detestaba estar cerca de él, y ahora nada me apetecía menos que entrar en la habitación que compartíamos. Tenía la sensación de que si estábamos cerca, de alguna manera le revelaría nuestros planes para liberar el refugio. Me detuve en el patio y respiré hondo un par de veces.

—¿No estás cansada?

No me percaté de que Piper también estaba en el patio hasta que habló. Lo vi sentado en la oscuridad, en el banco que había bajo la ventana de la cocina.

Me encogí de hombros y me acerqué a él.

—¿O es que te asusta dormir?

Me senté a su lado y separé las piernas hasta que rozaron las suyas. Piper tenía razón, no solo estaba evitando a Zach, sino también dormir y los sueños que eso conllevaba. No quería ser testigo de otra destrucción; tenía suficiente con ver Otraparte arrasada por el fuego. No podría soportar una visión de la masacre en el cañón de la Soga o en el Refugio 6.

—Nunca quise ser el líder de la resistencia —dijo, apoyando la cabeza contra la pared y alzando la mirada para contemplar el cielo—. No lo quise cuando lo fui por primera vez ni cuando Simon me cedió de nuevo el liderazgo.

Las ratas comenzaban sus patrullas nocturnas y se las oía corretear por los tejados y trepar por las cañerías. Las escuchamos juntos, y yo esperé a que los efectos balsámicos de la oscuridad lo animaran a hablar.

—Pero lo acepté —continuó Piper—, porque sabía que podía hacerlo bien. Pero no quiero convertirme en el líder de la resistencia que perdió la guerra, que condujo a la resistencia a su destrucción.

—Es el final... —dije. Eran unas palabras duras y sonaron duras; no había nada tranquilizador en ellas. Conocía perfectamente a Piper y confiaba demasiado en él como para mentirle... Además, me había oído gritar tantas veces que él ya sabía que todo terminaría en llamas—. No solo de la resistencia. Es el final de todo. El mundo está cambiando y no depende de ti. Ellos tienen la deflagración y los tanques. Nosotros tenemos Otraparte y la posibilidad de acabar con el vínculo gemelar. Tanto si ganamos como si perdemos, nada seguirá siendo igual. Si nos quedamos aquí, parapetados en esta ciudad, tal vez retrasemos el desenlace durante algún tiempo, pero nada cambiará.

Señaló con la barbilla la ciudad que se extendía al otro lado de los muros de la casa de acogida.

—Soy responsable de la vida de todos y cada uno de los soldados de la resistencia que me han seguido hasta aquí. Una vez que los envíe a ese cañón, la mayoría no regresará.

Asentí.

—Lo sé. —Yo también sentía ese peso insoportable cuando pensaba en todo lo que dependía de nuestras decisiones—. Pero hay otras personas en las que también tenemos que pensar..., las que están encerradas en los tanques y las que lo estarán en el futuro, la familia de Paloma y toda la gente de Otraparte. El hecho de que no estén aquí no significa que no seamos responsables de ellos.

Piper tragó saliva y me miró.

—No quiero ser recordado como el líder de la resistencia que condenó a todas esas personas a morir. No quiero ser el que las lideraba cuando llegó el final.

—El final está aquí —repetí—. Y nosotros también. Hemos nacido en estos tiempos. No podemos cambiar eso. —Me gustaba sentir su hombro cerca del mío. Me apoyé en él y me reconfortó su calor—. Y puesto que es el final, que por lo menos sea bueno.

Piper volvió a mirarme y asintió lentamente.

Continuamos sentados, observando la silueta de las ratas que correteaban por la parte superior del muro del patio. Puse todos los sentidos en lo que me rodeaba; percibí la aspereza de los ladrillos a mi espalda enganchándome el

pelo; el aire, que había soplado tibio durante el día, por la noche arrastraba un residuo del invierno; la proximidad de Piper..., su agradable olor.

¿Le habría dicho lo mismo esa noche de haber sabido la decisión que iba a tomar? Aunque lo cierto es que sospecho que en el fondo la sabía.

Zach aún estaba despierto. La vela que había junto a su cama casi se había consumido por completo.

—¿Que os ha ofrecido la General a cambio de que me entreguéis?

No le contesté.

—No me trates de tonto. Sé por qué todos ibais con tanta prisa esta mañana. Solo era una cuestión de tiempo que la General se presentara aquí.

—No tengo por qué contarte nada.

—¿Qué os ha ofrecido? —repitió.

Me senté en el borde de la cama y me lo quedé mirando. Él estaba tumbado, con las piernas sobresaliéndole de la manta. Sus muñecas estaban descarnadas por el roce de los grilletes. Me costaba trabajo conciliar su aspecto (su cuerpo vulgar, los tobillos enclenques y las largas espinillas) con lo que había hecho, con lo que había planeado hacer.

—Ví a los ancianos —dije—. En el Arca. Los ancianos que la gobernaban y que acabaron metiéndose ellos mismos en los tanques. —Jamás olvidaría aquellos cuerpos desnudos y flácidos flotando, con la piel blanca como un diente de ajo recién pelado.

Zach arqueó una ceja pero no desvió la mirada del techo.

—¿Y?

—Pues que los tanques no fueron idea tuya. Tú simplemente te apropiaste de ella y le diste una vuelta de tuerca.

—La mejoré —dijo Zach—. Me di cuenta de que podríamos aprovecharla, con algunas modificaciones, para solucionar el problema de los omegas. La desarrollé y la mejoré, con la ayuda de la Confesora.

—Eres como ellos, como esos viejos cobardes flotando en el Arca. Nosotros somos los que estamos dentro de los tanques, pero vosotros, los consejeros, sois como ellos. Es grotesco, y una gran ilusión. Lo mismo que querer atacar Otraparte. Intentar preservar a los que son como vosotros a toda

costa es un acto de cobardía.

—¿Y opinas que la alternativa es mejor? —inquirió Zach. Yo lo miraba a la cara, pero él seguía con los ojos fijos en el techo—. Somos el último reducto de la humanidad. Es mejor exterminar a la gente de Otraparte antes de que se propague su locura y nos convierta a todos en omegas.

—Se trata de acabar con la distinción entre omegas y alfas. Será una liberación para todos. No nacerán más gemelos.

—Para mí no será una liberación. Ni para ti.

—Y como para nosotros es demasiado tarde, ¿no debería alguien beneficiarse de ello?

—¿Beneficiarse? Pregúntale a cualquier alfa. Pregúntale si prefiere tener un hermano gemelo custodiado en un tanque y seguir siendo como es, perfecto, o que todo el mundo nazca siendo un monstruo.

—Sé qué me respondería Zoe si se lo preguntara.

—¿Zoe? —Hizo una mueca de desagrado. Se incorporó y se volvió a mirarme—. Esa está mal de la cabeza. Después de pasar toda la vida rodeada de omegas, al final se ha contaminado. Es tan monstruosa como cualquiera de vosotros. Y no creas que no me he dado cuenta de lo que tiene con Paloma. Zoe es tan mala como cualquier omega. Es una vergüenza para los alfas.

No quería oír los nombres de Zoe y de Paloma pronunciados por su voz. Hablaba de contaminación de los omegas, pero él corrompía todo lo que tocaba.

—¿De verdad piensas que puedes capturar a todos los omegas, recluirlos y olvidarte de nosotros? ¿Seguir viviendo como si no existiéramos? ¿Qué tienes que destruir para preservar esa fantasía de que solo los alfas importan?

—¿Y tú? ¿Y tu ridícula fantasía de alfas y omegas conviviendo en armonía? ¿Cómo piensas llevarla a la práctica? —Paseó la mirada por el dormitorio. Elsa había reparado la mayoría de los desperfectos, pero junto a la puerta aún se apreciaban las marcas que había dejado el fuego cuando el Consejo asaltó la casa de acogida y se llevó a los niños. Una rata se deslizó hasta un rincón, se detuvo y se escabulló de nuevo—. La resistencia agoniza —continuó Zach—. Estáis hambrientos y vivís rodeados de ratas mientras esperáis que la General os aplaste. Y habéis vendido vuestra alma al Maestro de ceremonias. ¿En serio crees que podéis confiar en su palabra?

—Más de lo que podemos confiar en la tuya.

Yo sabía que eso no era cierto. Me acosté y escuché su respiración. Zach había prometido que destruiría a los omegas y había hecho todo lo posible para cumplir su promesa. En este sentido, ninguno de nosotros había dado más pruebas que él de que era una persona que mantenía su palabra.

Los preparativos para el ataque doble a Wyndham y al Refugio 6 comenzaron al día siguiente.

En la armería se afilaban y se repartían los aceros. Se había despejado media plaza del mercado para convertirla en un campo de entrenamiento, donde los soldados llevaban a cabo los ejercicios de la instrucción y los simulacros de combate. Sin embargo, yo había sido testigo del caos que cundía en una batalla y de la manera como las estrategias más elaboradas se iban a pique. El día de la batalla todos estaríamos a merced de la fortuna: una espada que no acertara por un pelo, un escudo levantado demasiado tarde, un centinela que divisaba algo y lo pasaba por alto. En consecuencia, había tantas probabilidades de tomar el Refugio 6 como de fracasar, de la misma manera que las había de sobrevivir o de morir.

No le contamos a nadie nuestros verdaderos planes y simplemente se informó a las tropas de que estaban preparándose para un ataque. No obstante, las proporciones de los preparativos hablaban por sí mismas, y en las calles oí la palabra «Wyndham» pronunciada entre cuchicheos las veces suficientes para comprender que los soldados habían adivinado que se tramaba algo relacionado con la sede del Consejo. De hecho, el ataque no era la parte del plan que requería mayor preparación, sino la retirada. Si liberábamos a la gente de los tanques, todas esas personas quedarían bajo nuestra responsabilidad y protección. Lo primero que necesitábamos era tiempo, y para conseguirlo, todas nuestras esperanzas estaban depositadas en el ejército que actuaría como señuelo. Sabía que la exigencia sería máxima; no solo debían atraer a las tropas de la General hasta el cañón, también tendrían que entretenerlas el tiempo suficiente para que nosotros pudiéramos escapar.

También necesitábamos carros. En el caso de que fuéramos capaces de sacar con vida a las seis mil personas de los tanques, había que tener en cuenta

que probablemente no estarían en condiciones para caminar, y mucho menos para recorrer con paso ligero más de doscientos kilómetros a través de las llanuras centrales y las tierras pantanosas con las fuerzas del Consejo pisándonos los talones. Dos de las guarniciones que todavía estaban controladas por las fuerzas del Maestro de ceremonias se encontraban a media jornada de viaje hacia el norte del refugio. Eran pequeñas, pero fáciles de defender, y el Maestro de ceremonias calculaba que entre ambas podrían acoger a dos mil refugiados, al menos para salir del aprieto. No tendrían más remedio que hacer ese viaje a pie, escoltados por nuestros soldados montados. Para el resto, la única fortaleza segura era Nuevo Hobart.

Por lo tanto, construimos carros, tan grandes como las barcas de pesca que se utilizaban en la isla. Las ruedas eran más altas que Piper, y cada uno de ellos contaba con un tiro de seis caballos capaces de arrastrarlo cuando estuviera cargado hasta los topes. Calculamos que cabían setenta personas en cada vehículo.

—Es una suerte que todos estén en los huesos —dijo el Maestro de ceremonias mientras estábamos elaborando los planes. Lo fulminé con la mirada. Si él hubiera visto lo mismo que yo (los cuerpos consumidos, los músculos atrofiados y las pieles reblandecidas), no habría hecho un comentario de tan mal gusto.

Y si no estaban delgados cuando los rescatáramos, no tardarían en perder peso una vez que los trajéramos a Nuevo Hobart. Los convoyes del Maestro de ceremonias seguían sin llegar a la ciudad, a pesar de que había enviado un escuadrón para tratar de apoderarse del paso de los Demoledores. Los soldados habían sufrido una dura derrota y cuantiosas bajas. Las tropas de la General estaban cómodamente instaladas en el estrecho paso, que además era una fortaleza natural. No podíamos permitirnos el lujo de perder otro convoy ni de esperar eternamente. Pronto podrían recolectarse los productos de la temporada, pero no alcanzaban para toda la población de la ciudad, por no hablar ya de los millares de personas que podrían sumarse.

El tiempo corría en nuestra contra y todo parecía marcar su paso; los vientos primaverales del norte comenzaban a amainar y la nieve estaba desapareciendo de la cima del Wyndham. El ejército de la General estaba congregándose. En algún lugar estaban preparando la máquina de la

deflagración. Las visiones de la cual me dejaban sin aliento y lanzando miradas furtivas a los ojos cerrados y la boca abierta de Xander. Cada día que pasaba se me marcaban más las costillas, que parecían las rayas dibujadas en una pared para llevar la cuenta de los días. Había tantas cosas que hacer y teníamos tanto en nuestra contra... Todos pasábamos hambre, pero yo, sobre todo, estaba necesitada de tiempo.

Los primeros diez carros que construimos partieron en cuanto estuvieron listos hacia los páramos, donde esperarían hasta que llegara la hora de trasladarlos al sur el día del ataque. Un poco más al norte, en una de las guarniciones controladas por el Maestro de ceremonias, estaban construyéndose diez más. El resto de los carros, que se construían apresuradamente, serían utilizados en la marcha hacia el cañón de la Soga, y en el último momento se desviarían para dirigirse al refugio.

También necesitábamos más caballos, los suficientes para tirar de sesenta carros y sus cargas durante cinco días. Además, los soldados que los escoltaran necesitaban monturas por si acaso había que repeler un ataque durante el viaje. Se enviaron tropas a saquear las granjas y los establos repartidos por el territorio de los alfas situados al este de Nuevo Hobart. Oí a Adam y a Tash haciendo bromas al respecto junto a la puerta de la casa de acogida.

—Si hubiera querido dedicarme a robar caballos, podría haber empezado hace años y haberme ahorrado la instrucción y esta mierda de raciones —dijo Adam.

El Maestro de ceremonias también ordenó que se trajeran caballos de todas las guarniciones, incluidas las costeras.

—Esto deja varios de mis batallones sin una caballería decente —manifestó, encorvado sobre los mapas desplegados en el salón principal mientras hacíamos los cálculos. No obstante, dio la orden y la llegada de caballos era continua. Fue la prueba más concluyente que obtuve del compromiso del Maestro de ceremonias con el plan. Cada día llegaba una patrulla montada o un mensajero, hasta el punto de que nos vimos obligados a convertir el edificio de los tanques en establos. Me sacaba una sonrisa ver el trajín de los mozos de cuadra, oír los relinchos y el piafar de los animales y oler el intenso y caliente hedor del estiércol. El tufo y el ajeteo de la vida

habían sustituido el estéril silencio de los tanques.

El estruendo de las hachas y de los martillos había dominado la ciudad durante semanas, mientras se construían los carros. En el ataque a Nuevo Hobart, las calabazas se habían convertido en el arma improvisada, con nuestros mensajes grabados e introducidas a hurtadillas para los omegas atrapados al otro lado de la muralla. En esta ocasión, las armas secretas eran esos carros, contruidos precipitadamente con troncos de árboles talados en los bosques y con los travesaños y las vigas que habíamos recuperado de los edificios en ruinas de la ciudad. Algunos carros estaban hechos con vigas unidas mediante cuerdas; de otros sobresalían clavos con los que cualquier desprevenido que pasara cerca se engancharía.

—No serán muy cómodos —dijo el Maestro de ceremonias, que apareció detrás de mí mientras observaba cómo enganchaban los caballos a uno de los vehículos—. Pero los hemos hecho lo más ligeros que hemos podido, así que nos permitirán movernos con rapidez pese a ir bien cargados.

La incomodidad no sería un problema para las personas que sacáramos de los tanques... si conseguimos entrar en el refugio... si los sacáramos de los tanques con vida. Cuanto más pensaba en ello, más «sies» se me ocurrían, así que corrí a echar una mano a los tipos que estaban enganchando los caballos para mantener las manos ocupadas y la mente distraída.

Zach sabía que era una pérdida de tiempo preguntarme a qué venían aquellos hachazos y martillazos que se oían. Él también trabajaba en lo suyo, con las manos encadenadas. Me fijé en cómo nos miraba con atención mientras nosotros íbamos de un lado a otro por la casa de acogida; me fijé en que apenas dormía y se quedaba tumbado en la cama mirando el techo. No sabía de su plan más de lo que él sabía del nuestro, pero no me cabía duda de que tenía uno.

En todo este tiempo no dejamos de interrogarlo. Una y otra vez le preguntábamos sobre el lugar al que habían trasladado la máquina de la deflagración y por lo que la General quería de él, pero nunca le sacábamos nada. Cuando Piper y el Maestro de ceremonias perdían los nervios, le gritaban o se acercaban a él con gesto amenazante. Zach, sentado en la cama y con las manos encadenadas, se limitaba a enarcar una ceja.

—¿Qué vais a hacer? —preguntaba a continuación, mirándome a mí.

Yo siempre bajaba la mirada, avergonzada de mi cuerpo conectado al suyo; avergonzada de ser la garantía de que no sería torturado.

Por fin se fijó la fecha. Nos quedaban catorce días para la partida hacia Wyndham y el Refugio 6. Los carros y las tropas no estarían listos antes, y después de esa fecha, el deshielo habría terminado y el río recuperaría su nivel y su mansedumbre habituales, lo que permitiría a los refuerzos del Consejo vadearlo con facilidad. La precisión de la misión era esencial, y muchas cosas dependían de ella.

Había comenzado a tener sueños de sangre y armas. Zach sabía que perdía el tiempo preguntándome por mis sueños porque nunca le hablaba de ellos, pero a pesar de mis esfuerzos para no revelar nada y para contener los gritos, no pude ocultarle por completo los efectos de las visiones. Después de cada visión tenía dificultades para respirar, y mis jadeos e inspiraciones interrumpidas abruptamente bastaban para poner a mi hermano en alerta. No había manera de esconderlo: estaba a punto de ocurrir algo, y no sería bueno. No obstante, los sueños apenas me revelaban nada. No me daban pista alguna sobre si ganaríamos o perderíamos. Lo único seguro era que la sangre y los portentosos duelos de espadas que veía serían reales. Aunque liberáramos el refugio, las tropas que habíamos enviado como señuelo al cañón pagarían el precio en sangre.

Dos días después llegaron exploradores desde el oeste con la noticia de que estaban a punto de concluir las reparaciones de la *Rosalind* y de que ya se habían cargado los otros dos barcos. Cuando los primaverales vientos del norte amainaran, la flota estaría lista para zarpar.

Los exploradores regresaban de manera regular a Nuevo Hobart, pero ninguno traía información sobre el paradero de la máquina de la deflagración. Solo informaban sobre nuevos ataques a los convoyes y a los asentamientos y sobre el creciente número de omegas que se veían forzados a ir a los refugios por la subida de los tributos.

El Consejo había perfeccionado el sistema: obligaba a los omegas a trabajar tierras cada vez más estériles al mismo tiempo que incrementaba los tributos, hasta que la desesperación los llevaba a los refugios, que veían como el último reducto para no morir de hambre. Yo había visto el cartel con mis propios ojos en la carretera que conducía al Refugio 9: «La garantía de nuestro bienestar mutuo. Seguridad y prosperidad ganadas con el trabajo justo. Refugios: lugares de cobijo en tiempos difíciles». Nuestro pueblo, cuando se hallaba en la miseria más absoluta, acudía de buena gana a los refugios, cuyos muros y las puertas que se cerraban a sus espaldas se habían pagado con sus tributos.

Los exploradores informaron de que el Consejo ya no esperaba que los omegas acudieran voluntariamente. Uno de ellos incluso había divisado a todos los miembros de un asentamiento entrando en el Refugio 6 escoltados

por soldados armados.

—Han cambiado de estrategia —dijo Piper después de oír el informe del explorador—. Habrán declarado que el asentamiento es inviable por el motivo que sea: una mala cosecha, una inundación o cualquier otro problema. O simplemente por no pagar los tributos. Cuelgan avisos, lo que llaman «orden de protección», para comunicar al asentamiento que tiene que trasladarse a un refugio.

—Lo típico —dijo con desdén Zoe—. «Por su propia seguridad» y esa clase de mierdas.

Piper asintió.

—Al parecer les dan un plazo de una semana. Y si algún omega no obedece, el Consejo envía soldados para sacarlo del asentamiento y llevárselo a los refugios.

El hecho de que el Consejo estuviera obligando a la gente a ir a los refugios significaba que estaban acelerando su programa de los tanques. Pero también quería decir que los omegas habían dejado de ir voluntariamente. No estaba bien que me alegrara la noticia de que había personas que abandonaban sus hogares a punta de espada y eran arrastradas a los tanques, pero no pude sentirme mal al enterarme de que por lo menos estaba conociéndose la verdad y que Leonard no había muerto en vano. Habían pasado varios meses desde que los bardos Leonard y Eva emprendieron su misión de difundir la canción sobre los tanques y los refugios. Ahora los exploradores informaban de que la canción se había popularizado y seguía haciéndolo.

Y cuando los soldados irrumpían en un asentamiento «inviable» no siempre encontraban lo que buscaban. En las últimas semanas, desde que la nieve había desaparecido de las tierras bajas, los omegas habían comenzado a acudir a nosotros.

—Justo lo que necesitamos —dijo el Maestro de ceremonias mientras supervisaba a los últimos reclutas potenciales desde el balcón de la oficina del recaudador—. Más muertos de hambre a los que alimentar.

Debajo de nosotros, Simon y Tash estaban examinando a tres mujeres y un hombre que se habían presentado en las puertas de la ciudad. Estaban más delgados aún que los que llevábamos algún tiempo en Nuevo Hobart. La mujer más alta llevaba puesto un vestido holgado y los omoplatos sobresalían de su

espalda como si fueran los muñones de unas alas.

—Así sumamos soldados —dije.

—¿A ti te parecen soldados?

—Solo necesitan entrenamiento; recuperar fuerzas.

—Ambos sabemos que no me refería a eso —repuso el Maestro de ceremonias sin despegar los ojos de los reclutas.

La colección de mutaciones que exhibían no era nada que se saliese de lo corriente (una de las mujeres era enana, y la mano derecha del hombre tenía los dedos pegados y parecía una manopla de carne), pero la expresión en la cara del Maestro de ceremonias dejaba claro lo que pensaba de ellos.

—Sin embargo podremos convertirlos en soldados —dije—. Ya has visto a nuestro ejército en acción.

—Creo recordar que lo rescaté de cierta derrota.

—Porque éramos muy inferiores en número. Aun así, luchamos, y muy bien, por cierto.

—Os estaban masacrando.

—Tuvimos el valor de rebelarnos contra el Consejo sin tu ayuda.

—El valor no gana guerras.

—Quizá —repuse—. Pero lo que sé seguro es que el miedo las inicia. Y tú debes decidir si temes más a los omegas o los tanques y la deflagración. Tú y el resto de los alfas, ¿estáis dispuestos a ayudarnos a traer la cura para el vínculo gemelar de Otraparte y a acabar con él?

—No puedes reprocharnos que no queramos que la próxima generación sea como ellos —respondió, bajando la mirada hacia los nuevos reclutas.

—Las máquinas acabaron con el mundo. Por eso viniste aquí, para luchar contra Zach y los tanques. Por eso has estado de acuerdo en que intentemos liberar el Refugio 6. Pero en el fondo eres igual que Zach; ambos pensáis que los omegas acabarán con el mundo.

El Maestro de ceremonias se volvió a mirarme. Mantuvo los ojos clavados en los míos tanto tiempo que comencé a ruborizarme.

—Tú no pareces uno de ellos —dijo, señalando con la cabeza en dirección a la ventana, y en voz baja añadió—: A veces olvido que eres una omega.

Por un momento, mientras observaba su rostro y su mano tendida a escasos

centímetros de mi brazo, casi sentí pena por él. Yo había experimentado la misma avidez en los meses que siguieron tras la muerte de Kip. Meses de frío y de pasar hambre, cuando el cuerpo parecía no ofrecer nada más que sufrimiento. Entendía la necesidad del Maestro de ceremonias de buscar un gesto reconfortante. Pero mientras movía su mano hacia mí, atisbé en la comisura de sus labios el temblor que precedía a una mueca.

Cuando finalmente me cogió el hombro, sentí la firmeza de su mano y no supe contra quién iba dirigida su ira, si contra mí o contra sí mismo.

—A veces —dijo, tragando saliva—, por un momento olvido a mi mujer y la manera como murió. —Hizo una pausa—. Olvido lo que eres.

—No —dije, y retrocedí. Sus dedos dejaron unas marcas rojas en mi hombro—. Nos ayudas y te necesitamos. Pero no cometas un error... —Enfilé hacia la puerta—. Sé exactamente qué soy yo y qué eres tú.

De vuelta en casa de Elsa, mientras el sol se deslizaba a lo largo del muro rematado por alambre de espino, pensé en lo que le había dicho: «Sé exactamente qué soy yo y qué eres tú». También pensé en Xander.

Esa mañana lo había visto salir en silencio por la puerta de la cocina. Sally no necesitó preguntarle adónde iba, pues era una rutina que se repetía todos los días, y se levantó rápidamente de la silla.

—Te acompañaré hasta la puerta —le dijo, arrastrando los pies a su lado—. Solo para asegurarme de que un guardia va contigo.

Era consciente de que había estado evitando a Xander desde que regresé de la costa. A pesar de las desafiantes palabras que empleé para decirle al Maestro de ceremonias que sabía qué era, estuve evitando a Xander por lo que él revelaba de mí misma. Ayudaba a Sally a darle de comer cuando era necesario, y aprendí a elaborar la mezcla de hierbas que lo ayudaban a conciliar el sueño. Pero solo lo tocaba lo imprescindible, y me di cuenta de que apartaba la mirada de él cuando comenzaba a estremecerse acosado por una visión. Nunca me había sentado con él, como hacían Elsa y Sally, mientras miraba fijamente la pared de la cocina, meciéndose suavemente. Había estado evitándolo de la misma manera que había estado evitando mis propias visiones.

Pero las visiones me sobrevenían de todas formas. Mis días se descomponían en segmentos divididos por el fuego. Pese a mis esfuerzos para esconder a Zach mis visiones, no podía evitar tenerlas ni los efectos que me provocaban: el temblor de manos, los ojos en blanco... Todo lo que había visto en Xander una y otra vez y ahora no quería ver.

Pedí a Piper que me llevara al Árbol del Beso. Cuando los centinelas se despidieron de nosotros desde la puerta, tomé aire y lo solté lentamente. Aún tenía en la piel las marcas de los dedos del Maestro de ceremonias. Zach se había quedado en la casa de acogida. Me sentí bien al salir del espacio amurallado. Había comenzado la siembra y los granjeros paseaban pacientemente por la tierra recién labrada. Las carretillas y los carros iban y venían por la calzada y se detenían en los puestos de control.

Más allá de los campos cultivados, en el bosque carbonizado se atisbaban brotes verdes. La hiedra trepaba por los troncos ennegrecidos y la maleza nos dificultó el avance cuando desmontamos y atamos los caballos a un árbol para continuar a pie. Nos cruzamos con una patrulla que saludó a Piper, y un poco más al este, donde el bosque había sobrevivido al fuego, un grupo de soldados estaba talando árboles para construir carros.

El Árbol del Beso, a pesar de que el fuego había arrasado la copa, era el más grueso que había a la vista: un tronco hueco y negro de varios metros de diámetro y más alto que Piper. El guardia que custodiaba a Xander, un omega de gran estatura, estaba sentado en un tocón cercano, y se levantó como impulsado por un resorte y nos saludó en cuanto vio que nos acercábamos.

—Estás de servicio, no en un pícnic —lo sermoneó Piper—. Así que vigila.

—Señor —dijo el hombre, juntando los talones y con la mirada fija en el suelo.

Tuve que apartar algunos tallos de hiedra para dar con la hendidura en el tronco. Introduje la cabeza y vi a Xander sentado en el suelo con los pies juntos y las rodillas pegadas a la barbilla. Se había quitado los zapatos y los había colocado cuidadosamente a su lado, así que estaba descalzo en la tierra mezclada con ceniza. Tenía los ojos abiertos, pero no me miró.

—¿Puedo entrar? —pregunté.

No esperaba una respuesta ni la recibí.

Entré gateando y la hiedra me acarició el rostro. Encima de nuestras cabezas, donde el fuego había quemado el techo de aquella especie de cueva, los contornos del tronco recortaban un círculo de cielo.

Me senté enfrente de Xander, con las piernas apretadas contra las suyas en aquel reducido espacio. No estaba acostumbrada a estar tan cerca de él, pues había estado evitando su contacto desde que volví de la costa.

—¿Por qué vienes aquí todos los días?

Tampoco esta vez obtuve respuesta.

Me aclaré la garganta.

—Debería haber pasado más tiempo contigo. —El hecho de que mantuviera los ojos clavados en el suelo y no me mirara me hacía más fácil hablar—. Desde que Zach apareció, todo ha sido muy caótico —continué atropelladamente. La velocidad con que salían las palabras de mi boca parecía reducir aún más el espacio—. Muy complicado. No ha sido sencillo. —Hice una pausa. Otra vez estaba acribillándolo a excusas, y no había venido para eso—. Debería haber hecho un esfuerzo. Lo siento. Yo más que nadie debería haberte comprendido.

—Ya me comprendes —dijo. Levantó la cabeza y me miró directamente a los ojos. En su voz no había atisbo alguno de recriminación... solo estaba haciendo una afirmación.

Xander tenía razón. No lo temía porque no comprendiera lo que estaba sucediéndole, sino porque lo comprendía perfectamente. Había estado manteniendo las distancias con él como si de esa manera pudiera impedir convertirme en él.

—A mí también me pasa —le confesé—. Más a menudo desde que descubrimos la verdad sobre la deflagración.

Al mencionar la deflagración se quedó petrificado, con los ojos vidriosos.

—Siempre fuego —dijo.

—Lo sé. —Intenté cogerle la mano, pero él la retiró. No supe si estaba rechazándome conscientemente o si solo había sido una reacción natural de su cuerpo. Sin embargo, me quedé a su lado. Permanecimos sentados largo rato, acurrucados en el interior del árbol, rodeados por llamas que solo nosotros podíamos ver.

Reparé en que Piper mantenía la mano en la cadera, cerca de los cuchillos, mientras entrábamos por la puerta sur de vuelta a la ciudad. Cuando me detuve para contemplar los carros que seguían acumulándose en la entrada, formando una larga hilera, Piper tiró ligeramente de mí para devolverme al amparo de la puerta.

—¿Por qué estás tan suspicaz hoy?

Piper miró a su alrededor para asegurarse de que nadie podía oírnos.

—No quería contártelo en casa de Elsa, con Zach rondando por ahí. —Se pasó la lengua por el labio superior—. Un soldado alfa, desarmado, ha abordado a un explorador que estaba de patrulla y le ha entregado un mensaje del Consejo. Es una lista... con nombres de personas que están buscando y por las que ofrecen una recompensa.

—¿Y quién hay en la lista?

Piper sonrió.

—¿Tú qué crees? Tú, Zach. Yo, Zoe. También Xander... Son conscientes del valor que tienen los videntes. Y Sally...; no se han olvidado de ella.

—¿Y Paloma?

Bajó la cabeza y asintió.

—No con su nombre. Se refieren a ella como «la mujer pálida de Otraparte».

Se me heló la sangre.

—¿Quién les ha dicho que está aquí?

Eché un vistazo a las calles.

—Podría haberlo hecho cualquiera que la haya visto por aquí, o alguien que haya oído los rumores sobre que estamos buscando Otraparte y haya sumado dos más dos. O quizá haya un traidor entre las personas más próximas a ella. —Exhaló un largo suspiro—. No deberíamos haberla traído a Nuevo Hobart.

—No teníamos alternativa.

Cada vez que alguien entraba por la puerta de la ciudad se me encogía el corazón. Un hombre alto pasó ante nosotros, empujando una carretilla cargada con cubos de agua, y se volvió a mirarme. Las miradas como la suya eran frecuentes, ya que todo el mundo sabía que era vidente, pero esta vez sentí que se me cerraba el estómago. Solo duró un segundo, hasta que el hombre desvió

la mirada y continuó su camino, pero yo ya tenía el cuerpo cubierto de sudor.

—¿El explorador vino a contártelo?

Piper asintió.

—Hemos tenido suerte. Era el capitán Crispin. Le han prometido dinero y la amnistía. Él no se ha dejado embaucar por la oferta del Consejo, pero quizá otros lo hagan si la lista comienza a circular. No creo que solo hayan abordado a Crispin; probablemente ya hayan intentado la misma jugada con otros.

Me invadió una sensación de impotencia. Nuestra existencia se resumía en esperas: la espera para que los carros y las tropas estuvieran listas para iniciar la marcha hacia Wyndham; la espera del siguiente movimiento de la General; la espera de la traición que se produciría en cualquier momento, inexorable como la llegada del verano.

Esa noche soñé con la deflagración y me desperté con una mano agarrada al cabecero de la cama, frío y sólido, y con la otra apoyada contra la dura pared de piedra del dormitorio. Pero la deflagración me había mostrado que la solidez solo era una ilusión. Había visto puentes alzarse y agitarse como banderines al viento y edificios enormes que se desmoronaban como castillos de arena. En cuanto a las personas, simplemente desaparecían, de un momento al siguiente, como si el mundo las hubiera olvidado.

Me fui a la cama temprano. Las ratas ya habían comenzado su ruidoso paseo de medianoche por los canalones del tejado y la luna brillaba alta en el cielo. Quedaban once días para la partida hacia Wyndham. Todavía no se sabía nada sobre la máquina de la deflagración y el único resultado que obtenía de mis esfuerzos para localizarla era confusión. Durante esas noches silenciosas me sentía una extraña dentro de mi propia cabeza, donde se alternaban las visiones de la deflagración y los intentos infructuosos de averiguar la ubicación de la máquina que la provocaría. En cuanto a Zach, seguía sin soltar prenda sobre la máquina de la deflagración... Ni conmigo, ni con el Maestro de ceremonias ni con Piper.

Hay muchas clases de silencio: el silencio cómodo que compartía con Elsa; el silencio entre amantes, como cuando Zoe y Paloma se sentaban junto al fuego sin hablar; y el silencio entre Zach y yo cuando estábamos acostados

en nuestras respectivas camas, dispuestas en paralelo en el dormitorio. Este era un silencio preñado de cosas que no podían decirse ni se dirían.

Cuando el Maestro de ceremonias descorrió los cerrojos de la puerta, oí que las ratas del tejado se dispersaban.

—Necesito hablar a solas con él.

—No pienso dejarte solo con Zach —respondí. Recordé la mirada que me había dedicado la última vez que nos habíamos visto y sus dedos apretándome el hombro y tiré de la manta para cubrirme el tenue camisón mientras me incorporaba.

Piper estaba tras él.

—No te preocupes —dijo, empujando a un lado al Maestro de ceremonias para entrar y colocarse a su lado—. Yo lo vigilaré.

Zach se incorporó y se quedó mirando al Maestro de ceremonias y a Piper con el ceño fruncido. Puesto que tenía puestos los grilletes en las muñecas y la cadena pasaba por el aro de hierro fijo en la pared, tuvo que sentarse de lado. Parecía muy pequeño al lado del Maestro de ceremonias y de Piper, y si se hubiera tratado de cualquier otra persona, habría sentido lástima de él.

Me puse el abrigo encima del camisón y crucé la mirada con mi hermano cuando ya estaba junto a la puerta.

—Cass... —dijo Zach.

Esperé, pero si lo que quería era pedirme ayuda, fue incapaz de hacerlo, y se limitó a mirarme fijamente. Vi que su cuello se dilataba y se contraía mientras tragaba saliva lentamente.

—Vete —dijo el Maestro de ceremonias.

Salí del dormitorio. Encontré a Zoe y a Paloma todavía despiertas en la cocina, con Elsa, Sally y Xander, que estaba sentado en un taburete en silencio, en un rincón. Sally y Elsa estaban charlando, pero no fui capaz de concentrarme en lo que hablaban; estaba tratando de recordar si el Maestro de ceremonias llevaba un cuchillo.

Paloma me pasó una taza de té y temí que reparara en el temblor de mis manos.

A Zoe, sin embargo, nunca se le escapaba nada.

—Piper no permitirá que el Maestro de ceremonias se descontrole —me dijo con un tono de impaciencia.

Asentí. Nada deseaba más que creerla. Esperamos en silencio.

Entonces llegó desde el dormitorio el ruido de un golpe y una serie de gritos. Zoe se levantó con tanto ímpetu que tiró una taza al suelo cuando se deslizó entre Paloma y la ventana. Sonó un portazo. Piper y el Maestro de ceremonias estaban peleando cuerpo a cuerpo en el patio, junto a la puerta del dormitorio. Ambos eran apenas dos figuras sombrías en la penumbra nocturna. Entonces oí que el Maestro de ceremonias soltaba un gruñido grave y doblaba el cuerpo. Piper le puso una mano en el hombro, pero desde mi posición en la ventana no fui capaz de discernir si estaba consolándolo o manteniéndolo a distancia.

Vi que los músculos de Zoe se relajaban y que bajaba el cuchillo. En el patio, Piper había dejado caer el brazo. El Maestro de ceremonias se puso derecho y gritó:

—¡Quita de en medio! ¡Azotaría a cualquier otra persona que se interpusiera en mi camino!

—Sería un error —dijo Piper sin perder la calma—. Casi tan grave como el que has estado a punto de cometer ahí dentro.

Sally se había levantado y unido a mí junto a la ventana para mirar lo que ocurría en el patio.

—¿Falsa alarma?

Zoe asintió y dio la espalda a la escena.

—Piper tiene controlada la situación.

Elsa estaba de rodillas en el suelo, recogiendo los fragmentos de la taza rota.

—El Consejo no pudo destruir todo lo que tengo en esta casa —le dijo a Zoe—. Menos mal que estás tú aquí para terminar el trabajo.

—Daños colaterales —repuso Zoe esbozando una sonrisa, y se agachó para ayudarla a recoger el estropicio.

Yo me quedé en la ventana, escuchando la conversación que Piper y el Maestro de ceremonias mantenían en el patio.

—Ambos sabemos los efectos que puede tener el dolor —dijo Piper.

—¡No soy un novato! —replicó el Maestro de ceremonias—. ¡Puedo hacerlo hablar!

—No me refiero a él.

—Necesitamos sacarle la información que tiene.

—La necesitamos a ella. De no ser por Cass, ni siquiera sabríamos de la existencia de la máquina de la deflagración.

—De no ser por él, no habría una máquina de la deflagración —replicó el Maestro de ceremonias.

—Está así de cerca de desmoronarse —dijo Piper, levantando una mano con los dedos pulgar e índice casi pegados—. Si lo torturas, la perderemos para siempre.

Detrás de mí, Sally hizo un comentario y Elsa soltó una risotada. El Maestro de ceremonias se volvió y me vio observándolos desde la ventana. Durante unos segundos la escena quedó congelada, con él y Piper mirando fijamente mi silueta recortada en la ventana. Luego, el Maestro de ceremonias enfiló por el patio con paso firme, pero no entró en la cocina. Oí sus pasos recorriendo el pasillo y que la puerta principal se cerraba a su espalda.

Salí afuera. Piper estaba esperándome, apoyado en la pared, junto a la puerta.

—No permitiré que haga daño a Zach.

Me lo quedé mirando en silencio.

—Intento protegerte —añadió.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Para qué? Tú no puedes evitar que me desmorone, ¿no?

Estaba furiosa con todos ellos: Zach, el Maestro de ceremonias, Piper. Incluso con Xander, el pobre Xander, balanceándose en la cocina con los ojos cerrados. En él había pensado al oír las palabras de Piper: «Desmoronarse». Nada de lo que le hicieran a Zach sería peor que lo que ya estaba sucediéndole a Xander. Lo que estaba sucediéndome a mí.

—Cass...

—Me voy a la cama. Tú también deberías acostarte.

Descorrí los cerrojos de la puerta del dormitorio y pegué un portazo cuando entré. Oí que Piper volvía a correrlos.

Zach estaba de pie junto a su cama. Tenía la camisa arrugada y mal puesta, pero no estaba herido, o al menos no advertí ninguna marca en su cuerpo

aparte de la cicatriz de la frente. Intentó poner en orden la camisa, pero las cadenas de las manos lo entorpecían. Le bajé una manga y me senté en mi cama, frente a él.

—No puedes confiar en el Maestro de ceremonias. Me ha sacado el cuchillo. Ha estado a punto de clavármelo.

—Piper se lo ha impedido.

—Esta noche —repuso Zach—. Pero tiene muchos más soldados que Piper. Si el Maestro de ceremonias decide torturarme, ¿hasta cuándo crees que Piper podrá impedirselo?

—No lo sé. Por eso tengo que hacer esto.

Desde que Zach se había instalado en el dormitorio, yo dormía con el cuchillo ceñido al muslo con una correa. Lo saqué y mi hermano se puso tenso.

—Si nos matas, nunca averiguaréis dónde está la máquina de la deflagración.

—No voy a matarte —dijo—. Solo voy a herirte.

Se abalanzó hacia mí con tanto ímpetu que la cadena se tensó, la sacudida lo hizo girar y tiró de sus brazos hacia la pared. Yo sentí en mis muñecas la punzada de dolor.

Tenía a mi hermano a poco más de un metro, pero eso era todo lo que podía acercarse. Fui tranquilamente hasta la puerta, arrastré una de las camas vacías por el suelo y la coloqué atravesada delante de la puerta.

—No serás capaz —dijo Zach mientras sus ojos saltaban alternativamente de la puerta a las ventanas, donde se habían instalado unos barrotes para protegerlo. Cerré una a una las contraventanas—. Gritaré.

—Seguramente yo también —repliqué, cerrando la última contraventana—. Pero, aunque nos oigan, dispondré de varios minutos. —Señalé la gruesa puerta de madera maciza y las contraventanas cerradas, detrás de las cuales estaban los barrotes; todo ello diseñado para protegernos de un ataque procedente del exterior.

Piper podía protegerme de cualquier cosa menos de mí misma. Me senté en la cama, de cara a mi hermano, e intenté mantener una respiración regular mientras levantaba el cuchillo.

Apreté la hoja contra el muslo, justo encima de la rodilla. Zoe me había enseñado a mantener el cuchillo afilado, y ahora me alegraba que lo hubiera hecho. El corte era limpio y precisaba menos presión de la que había pensado.

Había esperado sentir dolor. Lo que no había esperado eran las protestas de mi cuerpo en forma de vómito acre ascendiendo por mi garganta. Todo parecía transcurrir a cámara lenta. Me fijé en la blancura de mi piel desnuda antes de que la sangre la tiñera. Mis manos se rebelaron y perdieron fuerza cuando intenté presionar el cuchillo para hacer más profundo el tajo. La hoja se entretuvo en los bordes de la herida, y cuando se movió, se quedó atascada en mi piel y sentí un dolor más leve en medio del dolor más agudo. De mi boca salió un ruido que no reconocí como propio, un chillido como el de un gato acorralado.

Zach gritaba y sacudía las piernas como si pudiera librarse del dolor a patadas. Golpeó la silla que había al lado de su cama, que se tambaleó hasta que cayó al suelo, mientras él se agachaba y se agarraba la pierna.

—Siempre has sido una persona con determinación —dije—, e inteligente..., brillante incluso, a tu manera retorcida. Pero nunca has sufrido como un omega. —Recordé cómo se estremeció cuando le apliqué la pomada en la quemadura—. Y siempre te ha dado miedo el dolor físico.

Apreté. En ese momento, si hubiera podido extirpar a mi hermano de mi ser, arrancarlo de mi pierna como la piel muerta de una herida infectada, lo habría hecho.

—Así que vas a decirme ahora mismo adónde habéis trasladado la bomba —dije con los dientes apretados—. ¿Dónde está? —le pregunté, alargando cada palabra para que coincidiese con una inspiración, obligándome a seguir respirando, a seguir hablando—. ¿Y qué quiere la General de ti?

—¡Estás loca! —bramó.

Hundí un poco más el cuchillo en mi pierna y Zach chilló.

—¿Crees que me gusta hacer esto? —grité con la esperanza de que mi voz tapara la suya; así, si Piper o Zoe nos oían, pensarían que solo estábamos discutiendo. Un hilo de sangre caliente corrió por mi pierna y empapó las sábanas. Oí cómo caían las gotas al suelo, primero poco a poco y luego como un reguero.

—¿Dónde está la máquina? —repetí—. ¿Y qué tienes para que la General muestre tanto interés por ti?

Presioné la mano derecha con la izquierda para hacer una nueva escisión en la pierna, paralela a la primera. Y de repente me invadió una calma total. Pocas cosas obedecían a mi control. Por supuesto, la guerra, con nosotros en medio, no era una de ellas. Tampoco el Maestro de ceremonias, ni Piper, ni la General y su ejército. Menos aún mi mente, que se rebelaba contra mí con visiones del fin del mundo. Pero esto, el cuchillo clavado en mi carne, no lo controlaba nadie más que yo. No era fácil, pero sí sencillo. Era mi cuerpo, mi sangre, mi decisión, y Zach se había quedado blanco del dolor.

—¡Ya os lo he dicho! Hacía meses que la General no me dejaba acercarme a la nueva instalación. Y ya la habrá movido a otro lugar. ¡No puedo deciros nada!

—¿Cass? —Era Piper, desde el otro lado de la puerta.

—¡Déjame sola! —grité, haciendo un esfuerzo para disimular el temblor en mi voz.

—¡Detenla! —suplicó Zach.

Me hice otro tajo, esta vez más rápido y profundo. Un chorro de sangre brotó de la herida en cuanto extraje la hoja.

—Dime. Adónde. La. Trasladasteis.

Solo cuando vi el sudor en la cara de Zach me di cuenta de que estaba empapada y de que el mango del cuchillo me resbalaba de la mano.

—¡Para! —gritó Zach. Tiraba de las cadenas, que se tensaban y se

distendían una y otra vez, llevadas al límite de su resistencia por la fuerza de mi hermano.

—¡Dímelo!

—¡Para!

Las cadenas le habían dejado un cerco de sangre en una muñeca. Había caído al suelo y estaba hecho un ovillo, sujetándose la pierna con ambas manos.

—Dímelo —repetí. Ya no sentía el dolor, solo una extraña sensación de frío en los bordes de las heridas abiertas.

—¡Zorra loca! —me espetó Zach, con los ojos fuertemente cerrados. Cuando volvió a abrirlos, los puso en blanco.

Estaban aporreando la puerta. Oía las voces de Zoe y de Piper, y a Elsa gritando alguna cosa.

Volví a levantar el cuchillo y apoyé la punta en la pierna para que se me clavara por su propio peso. La sangre que manaba del resto de las heridas confluyó en el nuevo orificio.

—Dímelo.

—No.

La puerta tembló y golpeó la cama que había colocado delante de ella, que se deslizó rechinando por el suelo un par de centímetros antes de volver a detenerse. Sonaron más porrazos en la puerta. Hundí el cuchillo sin pensármelo dos veces y sentí cómo me atravesaba la carne, hasta que la punta de la hoja chocó contra algo duro... el hueso. Cada punzada de este nuevo dolor también era el dolor que sentía Zach. Apreté.

Mi hermano soltó un alarido, tan estridente e insistente como el graznido de un cuervo al alzar el vuelo. Volví a apretar el cuchillo contra el hueso.

—¡El bosque Negro! —dijo con un grito ahogado. Le di un respiro con el cuchillo—. ¡El bosque Negro! —repitió—. ¡Cerca del bosque Negro, al este!

Un hacha atravesó la puerta. Conté los golpes: cuatro, cinco, seis. Piper apartó las astillas a patadas, entró como un toro embistiendo en la habitación y corrió hacia mí.

Me dejé caer de lado en la cama, con la cabeza apoyada en la almohada. A poco más de un metro, Zach tuvo unas arcadas y vomitó, y dejó un pálido charco de fluidos en el suelo.

—¿Qué has hecho? —preguntó Piper, plantado ante mí.

—Tú no ibas a hacerlo —respondí—. Y tampoco le habrías permitido hacerlo al Maestro de ceremonias. Así que he tenido que hacerlo yo.

Elsa no quería tocar a Zach, así que para que se limpiara las heridas que los grilletes le habían hecho en las muñecas trajo un cubo con agua caliente y un tarro de pomada, y los soltó de mala manera en el suelo, al alcance de mi hermano. Zach no le dijo nada.

Piper me cosió las heridas, una a una, encorvado sobre mi pierna. Habíamos salido del dormitorio con la puerta destrozada y estábamos en el patio. También me había dado un paño limpio para que contuviera la hemorragia.

—He mandado un mensajero al Maestro de ceremonias. Pero seguramente la General habrá trasladado la máquina de la deflagración.

—Por lo menos tenemos un punto de partida —dije mientras me estremecía cada vez que sentía un tirón o el roce del hilo que me atravesaba la carne—. ¿Conoces ese sitio, el bosque Negro?

Piper asintió.

—Está al suroeste de aquí, no muy lejos. Eso demuestra que la trasladaron hace mucho tiempo, ya que no habrían elegido un lugar tan próximo a Nuevo Hobart de haber sabido que iba a convertirse en nuestra fortaleza y que las guarniciones del Maestro de ceremonias controlarían un territorio tan extenso en el oeste.

Más motivos para pensar que era bastante improbable que siguiera estando allí.

—Tenemos que ir a echar un vistazo —dije—. Para asegurarnos.

Había esperado que Piper me discutiera la propuesta, pues salíamos hacia el refugio dentro de once días, sin embargo, asintió.

—No me hace demasiada gracia que salgas de las fronteras de nuestros territorios, pero creo que no hay alternativa. No hay nada más importante que la máquina de la deflagración. Si hay algo en el bosque Negro, tú eres la persona más indicada para encontrarlo, aunque solo sea una pista.

Siguió cosiéndome las heridas.

—Un despiste con el cuchillo y podrías haber muerto —dijo en voz baja. Entornó los ojos, concentrado en las puntadas—. Aún hay infección; todavía podrías morir.

—Necesitamos averiguar dónde está la máquina.

—Te necesitamos a ti.

Negué con la cabeza.

—Tú mismo lo dijiste: «Desmoronarse». Solo es cuestión de tiempo que acabe como Xander. Ambos sabemos que dejaré de seros útil muy pronto.

—Te necesito —dijo sin bajar el ritmo de las puntadas ni alterar la presión de sus dedos en mi pierna. Ni siquiera levantó los ojos para mirarme. Simplemente lo dijo, como quien expone un hecho, y siguió cosiendo.

Zach me dio la espalda en cuanto entré en el dormitorio para acostarme. El único vínculo que habría esa noche entre nosotros sería el dolor.

Un arranque de ira de mi hermano no me habría sorprendido, pero el de Elsa me pilló completamente desprevenida. Al amanecer nos despertaron los martillazos que estaba dando para clavar unas tablas nuevas en la puerta destrozada. Cuando le ofrecí mi ayuda se marchó sin contestarme y oí que se ponía a trajinar por la cocina.

—He trabajado muy duro para reparar esta casa —dijo cuando regresó para acabar de arreglar la puerta—. Pero vosotros y vuestras malditas ocurrencias frustráis mi trabajo una y otra vez. —Hundió un clavo en la madera de un martillazo.

Le pasé otro clavo y lo cogió sin mirarme.

—Hay un límite —continuó diciendo mientras cerraba un ojo para apuntar con el martillo—. No puedo pasarme la vida reparando la casa.

—¿Podemos dejar de fingir que estamos hablando de la puerta? —pregunté.

Elsa se volvió a mirarme.

—Acepté acogerlo en mi casa, Cass. ¡Al hombre que asesinó a mis niños! Solo porque quería protegerte. Hay mucha gente que ha hecho un montón de cosas para protegerte. No lo estropees ahora intentando hacerte la heroína.

—No intento hacerme nada. Solo quiero salvar Otraparte.

—¿Torturándote? ¿Para qué? Tu hermano no es tonto —dijo Elsa, y me fijé en que evitaba llamar a Zach por su nombre—. Y tampoco lo es la General. Ya habrá cambiado de sitio la máquina de la deflagración.

—Tal vez —repuse. Sabía que probablemente tenía razón. Me dolía la pierna y estaba cansada. No había sido divertido autolesionarme, herir este cuerpo leal que me permitía seguir viviendo. Me había asombrado a mí misma al clavarme el cuchillo, y sabía que también Piper y Elsa se habían asombrado de que lo hiciera. Entonces recordé las palabras de Zach: «No serás capaz». También a él lo había asombrado, y me sentía feliz de haberlo hecho.

El Maestro de ceremonias estaba esperándonos en el porche de la oficina del recaudador de tributos cuando Piper y yo enfilamos la calle que conducía hasta allí. Nos observó mientras caminábamos, yo cojeando ligeramente, y me pregunté si se alegraría de mi dolor, de contemplar cómo renqueaba este cuerpo que lo había rechazado. Sin embargo, no hizo ningún comentario a propósito de mi estado.

—Partiremos hacia el refugio dentro de diez días —dijo—. Si antes queréis ir al bosque Negro y regresar a tiempo, tendréis que daros prisa. Son dos días de viaje de ida y otros dos de vuelta, si no ocurre nada inesperado. Otro día para explorar la zona y tratar de sacar una conclusión de lo que se cuece allí. —Miró a Piper—. Tendréis que esperar a que anochezca para que nadie os vea. Tash ya está preparada para salir. Dile a Simon que también se prepare para partir en cuanto anochezca, y a Crispin.

Asentí. Eso dejaba a Adam, Zoe y Violet aquí para custodiar a Zach y a Paloma. El Maestro de ceremonias también los vigilaría. No me hacía demasiada gracia la idea, pero sabía que en Nuevo Hobart todo dependía de su misericordia, con independencia de la tranquilidad que nosotros pudiéramos sentir al estar alojados en la casa de Elsa o al apostar nuestros propios centinelas en la puerta.

Sin embargo, pensé en las recompensas y en la lista de nombres y me di cuenta de que Zach y Paloma no eran los únicos que necesitaban protección.

—Deberías apostar más hombres en la casa de acogida, para proteger a Sally y a Paloma. Y asegurarte de que Xander va adecuadamente escoltado al

Árbol del Beso.

El Maestro de ceremonias resopló.

—Tengo puestos de vigilancia en todos los caminos y hombres patrullando varios kilómetros a la redonda. Hay granjeros en los campos que pueden dar la voz de alerta con un grito y están los comerciantes. Todavía no hemos sido asediados. Si le he puesto un centinela a Xander es únicamente para que no se pierda. No pienso asignarle más hombres solo porque tiene el capricho de irse a dar un paseo por el bosque todos los días.

¿Cómo explicarle al Maestro de ceremonias lo que significaba para Xander, para un vidente, convivir con la certidumbre de la deflagración?

—Solo lo hace por necesidad —aseveré.

—Igual que yo —repuso el Maestro de ceremonias—. Tengo que proteger una ciudad y alimentarla. Tengo que preparar un ataque. Ni siquiera hemos acabado de construir los carros. Tengo preocupaciones más importantes que un inútil que no ha pronunciado dos palabras juntas desde hace meses. —Bajó la mirada a mi pierna vendada—. Y me facilitaría el trabajo si tú no te entrometieras. —Hizo una pausa—. Has corrido un riesgo innecesario.

—Solo he hecho lo que tú querías hacer personalmente.

Asintió, pero mantuvo el gesto inalterable.

—Tengo más experiencia en torturas que tú.

—No lo dudo —repuse, mirándolo a los ojos. Él apartó primero la mirada.

No tuve que decirle a Zach adónde íbamos.

—Se la habrán llevado de allí hace tiempo —dijo refiriéndose a la máquina de la deflagración mientras yo preparaba la mochila—. Estarán esperándoos. La General habrá contado con que me torturaríais y conoce los límites de vuestra moral.

—Entonces también conoce los límites de tu valentía —le solté. Soplé la vela y lo dejé allí, encadenado a la pared.

Paloma, Zoe, Sally y Elsa se habían reunido en el patio para despedirse de nosotros.

—Vuelve sana y salva —me dijo Elsa. Sonó como una orden, así que le

hice el saludo militar y, por primera vez desde que me había hecho los cortes en la pierna, me sonrió.

Una vez en la calle, Paloma me agarró con fuerza la mano antes de que montara.

—Ten cuidado —me dijo. Estaba tan pálida que pude distinguir las venas bajo su tez. No tuve el valor de advertirla de que quizá la ciudad no era segura del todo, de que podría haber traidores dentro de Nuevo Hobart como los había fuera. Recordé la lista. «La mujer pálida de Otraparte». Reparé en el oscuro cordón de cuero que asomaba bajo el cuello de su blusa, del que pendía el colgante venenoso, y sentí una tranquilidad helada, pero tranquilidad después de todo.

Zoe tenía una mano apoyada en el hombro de Paloma. Me miró a los ojos y me hizo un gesto de asentimiento. Por lo menos podía contar con que ella no bajaría la guardia.

Sally tampoco había dicho nada hasta entonces. Estaba junto a mi caballo y tendió una mano para cogerme la pierna con una fuerza sorprendente.

—Mantén los ojos bien abiertos —me dijo en voz tan baja que solo pude oírla yo—. Tráelo de vuelta. —Señaló con la cabeza a Piper, que me esperaba a lomos de su montura. Solo era un mocoso cuando él y Zoe habían encontrado a Sally, y por la manera como ella lo miraba ahora y la fuerza con la que me apretaba la rodilla, comprendí que una parte de ella siempre lo vería así, como un niño desamparado. Abrí la boca para decir algo, pero Sally ya se alejaba con sus andares patizambos y no volvió la vista atrás.

Nuestro reducido grupo dejó atrás la muralla de la ciudad y enfiló hacia el sur, a través de lo que quedaba del bosque. Pasamos ante un puesto de vigilancia en el que una patrulla estaba aprestándose a la luz de las antorchas. Aún estaban talándose árboles al este de nuestra posición, y el ruido de los hachazos resonaba en la noche mientras cabalgábamos. Nos dirigimos al oeste y llegamos a las tierras pantanosas, donde a los caballos se les hundían las patas y el avance se enlenteció. Mi pierna herida sufría los bandazos del caballo y la sangre comenzó a filtrarse por el vendaje.

Cuando por fin nos detuvimos para descansar tras la primera noche de viaje, Piper me preguntó si percibía algo mientras oteaba el horizonte en dirección suroeste. A su lado, Simon, Tash y Crispin fingían que no nos

miraban. Intenté no prestarles atención y mantener la concentración en el suroeste, donde se hallaba el bosque Negro. Percibí el espacio: el terreno pantanoso daba paso a un suelo seco y pedregoso, y a continuación afloraban las estribaciones de las montañas del Espinazo, el impenetrable lugar donde se alzaba el bosque Negro. Incluso percibí el Arca algo más al noroeste, ahora convertida en poco más que los intestinos del río. Sin embargo, no recibí ninguna señal de la máquina de la deflagración, ni un atisbo de las estridentes llamas que habían acosado mis visiones cuando estuve en el Arca, donde la máquina había permanecido durante siglos.

—Nada —respondí.

Simon se revolvió sobre la silla de montar, y no sé si fue decepción o alivio lo que vi en sus ojos.

Al amanecer tras la segunda noche de viaje, llegamos a las colinas desde donde se dominaba el bosque Negro, cuyo nombre no podría ser más apropiado. Se trataba de un bosque que se extendía en un valle poco profundo rodeado de colinas y cuyos árboles crecían tan pegados unos a otros que formaban un espeso manto impenetrable para los rayos del sol. Seguramente jamás habríamos divisado el claro de no haber sabido qué estábamos buscando, pero Zach había dicho la verdad, y en la linde occidental del bosque había una zona desforestada solo visible desde nuestra atalaya. Desde el claro hasta donde el bosque acababa en el sur había un camino, una franja despejada que debería haber estado poblada de árboles.

Piper nos hizo rodear el bosque por el norte para llegar al claro y a la carretera desde el oeste.

—Si están esperándonos, esperarán que aparezcamos por el este, desde Nuevo Hobart.

Me asaltó la visión de la deflagración antes incluso de que comenzara a rodearnos la espesura del bosque. Se me tensó todo el cuerpo y mi caballo, asustado, se puso a trotar. Pero la visión fue fugaz y la deflagración estaba desprovista de su habitual potencia; las llamas tenían un tono ceniciento muy distinto de la blancura cegadora de las que había visto en el Arca. No era más que un residuo, un chispazo que no prendió.

No tardó en hacerse imposible avanzar a caballo. Las monturas apenas podían pasar entre los árboles y la maleza era densa e impenetrable. Fuera del

bosque Negro era de día, pero la luz del sol no llegaba a su interior y nos movíamos a través de sombras inescrutables, atentos a cualquier indicio de emboscada. Cuando Piper calculó que debíamos de estar a unos ochocientos metros del claro, atamos los caballos con las sillas de montar puestas por si acaso teníamos que emprender una huida precipitada. Los animales piafaban y relinchaban y se asustaban con el mero roce de un helecho. Este bosque era desasosegante. No había pisado un lugar tan silencioso desde los páramos. Me di cuenta de que se debía a la ausencia de aves; nada se movía entre los matorrales ni en las copas de los árboles.

Llegamos al borde del camino, donde la luz por lo menos alcanzaba el suelo. El sendero era ancho y eran visibles las roderas de los carros. Piper salió cautamente del amparo de los árboles y se acuclilló junto al camino. En los surcos había brotado la hierba y los helechos y la hiedra habían comenzado a estrechar el sendero. Ningún carro había transitado por él desde hacía por lo menos varias semanas.

En silencio, sin abandonar la cobertura que nos ofrecían los árboles, seguimos el camino hasta el claro. Era mucho más amplio de lo que parecía desde arriba, una isla de luz en medio de las tinieblas del bosque. No encontramos construcción alguna, ni siquiera unas ruinas. Lo que quiera que hubiera habido allí había sido desmontado ladrillo a ladrillo. Todo lo que encontramos, según nos acercábamos, fue una figura en el suelo con la forma del contorno del edificio que se había alzado en aquel lugar. Los helechos y el musgo habían comenzado a invadir el claro, pero en los cimientos de hormigón del edificio no crecía nada.

Al llegar al borde del claro pensé en el Arca, en sus intrincadas profundidades. Me puse de rodillas y apreté una mejilla contra el suelo. Allí debajo no había nada, ni túneles secretos ni pasadizos subterráneos; solo tierra, que aguardaba con impaciencia la primavera y la eclosión de los nuevos brotes de vegetación. Levanté la cabeza y vi que Piper estaba mirándome. Le hice un gesto negativo con la cabeza. «Se la habrán llevado de allí hace tiempo», había dicho Zach. Tenía razón.

—No vamos a encontrar nada —dijo Piper.

Nada no. En medio de la quietud de aquel lugar abandonado, algo se movía. Noté un regusto metálico en la boca, el sabor de la sangre y las

espadas que habían causado las heridas de las que había manado. Entonces percibí otra sensación más intensa, un sabor acre, como a quemado, que me impregnaba la garganta.

Miré a mi alrededor escrutando el claro.

—Poneos a cubierto —dije en un susurro mientras corría hacia los árboles—. Se acerca alguien.

Simon, que todavía no había salido del todo al claro, reaccionó inmediatamente, se agachó y retrocedió. Pero Crispin y Tash se volvieron primero hacia Piper en busca de una confirmación.

Crispin se salvó gracias a su escasa estatura, ya que la flecha pasó varios centímetros por encima de su cabeza y se clavó en el costado de Tash.

El proyectil la golpeó en el pecho como lo habría hecho la coxa de un caballo, con una fuerza capaz de hacerle trizas las costillas, y la tiró de espaldas al suelo. Tash cayó sujetándose el costado con ambas manos, con el astil emplumado de la flecha sobresaliendo de ella como si fuera un ala deforme.

Yo me tiré al suelo y repté con manos y rodillas hasta ella. Le pasé los brazos por debajo de las axilas y la arrastré. Los árboles estaban cerca, pero no había tiempo para delicadezas y la flecha se enganchaba al suelo y la sacudía mientras yo tiraba de su cuerpo. Otra flecha pasó silbando junto a mí y se hundió en la base de un árbol cercano. El fuego que ardía en la punta de la saeta se propagó por el astil hasta que prendió las plumas y comenzó a despedir un olor acre que reconocí de la visión que había tenido solo unos instantes antes.

Gateé para arrastrar a Tash y ponerla a cubierto. Su sangre nos empapaba a ambas. Oí que Piper gritaba algo a apenas unos metros de mí, pero no conseguí verlo. Solo pensaba en el olor de las plumas quemadas, el calor de la sangre de Tash y el reguero que dejaba en el suelo mientras la arrastraba.

Tenía la sensación de que me movía muy lentamente, y me pregunté cómo podía pesar tanto si había perdido tanta sangre.

Por fin nos guarecimos entre los árboles. Intenté depositar su cuerpo en el suelo con cuidado, pero tenía las manos resbaladizas de la sangre y su espalda cayó con un ruido sordo. Sus labios grises se ensancharon para dibujar un gruñido.

Piper se reunió con nosotras, levantó las piernas de Tash y juntos la pasamos por encima de un tronco caído y la cobijamos detrás de él. Crispin se había quedado en la retaguardia y Simon cubría el flanco derecho. En el borde del claro, la corteza seca del árbol en el que se había clavado la flecha ardía y arrojaba una densa nube de humo.

Piper se agachó un momento al lado de Tash y le examinó la herida del costado. El astil de la flecha sobresalía entre dos costillas. Sacó el cuchillo. Me acordé de cuando Zoe degolló al caballo herido e hice el ademán de agarrarle el brazo para detenerlo. Pero Piper apoyó la flecha en la rodilla y la cortó para que sobresaliera apenas un par de centímetros de la herida. Tash gimió y cerró los ojos del dolor.

—Adentraos con ella en el bosque y dejadla en un sitio más seguro —nos dijo Piper a Crispin y a mí.

Se dio la vuelta blandiendo el cuchillo y, sin que mediara palabra entre Simon y él, ambos se dirigieron sigilosamente hacia el claro.

Esta vez Crispin cogió a Tash por los brazos y yo la levanté por las piernas. Donde estábamos el bosque era denso y eso nos protegía de las flechas, pero avanzábamos despacio y a trompicones, con el cuerpo de Tash tendido entre nosotros, además de que los troncos y las ramas no paraban de fustigarme la pierna herida. A unos veinte metros del claro, una serie de árboles crecían apretadamente formando un círculo y le indiqué con un jadeo a Crispin que se dirigiera hacia allí. Cuando la dejamos en el suelo, entre los troncos, Tash no pareció darse cuenta de lo que pasaba; tenía los ojos abiertos y vidriosos y el rostro cubierto de sudor.

Crispin había desenvainado la espada. Estábamos metidos en una jaula de troncos. Apreté la mano contra la herida de Tash, alrededor del muñón del astil de la flecha, y noté que el corazón le latía con un ritmo endemoniado, como si fuese un pájaro carpintero picoteándole las costillas.

Pude ver a Piper y a Simon entre los árboles, en el borde del claro, envueltos por el humo. Piper, con el cuchillo empuñado, estiró el cuello para asomarse por detrás de un árbol y echar un vistazo al claro. Luego se volvió a mirarme con una ceja arqueada.

Señalé con la cabeza en dirección a unos matorrales que había en el lado oeste del claro, a unos veinte metros de donde estaba él. No sé si era un arquero u otra cosa, pero percibía su presencia detrás de aquellos matorrales, agazapado, como si estuviera echándome el aliento en la nuca y como si sus temblores fueran los míos.

Levanté un dedo y señalé hacia allí. Sabía que aquel dedo estirado provocaría un baño de sangre, si bien ignoraba de quién sería la sangre que se derramaría.

Piper asintió escuetamente e hizo un gesto con el cuchillo a Simon, quien esperó un par de segundos y abandonó su escondite detrás de un grueso árbol para zambullirse detrás de un tocón que había unos metros más allá. Sus movimientos encontraron respuesta al otro lado del claro, y entre los árboles que se alzaban allí se atisbó una guerrera roja que corría hacia él. Piper arrojó un cuchillo y el desconocido surgió de detrás de un árbol y se desplomó; era alto, y se llevó las manos a la cara, donde el frío metal se le había incrustado.

Piper había retrocedido y ahora estaba más cerca de donde Tash y yo nos habíamos refugiado. El cuerpo de Tash estaba enfriándose debajo de mis manos y su sangre comenzó a espesarse por la coagulación.

—Hay que sacarla de aquí ahora mismo —dije—. Tenemos que regresar donde dejamos los caballos.

—Aún no —repuso Piper—. El arquero sigue ahí fuera.

—¿Cómo lo sabes?

Piper señaló con la cabeza al soldado que había abatido.

—Ese no lleva aljaba.

No se me había ocurrido mirarlo, pero tenía razón. El cuerpo que yacía inmóvil bocabajo no llevaba a la espalda una aljaba para las flechas. Por lo tanto, quedaba al menos un soldado del Consejo vivo... y probablemente serían más.

—Corre —dijo Piper mientras sacaba otro cuchillo del cinturón—. Llévate a Simon. Coged los caballos y regresad a Nuevo Hobart.

—No me marcharé de aquí sin Tash —dije con firmeza. Pero a pesar de que no estaba dispuesta a permitir que Tash se ahogara con los pulmones encharcados de sangre, ambos sabíamos que tampoco iba a abandonar a Piper. Así que los cuatro esperamos, con la espalda pegada a los troncos de los árboles que formaban el círculo que cobijaba el cuerpo sangrante de Tash. Los mismos árboles que nos escudaban de las flechas hacían inútiles los cuchillos arrojados de Piper, así que este volvió a guardarse en el cinturón el arma que acababa de sacar y desenfundó la espada con un chirrido metálico. Simon y Crispin ya blandían las suyas. Yo apreté con fuerza la empuñadura de mi cuchillo.

Los dos primeros soldados, un hombre y una mujer, nos atacaron desde el oeste. Sus cuerpos encorvados saltaban de un árbol a otro con una velocidad pasmosa. La mujer, una pelirroja con cara de pocos amigos, pretendía rodearnos para encararse con Simon, mientras que el hombre venía hacia mí.

Crispin salió al encuentro del tipo. Su escasa estatura lo había salvado de la flecha que alcanzó a Tash, pero esta vez jugó en su contra, ya que el soldado aprovechó su mayor altura y arremetió contra él con tres espadazos. Crispin logró desviar el segundo y el hombre soltó un alarido de dolor, pero la tercera embestida, un golpe de revés con la empuñadura de la espada, impactó de lleno en un costado de la cabeza de Crispin, que cayó de bruces al suelo y dejó el paso franco para que el soldado llegara a mí.

Oí el choque de los aceros cuando la mujer alcanzó a Simon y vi saltar chispas por el rabillo del ojo. Pero entonces Piper apareció delante de mí para interponerse en la carga del soldado, de cuyo codo derecho goteaba sangre. Al ver la torpeza con la que asestaba estocadas a Piper con la mano izquierda, pensé que Crispin debía de haberlo herido en el brazo con el que blandía habitualmente la espada. No obstante, era casi tan corpulento como Piper y poseía una fuerza similar, así que este jadeaba mientras bloqueaba sus acometidas, siempre interponiéndose entre el alfa y yo.

Entre golpe y golpe, Piper se quitó de encima de una patada a su oponente herido, que retrocedió tambaleándose. Yo salí como un rayo hacia él e intenté acuchillarlo en el brazo desde un flanco, pero no logré acercarme lo suficiente con la daga sin ponerme en peligro de ser alcanzada por su espada. El soldado detuvo mi cuchillada sin siquiera mirarme, y el mero peso de su espada bastó

para acalambrarme el brazo y lanzarme disparada contra un árbol. Choqué de cabeza contra el tronco y me desplomé sobre las rodillas mientras el soldado cargaba de nuevo hacia Piper. Lucharon apenas a un par de metros de mí. Piper era más rápido que el alfa herido, pero era incapaz de sacar provecho de su ventaja, ya que su empeño en mantenerse de espaldas al círculo de árboles para proteger a Tash reducía su espacio para maniobrar.

Me volví al oír un ruido procedente del otro lado del claro. El arquero había salido de su escondite, con el arco y la aljaba colgados del hombro, y corría entre los árboles directamente hacia mí, blandiendo un cuchillo de hoja curva.

Yo ya me había puesto de pie y sostenía el cuchillo delante de los ojos, con la hoja dividiendo en dos mi campo visual. Pensé que así era como llegaba la muerte: encarnada en un hombre de aspecto aterrador empuñando un cuchillo largo en la mano enfundada en un guante de arquero. Oí mi respiración, o tal vez fuera la suya, pues estaba tan cerca de mí que me resultaba imposible saber con certeza a quién pertenecía. Dio el último paso que nos separaba y el arco que llevaba colgado a la espalda se enganchó en una rama y tiró de él para atrás. Solo fue un segundo, pero yo no necesitaba más. Salté hacia él y pasé por debajo de su cuchillo para dar un tajo.

Zoe me habría aconsejado que me concentrara, que apuntara a las arterias o a los ojos. Pero aquella acometida con el cuchillo era lo único que pude hacer, y tuve suerte de que acabara con la hoja en la garganta del soldado. Noté la rotura de algo sólido, una sensación amplificadas por la punta de mi cuchillo, y en un abrir y cerrar de ojos apareció en el cuello de mi víctima una raja, un corte sorprendentemente limpio, y debajo de esa línea todo comenzó a teñirse de rojo mientras su cara perdía color. El soldado me miró con los ojos desorbitados y cayó de espaldas. Cerré los ojos y vi a una mujer de pie ante una mesa, con una mano hundida hasta la muñeca en la masa que estaba trabajando y con la otra agarrándose el cuello.

Cuando volví a abrir los ojos para examinar la escena que tenía delante, yo aún estaba de pie, pero mi cuchillo yacía en alguna parte en el suelo, perdido entre la sangre y las hojas secas de los árboles. A unos metros de mí, el cuerpo de Crispin se movía, pero seguía boca abajo en el suelo. En cuanto a Piper y a Simon, estaban batiéndose con sus oponentes. Simon no luchaba con

la misma destreza ni con la misma precisión que Piper, pero en cambio se movía de un lado a otro con una energía explosiva y arremetía contra su rival con una ferocidad aplastante, empuñando un hacha con dos de sus tres brazos y una espada corta en el tercero. Tanto él como la soldado gruñían y sudaban copiosamente mientras luchaban.

No era capaz de encontrar mi daga. Me puse de rodillas y revolví el suelo con las manos, pero las retiré inmediatamente en cuanto chocaron con la mano tendida del hombre al que había matado. Miré en derredor en busca de otra arma. Cerca de mí, Piper estaba ganando terreno en su duelo con el soldado herido, que había bajado el ritmo y se tambaleaba ligeramente apabullado por Piper. Pero detrás de él, de entre los árboles surgió otro soldado, este con una barba rubia, que dirigió su espada hacia el cuello de Piper.

Le lancé un grito de advertencia sin dejar de tantear el suelo en busca de la daga, y Piper, entre gruñido y gruñido, atacó con la espada al soldado barbudo al mismo tiempo que arqueaba la espalda para esquivar una acometida del alfa herido. Sin embargo, no pudo contener el ataque doble, y mientras bloqueaba el golpe de uno, el otro lo embistió con la espada, poniendo todo el peso de su cuerpo en el ataque, y le arrancó la espada de la mano.

—¡Huye, Cass! —gritó.

Piper estaba desarmado y acorralado contra un árbol y los dos soldados se le echaban encima. Crispin seguía tirado en el suelo boca abajo, a mi izquierda, y Simon estaba enzarzado en su duelo con la mujer. El barbudo levantó el brazo para asestar el golpe definitivo en el estómago de Piper. Sabía que aunque echara a correr hacia él llegaría tarde, y que mis puños no podrían detener la hoja de acero.

Pensé que debería haber visto esta situación. ¿Cómo era posible que no hubiera tenido visiones de una cosa tan importante como la muerte de Piper?

En ese preciso momento, justo antes de descargar el golpe contra Piper, el soldado lo miró fijamente y una expresión que interpreté como de reconocimiento le cruzó el rostro. Se quedó petrificado, con el brazo levantado.

—A él no —le dijo al hombre herido, que estaba a su lado.

Reconocí la expresión en la cara del soldado herido porque contenía el mismo pavor e incertidumbre que la de mi rostro. Piper también lo hizo y

parecía no entender nada.

—A él no —repitió el barbudo, jadeando, y dio un paso atrás—. Tráeme a la vidente.

El otro soldado asintió y se volvió hacia mí. Yo me había detenido a una decena de metros de ellos y comencé a retroceder. La distancia que nos separaba estaba salpicada de árboles y ambos nos movíamos con cautela; cuando él daba un paso hacia un lado, yo lo daba hacia el lado contrario, para que los árboles siempre se interpusieran entre nosotros.

A su espalda, el hombre barbudo seguía mirando fijamente a Piper. Había bajado ligeramente la espada y retrocedido un par de pasos más.

—Largo —le dijo—. ¡Largo! —repitió, haciendo un gesto hacia los árboles con la espada.

Piper dio medio paso atrás, con los ojos entrecerrados, y luego uno entero. Se movía con indecisión, como si temiera que si bajaba la mirada vería su propio cadáver tendido en el suelo, con la espada clavada en el pecho. El soldado barbudo abrió la boca, pero no pudo decir nada porque el hacha de Crispin se le clavó en el codo. El lanzamiento había sido un tanto torpe y el hacha cortó el aire dando bandazos en lugar de hacerlo con giros limpios, pero cumplió su misión y se hundió en la cabeza del soldado. Detrás de él apareció Crispin, con el cuerpo encorvado y una mano apoyada en un árbol.

No hubo tiempo para pensar en lo sucedido, ya que el otro soldado y yo seguíamos ejecutando nuestro siniestro baile entre los árboles. El tipo se acercó y me protegí detrás de un tronco cuando me lanzó la primera acometida con la espada. Había apuntado a mis piernas, pero la espada se clavó en el árbol. Recordé las palabras del barbudo: «Tráeme a la vidente». No quería matarme, solo capturarme. Eso no me tranquilizó.

El soldado gruñía mientras trataba de extraer la hoja del tronco, y en esos preciosos segundos corrí bosque adentro. Fue un error. Desarmada, mi única baza era la velocidad, pero no había ningún lugar hacia donde correr y las raíces y la maleza se me enredaban en los tobillos. Fui dando tumbos de árbol en árbol, escabulléndome por huecos cada vez más estrechos. Tenía al soldado pisándome los talones y podía oír su respiración jadeante. De repente me asió el brazo y tiró con tanta fuerza de él que me fui al suelo.

—Ríndete —dijo. Sonó más como una súplica que como una orden. Estaba

sangrando y tenía la cara pálida y sudorosa por el esfuerzo y el miedo. Pero me inmovilizó contra el suelo con el pie mientras con la mano sana levantaba la espada y me apuntaba al vientre.

Entonces la espada de Piper lo atravesó. Le perforó el torso por la espalda y veinticinco centímetros de acero sobresalieron de su pecho a través de la guerrera. El soldado soltó la espada y agarró con ambas manos la hoja que emergía de su torso. La envolvió delicadamente con los dedos, como si fuera un tesoro que acabara de encontrar. Se le doblaron las piernas y cayó de bruces al suelo.

Ya nada se interponía entre Piper y yo, y nos miramos a los ojos por encima del cuerpo del soldado.

Podía oír los latidos del corazón en mis oídos. La sangre del cadáver fluía por el suelo hacia mis botas, pero yo tenía en mente a otro soldado, el barbudo que hubiera podido matar a Piper y, sin embargo, le había perdonado la vida, y lo que dijo: «A él no».

—¿Qué ha pasado? —pregunté—. ¿Por qué no te mató?

—¿Te encuentras bien? —inquirió Piper. Bajé la mirada a mi ropa empapada en sangre. No era mía, sino de Tash y del soldado herido... y ahora también de Piper, que había puesto su mano, caliente y húmeda, sobre mi hombro y que sangraba por varios cortes que tenía a lo largo del brazo.

—¡Piper! —gritó Crispin a través de los árboles. Oí sus pasos corriendo a escasos metros de nosotros—. ¡Cass!

Sacudí el hombro para quitarme de encima la mano de Piper.

—¿Qué quiso decir el soldado con «a él no»? —pregunté.

La voz de Simon llamándonos se unió a la de Crispin.

—No lo sé —respondió sin desviar la mirada.

—Nada le impedía matarte. Estaba a punto de hacerlo.

—Lo sé —dijo, y suspiró de una manera que casi sonó como una carcajada. Me di cuenta de que todavía estaba asimilando que no lo hubiera matado.

—¿Por qué no te mató? —insistí, y por un momento deseé tener mi daga en la mano, a pesar de que sabía que no me serviría de nada contra Piper y su espada.

—No lo sé —repitió él—. Quizá se rajó. O quizá tenía órdenes de capturarme vivo.

—¡No intentó capturarte vivo! —grité esta vez—. Dejó que te marcharas.

Lanzó un brazo al aire y respondió, elevando la voz como hice yo:

—No tengo ni idea de por qué hizo lo que hizo. Pero ahora no tenemos tiempo para discutir sobre eso. Hay que largarse de aquí.

Crispin se reunió con nosotros. Tenía la cara hinchada y amoratada y no podía abrir un ojo.

—Jefe —dijo.

Piper no le hizo caso.

—Tú me conoces, Cass —me dijo en voz baja, y se dio la vuelta antes de que pudiera responderle.

—Ve a ver a Tash —le ordenó a Crispin—. Si aún vive, véndale la herida.

Los seguí de vuelta al claro. Simon estaba haciendo una batida entre los árboles, recogiendo las armas desperdigadas por el suelo. El cuerpo de la mujer con la que había luchado yacía tirado contra un tronco. Su cara tenía un aspecto extraño, completamente deformada por la fuerza del golpe que había recibido, y su cráneo era un rompecabezas imposible de recomponer.

—No he encontrado rastros de que haya nadie más —dijo Simon, que, al igual que Piper, tenía varios cortes en los brazos. Estaba sudando, y el sudor se mezclaba con la sangre para teñirle la camisa de color rosa.

Piper estaba limpiando la espada en la guerrera de uno de los cadáveres.

—Busca tu cuchillo —me dijo—. Tenemos que irnos enseguida.

Lo encontré. La empuñadura sobresalía debajo del brazo del hombre al que había degollado, y tuve que tocarlo para recuperarlo. Aún estaba caliente. Daba la impresión de que la escaramuza había durado una eternidad cuando en realidad no transcurrieron más que unos minutos desde su inicio.

Tash aún vivía, pero su aspecto no era mucho mejor que el de los cadáveres de alrededor. Su piel tenía la apariencia gris y pringosa de una ostra. Contra todo pronóstico, seguía consciente, pero yo habría preferido que no lo estuviera. Crispin le había vendado la herida con todo el cuidado del mundo, pero no teníamos tiempo para delicadezas. Simon se la echó a la espalda, la sujetó firmemente con los tres brazos y echamos a correr bosque a través. Yo iba detrás de Simon, y Tash, colgada de él, me miraba fijamente. No

gritaba, pero cada vez que se golpeaba con un árbol su cara parecía volverse más gris. Cuando por fin llegamos a los caballos, Simon la dejó en el suelo un momento. Una de las monturas la olfateó con curiosidad y luego continuó mordisqueando hierba en torno a su brazo extendido, como si ya estuviera muerta.

Salimos del bosque a la claridad del sol matinal. Crispin había sentado a Tash en la silla de montar delante de él para mantenerla erguida y Simon llevaba el caballo de ella atado al suyo mientras cabalgábamos. En los arañazos y las raspaduras que tenía por todo el cuerpo, de los que no me había percatado mientras el soldado me perseguía a través de la maleza, ahora estaban formándose costras, y la pierna herida era una fuente constante de dolor. Cada vez que una rama o un arbusto se movía, imaginaba una emboscada. Si cerraba los ojos, aunque solo fuera un instante, revivía la sensación de la tráquea partida por mi cuchillo mientras degollaba al soldado. Pensé también en su hermana gemela, a quien la muerte había pillado desprevenida, con los dedos hundidos en la masa.

Durante toda aquella larga jornada a caballo, con los cascos de mi montura resonándome dentro de la cabeza, no hice más que dar vueltas a las palabras del soldado barbudo mientras contemplaba la espalda de Piper, que cabalgaba inmediatamente delante de mí: «A él no». «A él no». «A él no». Me había creído capaz de soportar casi cualquier cosa, pero ahora sabía que me equivocaba. No podría soportar que Piper fuera un traidor.

Nos detuvimos en una charca en la que los caballos bebieron hasta saciarse y dormitamos un par de horas en la oscuridad, turnándonos para vigilar. Tash no se despegaba las manos de la herida. Dos veces intenté examínarsela, y en ambas ocasiones me chistó con una ferocidad que me resultó tranquilizadora; luego acurrucaba el cuerpo alrededor del costado herido y me hacía un gesto disuasorio con el puño.

—¿No deberíamos intentar extraerle la flecha? —le pregunté en un susurro a Simon.

—Aquí no. Volvería a sangrar y pronto tendremos que reanudar la marcha. Esperaremos a llegar a Nuevo Hobart para que la vean los médicos.

«Si es lo suficientemente fuerte para llegar a Nuevo Hobart —pensé—, también lo será para vivir».

En comparación con la suya, mis heridas no eran nada, apenas unos rasguños y un moratón en la mejilla, aparte de los puntos que se me habían abierto de uno de los cortes en la pierna. Durante la frenética persecución por el bosque ni siquiera me había dado cuenta de que el hilo colgaba de mi piel y la herida se abría un poco más con cada uno de mis movimientos. Me la vendé como buenamente pude sin decirle nada a Piper. Lo evitaba todo lo que podía y me mantenía ocupada cuidando de Tash, pero cuando me acerqué a la charca para rellenar la cantimplora, él me siguió.

—Cass —dijo en voz baja. Yo estaba en cuclillas, con los pies hundidos en el lodo de la orilla mientras me inclinaba sobre el agua—. No sé qué ha ocurrido en el bosque. Tú mejor que nadie...

Me puse de pie. Cerré la cantimplora con el tapón y regresé junto con los demás antes de que él pudiera acabar la frase.

Por un acuerdo tácito no comentamos el asunto delante de los demás. Ellos no tenían ni idea de lo que había pasado con Piper en la emboscada. Tal vez guardé silencio porque no quería exponerlo al escrutinio del resto, o tal vez solo intentaba evitar que se convirtiese en algo real. Pero miraba a Piper y volvía a pensar en aquel momento una y otra vez, en la expresión de reconocimiento del soldado, en sus palabras («a él no»). No podía sacármelo de la cabeza, como el olor de las plumas quemadas que seguía impregnándome el pelo.

Apenas dormí una hora, estirada al lado de Tash para tratar de darle calor. Soñé con Xander. No fue un sueño largo; duró poco más de un par de segundos en los que vi imágenes fugaces, pero lo suficientemente claras como para saber que corría peligro. Me sentía rara al despertar con esa certeza, pues Xander vivía en continuo peligro. Desde hacía un año o más, su mente estaba en llamas. El peligro era su estado permanente. Sin embargo, el de mi sueño era un peligro de otra naturaleza: vi hombres a caballo, espadas y un hacha estrellándose contra el Árbol del Beso.

Me incorporé y sacudí el brazo de Simon. Era más de medianoche y las nubes ocultaban casi por completo la luna.

—He visto una emboscada —dije con la voz todavía tomada por el sueño.

Al otro lado de Tash, Crispin me miró con su negro ojo entreabierto.

—Creo que no tienes muy claro cómo funciona esto de la videncia. Se supone que las visiones preceden a los hechos.

—No me refiero a la emboscada que hemos sufrido. Hablo de Nuevo Hobart, de Xander.

Cabalgamos. El terreno se volvió traicionero cuando llegamos a las tierras pantanosas, pero forzamos la marcha en la medida que la herida de Tash nos permitía hacerlo. Cada vez que nos deteníamos para descansar o para abreviar a los animales, yo ni siquiera intentaba dormir. Continuamos cabalgando al amanecer y seguimos haciéndolo durante todo ese largo día y la posterior noche. Yo me dedicaba a contemplar la trayectoria del sol por el cielo y luego la de la luna mientras pensaba en Xander. Sabía que llegaríamos tarde a Nuevo Hobart y maldije a la visión por haberse presentado ante mí con la antelación suficiente para atormentarme y con retraso para salvar a Xander.

Toda guerra es fea, todas las muertes lo son, pero lo que había sentido en la visión al ver a Xander capturado era algo sucio, obsceno. Era una traición.

Divisamos Nuevo Hobart cuando estaba a punto de amanecer. Aun en el caso de no haber tenido el sueño, habríamos sentido que había ocurrido algo. La ciudad estaba rodeada por muchos más soldados de lo normal. Una patrulla nos avistó y cabalgó a nuestro encuentro antes de que llegáramos al primer puesto de control, todavía a varios kilómetros de las murallas.

—Tenemos órdenes de llevarlos directamente con el Maestro de ceremonias —dijo el alto soldado alfa, frenando a su caballo cuando su hocico ya tocaba el de la montura de Piper.

—¿Una incursión? —preguntó Piper.

El hombre asintió.

—Una incursión del Consejo. No ha habido bajas importantes, pero se han acercado a pocos kilómetros de la muralla.

«No ha habido bajas importantes», repetí mentalmente. Por un momento mi corazón se aferró a esas palabras y dejé que la esperanza aflorara..., pero entonces pensé en la manera en que los soldados alfas miraban a Xander. El propio Maestro de ceremonias lo había llamado «inútil».

—¿Se han llevado al vidente? —pregunté.

—Así es —masculló el soldado, aunque estaba mirando fijamente a Tash,

que tenía el lado derecho de la guerrera manchado de sangre y estaba rodeada de moscas que insistían en posarse en ella a pesar de los esfuerzos de Crispin para espantarlas. Tash perdía y recuperaba el conocimiento cada poco rato, y el brazo de Crispin alrededor del pecho era lo único que la mantenía erguida sobre el caballo—. ¿Vivirá?

Piper avanzó con el caballo y en un movimiento rápido agarró del cuello al soldado.

—Si tu camarada Tash vive será gracias a que nosotros cuidamos de ella. Pero tú sigue hablando de que no ha habido bajas importantes, como si Xander no fuera nadie.

Soltó el cuello del soldado con la misma rapidez con la que lo había asido y lo empujó hacia atrás. El caballo del alfa retrocedió mientras él se llevaba una mano al cuello y la otra a la espada, pero fue capaz de controlarse, a pesar de que era evidente que lo mortificaba someterse a un omega.

—No tienes ni idea de lo valioso que es ese chico —continuó Piper, pronunciando cuidadosamente cada palabra con la mandíbula tensa. Respiró hondo—. ¿Alguna otra baja?

—También mataron a un centinela —respondió el soldado, y añadió a regañadientes—: Señor. Uno de los suyos... estaba custodiando al chico.

En el cielo de levante, el sol se alzaba por encima del bosque carbonizado del que formaba parte el Árbol del Beso. La patrulla nos escoltó hasta la puerta de la ciudad, pero yo no pude pensar en nada más que en el Árbol del Beso y en la última vez que había visto a Xander, con sus flacas rodillas pegadas a la barbilla y la cabeza convertida en un contenedor de fuego.

—¿Cuántos hombres has enviado en su persecución? —preguntó Piper.

—Zoe mandó a algunos de vuestros soldados. A Violet y una patrulla de diez hombres —respondió el Maestro de ceremonias. Estaba en la oficina del recaudador de tributos, trabajando, con el escritorio lleno de cabos de vela y de mapas. Crispin y Simon habían llevado a Tash a los barracones para que los médicos la atendieran—. Nos llevan un día de ventaja. Cuando una patrulla encontró anoche el cadáver del centinela dentro del árbol... tuvieron que partirle las piernas para sacarlo.

Jamás me acostumbraría al tono de indiferencia con el que el Maestro de ceremonia hablaba de estas cosas. Piper ni se inmutó; estaba demasiado habituado al lenguaje de la muerte.

—La incursión tenía un objetivo concreto —continuó el Maestro de ceremonias—. Sabían qué buscaban y debieron de capturarlo en cuanto se acercó al árbol. Llegaron y se fueron rápidamente.

Me había aferrado a la esperanza de que la captura de Xander hubiera sido casual, que el grupo que había llevado a cabo la incursión se hubiese topado con él, que no fuera el resultado de un evidente acto de traición. Quise creer que la revelación del paradero de Xander fue un desliz de un centinela bocazas, o de una persona de la calle con la vista aguda que se hubiera fijado en que Xander iba al bosque casi todos los días. Pero eran demasiados los detalles que apuntaban a la traición; la incursión había sido cuidadosamente planeada. Los captores sabían que yo estaba fuera y no podría dar la voz de alarma; sabían exactamente dónde buscar. Se habían adentrado varios kilómetros en nuestro territorio para atrapar a Xander a primera hora del día y así disponer del tiempo necesario para huir antes de que se notara su desaparición. Todo señalaba la existencia de un traidor conocedor de los movimientos de Xander, alguien que sabía perfectamente cuáles eran sus rutinas.

—¿Y tú? —le pregunté al Maestro de ceremonias—. ¿Con qué has contribuido a la búsqueda? ¿Has enviado a algún soldado?

—Habría sido una pérdida de tiempo —respondió—. Nos llevaban doce horas de ventaja.

—Vale que el chico te dé igual, pero por lo menos sé sincero —dijo Piper—. No has enviado a nadie porque crees que es innecesario.

—Está bien —admitió el Maestro de ceremonias—. El chico no puede darles ninguna información.

—Es un «inútil», ¿verdad? —intervine—. ¿No es así como lo llamaste cuando te negaste a aumentarle la protección?

—Y mantengo lo que dije. Xander no les servirá de nada. No podrán sacarle nada.

—Si su nombre estaba en la lista de las personas por las que ofrecían una recompensa era por alguna razón —repliqué.

—No saben en qué estado se encuentra —dijo el Maestro de ceremonias—. Quieren un vidente... no un niño que habla con acertijos y no sabe en qué día vive.

—¡Eso es precisamente un vidente! —le grité—. ¡Esa es su esencia! —Vivir con fuego dentro de la cabeza y sin una noción del tiempo—. Xander fue el que averiguó lo del Arca mucho antes que yo. Descubrió que el Consejo la había encontrado.

—No estaba enterado de ninguno de nuestros planes. No puede darles ninguna información sobre nuestras operaciones.

—¡Tú no sabes qué sabe él! —grité otra vez.

—¡Ni siquiera él sabe lo que sabe! —El Maestro de ceremonias pegó un manotazo sobre la mesa—. ¡No sabe nada! —Cerró brevemente los ojos, suspiró y se pasó una mano por el rostro—. Mirad, esto no me gusta. No le deseo ningún mal a Xander, pero tengo que tomar decisiones difíciles. No puedo arriesgarme a perder soldados enviándolos a rescatar a un chaval que ni siquiera puede limpiarse la baba del mentón. —Hizo una pausa y miró a Piper—. Se ha producido otra novedad. Ayer al mediodía los exploradores nos informaron de que las tropas de la General se han retirado del paso de los Demoledores.

Sus palabras me golpearon el estómago como un puñetazo duro y seco.

—¿Habéis oído? —insistió—. ¡Es una buena noticia! ¡Es la única buena noticia que hemos tenido en semanas! He desplegado un escuadrón para que tome el control del paso y escolte un convoy procedente del oeste. Están a media jornada de aquí.

Comenzaron a pitarme los oídos. Cerré los ojos, pero solo veía fuego. Me tambaleé. Lo normal habría sido que le hubiera tendido la mano a Piper para que me sostuviera, pero no quise hacerlo tras lo ocurrido en el bosque Negro. Me concentré en mi respiración y esperé a que la tierra dejara de moverse bajo mis pies.

—¿Estáis escuchándome? ¡Es el mayor convoy que ha podido cruzar el paso! ¡Tendremos provisiones hasta el final de la primavera! Podremos alimentar a vuestros queridos omegas si conseguimos sacarlos del refugio.

—¿Por qué la General nos entregaría el paso? —inquirió Piper.

—Se me ocurren un montón de razones —respondió el Maestro de

ceremonias—. Sus exploradores deben de haber descubierto nuestros preparativos. Quizá esté reforzando las defensas de Wyndham. Quizá...

—¡No mientas! —bramé. Me acerqué a él y la camisa manchada con la sangre seca de Tash crujió mientras me movía—. ¿Lo has vendido? ¿Le dijiste a la General dónde podía encontrar a Xander a cambio del paso de los Demoledores? ¿Has hecho un trato con ella?

—Ándate con ojo con las acusaciones que vas vertiendo por ahí —dijo el Maestro de ceremonias—. Tal vez no me importe demasiado el chico, pero creo que a la General le importa aún menos.

Piper enfiló hacia la puerta.

—Voy a enviar más tropas omegas en busca de Xander —anunció.

—Haz lo que juzgues conveniente —repuso el Maestro de ceremonias—, pero no olvides quién gobierna esta ciudad.

Piper transmitió las órdenes y diez de sus hombres salieron a caballo por la puerta sur en persecución de los captores de Xander.

—Es demasiado tarde —dijo Sally. Eran las primeras palabras que decía desde nuestro regreso. Estaba junto a la ventana, mirando a la calle, y ni siquiera Zoe se había atrevido a hablarle. Ahora Sally finalmente había hablado, y la certidumbre que transmitía su voz me atemorizó más de lo que lo habrían hecho las lágrimas o un ataque de histeria—. Es demasiado tarde —repitió—. Lo capturaron ayer por la mañana.

Elsa estaba distraída. Me examinaba las heridas con oscuras ojeras bajo los ojos. Los moratones ya habían palidecido y los arañazos habían cicatrizado; lo que estaba en peor estado era la herida reabierta en mi pierna. Me dijo que era demasiado tarde para volver a coserla, pero la limpió y la envolvió con un vendaje apretado.

—Sally no ha comido desde que se lo llevaron —dijo, inclinada sobre mi pierna mientras me ceñía la venda con la punta de la lengua asomando entre los labios.

Lo comprobé con mis propios ojos cuando desayunamos. Sally ni siquiera miró el cuenco que Elsa le había puesto delante. El Maestro de ceremonias también estaba en la cocina; había entrado en la casa de acogida sin llamar y nos hizo más y más preguntas sobre lo que habíamos visto en el bosque Negro y la emboscada. Todos nos miramos, pendientes del más leve gesto de los demás mientras afloraban todos nuestros temores y sospechas.

Cuando éramos unos críos, Zach y yo encontramos un avispero en un sauce junto al río. Zach le tiró piedras, y cuando la primera impactó contra la colmena, todas las avispas salieron, aleteando con rabia. Si no nos hubiéramos zambullido en el río y alejado buceando corriente abajo, sacando la cabeza del agua solo para respirar, ambos habríamos muerto. Ahora la casa de acogida parecía un enjambre de avispas resentidas que volaba de un lado a otro.

Piper sacó del dormitorio a Zach. Mi hermano recorrió el patio con las manos engrilletadas y arrastrando la cadena, que fue dejando un surco en el suelo. Cuando llegaron a la cocina, Zach escrutó mi rostro exhausto y las manos y los brazos llenos de rasguños.

—Deberías haberme hecho caso —dijo—. Te dije que no encontrarías nada en el bosque Negro.

Su mirada se entretuvo en mi rostro magullado; se volvió hacia Piper y reparó en que tenía el brazo herido.

—¿Tuvisteis algún problema? —preguntó. Volvió a mirarme—. Deberías ser más cuidadosa. Ya sabes que hay un traidor cerca.

—Cállate —le espetó Piper.

—¿No queréis hablar del tema? Si hay un traidor en Nuevo Hobart, nadie está a salvo... ni tampoco yo. —Paseó la mirada por la cocina y se encogió de hombros—. Aunque, a juzgar por lo que veo, la pérdida de Xander no supone una preocupación importante.

Todo ocurrió muy rápido: Zoe se lanzó por encima de la mesa, agarró a Zach por el cuello y se lo retorció mientras tiraba de él. Zach soltó un codazo, tiró al suelo el cuenco de Sally y las gachas se desparramaron por las baldosas. Zoe consiguió derribar a mi hermano.

—No le hagas daño —dijo Piper.

La sensación de asfixia de Zach se instaló en mi garganta y me apreté la mano contra el cuello como si así pudiera aliviarla. Zoe se puso de rodillas encima de él.

—¡Zoe! —insistió Piper.

Ella se volvió hacia mí sin soltar a Zach.

—Déjalo —jadeé, casi sin aliento.

Zoe aplastó con una mano el cuerpo de Zach contra el suelo y la punzada

de dolor me arrancó un alarido. Luego lo soltó y retrocedió mientras se limpiaba las manos en los pantalones.

—No hace falta hablar del traidor —dijo mirando con ferocidad a mi hermano—, porque todos sabemos quién es.

—No sabes si ha sido él —dije cuando recobré el aliento.

—¡Venga ya! ¿No irás a defenderlo precisamente ahora?

—De todos nosotros, él es el que tiene menos probabilidades de haber traicionado a Xander.

—Es el único que lo habría hecho —replicó Zoe—. Tú lo conoces bien. ¡Maldita sea, Cass, ha sido uno de ellos durante años! ¡Construyó los tanques! No me digas que no lo crees capaz de habernos traicionado.

—Claro que sé que lo haría a la menor oportunidad —repuse—. Pero no creo que sea capaz de romper las cadenas de acero ni de escabullirse estando bajo vigilancia permanente. Y no veo qué interés puede tener en el paso de los Demoledores para arriesgarse a hacer un trato con la General.

—Te dije lo del bosque Negro para sacarte de la ciudad y que de esa manera no pudieras advertirnos —dijo el Maestro de ceremonias.

—¿Crees que preparé mi propia sesión de tortura? —preguntó Zach con una ceja enarcada—. Estás agarrándote a un clavo ardiendo.

—¿Quién si no le haría algo así a Xander? —inquirió Elsa.

No era una pregunta que quisiera hacerme. Miré al Maestro de ceremonias y recordé que se había referido a él como un «inútil». Si no podíamos confiar en él, estábamos perdidos.

—Tú despreciabas a Xander —dije—. Y estabas emocionado con la noticia sobre el paso de los Demoledores.

—¡Todos deberíamos estar emocionados! —exclamó—. A lo mejor no os parezca tan importante como un chico que ha perdido la cabeza, pero permitirá sobrevivir a esta ciudad durante meses. El resto de los planes dependen de eso.

—¿Y eso justifica entregarles a Xander? —pregunté.

—Tal vez. Pero yo no se lo entregué. Y si no fueras tan estrecha de miras, estarías interrogando a tu hermano.

—El Maestro de ceremonias y yo no somos los únicos alfas que hay aquí —dijo Zach con calma, con la mirada fija en Zoe—. A ella nunca le gustó el

chico.

Zach tenía razón. Zoe evitaba a Xander siempre que podía. La había visto burlarse de él o largarse cuando Xander comenzaba a farfullar y a mecerse. Sin embargo, yo sabía por qué lo hacía. Además, me sentía incapaz de sospechar de Zoe; no solo porque había dependido de ella durante los meses que estuvimos viajando juntas, sino porque la traición no era su estilo... Habría sido más propio de ella que le hubiera clavado personalmente un cuchillo si hubiese llegado a colmarle la paciencia.

Recorrí la mesa con la mirada. Zach había estado encerrado bajo llave. Pero para todos los demás, cometer esta traición habría resultado bastante sencillo: unos susurros en la calle, una nota que cambiara de mano disimuladamente durante un paseo alrededor de la muralla. Cualquiera de nosotros podía haber tenido la oportunidad para traicionar a Xander. Incluso Simon, o alguna de las personas (Tash, Violet, Crispin, Adam) en las que habíamos depositado nuestra confianza para vigilar la casa de acogida, podía haber visto a Xander salir y volver cada día y averiguado adónde se dirigía.

Incluso Piper. Podría haber entregado a Xander a cambio del paso de los Demoledores y de su propia vida. Parecía imposible, pero ¿qué era imposible en los tiempos que corrían, cuando incluso había una mujer de Otraparte sentada a la mesa junto al Maestro de ceremonias y Zach, cuando el Consejo había encontrado la máquina de la deflagración y estaba preparado para utilizarla? Ya nada tenía sentido en este mundo.

Lo único que sabía con certeza era que no podía sospechar de Elsa, mi vieja amiga, que trataba a Xander con la misma ternura inquebrantable que había mostrado con todos los niños que estuvieron a su cuidado. Sospechar de ella habría sido tan absurdo como hacerlo de Sally, que había protegido a Xander durante años y que ahora estaba sentada a la mesa, con la mirada perdida y el semblante compungido.

—Tú tampoco estás fuera de sospecha —señaló el Maestro de ceremonias—. Qué casualidad que antes de irte, justo antes de que lo raptaran, fueras a visitarlo al árbol.

—Jamás traicionaría a Xander —dije, intentando mantener la calma. Estaba mirando al Maestro de ceremonias, pero esperaba que los demás me creyeran.

—¿Ah, no? No es que le tuvieras especial cariño. Apenas soportabas estar en la misma habitación que él.

No le faltaba razón. Sabía que en el fondo había traicionado a Xander. No lo entregué al Consejo, pero en todo lo demás lo traicioné. Lo había traicionado cada vez que me lo quedaba mirando fijamente o me estremecía ante su permanente silencio y su boca entreabierta.

—No sabes lo que es ser un vidente...

—Exacto —me interrumpió el Maestro de ceremonias—. No sabemos lo que sois ni lo que podéis hacer. Tal vez enviáis mensajes. Leéis mentes. A lo mejor encontraste una manera de hacer un trato para librarte de Xander.

—¡Esto tiene que acabar! —exclamó Piper. A pesar de que estaba herido y agotado, su voz conservaba la autoridad suficiente para hacernos callar a todos—. Esto es una locura. Lanzarnos acusaciones unos a otros no ayudará a Xander.

—Nada ayudará a Xander —replicó Sally—. Y todos lo sabemos.

Nadie se atrevió a contradecirla.

Las noticias que trajimos del bosque Negro (el claro totalmente vacío, la máquina de la deflagración que no habíamos encontrado, la emboscada) quedaron en un segundo plano por el caos que había provocado la captura de Xander y la inminente llegada, esperada para el día siguiente, del convoy con provisiones del oeste, compuesto por ocho carros con los ejes combados bajo el peso del grano. Oía los gritos de alegría en las calles, pero era incapaz de sumarme a la fiesta.

Sin embargo, Paloma no se había olvidado del bosque Negro y me abordó en el patio de la casa de acogida.

—¿Es cierto que no había ni rastro de la bomba?

Miré a mi alrededor para asegurarme de que Zach no andaba cerca. No me apetecía que me lo restregara por la cara.

—Zach tenía razón. Ya no estaba allí. Debieron de trasladarla hace varias semanas como mínimo. Se llevaron todo lo que había.

Paloma asintió y apretó los labios.

—Yo estaba en la lista, ¿verdad? En la misma lista que Xander. Zoe no ha

querido decirme nada, pero oí a Elsa y a Sally hablando. Y Zoe está muy nerviosa desde que os enterasteis de la lista...; casi nunca salimos de casa.

No quise mentirle. Ya había arriesgado demasiado por nosotros y decidí que merecía conocer la verdad.

—Sí.

Se volvió hacia la cocina, donde Zoe estaba con los demás.

—Quiere protegerme. Cree que no soportaría conocer toda la información.

La miré, miré su largo cuello y sus cejas, tan pálidas que casi eran invisibles. Era como una pluma blanca que el viento hubiera depositado en la orilla de la playa.

—Nunca fui una guerrera —continuó—, ni me iba la política. Me ofrecí como emisaria porque tenía un poco de experiencia en negociaciones y porque siempre necesitan voluntarios. La verdad es que Caleb era el emisario principal. Él debía haberse encargado... —Se le quebró la voz e hizo una pausa antes de continuar—. Hasta que la tormenta lo mató. —Se encogió de hombros—. Zoe es tan valiente... A veces pienso que se llevaría una decepción conmigo si se enterara del miedo que tengo en realidad. —Me miró—. Me da miedo que me cojan —dijo. Se llevó la mano al cuello de la blusa y vi el bulto que delataba la presencia de la cápsula de madera de serpiente—. Pero lo peor de todo es que me da más miedo que no lo hagan. Encontrarán mi hogar sin mí y lo bombardearán, y yo seguiré aquí, viva. Tendré que seguir viviendo sabiendo que yo los maté.

Le acaricié el brazo. Tenía el vello erizado por el frío aire nocturno.

—No es culpa tuya.

—Me fui de casa. Me despedí de mis padres y de mis hermanas. Había asumido que existía la posibilidad de que nunca regresara. Son menos los barcos de las expediciones que vuelven que los que no lo hacen. —Negó lentamente con la cabeza—. Pero no he asumido que puedan morir todos ellos. —Comenzó a temblarle la voz—. No esperaba que esto acabara así.

No podía decirle lo que pensaba, que precisamente ese era el único final posible, que en mis visiones había aparecido ese final; que todos los que ahora vivíamos en este mundo carbonizado ya habíamos pasado por él, que la guerra y los tanques ocurrieron y volvieron a hacerlo, que todo era un círculo. La deflagración también se había producido en el pasado, y cuando despertaba

de mis visiones, con la boca llena de llamas, tantas que no me dejaban gritar, sabía que se repetiría.

Quedaban seis días para la partida hacia el refugio. Mientras fuera los preparativos continuaban, dentro de la casa de acogida las miradas y los susurros, pasándonos unos a otros las sospechas como si fueran una copa de vino agrio, no cesaban. Violet y sus soldados habían regresado; también lo había hecho el otro grupo. En ninguno de los casos traían noticias de Xander, salvo la de un rastro que se perdía en las tierras pantanosas. Sally apenas dijo nada cuando las tropas la informaron, y recibió la noticia con una resignación que me produjo más preocupación que si hubiera llorado o sufrido un ataque de ira.

Piper estaba nervioso y nos regañaba a Paloma y a mí cada vez que nos acercábamos demasiado a la ventana del salón para asomarnos a la calle. La tercera vez que lo hizo le respondí:

—Ambos sabemos que a Xander lo traicionó alguien que lo conocía, Piper. Mantenerme alejada de la ventana quizá te haga sentir importante, pero no va a salvarme.

No dijo nada, y se limitó a cerrar de mala manera las contraventanas para que no pudiéramos mirar al exterior. La acusación implícita en su acto que quedó flotando en el aire no hizo que me sintiera mejor.

Más tarde, Piper me cortó el paso en el corredor que salía de la cocina.

—Sabes que yo no he sido.

—Para ya de decirme qué sé y qué no sé.

No me dejó pasar y tomé conciencia de su enorme tamaño. Su cuerpo plantado delante de mí, impidiéndome el paso, bloqueaba buena parte de la luz que entraba por la puerta del patio situada a su espalda.

—Confíé en ti —dijo con voz grave—, incluso cuando estuviste a punto de matarnos en el Arca. Nunca he dudado de ti.

—¿Nunca? Le dijiste al Maestro de ceremonias que estaba desmoronándose.

—¿Y no es verdad?

Hacía tiempo que había sentido, con la misma certeza que la deflagración,

que la locura estaba aguardándome con los brazos abiertos. Pero era muy distinto oírsele decir a él.

—¿Por qué aquel soldado del bosque Negro dejó que te marcharas?

—Ya te lo he dicho. No lo sé. Piensa lo que quieras sobre ese tema, pero debes saber que yo nunca traicionaría a Xander.

Miré la mano de Piper. La recordé posada en el hombro de Xander para tranquilizarlo. Recordé esa misma mano matar de una cuchillada. Piper me había salvado la vida tantas veces... Había matado por mí tantas veces...

—Dime que me crees.

Quería creerlo más que cualquier otra cosa en el mundo. Pero después de ver a aquel soldado perdonándole la vida, tenía demasiadas preguntas sin respuesta. Lo aparté para pasar y sentí el frío de la pared del pasillo en el brazo.

Durante esos días, cada vez que entraba en el dormitorio, Zach parecía aliviado al verme.

—Ten cuidado —me repetía continuamente—. No confíes en nadie.

Yo no le contestaba, ni siquiera lo miraba, pero sus susurros llegaban hasta mis oídos. En principio, los omegas éramos los contaminados, los que portábamos el contagio de la deflagración. «Es veneno», oí una vez que mi hermano le decía a Piper sobre mí. Pero ahora el veneno era Zach. Los grilletes y las cadenas no impedían que sus susurros me alcanzaran aunque metiera la cabeza debajo de la almohada. En esas largas noches, mi hermano hablaba sobre el Maestro de ceremonias, sobre su estrecha relación con la General, sobre sus ansias de poder, sobre Piper y su inclemencia. Incluso hablaba sobre Paloma. «No tienes ni idea de cuáles son sus verdaderas motivaciones —me decía—. Y Zoe y Paloma ahora solo se deben lealtad la una a la otra». Todas las noches, sus insinuaciones se introducían por mis oídos.

Yo sabía lo que pretendía, y por qué lo hacía, pero era incapaz de no hacerle caso. Todo lo que decía, durante esos días y noches de ausencia de Xander, solo daba voz a mis propios temores. Todas las dudas y las sospechas que yo intentaba alejar de mí, él las traía de vuelta mientras yo dormía y las liberaba para que corretearan a nuestro alrededor como las ratas en el tejado.

Desde los barracones llegó la noticia de la muerte de Tash. Los médicos le habían extraído la flecha, informó el mensajero, pero perdió más sangre y murió a las pocas horas de llegar a Nuevo Hobart.

Cerré los ojos. No quería que el mensajero viera cómo me sentía. Estaba rabiosa, hundida de dolor..., harta de todo. Después de traerla hasta aquí, había muerto como lo habría hecho si la hubiera dejado tirada en el bosque Negro con la flecha clavada en el costado.

—Quería decirle otra cosa —dijo el mensajero.

Me preparé para recibir más malas noticias.

Era un soldado alfa joven, uno del Maestro de ceremonias, y parecía muy cohibido cuando llamó a la puerta de la casa de acogida para comunicar las noticias y siguió a Elsa por el pasillo sin apartar los ojos de sus piernas arqueadas. En un primer momento mantuvo la distancia conmigo, como si mis visiones fueran contagiosas, pero ahora que estábamos hablando, me miraba directamente a los ojos.

—Dijeron que usted, con los demás, la trajeron viva del bosque Negro. Podrían haberla abandonado allí y no lo hicieron.

Me revolví en la silla.

—Hicimos por ella lo que haríamos por cualquiera de nuestros soldados —terció Piper.

—En los barracones no hay muchos que hubieran hecho lo mismo, señor —afirmó el soldado. Solo era un muchacho, no debía de tener más de veinte años, y una pelusa rala que solo siendo muy generosos podría llamarse barba le sombreaba el mentón—. Tash era muy querida, señor. Cuando me alisté, cuidó de mí. Pocos somos los que les devolveríamos el favor si se diera la ocasión, señor.

A continuación, se marchó rápidamente, ruborizado y con la cabeza agachada. Pero durante aquellos días de enclaustramiento y rabia que habían pasado desde la captura de Xander, las palabras de aquel soldado imberbe me dieron algo a lo que aferrarme. Estábamos construyendo algo aquí, en Nuevo Hobart. Solo esperaba que viviéramos el tiempo suficiente para contemplarlo.

En mis sueños de esa noche, Xander regresaba. Llegaba desde el este por la carretera y se detenía ante la puerta de la ciudad. Cuando corrí hasta él e intenté abrazarlo, comenzó a desmenuzarse entre mis brazos. Era como intentar

coger arena mojada entre las manos.

Al despertar, corrí hasta la puerta sin siquiera encender una vela. Zach me llamó y oí el tintineo de sus cadenas cuando se incorporó en la cama, pero no le presté atención; ya estaba llamando a gritos a Piper.

A pesar de todo el recelo que le guardaba desde lo del bosque Negro, me alegré de que me escuchara y no pusiera en duda lo que la visión me había mostrado. Se puso a la cabeza de un pelotón de quince soldados y partieron a caballo por la carretera oriental que llevaba a Wyndham cuando aún no había amanecido. Toda la casa de acogida se levantó y esperó en la cocina, con las mantas echadas alrededor de los hombros mientras Elsa no paraba de hervir agua para el té. Estábamos a mediados de primavera y, si bien durante el día hacía calor, las noches aún eran frías.

Zoe y Paloma estaban sentadas hombro con hombro cerca de la puerta. Elsa iba de un lado a otro por la cocina, como si barriendo, limpiando e hirviendo agua de alguna manera pudiera traer de vuelta a Xander. Sally estaba sentada apartada de los demás y no hablaba; se había arrellanado en el banco de cara al este y miraba fijamente el tramo de pared junto a la chimenea. No creo que se hubiera dado cuenta siquiera de que se había colocado así; era puro instinto, la vigilia de su cuerpo, de la misma manera que todos esperábamos noticias de la carretera del este.

Incluso le llevé una taza de té a Zach, solo por hacer algo y escapar de las miradas de los demás en la cocina. Deposité cuidadosamente la taza en el suelo, entre las dos camas, a una distancia que las cadenas le permitieran alcanzarla.

—Se trata de Xander, ¿verdad?

Asentí sin levantar la cabeza.

—¿Está muerto?

No respondí.

—No he sido yo —dijo en un susurro.

No dije: «¿Y quién ha sido, entonces?» porque no quería oír su respuesta. Todas las posibilidades: Piper, el Maestro de ceremonias, Zoe... eran demasiado espantosas como para contemplarlas.

Zach estaba muy pálido.

—Sé que todos piensan que he sido yo. Si el chico muere, también me

culparán de ello.

—En esta habitación dormían treinta niños que tú y la General ahogasteis.
—No hice ningún esfuerzo para disimular mi expresión de desprecio—. Aquí nadie necesita otro motivo para odiarte. Tampoco yo.

Cuando terminó su turno de vigilancia en la casa de acogida, antes del amanecer, Simon aceptó escoltarme hasta la torre de vigilancia oriental. Los centinelas apostados allí, que oteaban impasiblemente el horizonte y solo hablaban para quejarse cuando mis pasos los molestaban, no nos prestaron la menor atención cuando subimos a la torre. Antes de que el resto de la ciudad abriera los ojos, Sally se unió a nosotros. Le costó llegar arriba, y oí sus jadeos desde mucho antes de que sus manos arrugadas aparecieran en lo alto de la escalera.

—¿Estás segura de que será hoy? —preguntó cuando por fin llegó a mi lado.

—Eso creo, pero podría equivocarme. Ya sabes cómo va esto de las visiones.

Respondió con un gruñido. Había cuidado de Xander durante años, con más paciencia de la que yo jamás podría reunir, y sabía mejor que casi cualquier persona que no fuera vidente lo caprichosas que podían llegar a ser las visiones.

Esperamos en silencio. Los centinelas cambiaron dos veces, y ya era mediodía cuando el soldado que tenía a mi izquierda levantó el brazo y señaló una columna de polvo que se alzaba en el este, en la carretera. Divisamos unas figuras lejanas, poco más que unas manchas en el horizonte. Supe lo que cargaban mucho antes de que aparecieran ante nuestros ojos y pudiera distinguir el saco de arpillera cruzado delante de la silla de montar de Piper.

Cuando los jinetes estuvieron más cerca de la muralla, Simon comenzó a bajar la escalera. Lo seguí, pero me detuve cuando ya había puesto un pie en el primer escalón para esperar a Sally, que todavía no se había movido de la barandilla situada al final de la torre. Regresé a la plataforma. Sally se inclinó sobre la barandilla cogiéndose a ella con ambas manos. Vi cómo desviaba la mirada de los jinetes al suelo que se extendía más abajo. Di un paso hacia ella, y luego otro, intentando ser lo más sigilosa posible. Sally se inclinó un poco más para ver mejor la distancia y calcular la caída.

Antes de que pudiera decirle nada o llegar hasta ella, Sally se dio la vuelta, respiró lentamente y enfiló hacia la escalera. Si alguna vez hubiera necesitado una prueba de que vivir en este mundo era más duro que morir en él, me habría valido la espalda encorvada de Sally cuando pasó ante mí y puso el pie en el primer peldaño.

Simon, Sally yo estábamos en la puerta, esperando, cuando los jinetes entraron. El Maestro de ceremonias también los esperaba a cierta distancia de nosotros. Me pregunté si habría venido a esperar el cuerpo de Xander de no ser por las sospechas que pendían sobre todos nosotros.

Piper les dio permiso a los hombres que habían cabalgado con él para que se retiraran. Desmontaron en silencio y enfilaron con sus caballos hacia el cuartel que había junto a la muralla. No hubo las habituales charlas que surgían al terminar una patrulla, y caminaban con las cabezas gachas y los labios apretados.

Piper permaneció montado en el caballo, con la mano posada en el bulto de arpillera, y lo acompañamos como un cortejo fúnebre hasta la casa de acogida. Cuando desmontó frente a la puerta, me acerqué a él y lo ayudé a descargar el saco. Lo cogí por las esquinas y la tela cedió en mis manos; pesaba mucho y se combaba hacia el suelo mientras lo llevábamos dentro, maniobrando con cuidado por el pasillo hasta la cocina.

Zach estaba allí, sentado a una punta de la mesa ante un plato con un trozo de pan mordisqueado, vigilado por Zoe. Se irguió cuando nos vio entrar a Piper y a mí cargados con el saco. Me pregunté cuántos cadáveres habría visto en su vida, aparte del de Kip y el de la Confesora. Nunca había sido de pelear. Incluso en nuestro pueblo siempre se escondió de los niños que nos acosaban en lugar de enfrentarse a ellos; prefería tramar un plan para vengarse después,

como cuando escondió cuidadosamente un trozo de vidrio en el zapato del hijo de nuestro vecino, que se aireaba junto al resto de los zapatos de la familia en el porche de su casa, al día siguiente de que apedreara a Zach en el patio del colegio. Incluso ponía en duda que Zach hubiera liderado alguna vez a sus tropas en una batalla, como sí hacía el Maestro de ceremonias. Mi hermano había dado la orden de la matanza en la isla y del ahogamiento de los niños en Nuevo Hobart, pero en ninguno de los dos casos estuvo presente en el lugar de los hechos. Transmitió las órdenes y urdió sus planes desde la seguridad de sus fortalezas. Aquí, en la cocina de Elsa, nada lo separaba del espanto de la muerte, apenas un par de metros y un saco de arpillera manchado de sangre.

Depositamos el cuerpo de Xander delante de la chimenea y retrocedimos. Elsa cerró las contraventanas porque las moscas ya estaban arremolinándose en el exterior. El Maestro de ceremonias cogió una jarra de vino que había en la mesa, pero no bebió. Piper arrastró una silla hasta donde Sally estaba de pie, pero esta no les prestó atención a él ni a la silla. Todos guardábamos silencio y nos movíamos sigilosamente por la cocina, orbitando alrededor del cadáver como si este fuera un hoyo, una tumba ya cavada.

Zach se había quedado detrás de los demás, junto a la pared. Mantenía la distancia con el saco, pero no despegaba los ojos de él; lo miraba con la barbilla ligeramente adelantada y la marcada frente fruncida.

Zoe le lanzó una mirada fulminante.

—¿Es necesario que esté aquí también ahora?

—Que vea lo que ha hecho —dijo Elsa.

Piper las mandó callar con la mirada y devolvió la vista al saco.

—Lo encontramos en mitad de la carretera del este.

—¿Lo habían... colgado, como a Leonard? —pregunté.

Piper asintió, pero no entró en detalles. Pensé en los soldados con los labios apretados que habían regresado con él y recordé los dedos rotos de Leonard, partidos como ramitas. No quise saber más.

Zoe y Paloma miraban el saco una al lado de la otra; Piper estaba a poca distancia de Zoe, solo. Lo que quiera que hubiera visto cuando encontró el cadáver de Xander lo había transportado a un lugar al que ninguna de nosotras podía llegar.

—¿No había una nota? ¿Algún mensaje? —preguntó Elsa.

—El mensaje es bastante claro —dijo el Maestro de ceremonias con tono irónico.

Sally se arrodilló con una lentitud dolorosa e hizo el ademán de abrir el saco, pero Piper se agachó a su lado y puso una mano sobre las suyas.

—No tienes por qué verlo —dijo en voz baja—. Ya no puedes hacer nada por él.

—No me digas lo que puedo o no puedo hacer —repuso ella sin volverse a mirarlo. No había ira en su voz, solo una tranquilidad inquebrantable. Todavía con la cabeza agachada, añadió—: Elsa, tráeme agua caliente y trapos. Los demás, marchaos.

Nadie, ni siquiera el Maestro de ceremonias, se planteó desobedecerla. Elsa corrió a llenar un cubo de agua y los demás enfilamos hacia el patio, acompañados por el tintineo de las cadenas de Zach.

Sally llamó a Piper y a Zoe cuando ya casi habíamos llegado a la puerta.

—Haced algo útil y cavad la tumba —les dijo sin volverse.

Piper y el Maestro de ceremonias podrían haber ordenado a los soldados que se encargaran de cavar la tumba, pero era una tarea que queríamos hacer nosotros. Piper eligió un sitio al otro lado de las murallas, al norte de la ciudad. Me alegré de que escogiera un lugar opuesto a las llanuras del sur que habían sido el escenario de la batalla; ya había bastantes cuerpos enterrados y quemados allí y prefería un sitio más tranquilo para el descanso eterno de Xander, pues en vida ya se había visto privado de suficientes momentos de paz. Simon fue a buscar las palas, pero regresó solo con dos, así que cavamos por turnos. Incluso llevamos a mi hermano con nosotros, ya que en las circunstancias actuales nadie se atrevía a dejarlo sin vigilancia.

La General no nos había devuelto el cuerpo como gesto de cortesía, sino por la misma razón que la había llevado a dejar el cadáver de Leonard colgado de una soga en la carretera de Nuevo Hobart, que no era otra que viéramos lo que le había hecho.

Salvo que en esta ocasión no habían actuado solos. Alguien que tenía nuestra confianza había traicionado a Xander, por lo tanto, esa persona era tan responsable de su muerte como la General. Tal vez ese fuera otro motivo para

que nos hubieran devuelto su cuerpo, pues así conseguían que hiciéramos lo que yo estaba haciendo ahora mismo: mirar de reojo a mis compañeros con una sensación de náusea, sabiendo que entre ellos estaba la persona que probablemente había entregado a Xander al enemigo. Los miré uno a uno: Simon. Zoe. Paloma. El Maestro de ceremonias. Piper. Zach.

Había visto morir a mucha gente, pero este solo era el segundo entierro al que asistía. En el primero dimos sepultura a mi padre. Entonces, como ahora, había tenido a Zach a mi lado.

Los otros muertos, tantos que había perdido la cuenta, fueron abandonados donde yacían o sepultados apresuradamente en tumbas poco profundas. Cuando ahogaron a los niños, la tierra helada del invierno no permitía cavar tantas tumbas, y a pesar de que Piper se aseguró de que por lo menos sus cuerpecitos fueran debidamente incinerados, yo no lo presencié.

Para Xander excavamos una sepultura profunda y hallé cierta satisfacción en la tarea. Clavaba la pala para hendir el suelo y arrojaba la tierra por encima del hombro. Me dolían la pierna herida y los brazos arañados, pero me sentía bien. Solo paramos cuando el agua comenzó a inundar el fondo del hoyo. Estábamos tan cerca de las tierras pantanosas que el agua aparecía enseguida.

Sally y Elsa aparecieron al cabo de una hora, escoltadas por Crispin. Detrás de ellos, dos soldados empujaban una carretilla cargada con el cuerpo amortajado de Xander. El saco de arpillera, mugriento y ensangrentado, había sido sustituido por un sudario inmaculado.

Piper se apartó de la tumba casi concluida para que Sally la inspeccionara. Esta caminó lentamente alrededor del hoyo y finalmente hizo un gesto con la cabeza.

—Tiene que ser un poco más larga —dijo.

Piper no rechistó y se puso a cavar. Después de todo, ella conocía el cuerpo de Xander mejor que nadie, pues lo había limpiado, vestido y se había tumbado a su lado por las noches para tranquilizarlo cuando se ponía a balbucear y a chillar.

Ayudé a Piper con la pala. Zoe estaba a mi espalda. Me sentí agradecida por tener una excusa para seguir cavando, por disponer de unos minutos más de trabajo antes de coger el cuerpo y enterrarlo.

Cuando llegó el momento de bajar el cadáver al hoyo, Piper y Zoe cogieron el cuerpo amortajado con suma delicadeza, uno por cada extremo. Pero me puse de mal humor al ver el agua marrón que esperaba en el fondo de la tumba. Sabía que era una estupidez, que ya estaba muerto y que unos centímetros de agua no podían hacerle daño, pero aun así me recorrió un escalofrío cuando Zoe soltó las piernas y el agua salpicó las paredes de la sepultura.

Sally echó la primera palada sobre el cuerpo de Xander. La tierra estaba tan empapada que en vez de esparcirse sobre la mortaja que lo envolvía cayó como una masa compacta con un ruido sordo. Dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

Había comenzado a llover. Sally se dio la vuelta y dejó que los demás acabáramos de rellenar la sepultura. Con Piper a mi lado, devolví la tierra al hoyo, haciendo un esfuerzo para no estremecerme cada vez que oía el estrépito que hacía al golpear el cuerpo de Xander.

—Ya está —dijo Piper.

Sally se volvió de nuevo y se acercó a la tumba. Pensé que iba a decir algunas palabras sobre Xander para mitigar el desconuelo que planeaba sobre nosotros, pero no abrió la boca. Ya habíamos hecho con nuestras propias manos lo único que estaba a nuestro alcance: excavar la sepultura y enterrarlo en ella. Las palabras no aportarían nada ni nada haría revivir su cuerpo; ningún discurso lleno de bonitas palabras acerca de su muerte podía cambiar nuestra opinión sobre lo que habíamos visto con nuestros propios ojos: la falibilidad del cuerpo; la buena voluntad de la tierra para acoger a nuestros muertos.

No señalamos el lugar de la tumba, distinguible solo por el montoncito de tierra removida, apenas una costra en la tierra que un par de horas más de lluvia borraría.

Esa noche deambulé por el dormitorio en silencio mientras me preparaba para acostarme. Me quedé en mi lado de la habitación con la mente en blanco. Últimamente había cogido el hábito de quedarme pegada a la pared, fuera del alcance de la cadena de Zach.

Mi hermano estaba sentado en la cama con las piernas cruzadas, observándome.

—¿Quién más tenía información sobre Xander? —preguntó—. ¿Quién más sabía que estaría en el Árbol del Beso y conocía su ubicación?

Era fácil olvidar que la existencia de Zach se desarrollaba en los márgenes de nuestras vidas. Compartíamos casa, e incluso comía con nosotros la mayoría de las veces, así que no podía evitar enterarse, aunque fuera muy superficialmente, de todo lo que sucedía. Pero cuando lo traían a la cocina y estábamos hablando de algún tema importante, nos quedábamos callados. Solo sabía lo que nosotros le permitíamos saber, aunque yo sospechaba que conocía más de lo que le revelábamos voluntariamente.

—Nadie más —respondí—. Los que vivimos aquí y el Maestro de ceremonias. Quizá los guardias, Simon, Violet, Tash, Crispin. Y el centinela que lo sigue durante el día.

—¿Todos los días lo acompaña el mismo centinela?

Asentí con la cabeza.

—Tiene asignado uno fijo. —Pensé en el joven soldado y en su sonrojo cuando Piper lo reprendió—. Pero lo mataron.

—Los soldados hablan en los barracones.

—Quizá. —Quise pensar que eso era lo que había ocurrido: un soldado con la lengua larga que había revelado el paradero de Xander a alguien que no conocíamos. Pero estaba tan segura de que se había producido una traición como de que Nuevo Hobart hundía sus cimientos sobre unas tierras pantanosas.

—Siguen pensando que fui yo —dijo mi hermano—. Y mientras no cambien de opinión, tú y yo corremos peligro. ¿Eres consciente de ello?

—¿Y los culpas por creer que fuiste tú?

—Pero tú no lo crees. —No era una pregunta, sino una afirmación.

—No pienses ni por un segundo que confío en ti —dije. Zach mantuvo el gesto imperturbable—. Pero has estado encerrado bajo llave, y lo último que harías sería ayudar a la General. Al menos mientras tu vida dependa de nuestra capacidad para mantenerla alejada.

—Sospechas del Maestro de ceremonias —dijo Zach, de nuevo con un tono de aseveración.

—¿Tú no?

—¿Te interesa lo que yo piense?

—No —respondí—. Pero conoces al Maestro de ceremonias desde hace mucho más tiempo que yo. Trabajasteis juntos durante años. Te sentabas con él en el Consejo.

—Y mira cómo cambian las cosas. Traicionó al Consejo.

—Entonces, ¿no confías en él? —pregunté.

—No confío en nadie. Pero eso no quiere decir que él sea el traidor. ¿Por qué razón ayudaría a la General?

—¿A cambio de un compromiso? —sugerí—. ¿La liberación del paso de los Demoledores? Y tal vez algo más, alguna clase de plan B para garantizarse el regreso al Consejo en el caso de que este levantamiento no prospere. ¿No lo crees posible?

Zach soltó una carcajada que sonó casi como un ladrido.

—¿Un compromiso? Si hubiera querido un compromiso se habría quedado en el Consejo y colaborado con nosotros. Pero es un fundamentalista a la altura de la General. Quiere la destrucción de las máquinas y derrocarla.

Recordé lo que el Maestro de ceremonias me había contado acerca de su

esposa y sus hijos. Culpaba a la deflagración de su muerte. No me lo imaginaba ayudando a la General cuando el objetivo de esta era otra deflagración.

—Desearías creer que fue él —apuntó Zach—. O yo.

No respondí.

—Porque de ese modo no tendrías que contemplar otras opciones —añadió.

—No voy a seguir hablando de este tema contigo. —Tendí la mano hacia la vela.

—Te gusta hablar de esto conmigo hasta que nos acercamos demasiado a una conclusión.

Apagué la llama con los dedos y a oscuras repasé mentalmente las opciones. Simon: había luchado codo con codo con Piper en la isla y en Nuevo Hobart. No se me borraba de la memoria su cara de alivio cuando devolvió el liderazgo de la resistencia a Piper. No era un hombre que ambicionara el poder ni con inclinación a las intrigas. Elsa: se había portado conmigo como no lo hizo ni mi propia madre, y tenía más motivos que nadie para odiar a la General. Paloma: sola en un mundo extraño, de quien no podría esperar de la General otra cosa que la tortura y la aniquilación de su pueblo. Zoe: toda una vida de lealtad a la resistencia. Ya había perdido a Lucia. Jamás ayudaría a la General si eso pusiera en juego la seguridad de Paloma. Sally: la heroína de la resistencia que había cuidado de Xander durante años y lo había querido con locura.

Y Piper: que me había protegido durante meses... que tantas veces me había salvado la vida... que llevaba a Xander a la cama cuando se quedaba dormido en la cocina.

Piper, que había azotado a los guardias... que nos desterró a Kip y a mí en la isla... a quien había visto asesinar tantas veces con la misma eficacia que el Maestro de ceremonias.

—¿Qué me dices de Sally? —La voz de Zach se coló en mis pensamientos.

—Duérmete —dije, y me di la vuelta en la cama.

—Es un pájaro viejo. Deberías haber oído las cosas que se contaban de ella en Wyndham de cuando estuvo infiltrada.

—No sabes nada de ella —le espeté—. Cuidó de Xander durante años.

—Asesinó a sangre fría a una de sus colegas infiltradas. Degolló... a su propia amiga. ¿Lo sabías?

—Sí. Y no se lo reprocho. Fue un acto de misericordia. La habían capturado e iban a torturarla. Salvó a su amiga de una muerte lenta y dolorosa.

—Solo estoy diciendo que Sally puede ser tan implacable como cualquier consejero si las circunstancias se lo exigen.

—Duérmete —repetí.

Pensé en la mano de Sally en la cabeza de Xander y en las lágrimas deslizándose por sus mejillas ante su tumba.

—Yo estaba con Sally y con Zoe en la cocina cuando llegó el soldado con la noticia de que habían encontrado al centinela muerto —dijo Zach.

—No pienso escucharte. Eres una víbora.

—El Maestro de ceremonias envió a un mensajero... Era un crío.

Me esforcé para no escucharlo, pero siguió hablando, y sus insinuaciones no podían ser más siniestras que las especulaciones que mi mente podría concebir en la oscuridad.

—Se presentó en la puerta de la cocina —continuó Zach—, e informó a Zoe y a Sally de que se había encontrado al centinela muerto.

—¿Y?

—Fue Zoe quien preguntó por Xander, no Sally.

Negué con la cabeza a pesar de que mi hermano no podía verme en la oscuridad.

—No puedes culparla por asumir que había ocurrido lo peor. Si el centinela estaba muerto, ya sabía lo que eso significaba.

—Yo solo digo que no preguntó por él. Se quedó inmóvil en la silla, con la cara pálida. Fue Zoe quien preguntó por Xander, quien propuso pedirle al Maestro de ceremonias que enviara una patrulla en persecución de sus captores.

—Eso no significa nada. Sally estaría en estado de *shock*.

—Aún no he visto nada que pueda dejar en estado de *shock* a esa mujer —aseveró, y se dio la vuelta.

Estuve obligándome a dormir durante una hora o más. Escuché el viento

mientras ponía a prueba la firmeza de las tejas del tejado y luego la respiración de Zach. En dos ocasiones me asaltó la deflagración; apreté el cuerpo contra el colchón e intenté tranquilizar mi respiración. Pensé en Xander, para quien ya habían terminado las visiones.

Cuando me asomé a la ventana, el único movimiento que advertí en el patio bañado por la luz de la luna menguante fue el de las ratas. La luz de las velas había desaparecido de la ventana de Paloma y de Zoe, y Elsa también había apagado las luces de la cocina. Al otro lado del patio, junto a la puerta principal, Piper estaba estirado en su cama, debajo del techo del porche. No acerté a ver si aún estaba despierto.

—Zach —dije en un susurro.

—¿Qué? —preguntó con voz somnolienta.

—¿Qué les dijo exactamente el mensajero a Sally y a Zoe cuando vino aquel día a la casa de acogida? ¿Qué información les dio sobre el centinela muerto?

Zach se quedó pensando un momento, con la mirada fija en el techo.

—Dijo: «Han encontrado muerto al centinela de Xander en el bosque. Ha habido una incursión». Les dijo también que el Maestro de ceremonias estaba de camino hacia allí.

—¿Eso fue todo? ¿No mencionó ningún detalle sobre el centinela, sobre el cadáver?

—Solo era un mensajero —dijo aceleradamente, pero sin titubear—. Lo habían enviado corriendo desde la oficina del recaudador de tributos para que informara de lo ocurrido. Él chaval no sabía más. Nos transmitió el mensaje y se quedó esperando. Y entonces Zoe lo acribilló a preguntas sobre Xander y a repetirle que había que enviar una patrulla. Pero el mensajero no sabía nada más y se limitó a decir que trasladaría su petición al Maestro de ceremonias.

Permanecí en silencio unos segundos.

—¿Vas a contarme por qué querías saberlo? —preguntó Zach.

—No —respondí, y enfilé hacia la puerta a oscuras.

—¿Cass?

Cuando abrí la puerta del dormitorio, Piper se incorporó en la cama, situada

en el otro lado del patio.

—¿Qué ocurre? —preguntó en voz baja.

—Nada —respondí—. Solo quería ver cómo se encuentra Sally.

—Déjala tranquila. Lo ha enterrado hoy. No tendrá ganas de hablar de ello.

—No se trata de eso —mentí a medias—. Y es importante.

—No la presiones si no quiere hablar. Hoy es el día menos indicado para hacerlo.

Cuando volvió a acostarse, atisbé el reflejo de la luz de la luna en una superficie metálica. Guardaba la daga debajo de la almohada, desenfundada.

Una vez dentro de la casa, pasé ante la puerta de la cocina y seguí por el pasillo sigilosamente. Cerca de la puerta principal, una titilante franja de luz asomaba por debajo de la puerta de la habitación de Sally.

Llamé. No recibí respuesta, pero la abrí de todos modos. No había estado en aquel cuarto desde que Sally y Xander se instalaron en él. Había dos estrechas camas con los cabeceros pegados a la pared, y en el otro lado de la habitación, junto a una pequeña mesa, vi a Sally sentada junto a la ventana. No se volvió a mirarme cuando entré.

—¿Has venido para compadecerte de mí? —preguntó—. No te molestes. Nunca te cayó bien.

—Es cierto —dije—. No me gustaba estar cerca de él. Pero la culpa era mía, no suya.

—¿Y has venido para que te ofrezca la absolución, para que te diga que te comprendo?

—No.

—¿Qué quieres, entonces? —Volvió la cabeza para mirarme, pero el resto de su cuerpo se mantuvo rígido en la silla—. ¿A qué has venido?

Avancé unos pocos pasos y rodeé la mesa. No me sentía cómoda quedándome de pie delante de ella, así que me senté en los pies de la cama más próxima.

—No te sientes ahí —dijo. Y, haciendo un esfuerzo para devolver la calma a su voz, añadió—: Es su cama.

Me levanté rápidamente y bajé la mirada a la cama de Xander. Estaba impecablemente hecha, pero el polvo ya comenzaba a acumularse en la colcha

blanca. No se había tocado en los cuatro días que habían pasado desde la desaparición de Xander. De repente me sentí fatal. ¿Qué estaba haciendo allí, molestando a aquella anciana cuyo dolor era tan tangible en su diminuto dormitorio como el olor a vela barata?

Pero entonces pensé en Paloma, acostada entre los brazos de Zoe en el otro extremo del patio, en Otraparte y en todo lo que estaba en juego. Rodeé la cama de Xander y me planté delante de Sally.

—No preguntaste si a Xander le había pasado algo.

—¿De qué estás hablando? —inquirió.

—De cuando el mensajero vino con la noticia de que habían encontrado el cadáver del centinela. Ni siquiera preguntaste por Xander.

Sally suspiró y se levantó.

—Tú no estabas aquí. ¿Has estado escuchando los cuentos de tu hermano? ¿Estás creyendo sus retorcidas mentiras?

—Desprecio a Zach tanto como tú —dije—, pero eso no quiere decir que no tenga razón. Así que dime, ¿por qué no preguntaste por él?

La miré detenidamente. Había velas encendidas sobre el alféizar de la ventana que estaba detrás de ella, así que tenía dificultades para ver su cara a contraluz.

—No sé qué idea se te ha metido en la cabeza, Cass, pero ándate con ojo, no vayas a decir algo de lo que puedas arrepentirte.

—Entonces dime: ¿por qué no preguntaste por él? ¿Por qué no fue lo primero que te vino a la cabeza?

—¿Estás poniendo en entredicho mi amor por ese chico?

—No —respondí, negando con la cabeza—. Sé lo mucho que lo querías. Por eso necesito que me expliques por qué no preguntaste por él. ¿Por qué no le insististe al Maestro de ceremonias para que enviara tropas en persecución de sus captores? —El tono de súplica de mi voz era sincero. Yo solo quería una explicación. Sentir que todo volvía a tener sentido.

—Llevo luchando en esta guerra mucho más tiempo que tú. Sabía que era tarde. Lo capturaron por la mañana. No había manera de darles alcance.

—Eso no lo sabías —repuse—. Zach me ha repetido las palabras exactas que os dijo el mensajero.

—Zach... —dijo con la voz preñada de desprecio.

—El mensajero dijo: «Han encontrado muerto al centinela de Xander en el bosque». En ese momento eso era todo lo que sabías. Los detalles, que el cuerpo del centinela estaba rígido y frío y que lo habían metido dentro del árbol, no los conociste hasta algún tiempo después.

—Puede ser. Fue un día espantoso. No recuerdo todas las palabras que se dijeron en todas las conversaciones. Tal vez hayas pasado por alto que ayudo a Piper a comandar un ejército, Cass. No tengo tiempo ni fuerzas para retener todos los detalles.

—No. No se alcanza tu posición, la de comandante de un ejército, a menos que seas precisamente la clase de persona que retiene todos los detalles. No se llega a tu edad ni se consigue lo que tú has conseguido si no se está atento a los detalles. Sé lo perspicaz que eres.

Sally no dijo nada, así que continué:

—Sabías que lo habían capturado desde primera hora de la mañana porque tú les dijiste dónde podían encontrarlo y cuándo.

—Yo quería a ese chico.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué lo traicionaría?

Recordé lo que le había dicho a Zach una semana antes: «Poseo la sabiduría suficiente para saber que la muerte no es ni mucho menos lo peor que puede pasarme». Entonces se refería a los tanques, pero pensé en las manos retorcidas de Xander y en su mente permanentemente poblada de llamas. Había experimentado en mis propias carnes lo mismo las veces suficientes para saber que era una forma de tortura.

Extendió el brazo hacia atrás, hacia el alféizar, donde estaba su daga. Asió con fuerza la empuñadura y una vena en el dorso de su mano palpó con los latidos de su corazón.

—¿Sabía lo que le esperaba? —pregunté.

Me miró como evaluándome, sin un atisbo de arrepentimiento en los ojos.

—¿Lo sabía? —insistí.

Se encogió de hombros.

—Era vidente, Cass. —Hizo una pausa—. Nunca dijo nada. De todos modos, últimamente nunca hablaba. Pero creo que lo sabía. Y aun así decidió ir al Árbol del Beso esa mañana.

Podía oír la respiración de las dos, el ligero silbido que acompañaba nuestras inspiraciones. Cuando hice el ademán de marcharme, ella también se movió y dio un único paso que la colocó entre la puerta y yo. Me observaba con el mismo recelo que yo a ella.

—Lo traicionaste.

Me moví hacia la izquierda y ella me imitó.

—Lo liberé —repuso Sally.

—No te correspondía a ti tomar esa decisión.

Cuando había venido a preguntarme cómo podía ayudar a Xander, le dije que no podía hacerlo. ¿Había firmado yo con mi respuesta su sentencia de muerte?

Di un paso a la derecha. Ella hizo lo mismo, pero más rápidamente esta vez. Las piernas arqueadas le dificultaban los movimientos, y aun así era más rápida de lo que la había creído capaz. Quedaba claro que no tenía ninguna intención de permitirme salir de aquella habitación.

El cuchillo que empuñaba era el que solía llevar ceñido al cinturón. Era pesado y tenía la hoja ancha, con el filo curvo y dentado... la clase de cuchillo con el que había visto a la gente sacar las tripas del pescado en la isla. Empuñé la daga que llevaba en el cinturón y traté de recordar todo lo que Zoe me había enseñado. La idea de luchar con Sally me parecía absurda, incluso mientras las miraba fijamente a ella y a su sonriente hoja con el filo dentado.

—Hice lo que había que hacer —dijo.

—Lo enviaste a morir. También has matado a su hermana gemela.

—No tuve opción.

—¿Qué quieres decir?

—Ese era el trato —dijo, manteniendo la voz calma.

—¿Qué trato? ¿El paso de los Demoledores y tu vida? ¿Has comprado un salvoconducto para salir indemne de esto?

—¿En serio crees que mi vida, lo que me queda de ella, tiene algún valor para mí? —inquirió con desdén.

La creí.

Dio un paso adelante con el cuchillo levantado, y yo la acometí con la daga, pero solo fue una finta; me sentía incapaz de rajar aquel cuerpo viejo, chupado y arrugado como los saquitos llenos de hierbas que colgaban en la

cocina de Elsa.

Había olvidado la velocidad con que se movía, y sin siquiera desviar los ojos de los míos detuvo mi cuchillo con el suyo y mi arma giró por el aire y aterrizó en el suelo.

—Tranquilízate —dijo en un susurro—. Cass, escúchame.

Mi daga había desaparecido debajo de la cama. Sally aún empuñaba la suya, pero no aprovechó la ventaja y dejó de interponerse entre la puerta y yo sin dejar de mirarme.

—¿Y el paso de los Demoledores tiene algún valor para ti? —pregunté mientras contemplaba el reflejo de la llama de la vela en la hoja de su cuchillo.

—La ciudad estaba muriéndose de hambre, Cass. ¿Quieres rescatar a la gente del Refugio 6? Si liberamos a esas personas y las traemos aquí, tendremos que alimentarlas. Y no solo es el paso de los Demoledores.

—¿Qué más hay? ¿Qué te ofrecieron que valiera la vida de Xander?

—No podía seguir protegiéndolo. Estaba sufriendo mucho. No sabía nada del plan para atacar el refugio... no habría podido darles ninguna información. Tú misma lo dijiste: para él solo existe la deflagración. No podía decirles nada aunque lo torturaran. En cambio, yo podía salvar alguna cosa, podía evitar que la ciudad muriera de hambre, podía darte la oportunidad para que alimentaras a los omegas del Refugio 6...

Hizo una pausa, con la boca todavía abierta. Había algo más que no decía. Iba a preguntarle qué era cuando dentro de mi cabeza encajaron todas las piezas: su sonrisa cuando vimos aquel momento íntimo entre Paloma y Zoe a través de la puerta abierta de su habitación; su mano en el hombro de Piper cuando pasó a su lado en la cocina de su casa en la Costa Hundida; el soldado en el bosque Negro al reconocer a Piper y retroceder. «A él no».

—No se lo cuentes a Piper ni a Zoe —me suplicó Sally. Me di cuenta de que nunca la había oído pedir nada—. No quiero que se sientan culpables.

—Jamás habrían aceptado formar parte de tu trato. Nunca habrían aceptado comprar sus vidas con la sangre de Xander.

—¿Tan diferente es lo que yo he hecho de lo que haces tú con tu plan del señuelo del ataque al cañón de la Soga? —inquirió con los ojos clavados en los míos—. Ambas negociamos con vidas, Cass.

Negué con la cabeza.

—No es lo mismo.

—Estoy luchando en esta batalla desde hace tanto tiempo... —dejó salir el aire en un largo suspiro— que ya no creo que podamos ganarla. Así que tomé una decisión: renunciar a lo que podíamos permitirnos perder, lo que ya no era imprescindible, porque quería salvar algo. Esta ciudad. A Piper y a Zoe.

Corrí hacia la puerta. No me habría sorprendido sentir su cuchillo en la espalda, pero Sally me detuvo rodeándome la cintura con la mano en la que empuñaba el arma y sujetándome el cuello con la otra. Sus dedos huesudos se agarraron a mi cuerpo como las pinzas de los cangrejos de río que nos pellizcaban a Zach y a mí cuando éramos críos.

—Piper y Zoe aparecieron en mi vida muchos años antes de que lo hiciera Xander. —Movié los dedos para agarrarme mejor el cuello—. Eran tan jóvenes y estaban tan solos...

—Nunca habrían consentido lo que has hecho. —Apenas podía hablar, así

que mucho menos gritar, con sus dedos apretándome la tráquea.

—Nunca me importó que los omegas no pudieran tener hijos —continuó Sally, susurrándome al oído—. Yo tenía una misión en la vida... que era más importante que cualquier otra cosa. Pero entonces aparecieron ellos. Los ayudé. Les enseñé todo lo que sabía. Ellos continuaron mi labor cuando yo tuve que parar. Los he querido más de lo que eres capaz de imaginar.

No dudaba de que los quería. Yo había visto cómo Zach cosía a Kip y mantenía su cuerpo y el de la Confesora en los tanques porque era incapaz de aceptar que estaba muerta. Había visto cómo el amor, en la misma medida que el odio, podía moldear el mundo para crear figuras espantosas.

Sally no aflojaba la presión en mi cuello. Repasé mentalmente las enseñanzas de Zoe y dejé de resistirme. Relajé los músculos y dejé caer ligeramente la cabeza hacia delante.

Sally suspiró y sentí que disminuía de una manera casi imperceptible la fuerza que ejercía en mi garganta. Por un momento, la lucha pareció más bien un abrazo.

Apreté los dientes y le lancé un cabezazo. Debí de acertarle en la nariz, porque noté que algo se partía y distinguí un leve crujido en el estrépito del golpe que resonaba en mi cabeza.

Sospechaba que a ella le dolía tanto como a mí, pero la había pillado desprevenida y su mano se aflojó lo suficiente como para poder zafarme. Me di la vuelta, con la vista borrosa, pero vi que se había llevado las manos a la cara y trataba de contener la sangre que le manaba de la nariz. Mi cuchillo seguía perdido debajo de la cama y Sally me bloqueaba la puerta. Me incliné hacia delante y le lancé de una patada la mesa que aún se interponía entre nosotras. El mueble la golpeó en la cadera y Sally lanzó un gruñido, pero ni aun así soltó el cuchillo. Pasé por encima de la mesa caída patas arriba, pero ella atacó primero.

En ese momento habría podido matarme si hubiera querido, sin embargo, solo me colocó el arma en la palma de la mano y la levantó para pegarla contra el muro. Una simple presión y la hoja me habría atravesado la mano y me la habría clavado a la pared. Volvió a agarrarme el cuello. Tenía los dedos pringados de la sangre de la nariz.

—Soy vieja, Cass, pero también llevo luchando muchísimos más años que

tú. —Dio otro paso hacia mí, lo que me obligó a retroceder hasta que me golpeé la cabeza con la repisa.

—Eres una traidora.

—He proporcionado a esta ciudad su única posibilidad de supervivencia. —Se apretó contra mí. La hoja que me había puesto en la mano temblaba del esfuerzo que hacía para inmovilizarme—. Controlar el paso de los Demoladores y despejar el camino para que puedan pasar los convoyes con comida contribuirá al éxito de este levantamiento más que cualquier heroicidad en el cañón. —Desde la barbilla le goteaba la sangre que se le escapaba de la nariz—. Y quería salvar a Piper y a Zoe. Solo le entregué al Consejo lo que ya no nos servía para nada.

—¿A quién pensabas vender a continuación? —pregunté. Con sus dedos presionándome la garganta, no reconocía mi propia voz. No habría podido gritar aunque hubiera querido—. ¿Paloma ya ha dejado de ser útil? ¿Y yo?

Tenía la mano derecha aprisionada entre la hoja y la pared, pero la izquierda estaba libre. Recorrí con ella la repisa y mis dedos se toparon con la gruesa asa de una jarra todavía llena de agua.

Cuando se la estampé en la cabeza, probablemente gritó tanto por la impresión del agua fría como por el impacto. Liberé la otra mano y sentí que la punta de la hoja me recorría la palma. Con la mano ensangrentada agarré a Sally por la muñeca y se la retorcí hasta que soltó el cuchillo. Un hueso de su mano crujió y ella lanzó un gruñido, pero la mano con la que me aferraba el cuello apretó con más fuerza y el chillido que quería proferir no salió de mi garganta. Oí un grito, pero no era mío; era Zach desde la otra punta de la casa. Me pareció oír más voces alarmadas, pero entonces comencé a ver luces moviéndose en la negrura de mi visión, como faroles en un mar tenebroso.

Se abrió la puerta violentamente. Piper fue el primero en entrar como un rayo, con Zoe pisándole los talones, ambos blandiendo cuchillos. Hubo un momento de incertidumbre. Piper corrió a quitarme de encima a Sally, pero advertí su confusión mientras su mirada pasaba del rostro ensangrentado de ella al tajo en mi mano. A su espalda, Zoe escrutaba la habitación por si hubiera algún intruso. Violet, que estaba de guardia en la calle, delante de la puerta principal

de la casa de acogida, apareció segundos después con la espada desenvainada.

Solo tardaron unos instantes en concluir que no habíamos sufrido una emboscada ni un ataque. Yo estaba arrinconada contra la repisa, respirando con ruidosos jadeos. Sally, todavía perdiendo sangre por la nariz, permanecía erguida; ni siquiera me miraba, y sus ojos saltaban de Piper a Zoe y viceversa.

—Fue ella —dije sin una nota de triunfo en la voz. Me desplomé sobre el suelo y me quedé sentada entre los fragmentos de la jarra rota, agarrándome el cuello con ambas manos—. Ella traicionó a Xander. A cambio del paso de los Demoledores y de la amnistía para ti y para Piper.

Un reguero rosado, la mezcla de sangre y agua, se precipitaba desde el mentón de Sally.

—Sal al patio y vigila a Zach y a Paloma —le ordenó Zoe a Violet—. Y dile a Elsa que no venga a molestarnos.

Violet asintió y se retiró sin apartar la mirada de la escena.

Sally no dijo nada.

—Niégalo —dijo Zoe en un susurro con los dientes apretados.

—Tenía que tomar una decisión —dijo al cabo Sally.

Piper y Zoe no le quitaron el ojo de encima mientras ella retrocedía con las manos levantadas y se dejaba caer en una silla.

—Crispin no fue el único al que tantearon. Un mensajero también abordó a Elena durante una misión como correo.

Recordé a Elena. Era una chica joven, de veintipocos años y desgarrada como un potro. Parecía demasiado poca cosa para ser soldado.

—Acudió a mí y me lo contó —continuó Sally—. Le dije que hablaría con el Maestro de ceremonias. Y lo hice... pero le omití un detalle. El mensajero le había hablado a Elena de un lugar donde podían dejarse mensajes, justo pasada la frontera del perímetro exterior. Una noche cabalgué hasta allí y dejé un mensaje. Me reuní con ellos al día siguiente.

—¿Con la General?

Sally negó categóricamente con la cabeza.

—La primera vez, no. Con ella me vi un par de días después, e hicimos el trato.

—Sabes tan bien como yo que la General no respeta los tratos —dije.

—Quería un vidente.

—Quería un vidente que le fuera útil —repuse—. ¿Crees que cumplirá su parte del trato después de matar a Xander? Volverá a tomar el paso de los Demoledores. ¡Nos atacará con una furia redoblada!

—No le ofrecí solo a Xander.

—¿A quién más vendiste? ¿A mí? ¿A Zach? ¿A Paloma?

—Ya te lo he dicho —respondió lentamente y con calma—. Solo le ofrecí lo que ya no nos sirve.

Me la quedé mirando. Ella bajó los ojos a sus manos arrugadas y nudosas.

—A ti —dije.

Sally hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza.

—¿Cuándo? —preguntó Piper.

—Dentro de dos semanas. Tiempo suficiente para traer más convoyes a través del paso y no tanto como para poner en peligro el plan del señuelo.

—¿En serio crees que la General mantendrá su palabra después de conseguiros a Xander y a ti? —le pregunté.

—Tal vez no. Pero no le resultará sencillo recuperar el paso de los Demoledores ahora que lo controlamos nosotros. Y en cuanto la amnistía para Piper y Zoe... Me he privado de muchas cosas a lo largo de la vida, Cass. Esa esperanza, por mínima que sea, es lo único que me he permitido.

—Entrégame las armas —dijo Piper tras recoger el cuchillo de la cama.

Sally asintió y enfiló con las piernas rígidas hasta el otro extremo de la habitación, donde colgado de la puerta del armario había un cinturón con un cuchillo más grande, enfundado. Yo gateé por el suelo, dejando un rastro con la mano ensangrentada, y recuperé mi cuchillo de debajo de la cama.

—Solo he hecho lo que tenía que hacer —dijo Sally.

—No —le espetó Zoe—. Tomaste una decisión que no te correspondía a ti tomar.

Sally no quiso discutir con ellos ni bajar la cabeza ante sus miradas.

—No has hecho lo correcto —remarcó Piper.

—Hace muchos años que aprendí a creer en que existían lo correcto y lo incorrecto —repuso Sally—. No tengo ninguna esperanza de que ganemos. No creo que podamos salvar Otraparte. Hay días en los que ni siquiera tengo fe en que vaya a haber un mañana. Pero no quiero que esta ciudad se muera de hambre. Y tengo una certeza: creo en vosotros dos.

Piper y Zoe la miraron.

—Yo también creía en ti —dijo Zoe, en pasado.

Sally se estremeció, pero no dijo nada.

Piper y Zoe se movían juntos hacia la puerta. Yo la crucé antes que ellos, pero me detuve nada más salir al pasillo.

—Lo que hiciste los salvó —dije, volviéndome—. Lo que hiciste no fue correcto, pero los salvó a ambos. En el bosque Negro, un soldado le perdonó la vida. Estaba a punto de matar a Piper, pero lo dejó marchar. No se lo he contado a nadie porque no conseguía explicarme lo que había ocurrido. Incluso sospechaba que Piper pudiera ser un traidor. Pero los salvaste a los dos.

Sally asintió lentamente y permaneció inmóvil como una estatua mientras Zoe pasaba ante mí con sus cuchillos en las manos.

Me di la vuelta y esperé a Piper en el pasillo. Él y Sally se miraron, pero no intercambiaron una palabra. No fui capaz de descifrar la expresión que vi en la cara de Piper ni lo que se dijeron con los ojos durante esos segundos en que se miraron fijamente y en silencio.

Luego Piper cerró con firmeza la puerta.

—Ve a buscar a Violet —me dijo—. Dile que ponga dos centinelas a vigilar esta puerta. Y ve a que te miren la mano.

Cuando Elsa terminó de vendarme la mano, Piper se disponía a salir hacia la oficina del recaudador de tributos. Corrí para alcanzarlo al final del pasillo, abriéndome paso a empujones entre Violet y los centinelas apostados ante la puerta de Sally, y lo agarré del brazo antes de que emprendiera la subida por la colina. Me dolía horrores la herida; había perdido mucha sangre por el corte y Elsa torció el gesto más de una vez mientras me curaba, pero era un corte limpio y no fue necesario coserlo.

—¿Tienes que contárselo? —pregunté.

—No tengo alternativa —respondió Piper—. No puedo dar la impresión de que la protejo. Ya es bastante desgracia que el traidor sea uno de los nuestros. Nuestra posición ante el Maestro de ceremonias se va a resentir. —Suspiró—. No se trata solo de la traición a Xander, sino de la traición en sí.

Xander podría haber revelado secretos bajo tortura. Sally no podía saber con certeza qué sabía y qué no. Podría haber puesto en riesgo todo el ataque.

Las sombras creadas por el farol que había fuera y que se proyectaban en su rostro le conferían una expresión severa.

—¿Qué va a ser de ella? ¿Qué hará el Maestro de ceremonias?

Pensé en los soldados que habían marcado a Zach y que habían sido azotados. ¿Castigaría de la misma manera el Maestro de ceremonias a Sally? ¿Le haría algo peor? ¿Sería Piper, otra vez, el encargado de administrarle el castigo?

—Lo que quiera que sea que el Maestro de ceremonias decida hacer con ella no será peor que lo que la General le habría hecho cuando se entregara. Incluso eso era una locura. Dan igual su determinación y su valentía. Nadie puede garantizar que no revelará secretos bajo tortura.

Yo no estaba tan segura. Recordé las palabras de Sally: «¿En serio crees que mi vida, lo que me queda de ella, tiene algún valor para mí?».

—¿Estás bien? —le pregunté, poniéndole una mano en el brazo.

—Estoy perfectamente —respondió con brusquedad, y soltó una risotada llena de amargura—. De eso se trataba, ¿no? Esto es lo que quería. De no haber sido por ella habría muerto en el bosque Negro.

No necesitaba decirme lo que ambos pensábamos: «Y Xander estaría vivo». Por la tensión que advertí en su mandíbula, supe que llevaba a cuestas la muerte de Xander mientras se adentraba en la noche.

Esperé en la cocina la llegada de Piper y del Maestro de ceremonias. Intenté mantener la calma y escuchar a Elsa, que no paraba de repetir que no podía creerlo, pero no podía responderle porque yo lo creía sin reservas. Todas las razones que me habían impedido sospechar de Sally (su inquebrantable dedicación a la causa, su cariño por Xander) me hacían imposible dudar de su culpabilidad.

—¿Estás escuchándome? —preguntó Elsa. Estiró el brazo y me puso una mano en la pierna.

Bajé la mirada y, por un momento, en vez de su mano vi los nudillos protuberantes y la piel arrugada como un odre vacío de la mano de Sally, por

cuyos dedos corría la sangre. Pero no era la sangre que había visto una hora antes, derramada por el cabezazo que le había propinado en la nariz; esta era más espesa y se acumulaba entre los profundos pliegues de su mano. Cerré los ojos, y cuando volví a abrirlos aquella visión había desaparecido. Solo estaba Elsa, con la mano posada en mi pierna y la cara cerca de la mía, con una expresión que era una mezcla de irritación y preocupación.

—¿Estás escuchándome? —repitió.

Asentí con la cabeza y traté de no pensar en lo que el Maestro de ceremonias podría hacerle a Sally. Sabía que seguramente querría darle un castigo ejemplarizante. No podía argumentar que no lo merecía. Sin embargo, en la fugaz visión había visto mucha sangre. ¿Llegaría tan lejos el Maestro de ceremonias con su castigo? ¿Sería capaz de matarla?

El Maestro de ceremonias no llamó a la puerta de la casa de acogida, simplemente la estampó contra la pared. Sus pasos sonaron en el suelo de madera más apresurados de lo habitual. Cuando salí al pasillo reparé en sus ojos entornados y los labios apretados. Piper iba detrás de él.

No tuvo que pronunciar ninguna orden para que los centinelas que custodiaban la puerta de la habitación de Sally se apartaran de un salto en cuanto los vieron aparecer a los dos. Pero cuando el Maestro de ceremonias empujó la puerta, esta solo se abrió un palmo y volvió a cerrarse de golpe.

—¡Sally! —gritó él.

Silencio. Zoe se reunió con nosotros en el pasillo y me apartó de un empujón para colocarse al lado del Maestro de ceremonias, delante de la puerta. Solo Piper se quedó un poco atrás, apoyado contra la pared del pasillo.

El Maestro de ceremonias desenfundó el cuchillo y embistió la puerta con el hombro. La puerta cedió con un estruendo, pero no alcancé a ver nada con Zoe, el Maestro de ceremonias y los guardias tapándome la visión. Zoe fue la primera en entrar.

—Dios mío —exclamó.

Bajé la mirada. En el suelo había una mancha de sangre que marcaba el radio de giro de la hoja de la puerta. El Maestro de ceremonias siguió a Zoe al interior de la habitación. Yo entré a continuación, saltando por encima del charco de sangre.

Sally estaba tirada en el suelo, con el cuerpo apoyado contra el dorso de la puerta. Yacía despatarrada donde la puerta la había empujado. En el brazo izquierdo tenía dos heridas; una de ellas era un tajo definitivo que iba desde la muñeca hasta el codo. También tenía un corte limpio en el cuello, una hendidura de cinco centímetros de largo justo debajo del lado derecho de la mandíbula. No había marcas de primeras tentativas vacilantes ni pequeñas heridas producidas mientras trataba de reunir el valor o abortadas por el dolor; solo los tajos profundos, con la piel de los bordes como trazada por un tiralíneas y el interior negro por la sangre. En la mano derecha todavía sujetaba la diminuta daga con empuñadura de hueso.

El suelo crujió. Alcé la mirada y vi entrar a Piper con los ojos fijos en el cuerpo de Sally.

—Aquí acaba este asunto —dijo.

El Maestro de ceremonias se volvió hacia él.

—No se le debería haber permitido eludir la acción de la justicia. ¿Por qué se pasó por alto esa daga?

—Debía de guardarla escondida —dijo Piper—. Y aunque se la hubiéramos requisado, habría encontrado la manera de matarse. Habría utilizado un candelero o se habría ahorcado con una sábana.

—Debería haber recibido un castigo ejemplarizante.

—¿Qué vas a hacer? —masculló Zoe—. ¿Coserla y matarla otra vez en la plaza del mercado?

Piper habló antes de que el Maestro de ceremonias pudiera responder.

—Aquí acaba este asunto —repitió—. Ya no puede hacerse nada.

El Maestro de ceremonias dio un paso atrás.

—Ha sido un asunto feo —aseveró mientras le daba un puntapié a Sally en el codo.

Zoe y Piper lo observaban detenidamente, pero ninguno de los dos se movió.

—Deshaceos del cuerpo —ordenó el Maestro de ceremonias a sus guardias. Se volvió a Piper y a Zoe y siguió transmitiendo sus órdenes sin despegar los ojos de ellos—. Arrojadlo a las fosas de la llanura oriental.

A continuación se marchó. Los guardias discutían en el pasillo sobre dónde conseguir una carretilla para trasladar el cadáver.

El rostro de Zoe era inescrutable cuando se fue sin mirar atrás.

Piper también se dispuso a salir del cuarto, pero le puse una mano en el brazo para detenerlo.

—No has entrado corriendo como los demás.

—¿Y?

—Sabías lo que encontraríamos.

No me respondió. Cerró los ojos un momento e inspiró lentamente.

—Sabías que tenía la daga —añadí en un susurro, consciente de la presencia de los soldados en el pasillo y de que el Maestro no debía de andar lejos—. Viviste años a su lado. Sabías que la escondía en la bota.

Piper se encogió de hombros.

—¿Y qué más da si lo sabía?

—Sabías que se mataría —dije con los dientes apretados—. Podrías haberlo evitado.

—¿Para qué? —Piper me dio la espalda—. ¿Para que la azotaran como una traidora? ¿Para que los soldados la lincharan cuando se corriera la voz? ¿Para que la resistencia se dividiera con opiniones encontradas sobre lo que habría que hacer o a quién echar la culpa?

Bajó la mirada de nuevo para contemplar el cuerpo de Sally. La sangre ya comenzaba a espesarse en el suelo y habían surgido coágulos negros que moteaban el charco rojo.

—Es mejor así —afirmó.

Negué con la cabeza.

—¿Cómo has podido permitir que se matara?

—Tú también sabías lo de la daga.

Se me cortó la respiración. Era cierto. Había visto aquel pequeño cuchillo con la empuñadura de hueso antes; había visto a Sally sacarlo de la bota para picar el tabaco con Elsa en la cocina, junto a la chimenea; y también cuando extrajo la grava de las heridas de Zach.

—Lo había olvidado.

—Quizá yo también lo olvidé —repuso mientras se marchaba.

Se llevaron el cadáver inmediatamente. Apreté la cara contra los barrotes de la ventana de la sala de estar mientras observaba a los soldados cargando el cuerpo en una carretilla, cerca de la puerta principal, donde Violet y Crispin hacían guardia. No se celebraría un funeral como el que había recibido Xander. Su cuerpo yacería en las fosas que albergaban a los muertos de la batalla, los nuestros y los del Consejo. Estaba harta de no saber cómo sentirme.

—¿Cuándo descubriste que había sido ella?

El Maestro de ceremonias se había plantado a mi lado. Estaba tan concentrada en los soldados que empujaban la carretilla por la calle que no lo oí acercarse.

—Hoy mismo.

En la calzada, la rueda de la carretilla chocó con una piedra suelta y se detuvo con un brinco. La sangre ya había empapado el sudario.

—De hecho me lo dijo Zach. Él lo descubrió.

El Maestro de ceremonias asintió.

—Tu hermano nunca ha sido tonto.

Los soldados doblaron una esquina. Desde el pasillo nos llegaba el ruido del cepillo de fregar de Elsa, que ya se ha puesto a limpiar el suelo. Le llevaría mucho tiempo borrar todo ese rastro de sangre.

—¿Y durante todo este tiempo pensaste que el traidor era yo? —preguntó en un tono calmado.

Me volví bruscamente hacia él.

—¿Importa eso? Tú y todos creíais que era Zach. También os equivocasteis.

En estos últimos meses cada uno de nosotros había encontrado muchas maneras de equivocarse.

—Me equivoqué en este asunto. Escucha, tal vez Zach haya descubierto a Sally y en esta ocasión no sea él el traidor, pero nunca olvides que no podemos confiar en tu hermano. —Me miró—. Ten cuidado.

El Maestro de ceremonias regresó al día siguiente y nos reunió a todos salvo a Zach en la cocina.

—Voy a adelantar el ataque —anunció—. No podemos arriesgarnos a sufrir más filtraciones, más traiciones. —Miró directamente a Piper—. Y el fiasco con Xander habrá enfurecido a la General. Partiremos mañana antes de que lance sus fuerzas contra nosotros como represalia.

—¿Los carros están listos? —preguntó Paloma.

—Lo estarán. —Señaló con la cabeza en dirección a la calle. Desde primera hora de la mañana, el estrépito del ensamblaje de los últimos carros llenaba la ciudad. Los golpes de los martillos y de las hachas resonaban como tambores de batalla y mi pulso seguía su ritmo cada vez más acelerado.

—Yo lideraré el ataque al cañón —añadió el Maestro de ceremonias mientras se levantaba para marcharse. Habló con voz grave, pero no dio muestras de estar asustado—. Conozco mejor la zona. Mis soldados son valientes, pero adivinarán el destino que los aguarda cuando entremos en el cañón y solo obedecerán mis órdenes.

Ni siquiera Zoe tuvo un reproche para su decisión ni un comentario mordaz que echarle a la cara.

—¿Durante cuánto tiempo podrás contenerlos en el cañón? —preguntó Paloma.

—El Consejo verá derrumbarse los puentes y a nuestra columna marchando hacia Wyndham. Sus fortificaciones estarán preparadas. Se aprestarán para desplegarse en el cañón. Con un poco de suerte, podremos contenerlos durante uno o dos días. Tiempo suficiente para liberar el refugio.

Durante los pocos minutos que estuvo en la casa de acogida quise decirle algo, pero no encontré las palabras adecuadas ni advertí nada en su semblante severo ni en sus maneras enérgicas que me diera el valor necesario para hablarle. A pesar del temor que aún me inspiraba, no podía negarle el valor que demostraba en sus acciones. En todo el día no conseguí sacarme de la cabeza sus palabras: «Tiempo suficiente para liberar el refugio». Había sido una afirmación categórica, incluso para lo que nos tenía acostumbrados el Maestro de ceremonias, y confirmaban las palabras de Sally acerca de que este asunto era un intercambio y estábamos negociando con vidas. Me pregunté en qué momento nuestra sangre se había convertido en moneda de cambio y los cuerpos de nuestros soldados en una ofrenda para las aves carroñeras.

El primer escuadrón, un reducido grupo de jinetes, partió esa misma mañana en dirección sureste con la misión de destruir los puentes. Antes de salir, los cuarenta soldados, alfas y omegas sin uniformar y a lomos de los caballos, se congregaron en la puerta de la ciudad. Partían como sabotadores, no como guerreros, aunque también tendrían que enfrentarse con centinelas en los puentes. Durante semanas habían estudiado los planos de las estructuras, en los que se describían con detalle las torres, las riostras, los soportes de los puntales y la tensión de los cables, y los informes aportados por los exploradores acerca de las patrullas, los centinelas y el tráfico en los dos puentes tendidos sobre el río. En los caballos de carga que los acompañaban llevaban toda suerte de equipo, no solo armas, sino también aceite para las lámparas, sierras para metales e incluso dos pequeñas chalanas para llegar a los pilotes de los puentes por el río. Estas tenían que ser ligeras para que no los lastraran durante el viaje. Los conocimientos de la isla de Paloma habían sido útiles en este asunto, ya que la muchacha de Otraparte nos había asesorado en su construcción mediante un método desconocido para mí y que consistía en tender bien tirantes unas pieles de animales sobre una estructura hecha con madera. A Paloma le sentó muy bien sentirse útil y ella misma hizo buena parte del trabajo, y mientras las construían, Zoe la observaba.

—¿Estás segura de que aguantarán? —le pregunté mientras ella examinaba los botes terminados en el patio antes de la partida de los soldados—. Irán cargados con barriles de petróleo y las aguas del río son turbulentas. —Estaba pensando en el río que había dejado entrar en el Arca, un lugar que había

sobrevivido cuatrocientos años nada menos que a la deflagración pero no pudo aguantar la fuerza descontrolada del agua.

Paloma dio unos suaves puñetazos al casco de uno de los botes, duro y resistente como un tonel de madera de roble.

—Mi hermana y yo salíamos a pescar todos los días en uno de estos cuando éramos niñas. Aunque, si te soy sincera, lo hacíamos en la bahía de Aguanegra, no en mar abierto... Sin embargo, aquellas siguen siendo unas aguas más agitadas que las de cualquier río.

Posó con nostalgia la mano en el casco de piel y recordé que había dejado atrás toda una vida.

Ahora los botes, vueltos del revés, estaban cargados en los caballos, que parecían unas tortugas con caparazones pálidos. Nos quedamos mirándolos mientras se alejaban. Cerré los ojos y me esforcé por percibir algún atisbo del destino que los aguardaba, pero solo vi llamas, y no supe si eran las llamas triunfales de los puentes destruidos o solo el estado habitual de mi mente: «Siempre fuego».

Elsa había encontrado la manera de mantenerse ocupada mientras la ciudad vibraba con los preparativos, y en la sala de estar principal de la casa de acogida, varios metros de tela se plegaban sobre sus rodillas mientras bordaba una bandera.

Veíamos el símbolo de los omegas en todas partes, ya fuera al mirarnos en los espejos o en los rostros de la gente que nos rodeaba, pero solo había visto en dos ocasiones una bandera omega. Las tropas de Piper habían plantado una en la cima del cráter antes del ataque en la isla. Y cuando conquistamos Nuevo Hobart, June izó una bandera omega en lo alto de la torre oriental de las murallas. Ambas se habían hecho de un modo rudimentario, utilizando brea o pintura sobre unas sábanas. La bandera de Elsa, en cambio, era mucho más elaborada; estaba confeccionada con una lona y había cosido cuidadosamente la bastilla. Después dibujó con tiza el símbolo de los omegas en la pálida tela y cosió una cinta negra siguiendo los trazos blancos.

—Me he acostumbrado a estar ocupada —dijo mientras sujetaba la aguja entre los labios y tiraba del hilo para partirlo—. Ahora mismo no tengo otra cosa que hacer.

«Ahora». Esa palabra contenía tantas cosas que no podíamos decir en voz

alta: «Ahora que los niños no están. Ahora que me los han quitado y los han ahogado en la oscuridad. Ahora que he sacado sus cuerpecitos de los tanques y los he amortajado para incinerarlos. Ahora que Xander también se ha ido y he limpiado la sangre de Sally del suelo de mi casa».

—Fue idea de Piper —añadió, señalando la bandera con el mentón.

Me conmovió que, en mitad de los preparativos, Piper hubiera reparado en las manos vacías de Elsa y en su incesante errar por la cocina.

Observé el símbolo de los omegas que iba tomando forma bajo sus dedos. En Wyndham y en el refugio, el ejército del Consejo lucharía bajo sus propias enseñas. Incluso las tropas del Maestro de ceremonias conservaban la insignia alfa bordada en las guerreras. Era oportuno que nuestros soldados tuvieran su bandera, pues ya había llegado el momento de que hiciéramos propia la marca que nos habían obligado a exhibir en el rostro.

—¿Quieres saber qué la haría aún mejor? —le pregunté a Elsa.

Cogí la tiza que había sobre el alféizar de la ventana, me arrodillé junto a la bandera y comencé a dibujar en la lona, intentando no desviarme cuando la tela se arrugaba debajo de la tiza.

Retrocedí cuando acabé. Elsa se colocó a mi lado y frunció los labios.

—No va a gustarles —dijo—. Y a nuestras tropas menos que al Maestro de ceremonias.

—Y a las tropas de la General menos aún —repuse, sacudiendo la bandera para extenderla y admirar mi obra—. Pero es por lo que luchamos, ¿no? —Señalé la ventana. Los pelotones, formados por alfas y omegas, habían estado pasando por delante de ella durante todo el día mientras se preparaban para el ataque—. Esto no es una tregua ni una especie de alianza. Todos somos uno.

Elsa volvió a mirar la bandera, en la que los trazos rectos de la A se entremezclaban con los sinuosos de la Ω .

—Sabes que me has dado mucho más trabajo, ¿verdad? Esto supone por lo menos dos horas más bordando —protestó, pero se le dibujó una sonrisa cuando le devolví la bandera y cogió de nuevo la aguja para ponerse a coser al ritmo de los pasos de marcha que se oían fuera.

Piper regresó a la casa de acogida antes del ocaso. Había pasado con el

Maestro de ceremonias buena parte del día repasando el plan definitivo y supervisando los ejercicios de instrucción de las tropas. Tenía la camisa empapada en sudor y los pantalones cubiertos de polvo. El día había sido largo tras una noche larga. Costaba creer que el día anterior Sally aún estaba viva.

—Vas a ir con el Maestro de ceremonias al cañón, ¿verdad? —le pregunté.

No tenía que responderme. Sabía —supe, supongo, desde el mismo momento que propuso la idea del señuelo— la decisión que había tomado. Si alguna vez hubo alguna posibilidad de que hubiera elegido lo contrario, la traición de Sally lo había convencido. No volvería a esconderse, y más aún sabiendo que ya le habían perdonado la vida una vez... y a qué precio.

Era la decisión correcta por muchas razones, y Piper comenzó a enumerarlas: las tropas omegas lo seguirían; el Maestro de ceremonias no estaría solo en la carga del ataque... Eran tantas las razones prácticas y morales que mi cuerpo, ahora dominado por el pánico, no quería escucharlas. Piper continuaba hablando, exponiendo con calma sus motivos, pero yo solo oía ruido, un batiburrillo de palabras que se mezclaban con mi pulso. Me sudaban las manos y la respiración me retumbaba dentro de la cabeza.

—Tengo que hacerlo —declaró.

Lo oí, pero no le respondí. Me atenazaba un miedo que eran dos, ya que si perdía a Piper también perdería a Zoe. Ante la idea de su ausencia, mi mente se detuvo y volví a sentir la opresión en el pecho. Se me hacía imposible pensar en un mundo sin ellos.

Tragué saliva y traté de recuperar el control de mi respiración.

—Si sale mal —continuó Piper—, protege a Paloma. Cuida de ella. No confíes en nadie. Mantenla a salvo.

Escruté su rostro y me fijé en un pequeño corte que tenía justo debajo del ojo derecho, vestigio de la emboscada en el bosque Negro. Se le había comenzado a desprender la costra ligeramente rosada y debajo asomaba la tirante piel regenerada.

—Aquello que dijo Sally antes de morir... —comencé a decir.

Piper esperó a que acabara la frase.

—... aquello de que ya no sabía en qué creer... que ya solo creía en Zoe y en ti...

Piper bajó la cabeza.

—Lo que le hizo a Xander estuvo mal —continué—. Pero lo que dijo sobre vosotros... yo pienso lo mismo.

No fue una sonrisa lo que afloró en su rostro, pero su gesto se relajó. Los labios se le ensancharon y las arrugas en las comisuras de los ojos se le suavizaron. Antes de levantarse, me cogió una mano y me la envolvió con la suya, enorme.

—Aún no está todo perdido.

—¿Crees que tenemos alguna posibilidad? —pregunté. La gente no paraba de hacerme esa pregunta desde hacía mucho tiempo. Ahora yo se la hacía a él.

—Por un lado —respondió, levantando la mano con la palma hacia arriba como si fuera el platillo de una balanza—, hay que asumir que sufriremos bajas y que las probabilidades de que liberemos el refugio son escasas en el mejor de los casos.

Asentí.

—¿Y por otro lado?

Su sonrisa se ensanchó, y ahora que volvía a verla me di cuenta de lo mucho que la había echado de menos.

—Olvidas que solo tengo una mano.

Me había despedido tantas veces de Elsa que ya sabía cómo odiaba esos momentos. Cuando cayó la noche y llegó el momento de ponerse en marcha, Elsa me dio un fuerte abrazo que apenas duró un segundo y luego estiró los brazos para apartarse de mí con la misma inmediatez. Puse la mano encima de la suya, que seguía posada sobre mi hombro, y noté los huesecitos de sus dedos y sus menudos nudillos bajo la piel arrugada.

—Liberar a esas personas y regresad a casa sanos y salvos.

Estuvo a punto de reír. ¿Qué significaba «sanos y salvos» en un mundo en el que la máquina de la deflagración había resucitado? Otraparte seguiría condenada a la extinción aunque lográramos liberar el Refugio 6. «Sanos y salvos» eran unas palabras que habían sido despojadas de su significado.

Pero Elsa también había dicho «casa», y para mí esa palabra aún quería decir algo. La casa de acogida era un edificio destartado con ratas en el

tejado en una ciudad poblada de soldados, pero cuando oí a Elsa decir «regresad a casa» conseguí contener las lágrimas que amenazaban con brotar de mis ojos y esbozar una sonrisa en el momento previo a la partida.

Nos adentramos en la oscuridad a caballo. Así ganaríamos algunas horas, pues toda ventaja que consiguiéramos acumular contaba. Los mensajeros del Consejo partirían en dirección a Wyndham antes del amanecer para alertar de nuestra llegada. Estábamos preparados para ello; para que guarnecieran las defensas de Wyndham y para que nos hostigaran en el camino; incluso para que lanzaran un contrataque contra Nuevo Hobart aprovechando los pocos efectivos que habían quedado protegiendo la ciudad. Por muy aterradora que fuera la perspectiva de que se dieran todos esos acontecimientos, su cumplimiento confirmaría que el Consejo esperaba que asediáramos Wyndham. De manera que nuestra columna, formada por un millar de jinetes, avanzó con determinación por la carretera oriental. Ningún soldado sabía adónde se dirigía, si bien los rumores que circulaban por el contingente hablaban de que el destino era Wyndham. Solo al cabo de cinco días, mientras el grueso del ejército permanecía enzarzado en la batalla del cañón, una fracción se escindiría para dirigirse al norte, en dirección al refugio.

El viaje transcurría en silencio, pero los soldados mostraban determinación y algunos incluso júbilo. Por primera vez en semanas, gracias al convoy que había logrado atravesar el paso de los Demoledores, los soldados tenían la barriga llena, y en cierto modo les alegraba hacer algo que no fuera esperar de brazos cruzados en Nuevo Hobart el siguiente ataque de la General.

Zach y Paloma cabalgaban con nosotros. Zoe, Piper, el Maestro de ceremonias y yo habíamos discutido qué hacer con ellos unos días antes. A ninguno nos hacía gracia la idea de llevar a Paloma a la batalla, por muy protegida que estuviera, ni correr el riesgo de exponer a Zach en la primera línea del combate, pero la alternativa —dejarlos en Nuevo Hobart, una ciudad guarnecida por un puñado de soldados— era igualmente poco seductora. ¿En quién podíamos confiar su vigilancia y su protección?

—Si el Maestro de ceremonias y yo estamos en el cañón —había alegado Piper—, necesito a Zoe y a Simon en el refugio. —No dijo «para protegerte»,

pero tuve muy claro que eso era lo que quería decir. Y añadió—: Paloma y Zach deben estar donde podamos protegerlos.

—Yo iré al refugio —repuso Paloma.

Todos nos volvimos a mirar a Piper, pero este negó con la cabeza inmediatamente.

—Sé que quieres ir a donde vaya Zoe. Pero es una batalla. La estrategia debe primar sobre los sentimientos. —Se volvió hacia mí—. Si los dejamos a ella y a Zach aquí, habrá que...

—¡Deja de hablar como si yo no estuviera! —lo interrumpió Paloma—. Zoe no tiene nada que ver con mi decisión. Y no quiero quedarme en un lugar seguro.

—Entonces eres idiota —repuso Piper.

Zoe se picó y quiso contestar, pero Paloma se defendió sola.

—No quiero quedarme de brazos cruzados, rodeada de guardias, hasta que me metáis en un barco y me enviéis de vuelta a casa cuando pase la primavera. No tenía ni idea de lo que era ser emisaria. Ninguno lo sabíamos. Y si te soy sincera, ninguno creía de verdad que encontraríamos otra tierra. Pero lo hemos hecho y soy una emisaria de las islas Dispersas, aunque no sea la mejor. Y como emisaria, es mi deber observar a qué os enfrentáis en la batalla y ver con mis propios ojos lo que encontráis en el refugio. —Hablaba con calma, pero advertí el esfuerzo que hacía para mantener la voz firme. Continuó—: Ya sé que yo no voy a cambiar lo que ocurra en el campo de batalla, pero debo estar allí. Tengo que participar en esta misión. —Hizo una pausa—. Después de todo, ya formo parte de lo que está ocurriendo.

Zoe y Piper se miraron y este asintió lentamente con la cabeza.

—En ese caso, irás con Cass, Zoe y Simon. Zach también os acompañará... Será más fácil protegeros si estáis juntos. Os mantendréis en la retaguardia y un cordón de seguridad os protegerá permanentemente. Violet y Crispin también os vigilarán, y Adam.

—¿Y si fracasamos en el refugio? —pregunté.

—Entonces, Nuevo Hobart caerá —respondió Zoe—, y ya no podremos proteger a Paloma ni a Zach. Si nuestro ejército es aplastado en el cañón, solo es una cuestión de tiempo que la General recupere Nuevo Hobart.

Encontré a Zach esperando en el dormitorio. Sabía que estaba cociéndose

algo.

—Prepárate para marcharnos —le dije—. Nos vamos de viaje. Coge la manta y una cantimplora. —Le lancé una pequeña mochila—. Partiremos al anochecer.

—¿Vais a atacar Wyndham?

No respondí.

—Pagaréis caras las ambiciones del Maestro de ceremonias —declaró en voz baja—. No será fácil conquistar Wyndham. La ciudad está preparada para resistir un asedio prolongado. Os está llevando a una muerte segura.

—Aquí el experto en muertes eres tú —dije sin hacerle caso.

Lo condujimos encadenado por el patio hasta donde Paloma y Zoe aguardaban. Incluso Paloma había conseguido unas armas.

—¿Sabes luchar? —le había preguntado Piper el día anterior.

Ella había asentido y, lanzando una mirada a la pierna ortopédica, respondió:

—No se me da mal, siempre y cuando la pierna me aguante. Soy mejor con la espada que con el hacha.

Su respuesta me recordó entonces que Otraparte no era un idílico paraíso de paz y prosperidad.

—Bien. —Piper se volvió a Zoe—. Acompáñala a la armería y que elija las armas que quiera.

De manera que ahora Paloma portaba una espada y una daga con la hoja curva colgada de la cadera izquierda. Zoe se había pertrechado con una espada de hoja ancha.

—¿Y yo? —inquirió Zach mientras su mirada saltaba de Zoe y de Paloma a la espada y a la daga que llevaba yo.

—Los guardias no te quitarán el ojo de encima y te daremos un escudo.

—¿Vais a meterme en una batalla desarmado?

Me lo quedé mirando y vi que se le tensaba la mandíbula cuando puse la mano en la empuñadura de mi daga.

—Desarmado y encadenado —respondí—. Ya te he dicho que los guardias te protegerán. Da gracias por ello. No voy a darte un arma, y mucho menos con Paloma cerca.

Zach no dijo nada. Las aletas de la nariz se le dilataban cada vez que

tomaba aire mientras me miraba a mí y luego miraba a Paloma. No sabía decir a quién odiaba más mi hermano en ese momento.

Zach, Paloma y yo marchábamos en el centro de la columna. Zoe mantenía su caballo cerca de Paloma, y Simon, Crispin, Violet y Adam ocupaban los flancos de nuestro pequeño grupo.

Durante el día, cuando nos deteníamos para descansar, en el improvisado campamento convivían el silencio y la agitación. Esta no se debía a las patrullas que vigilaban el perímetro ni a los hombres que seguían charlando frente a las hogueras, sino al cerca del millar de soldados desvelados que trataban de dormir.

Me sorprendió ver al Maestro de ceremonias en persona supervisar la izada de la bandera en el centro del primer campamento y dirigir a los soldados mientras contemplaba cómo ascendía la enseña confeccionada por Elsa por el mástil, sujeto mediante correas a la viga de un carro. Un viento caliente hacía ondear la bandera y los símbolos entrelazados se agitaban en el aire por encima de las tiendas.

—No estaba segura de que nos dejaras siquiera izarla —dije cuando regresó a su tienda.

—Ha sido una buena idea. —Se agachó para pasar por debajo de la puerta de lona—. Es una clara declaración de intenciones. Hay que mantener unidos a los hombres, recordarles que luchamos por un objetivo común.

—¿Y tú?

—¿Qué quieres decir?

—¿Tú crees en esto? —le pregunté, señalando la bandera y a la

heterogénea masa de soldados con guerreras azules y rojas que pasaba por debajo de ella—. ¿Crees sinceramente en ello, más allá de que sea una buena estrategia para motivar a la tropa?

—Ya hemos hablado sobre eso —respondió—. Sé que sospechaste de mí cuando aún no habíamos descubierto al traidor. Entonces te equivocaste conmigo. Y vuelves a hacerlo si todavía dudas de mí.

—Sé que no eres un traidor, y también sé que lucharás a nuestro lado en la batalla, como ya hiciste en Nuevo Hobart. Pero todavía no sé por qué lo haces, en qué crees en realidad.

—Creo en que tenemos que acabar con las máquinas —dijo sin volverse, con la mirada fija al frente.

—¿Y si finalmente acabamos con ellas? —insistí—. Luego ¿qué?

—Luego necesitamos estabilidad. Una mano firme que nos guíe en la nueva era que comenzará, capaz de evaluar la situación con Otraparte y tomar una decisión sobre la dirección que debe seguir nuestro pueblo.

—Estabilidad —repetí—. ¿Y un cambio no?

—¿Qué más quieres? ¿No te parece suficiente cambio lo que he hecho hasta ahora? Sacrifiqué mi silla en el Consejo. Os di un ejército. He puesto de rodillas esta tierra. ¡Incluso he izado esta maldita bandera! Y voy a liderar personalmente el ejército en el cañón cuando lleguemos a Wyndham.

—¿Y si sobrevives? ¿Qué harás entonces? ¿Dónde te ves luego?

—Derrocaremos este Consejo.

—¿Y tú lo sustituirás?

El Maestro de ceremonias no respondió.

La columna sufrió los primeros ataques al amanecer del segundo día. Habíamos pasado toda la noche cabalgando y durante horas sentí en el estómago una molestia parecida a náuseas.

—Arqueros —le dije a Zoe, acercando mi montura a la suya—. En las visiones percibo arqueros.

El Maestro de ceremonias retrocedió para hablar conmigo.

—A un par de kilómetros al sur está el paso del Cuervo —dijo—. Es un lugar propicio para una emboscada. Si han conseguido reunir las tropas de las

guarniciones cercanas a tiempo, allí es donde estarán esperándonos.

Asentí con la cabeza y señalé al norte.

—Las flechas llegarán de esa dirección.

El Maestro de ceremonias asintió con una tranquilidad que me desconcertó.

—He enviado un escuadrón que se ha desplegado para flanquear la emboscada en el caso de que se produzca.

Una vez en el paso, donde la carretera se estrechaba entre las paredes rocosas, llovieron las primeras flechas. Las dos primeras andanadas llegaron desde arriba y tapamos el cielo con nuestros escudos levantados. A unos pocos caballos del mío, una saeta atravesó el escudo de madera de Crispin, la punta le rozó el antebrazo y se quedó a un dedo de su cara. Desde la sombra que proyectaba mi propio escudo, vi que Crispin soltaba el aire con fuerza, todavía incapaz de creer que seguía vivo, pero cuando intentó arrancar la flecha del escudo, una grieta lo atravesó de lado a lado. Crispin agitó el brazo con el que lo sujetaba para comprobar su estado, pero la fuerza del impacto de la flecha lo había dejado maltrecho.

Cuando los arqueros vieron que llevábamos preparados los escudos, apuntaron abajo y se oyeron los relinchos de varios caballos. Justo delante de mí, una flecha se hundió en el costado de un animal. El caballo continuó avanzando, pero se le doblaron las patas delanteras y cayó de bruces al suelo. La montura siguió agitando con vehemencia las patas traseras y el jinete se precipitó por encima de su cabeza. En torno a mí, los espantados caballos corcoveaban y los soldados chillaban e imprecaban. Yo apreté las piernas contra el cuerpo de mi montura, pero lo único que le impedía encabritarse era que estaba constreñido por todos lados por otros caballos. Cerca de mí, Paloma parecía estar pasándolo mal, pero se mantenía dentro de la formación y no bajaba el escudo.

Zach también estaba blanco y encogido debajo de su escudo. Vi cómo miraba fijamente al caballo que se revolvía en el suelo, todavía con la flecha alojada en el costado.

—Antes de que acabe la semana habrás visto cosas peores —le dije.

No me respondió.

Un pequeño contingente del Consejo, de unos cuarenta soldados, salió a

toda velocidad de su escondite para cargar contra nosotros, pero nuestro escuadrón de vanguardia acudió a su encuentro y busqué la silueta alta de Piper entre los hombres que lo formaban. Había cambiado el escudo por la espada, pues no podía empuñar ambos, y cada vez que los arqueros les disparaban una ráfaga de flechas, se me cortaba la respiración y se me encogía el corazón.

El grupo enemigo era más numeroso, pero la lucha fue cruenta, con los arqueros disparando sin cesar y abatiendo incluso a sus propios camaradas. Cada vez que lanzaban una nueva andanada, yo alzaba el brazo con el escudo, y cuando volvía a bajarlo temía ver la escena de la batalla que estaba librándose en la vanguardia, pero sobre todo temía no ver la espalda ancha de Piper. Sin embargo, siempre acababa atisbándolo, agachado detrás del cuello de su caballo. También vi al Maestro de ceremonias luchando al lado de Piper. Situados en el centro de la escaramuza, parecían el eje de una rueda a cuyo alrededor girara el resto del combate. Los soldados de ambos bandos se confundían y formaban una masa que se expandía desde el corazón de la batalla.

El zumbido de las flechas fue sustituido por los gritos procedentes de la colina situada al norte en cuanto el escuadrón enviado por el Maestro de ceremonias atacó por la espalda a los arqueros enemigos. Y repente cesaron las flechas y los gritos. El escuadrón de vanguardia regresó a la cabeza de la columna. Los soldados recogieron a los heridos, los subieron a los carros y reanudamos la marcha.

—¿Habrán más ataques? —le preguntó Paloma a Zoe.

Zoe hizo una mueca mientras se extraía la astilla de un escudo del brazo.

—Ya no nos dejarán en paz en todo el camino —respondió al mismo tiempo que tiraba la astilla de madera sin mirarse siquiera la herida ensangrentada.

—Pero ¿lanzarán contra nosotros todo su ejército?

—No se arriesgarán a librar una batalla campal en las llanuras sin una fortaleza donde parapetarse —respondió esta vez Zach—. Ni dejarán desprotegida Wyndham si saben que pueden resistir allí nuestro ataque. Seguramente ya se habrán replegado y estarán preparando Wyndham para el asedio.

Mantuve la boca cerrada. Zach, como el resto de los soldados, todavía no sabía que el ataque a Wyndham solo era un señuelo.

—¿Eres consciente de lo que estáis haciendo? —añadió, bajando la voz para que solo lo oyera yo—. No tenéis ninguna posibilidad en Wyndham, aunque atacéis el cañón del Ahorcado. Necesitaríais más hombres, más apoyo. Seguro que el Maestro de ceremonias lo sabe —dijo con los dientes apretados—. Esta cruzada vuestra va a matarnos a todos. Acudí a ti porque quería salvarnos a ambos.

Señalé hacia el estrecho camino que habíamos dejado atrás, donde los cadáveres yacían en el suelo junto a los caballos erizados de flechas.

—Vete si quieres —dije—. Venga. Regresa con los tuyos. Vuelve con la General, a ver cómo te recibe.

Mi hermano apartó la mirada, asió el escudo con las manos encadenadas y continuó cabalgando en silencio.

Al día siguiente, al amanecer, oteé el horizonte de levante con los ojos entornados por el sol e intenté calcular la distancia que aún nos separaba de Wyndham.

—Ya deben de estar preparados para recibirnos —dijo Piper, que se había acercado a mí—. No solo las guarniciones que están en nuestro camino, que ya han sido informadas de nuestra presencia, sino que los mensajeros habrán llegado ya a Wyndham. Estarán preparándose para el asedio... y enviando más tropas para cortarnos el paso.

Tenía razón. El siguiente ataque se produjo esa misma tarde y yo presagí su inminencia; percibí las filas enemigas estrechando su cerco a nuestro alrededor y pude alertar a la columna antes de que los soldados del Consejo nos rodearan desde el sur y cargaran contra nosotros. La escaramuza fue breve y sangrienta; nuestras fuerzas eran mucho más numerosas, y del medio centenar de soldados del Consejo que arremetieron contra nosotros en el camino, al menos cuarenta acabaron yaciendo en la llanura que atravesábamos.

El hecho de estar al mismo tiempo dentro y fuera de la batalla me producía una sensación extraña. Mientras nuestras fuerzas luchaban a medio kilómetro de mí, yo estuve rodeada de soldados que me protegían, y no me hice una idea

real de lo que había sucedido hasta que terminó y continuamos nuestro camino por el mismo escenario de la batalla. Los caballos avanzaron con dificultad entre los cuerpos diseminados por el suelo. A esas alturas, la sangre ya estaba filtrándose en la tierra y poco importaba de qué cadáver manara.

El tercer ataque, a un día y medio de Wyndham, nos pilló completamente por sorpresa. La noche anterior había soñado con el derrumbamiento de una montaña. Vi el desmoronamiento del mundo muchas veces, cómo la deflagración hacía trizas montañas y cuerpos indistintamente. Pero en la tarde del día siguiente, cuando la carretera discurría a la sombra de una colina de color pizarra, se oyó un sonido que era como si el mundo estuviera haciendo rechinar los dientes.

Alcé la vista hacia la pedregosa ladera que se erguía sobre nosotros y la vi moverse. La superficie sembrada de piedras sueltas vibraba como el mar, y cerca de la cima, una roca gigantesca se había desprendido y se precipitaba por la ladera, con lo que estaba desencadenando una avalancha de piedras más pequeñas en cuyo camino se encontraba la parte central de nuestra columna.

No se dio la orden de escapar, pero hasta el último caballo y el último hombre huyeron por su cuenta por puro instinto. Pusimos los caballos al galope y una serie de sonidos desgarraron el mundo: el estrépito de las piedras más pequeñas rodando hacia nosotros; el estruendo más grave de las rocas de mayor tamaño; el chacoloteo de los cascos en el camino pedregoso.

Me había echado hacia delante en el caballo hasta el punto de que tenía la cara pegada a su cuello. Cuando reuní el valor necesario para echar un vistazo a un lado, vi que Zach hacía lo mismo. Miré al otro lado y, detrás de Paloma, la avalancha, una porción desgajada del mundo, se precipitaba demoledoramente por la ladera. Teníamos las piedras más próximas a apenas un centenar de metros, lo suficientemente cerca para poder diferenciar unas de otras en medio de la masa grisácea. Vi que un caballo trastabillaba delante de mí y el que iba inmediatamente detrás no tuvo tiempo para esquivarlo. Los dos animales y sus jinetes se fueron al suelo y mi montura rodeó el tumulto por los pelos. La brusca maniobra hizo que mi pierna chocara con la de Zach, y oí el tintineo de las cadenas de mi hermano y la desesperación de su respiración agitada. Eché un vistazo por encima del hombro y vi que Paloma y Zoe habían sorteado a los caballos derribados y nos seguían de cerca.

Un poco más atrás, uno de los carros, con los caballos exhaustos, estaba quedándose rezagado. El conductor se había puesto de pie sobre el asiento, blandiendo el látigo y gritando, pero el estruendo de la avalancha era tan ensordecedor que no permitía oír su voz.

Justo delante de mí, el árido pedregal daba paso a una densa arboleda en pendiente que se alzaba desde el camino. Solo un centenar de metros más y estaríamos a salvo, si bien la avalancha se nos echaba rápidamente encima. Me atreví a lanzar otra mirada atrás y me dio la impresión de que todos los jinetes que nos seguían estaban condenados, sobre todo el carro rezagado.

Zoe, que cabalgaba al otro lado de Paloma, se separó de nosotros y forcejeó con el caballo para obligarlo a aminorar el paso y echarse a la derecha con el fin de esperar a ese carro. Por un momento pensé que se proponía agarrar al conductor y ponerlo a salvo en su propio caballo. Sin embargo, levantó la espada y soltó los caballos. El carro continuó traqueteando durante unos segundos mientras los caballos huían al galope, aterrorizados, flanqueados por la montura de Zoe, hasta que finalmente se detuvo con una sacudida. El conductor lanzó un grito que me desgarró el alma.

El alud alcanzó el camino y el impacto hizo temblar el suelo. Yo me había librado de él por centímetros, pero los fragmentos de roca me acribillaron las piernas y fustigaron a mi montura.

Me alegró no haber visto cómo aplastaba el carro. Cuando conseguí recuperar el control del caballo, me volví para mirar atrás. Las rocas habían sepultado el vehículo y todo lo que había a su alrededor. Donde hacía un momento había una marabunta de caballos y jinetes ahora se alzaba un montículo de rocas desprendidas.

Zach, Paloma, yo y los soldados que teníamos más cerca, solo estábamos a veinte metros del túmulo de piedras. Zoe también se había salvado por los pelos. Delante de ella había un grupo de caballos aterrorizados y de soldados con la misma expresión frenética en los ojos, y detrás, solo piedras.

Esperaba oír los gritos de los heridos y de los atrapados bajo las rocas, pero el silencio que reinaba era aún más devastador. Al menos treinta soldados y sus respectivas monturas yacían sepultados por las piedras. El montón de escombros era tan grande que no dejaba un resquicio para la esperanza; ni siquiera se atisbaba el enorme carro.

Algunos de los soldados más próximos a la montaña formada por el alud se pusieron de rodillas y comenzaron a retirar piedras. Pese a su oposición, hice dar media vuelta a mi caballo para unirme a ellos; cuando llegamos, mi montura giró varias veces esperando en vano que la alejara de nuevo de allí. Entonces empezaron a volar las flechas. Una salió rebotada de una piedra que tenía a un par de metros; delante de mí, uno de los hombres que retiraban piedras recibió un proyectil en la espalda, arrojado como si fuera una piedra más de la avalancha.

—¡En marcha! —bramó el Maestro de ceremonias, que había retrocedido acompañado por Piper desde la cabeza de la columna—. ¡En marcha! —repitió, y su voz se elevó por encima del zumbido de las flechas—. ¡En marcha! —gritó de nuevo, y la orden corrió como la pólvora por la columna.

Busqué a Piper con la mirada con la esperanza de que diera una contraorden, pero ya había partido hacia el sur a la cabeza de un escuadrón, directamente hacia los matorrales desde los que nos disparaban las flechas. El resto de la columna reanudó la marcha. Las unidades que habían quedado aisladas por el alud tuvieron que dar un amplio rodeo para sortear la montaña de piedras que se había tragado el camino y adentrado en la llanura. Se reunió a los caballos sueltos y la columna se recompuso tras el caos provocado por la avalancha.

Zoe se reunió con nosotros.

—¡Mantened los escudos levantados! —gritó al ver que me volvía para mirar hacia las rocas.

—¿No podías haber salvado al conductor? —le preguntó Zach. Aún respiraba con jadeos y volvía la vista atrás cada dos por tres. En mi cabeza podía oír esa misma pregunta con mi propia voz, pues yo misma se la había formulado solo un año antes.

—Habría sido inútil —respondió Zoe sin detenerse—. Además, necesitamos los caballos.

Los ánimos estaban por los suelos cuando montamos el último campamento, ya con Wyndham a la vista. Habíamos contado con sufrir ataques durante la marcha hacia la ciudad, pero había algo de incontestable en la avalancha y en

nuestra impotencia para defendernos de ella.

Teníamos patrullas del Consejo merodeando en la oscuridad alrededor del campamento. A lo largo y a lo ancho de la llanura se vislumbraban destellos de antorchas y ocasionalmente se oían cascos de caballos en la distancia. Estaban observándonos y esperando. No tenían ninguna necesidad de atacarnos hasta que nos acercáramos al cañón.

Divisamos una columna de antorchas avanzando a lo largo de la cima del desfiladero a unos cuantos kilómetros al norte.

—Mirad —dijo el Maestro de ceremonias señalando con el dedo. Se había acercado a nuestra tienda. Yo estaba sentada fuera, apartada de los demás, ya que no me apetecía compartir un espacio tan estrecho con Zach—. Refuerzos dirigiéndose al cañón. Un escuadrón entero como mínimo. Mis exploradores me han informado de que no han dejado de llegar tropas desde ayer, procedentes de todas las guarniciones que hay en un radio de setenta y cinco kilómetros.

—¿También del refugio? —pregunté.

El Maestro de ceremonias asintió.

—Al menos doscientos soldados partieron del refugio ayer al anochecer.

No sabía qué sentir. Esperanza, por los miles de personas confinadas en los tanques del Refugio 6. Y esperanza por los soldados que dentro de unas horas me seguirían para asaltar el refugio, ahora custodiado por un par de centenares menos de hombres del Consejo. Por otro lado, aquellos jinetes que estábamos observando, aquella serpiente brillante en la oscuridad, se desplegarían por el cañón para enfrentarse a Piper, al Maestro de ceremonias y al resto de nuestro ejército.

Regresé al interior de la tienda a pesar de que sabía que no pegaría ojo. Me quedé mirando el mugriento techo de lona mientras escuchaba los sonidos del campamento. Zach estaba acostado a apenas un metro de mí. Tenía los ojos cerrados, pero sabía, por la manera como respiraba, que seguía despierto. Al otro lado, Paloma y Zoe habían renunciado a dormir. Paloma tenía la cabeza apoyada en el regazo de Zoe y conversaban en voz baja; Zoe acariciaba distraídamente la espalda de Paloma con los nudillos. Por un momento me vinieron a la memoria Kip y sus largos dedos, y la cicatriz perfectamente circular en su muñeca, justo donde el tubo le había perforado la piel. Sin

embargo, no era un buen momento para la autocompasión. Me miré las manos. Esto era lo que tenía: estas manos.

Me sobresalté cuando Piper me tocó el hombro. Estaba en cuclillas en la puerta, con el brazo tendido hacia mí.

—Ven. Quiero que veas una cosa —me dijo, poniéndose en pie.

Lejos, al sureste, el resplandor de una llama se había comido un pedazo de la oscuridad. Dos columnas de humo blanco ascendían por el cielo nocturno y acababan fundiéndose en las alturas.

—Los puentes... —dije. Estaba acostumbrada a estremecerme en presencia del fuego, a despertarme gritando de mis sueños poblados de llamas, pero ahora tenía una sonrisa dibujada en los labios, la misma que escindía el rostro de Piper.

—Ha llegado el momento.

—¿El momento de qué? —preguntó Zach, que se había incorporado dentro de la tienda.

Piper no le prestó atención. A mí no me resultó tan sencillo olvidarme de mi hermano, pues sentí sus ojos clavados en la espalda cuando me volví a mirar a Piper.

—Vamos a reunir a los hombres —dijo en voz baja para que Zach no lo oyera—. Tus escuadrones tendrán la ocasión para escabullirse cuando emprendamos la carga.

Di un paso hacia él.

—El otro día, en casa de Elsa, me dijiste que no querías ser el último líder que tuviera la resistencia. —Una sonrisa amarga afloró en los labios de Piper—. Yo no le doy tanta importancia —continué—. Tengo visiones del final desde hace tanto tiempo... Pero me había hecho a la idea de que cuando llegara ese momento lo afrontaríamos juntos.

—Y lo hemos hecho —repuso Piper—. Hemos afrontado juntos más finales de los que nadie puede imaginar. La isla. Nuevo Hobart. El Arca. Los afrontamos juntos... y también salimos vivos de ellos.

—¿Y esta vez? —inquirí.

—Tú eres la vidente.

—Ya sabes las visiones que tengo últimamente —dije, pensando en Xander y en su «siempre fuego».

—Sé que ves fuego —repuso Piper—. Pero no siempre. No ahora. Mira a tu alrededor.

Señaló las hileras de tiendas de campaña y los rostros demacrados iluminados por las hogueras. Sentado frente a la hoguera más cercana, un soldado herido en una emboscada se estremecía mientras se apretaba los vendajes, encorvado sobre la pierna maltrecha, y tres mujeres afilaban sus letales armas, frotando acero contra acero. No había belleza en la escena, pero aquellas personas, alfas y omegas, se habían unido para luchar contra el Consejo. La luz en el interior de la tienda proyectaba en la pared de lona las siluetas de Zoe y de Paloma mientras charlaban, con la cabeza de una inclinada sobre la otra.

—Todavía quedan cosas por las que vale la pena luchar —dijo Piper—. En el mundo no solo hay fuego y ceniza.

El Maestro de ceremonias ya estaba montado en su caballo. Él parecía tranquilo, pero el animal percibía la inquietud que flotaba en el ambiente y piafaba con nerviosismo, con los ojos desorbitados y sacudiendo la cola. Paseé la mirada por los soldados que tenía más cerca. La luz de la luna les teñía el rostro de gris ceniza. Uno de los hombres, uno de a pie, musitaba para sí alguna clase de oración o de ensalmo con la cabeza agachada. Movía los labios sin llegar a emitir sonido alguno, y me recordó a Xander y su habitual cuchicheo. Ese era el efecto que aquel cañón tenía sobre todos nosotros: nos convertía en videntes. Bastaba con mirar aquel desfiladero de paredes rocosas que iba estrechándose a medida que se acercaba a la fortaleza del Consejo para darse cuenta de lo que depararía aquella noche.

—¿Has visto algo? —me preguntó el Maestro de ceremonias—. ¿Alguna cosa que pueda sernos útil?

Negué con la cabeza. Las únicas imágenes que había visto de la batalla eran de sangre, espadas y flechas, y las paredes del cañón convertidas en una dentadura que trituraba nuestro ejército. Nada que él no supiera ya; nada que pudiera serles útil.

—A ver si puedes decirme una cosa —dijo mientras señalaba en la dirección de Wyndham, al otro lado del cañón—. La General... ¿está allí en este momento?

—Sí —respondí. No tuve que sondear la ciudad que se levantaba más allá del desfiladero. La General estaba esperándonos dentro... podía sentirlo.

Hacía unos años, antes de que nos separaran a Zach y a mí, mi hermano había encontrado los insectos que yo coleccionaba y guardaba en un tarro y había clavado uno de ellos con un alfiler al alféizar de la ventana. «Un experimento», me dijo cuando lo encontré observando al insecto mientras este rotaba incansablemente alrededor del alfiler. Ahora sentía que la General estaba esperándonos con la misma curiosidad fría con la que Zach observaba al bicho. Ella había ideado esto y nosotros solo estábamos retorciéndonos en el alfiler.

—Bien—dijo el Maestro de ceremonias.

Hizo girar a su caballo y no pude comprobar si su semblante reflejaba la nota de júbilo que advertí en su voz.

A partir de ese momento, todo sucedió rápidamente. Las tropas formaron y Piper ocupó su lugar al lado del Maestro de ceremonias. No hubo tiempo para discursos ni para despedidas. El Maestro de ceremonias hizo una señal con el brazo y la masa de soldados se puso en movimiento.

Piper y el Maestro de ceremonias encabezaron el ejército que se adentró en la noche. Se habían ideado estrategias para crear la ilusión de que el contingente era más numeroso que lo que era en realidad. Los caballos y los soldados que marchaban a pie avanzaban unos junto a otros separados por un amplio espacio para dar la apariencia de una columna muy nutrida. A la cabeza, flanqueados por hombres que portaban antorchas, cabalgaban el Maestro de ceremonias y Piper. La luz de las antorchas creaba sombras que se proyectaban en las paredes del cañón: la cabeza deformada de un caballo, la silueta de una espada retorcida por las llamas oscilantes. La columna tenía todo el aspecto de un desvarío; parecía un ataque descabellado y condenado al fracaso, el intento desesperado del Maestro de ceremonias por derrocar al Consejo.

El ataque era una farsa, pero los aceros que estaban esperándolos en el cuello de botella del cañón eran reales.

Solo en el último momento, apenas a un kilómetro y medio de Wyndham, cuando las paredes del desfiladero habían comenzado a erguirse alrededor de la última mitad de la columna y todos nos encontrábamos ya dentro del cañón, mi grupo se escindió del resto del contingente. Cuatrocientos hombres se adentraron en el desfiladero para enfrentarse al ejército de la General y otros

quinientos nos escabullimos para dirigirnos hacia el norte, directamente al refugio. Zach y yo marchábamos cerca de la cabeza, flanqueados por Zoe, Paloma, Simon, Violet, Crispin y Adam. Cabalgábamos sin antorchas, con la confianza puesta en los caballos y en el fino gajo de luna.

Según avanzábamos nos llegaba el fragor de la batalla que estábamos dejando atrás. El cañón y la distancia amortiguaban algunos sonidos y distorsionaba otros. Las flechas, por ejemplo, volaban con un apagado rumor, muy distinto del zumbido del aire desgarrado que tan bien conocía. El lejano estrépito general de la lucha no dejaba oír los metálicos choques de espadas ni los gritos. El hecho de que los sonidos del horror y de la muerte sonaran tan suaves me crispaba los nervios, ya que creaba la impresión de que todo era una gran broma, de que el cañón y la oscuridad se habían aliado para jugar con nosotros.

—¿Adónde nos llevas? —me preguntó por enésima vez al oído Zach. No me había dejado en paz desde que nos separamos del resto del ejército en el cañón. Cuando vio que no le hacía caso, tendió las manos encadenadas y me tiró del brazo.

Simon, que cabalgaba a nuestro lado, desenfundó la espada de inmediato, pero yo ya me había quitado de un manotazo la mano de Zach de encima y me volví para encararme con él.

—¿Quieres ir con ellos? —le pregunté en un susurro, con la voz firme y señalando con la cabeza en dirección al cañón—. ¿Quieres meterte en ese desfiladero y enfrentarte a lo que espera allí?

No respondió.

—Ya sabía yo que no —dije, y espoleé mi caballo para apartarme de él—. Así que mantén la boca cerrada.

Llegamos al refugio al cabo de tres horas, cuando todavía era noche cerrada en las llanuras. Había visto el refugio en los mapas mientras preparábamos el ataque, pero cuando pasamos la cresta y lo vi ante mí en toda su extensión, sus dimensiones me cortaron la respiración. El complejo se alzaba por encima de nosotros sobre una pequeña colina, cercado por un muro de gran altura. Cuando meses antes, Piper, Zoe y yo vimos el Refugio 9, en el complejo había

campos cultivados por los omegas que todavía no habían sido introducidos en los tanques. Pero en el Refugio 6 se había renunciado a toda voluntad de guardar las apariencias y no había campos ni cultivos; solo largos edificios rectangulares sin ventanas dispuestos alrededor de un edificio central del que salía una columna de humo blanco recortada sobre el fondo negro de la noche.

—¿De dónde sale todo ese humo? —preguntó Paloma.

—Es el combustible... para los tanques —respondió Zach en mi lugar. Había permanecido callado durante más de una hora, desde el momento en que había adivinado adónde nos dirigíamos—. No te imaginas lo valioso que es. Hemos invertido muchos recursos en proteger a los omegas. Si atacáis el complejo, podrías matarlos a todos. Y aunque consiguierais sacarlos con vida de los tanques, no sabéis en qué estado se encuentran.

Yo vi lo que los tanques le habían hecho a Kip; le habían borrado los recuerdos. Y Kip era un alfa. Los organismos de los omegas, más propensos a las enfermedades, podrían responder de una manera distinta. Sin embargo, también sabía que cualquier cosa era mejor que los tanques y su confinamiento eterno, que los convertía en una muerte en vida. Recordé las palabras de Sally: «La muerte no es ni mucho menos lo peor que puede pasarme». Me sentí rara al buscar consuelo en Sally, una traidora muerta. Aun así, le di vueltas en la cabeza a sus palabras.

Simon y Zoe habían transmitido las órdenes a los soldados. El refugio solo tenía una puerta y nos hallábamos a menos de un kilómetro de ella, en las colinas. Los arqueros se habían acercado un poco más, sigilosamente, desplegándose por el terreno cubierto de maleza que se extendía al este de nuestra posición. También descargamos las escaleras de los carros, que dejamos detrás de la cresta, fuera de la vista del refugio.

Había estado tan ocupada preocupándome por Piper y el ejército que luchaba en el cañón que me olvidé por completo de nosotros. Alrededor de cuatrocientos soldados estaban esperándonos en el refugio. Los superábamos ligeramente en número, si bien un tercio de los nuestros eran omegas, la mayoría con mutaciones que limitaban sus capacidades como guerreros. Los soldados del Consejo, además, contaban con la ventaja de los muros y de la colina.

Un penetrante y desagradable olor a orina me asaltó la nariz. Eché un

vistazo a mi izquierda y vi la mancha que se expandía por los pantalones de un imberbe soldado que estaba plantado a la izquierda de mi caballo. El muchacho no parecía haberse percatado de que se había meado encima. Apretaba los labios con tanta fuerza que se le habían puesto blancos y las hebillas de su guerrera tintineaban ligeramente con el temblor de su cuerpo. Era uno de los hombres del Maestro de ceremonias, pero a juzgar por su juventud, no podía llevar en el ejército más de dos años. Seguramente, cuando se alistó no esperaba verse metido en nada más arriesgado que intervenir en una pelea de taberna o dar una paliza a algún omega que intentara engañar al recaudador de tributos. Era evidente que lo que no esperaba era estar formando junto a sus compañeros en la oscuridad para cargar contra varios centenares de soldados bien armados: la certeza del derramamiento de sangre.

Me habría gustado decirle que todo iba a salir bien, pero tenía la boca demasiado seca para hablar y no era el momento ni el lugar para mentiras. Yo misma tenía las manos temblorosas y las palmas sudorosas alrededor de la empuñadura de la espada, y la boca tan seca que los labios se me pegaban a las encías.

El miedo se había apoderado de mi cuerpo y cada una de sus partes quería huir; era tan intensa esa sensación que me admiraba de seguir allí, hombro con hombro con Crispin a un lado y con Zach al otro.

Simon y Zoe avanzaron hasta la primera fila y se detuvieron para volverse hacia los soldados que los miraban fijamente. Fue Zoe quien habló, alzando la voz en mitad de la noche:

—Hasta que esta noche nos hemos desviado del cañón, no habéis sabido lo que íbamos a pedirnos. No vamos a derrocar el Consejo ni a asediar el fuerte de Wyndham. Sin embargo, lo que vamos a hacer no es menos importante, ni un golpe menos duro para el Consejo. Liberaremos a los prisioneros del refugio y los llevaremos a un lugar seguro.

»Nosotros somos los afortunados. En el cañón, vuestros camaradas están luchando y muriendo para contener a las fuerzas del Consejo. Es nuestra obligación honrar su sacrificio con una victoria.

»A este lado de los muros, todos veréis cosas en el campo de batalla que os horrorizarán y os repugnarán. Pero cuando ganemos y tiremos abajo la puerta, veréis cosas aún más espantosas. Algunos ya habéis visto, como yo, a

los niños ahogados de Nuevo Hobart. Todos habéis oído lo que se dice sobre los tanques. Esta noche veréis la confirmación de esos rumores y desearéis no haberlo hecho. Blandimos nuestras espadas para luchar contra esa clase de horrores, contra un mundo en el que son posibles estas atrocidades, un mundo que nos divide, nos recluye y abandona los cadáveres de niños ahogados flotando en tanques de cristal.

Al otro lado de los muros del refugio se movían luces, se oían interpelaciones y respuestas y se transmitían órdenes. Había comenzado a caer una lluvia muy fina; la noté en la cara y me pregunté si sería la última vez que sentiría la lluvia en el rostro. Miré a mi derecha y vi las gotitas de lluvia posándose en las pestañas de Paloma mientras esta miraba a Zoe.

—Para aquellos de vosotros que, como yo, sois alfas y lucháis esta noche para liberar a omegas —continuó Zoe—, no voy a agradeceros lo que hacéis más que a los soldados omegas que cabalgan a nuestro lado.

Miré a mi alrededor. Las expresiones que vi en los rostros de los alfas eran de seriedad, pero Zach era el único que parecía irritado.

—Cada uno de vosotros hace lo que es correcto y necesario para la libertad de todos —añadió Zoe—. Ninguno, alfa u omega, estará a salvo mientras los tanques continúen existiendo. Los planes del Consejo y su afán de destrucción no tienen fin.

La deflagración irrumpió en mi cabeza. Cerré los ojos e intenté tranquilizarme, pero debí de dar un brinco o quedarme rígida, porque mi caballo comenzó a piafar y chocó de lado con el de Zach. Nuestras piernas se tocaron y sentí el leve temblor de su cuerpo, nuestro miedo común.

Apenas tardé un par de segundos en recuperar el control de mi montura. Zoe se había dado la vuelta para contemplar el refugio que se alzaba tras ella. Las antorchas convergían en la puerta y los gritos llegaban a través de la lluvia.

—A menudo he deseado haber nacido en otro tiempo, en un mundo diferente —continuó su arenga Zoe—. Pero me he dado cuenta de que ese mundo diferente es el que estamos construyendo nosotros ahora con nuestras propias manos.

»Si buscáis esperanza, si buscáis valor, nada de lo que pueda deciros esta noche puede proporcionároslo. —Hizo una pausa y escrutó las filas de

soldados buscando a Paloma. Su mirada se posó brevemente en la muchacha rubia de Otraparte—. Hay esperanza en este mundo. Pero nadie nos la va a regalar, y mucho menos el Consejo. Esa esperanza, que existe, tiene que aflorar de nuestro interior. Ese valor, que existe, debemos encontrarlo dentro de nosotros.

Alzó el mentón y enarboló la espada.

—¡Buscadlos!

Simon se quedó en la cabeza de la columna y Zoe retrocedió para reunirse con Paloma y conmigo en el centro de la formación. Yo cabalgaba entre Zach y Paloma, y en torno a nosotros lo hacía nuestra pequeña escolta formada por Zoe, Crispin, Violet y Adam. También Ash, el muchacho que nos había traído la noticia de la muerte de Tash y que desde entonces había entrado en las rotaciones de los centinelas de confianza apostados en la casa de acogida. Zach disimulaba su miedo mejor que yo; mantenía la boca cerrada y los ojos fijos en la puerta del refugio. Su respiración era regular, si bien más sonora que de costumbre, lo que delataba el esfuerzo que le suponía tomar y soltar aire cada vez. Recorrí con la mirada la fila de soldados que se extendía a mi lado. Todos aferrábamos con firmeza las armas; también Zach, aunque en su caso solo disponía de un escudo.

Estaban esperándonos cuando cargamos. Por extraño que parezca, me tranquilizó que decidieran hacerlo en las colinas. Si confiaran en sus fortificaciones o en la llegada de refuerzos de Wyndham, se habrían parapetado detrás de los muros y empleado a fondo en repeler el ataque. Por lo tanto, sabían que estaban solos, aislados de Wyndham, en un refugio que no se había diseñado para defenderse de un ataque desde el exterior. De manera que tres escuadrones surgieron de la puerta; uno de ellos cargó directamente hacia nosotros y los otros dos se desplegaron por los lados con la intención de flanquearnos.

Nuestros arqueros dispararon contra la vanguardia de la caballería y las

primeras muertes que causaron me afectaron como un puñetazo en el vientre; mi cuerpo se estremeció y noté el sabor de la sangre en la garganta con cada una de ellas. Los arqueros del Consejo respondieron y las flechas surcaron el cielo con su aullido letal. La exigua luz de luna no nos permitió ver los proyectiles hasta que los tuvimos demasiado cerca y nos parapetamos a ciegas detrás de los escudos. Cerca de mí, el caballo de Violet recibió un flechazo en el cuello, cayó desplomado y Violet salió despedida de su lomo. Ella consiguió levantarse de un salto, pero la perdí de vista en medio de la multitud de caballos y de la oscuridad. La lluvia había arreciado, y a veces caía con tanta fuerza que su golpeteo contra el escudo casi tapaba el fragor de la batalla que se desarrollaba a mi alrededor.

Cuando entre andanada y andanada de saetas bajaba el escudo, veía la primera línea de las tropas del Consejo iluminada con antorchas. Simon se mantenía en la cabeza y lideraba el ataque, y cuando los jinetes enemigos lo embistieron, los acometió con el hacha y las espadas con una velocidad y una brutalidad espantosas. Vi que golpeaba a un hombre con el mango del hacha y le trituraba el pómulo y la cuenca ocular; la sangre comenzó a manarle a borbotones, pero lo peor fue el hundimiento de esa parte de su cara, como si en la geografía de su rostro hubieran aparecido de repente pantanos y dolinas.

A partir de ese momento, la batalla se convirtió en un caos inescrutable que se intensificaba cuando las nubes ocultaban la luna. En esos instantes solo veía aceros hendiendo la noche y una indistinguible masa de cuerpos. Yo mantenía levantados la espada y el escudo, si bien la lucha propiamente dicha todavía no había penetrado nuestro apretado círculo de guardias, y el único peligro real que corrimos fue cuando una flecha golpeó el borde del escudo de Paloma y estuvo a punto de derribarla del caballo. La muchacha se sujetó como buenamente pudo a la silla de montar y consiguió enderezarse, pero perdió el escudo.

La batalla comenzó a expandirse y las ordenadas filas se descompusieron en pequeñas refriegas. Me sentía como si estuviera dentro de una de mis visiones, en las que se producían alteraciones en el tiempo. Algunos momentos se hacían eternos; un chorro de sangre tardaba minutos en surcar el cielo desde su origen hasta impactar en el rostro de Paloma, y entonces aterrizaba, una gota oscura detrás de otra, sobre su pálida tez. En otros momentos, el tiempo

se comprimía y todo transcurría a toda velocidad, reducido a una mancha borrosa de espadas y cuerpos.

Vi de nuevo a Violet, en medio de un bosque de patas de caballo y barro. Zoe no se despegaba de Paloma, a quien le había lanzado su escudo, y blandía la espada de hoja ancha con ambas manos mientras se batía con un soldado del Consejo. Más de una vez me había preguntado si su relación con Paloma habría suavizado su carácter, pero ahora la veía combatir con una ferocidad insólita, asestando con el rostro desencajado tajos y golpes al hombre que se proponía matarla. Sin embargo, otro soldado del Consejo que luchaba a pie se deslizó por detrás del caballo de Zoe y de repente se plantó a un par de metros de Paloma.

El tipo lanzó un golpe bajo con la espada dirigido a las piernas de Paloma y creyó haber acertado. Vi cómo crecía la confusión en su semblante cuando retiró la espada y esperó a que brotara la sangre de la herida. Su caballo relinchó y se encabritó, pero Paloma solo se estremeció con la acometida en la pierna ortopédica. Antes de que el hombre comprendiera lo que había sucedido, Paloma recuperó el control de su montura y se inclinó para asestarle un golpe preciso en el cuello, donde le abrió una segunda boca. El soldado se derrumbó bajo los cascos del caballo.

Detrás de Zach, Crispin asestaba hachazos a diestra y siniestra, pero sus acometidas se quedaban cortas en comparación con las de su oponente y recibió un golpe en el pecho; por suerte, fue con la parte plana de la espada y no con el cortante filo, pero la fuerza del impacto bastó para tirarlo de espaldas al suelo.

A medida que iban cayendo jinetes y caballos me sentía más desprotegida, pues sentada sobre la silla de montar me veía peligrosamente expuesta en medio de una batalla que con el paso del tiempo estaba trasladándose al suelo embarrado. Zoe también había desmontado y estaba enzarzada en un frenético duelo de aceros.

Las escalas y las cadenas con garfio estaban llegando a la cima de la colina, y cada vez que echaba un vistazo a la puerta del refugio veía más hombres trepando por los muros como tallos de hiedra. Simon, sorprendentemente todavía montado en su caballo, estaba dirigiendo el asalto desde allí con roncós bramidos al mismo tiempo que asestaba tajos a los

soldados del Consejo que se le acercaban.

Sin embargo, no podía permitirme observar lo que ocurría en la puerta. Tenía a Paloma y a Zach pegados a mí. Zoe no cedía terreno, pero estaba pasando apuros para mantenerlo. Delante, tanto Crispin como Violet luchaban en el barro, mientras que Ash, aún sobre el caballo, peleaba con ferocidad detrás de mí. Al otro lado de Zach, Adam aguantaba la posición e intercambiaba golpes con un soldado que blandía una espada de hoja ancha con ambas manos, si bien hasta mis oídos llegaban los resuellos de su respiración agitada. El cordón de seguridad que nos rodeaba estaba estrechándose por momentos. Adam se agachó para evadir la acometida de su rival y la espada dirigida a él hendió el aire nocturno a apenas un palmo de Zach y de mí. Mi hermano y yo nos agachamos simultáneamente. La sincronía de nuestros movimientos y el hecho de desear lo mismo que él me producían una sensación extraña. Durante esos pocos minutos, ambos teníamos un objetivo común: sobrevivir.

No habíamos contado con correr tanto peligro. El plan inicial consistía en que nuestro reducido grupo se mantuviera en la retaguardia para que Zach, Paloma y yo estuviéramos a salvo mientras el resto de la tropa echaba abajo la puerta. Pero los soldados del Consejo, seguramente llevados por la poca confianza que les inspiraban las defensas del refugio, habían salido para enfrentarse con nosotros en batalla campal. Sin duda era una demostración de valor, y de estupidez, y si bien podrían pagar su osadía con la pérdida del refugio, nosotros también estábamos pagando un alto precio por su conquista. La línea de batalla había desaparecido y en su lugar proliferaban pequeñas refriegas diseminadas en torno a la puerta. Dudaba de que en medio de la oscuridad y del caos algún soldado del Consejo supiera quiénes éramos Zach, Paloma y yo, así que seguían cargando indiscriminadamente y a la escolta que nos rodeaba comenzó a pasarle factura el cansancio. Otra flecha dirigida a Paloma no la alcanzó por poco, pero se hundió en el lomo de su caballo. Me pregunté entonces si la palidez de su piel no la convertiría en un blanco fácil en la oscuridad. El caballo relinchó y corcoveó y Paloma salió disparada de la silla de montar.

Zoe seguía inmersa en el combate a mi izquierda. Delante de nosotras, Violet y Crispin a duras penas lograban contener la presión de los soldados

con guerreras rojas. A mi derecha, Ash y Adam estaban concentrados en la lucha y ni siquiera se enteraron de lo que había sucedido. Así que pasé la pierna por encima de la silla y bajé del caballo al lado de Paloma, que bregaba para ponerse de pie con la pierna ortopédica que resbalaba en el barro.

—¡No te vayas! —gritó Zach cuando salté del caballo—. ¡No te vayas! —repitió, aunque podría haber dicho: «¡No te vayas sin mí!»—. Pero no le hice caso.

Una vez en el suelo, la batalla alcanzó nuevas cotas de horror. Estábamos rodeados de soldados que luchaban cuerpo a cuerpo y de caballos aterrorizados cuyo pataleo era tan letal como los aceros que cortaban el aire en torno a nosotras. El caballo de Paloma se rebelaba contra su destino, incluso con la flecha hundida hasta el fondo en el lomo. Paloma estaba aturdida, pero no parecía herida; había vuelto a quedarse sin escudo, si bien conservaba la espada y la blandía frente a ella. Trastabilló dos veces empujada por su caballo. Pensé entonces en la inutilidad de su esfuerzo: la primera emisaria de Otraparte muriendo en el barro, pisoteada por caballos, después del largo viaje que la había traído hasta aquí. Me pareció tan absurdo, tan espantoso y tan ridículo, que la ira que me invadió en ese momento tuvo un efecto balsámico sobre el miedo que me atenazaba.

Cerca de allí, una espada arrancada de una mano o tal vez arrojada deliberadamente, voló girando en el aire directamente hacia la espalda de Paloma mientras ella buscaba con la mirada a Zoe. Levanté instintivamente mi acero justo a tiempo para desviar la hoja voladora y el choque me sacudió los huesos y me arrancó un gruñido. Paloma se volvió al oír el estrépito, pero para entonces no había nada que ver salvo a mí aferrando la espada, que seguía vibrando por el impacto.

Unos metros más allá de Paloma, un soldado de gran estatura bloqueó el golpe de Zoe y las espadas de ambos salieron volando. Desarmados los dos, el hombre retrocedió un par de pasos para tomar impulso y cargó hacia ella, pero Zoe tuvo tiempo para sacar uno de los cuchillos que llevaba en el cinturón, ceñidos a la espalda. Pensé que se echaría a un lado o rechazaría a su oponente sin dificultad, pero el tipo la tiró al suelo sin apenas hallar resistencia. Corrí a ayudarla, seguida por Paloma, que profirió un sonido que

era al mismo tiempo un grito y un sollozo. Apenas nos separaban media docena de metros de suelo embarrado, pero era materialmente imposible que consiguiéramos llegar antes de que el soldado sacara un cuchillo o la estrangulara con las manos. Por un momento que se hizo eterno, ambos se quedaron inmóviles, él tumbado encima de ella sin siquiera levantar la cabeza. Solo cuando vi que Zoe se quitaba de encima el cuerpo de su rival con un gruñido y el cuchillo ensangrentado sobre su estómago, comprendí que había utilizado su cuerpo como trampa para que el soldado se arrojara sobre la daga y se ensartara en ella con la fuerza de su propio peso.

Zoe empujó a un lado el cadáver del soldado y este cayó de espaldas al barro, todavía con ambas manos en el estómago y la guerrera teñida del color de la sangre fresca. Luego se puso de rodillas y miró a Paloma. Tendió la mano hacia ella y sus dedos se rozaron; ni siquiera los entrelazaron, simplemente permanecieron un momento con las palmas pegadas, hasta que Zoe se dio la vuelta, recogió la espada del suelo y volvió a ponerse en guardia.

Me volví hacia Zach, que se había puesto de pie sobre los estribos y miraba a un lado y a otro buscándonos a Paloma y a mí. Algo atrajo mi mirada justo detrás de él, una repentina quietud, la parada en seco de una hoja que ha acertado en su objetivo. Era Adam, todavía sobre el caballo al otro lado de Zach, con un hacha hundida en el estómago. Se desplomó hacia delante y su cuerpo se dobló sobre el cuello de la montura. Una mujer de pelo negro cogió las riendas del caballo y Adam cayó al suelo cuando ella apartó al animal. Ya nadie se interponía entre Zach y ella, que le agarró una pierna y comenzó a tirar para bajarlo del caballo.

Miré a Zoe, pero estaba luchando con otro soldado del Consejo de espaldas a mí. Crispin también andaba cerca, enzarzado en su propio duelo. En cuanto a Violet y a Ash, ambos luchaban a mi derecha, pero demasiado lejos para tapar el hueco que la caída de Adam había creado o para acudir en auxilio de Zach.

Mi hermano sacudía la pierna para liberarla de la mujer que se la tenía cogida y le golpeó un par de veces la mano con el escudo, pero ella no soltaba su presa, y cuando Zach le descargó un golpe con el escudo por segunda vez, la mujer consiguió arrancárselo de la mano. Las patadas de Zach habían

alterado al caballo, que corcoveaba y sacudía con frenesí la cabeza, pero la mujer seguía asiéndole con fuerza la pierna mientras en la otra mano empuñaba un cuchillo de hoja curva con el que atacó a Zach. Este tensó la cadena que le apresaba las muñecas para bloquear la acometida, pero la mujer mantuvo agarrado el cuchillo. Corrí hacia ella enarbolando la espada, pero el caballo soltó una coz que impactó de lleno en mi hoja, que salió disparada hacia mí y me rajó una oreja. El caballo se encabritó e hizo un giro de ciento ochenta grados; no sé cómo, la mujer siguió aferrando la pierna de Zach y giró con el caballo, lo que colocó a mi hermano y al caballo entre las dos, tapándome a la mujer, de la que no veía más que el cuchillo que ya había levantado para asestar otro tajo. Zach bajó la mirada, pero no hacia ella, sino hacia mí.

Le tendí la mano con un cuchillo y él lo cogió, se dio la vuelta y lo hundió en la mujer en un solo movimiento. Se oyó un alarido, y por debajo de la panza del caballo vi que la mujer caía al suelo con ambas manos en la cara.

Hasta que vi con mis propios ojos una batalla, pensaba que las muertes se producían de manera rápida: un tajo limpio o un hachazo certero y la vida se extinguía como la llama de una vela. Pero eso solo era cierto para los afortunados, y hoy no había muchos de esos. Adam había sido uno. La mujer a la que Zach había acuchillado no, y se revolcaba en el barro y en la sangre, lanzando gritos incomprensibles pero cuyo significado quedaba perfectamente claro.

Los gritos cesaron, y cuando abrí los ojos para averiguar el motivo, vi a Paloma detrás del caballo de Zach, junto al cuerpo inmóvil de la mujer.

Paloma se agachó ligeramente para limpiar la hoja de la espada en una mata de hierba.

—En casa hice lo mismo por una oveja que tenía una pata rota —dijo, mirándome a los ojos.

Zach desmontó desmañadamente y se detuvo frente a mí con la daga en la mano.

—Devuélveme el cuchillo —dije. No se lo pedí porque temiera que estuviera armado, sino porque la daga era mía; era la que Piper me había regalado muchos meses atrás, antes de que escapáramos de la isla. No me hacía gracia que Zach la manoseara.

Mi hermano miró el cuchillo. La sangre de la mujer embadurnaba la empuñadura y corría por su mano.

—Devuélvemelo —repetí—. O te arrepentirás.

Recogí mi espada y la sopesé en la mano. Me di cuenta de que Zach la evaluaba con la mirada. Luego echó un vistazo a Zoe y a Paloma y se volvió de nuevo hacia mí. Extendió el brazo ofreciéndome el cuchillo por la empuñadura, pero cuando la envolví con la mano, no lo soltó inmediatamente, y durante unos segundos ambos lo mantuvimos cogido.

—Sabía que me salvarías —dijo.

Tiré del cuchillo para arrancárselo de la mano. Si lo rajé, el corte no debió de ser profundo, pues de lo contrario yo también habría sentido el dolor.

—No lo he hecho por ti. Lo he hecho para salvarme a mí.

La batalla había decaído a nuestro alrededor, pero no por ello las imágenes eran menos horribles. Zach, Paloma y yo nos habíamos colocado hombro con hombro para formar un círculo, y en torno a nosotros se movían Zoe, Violet, Crispin y Ash, que a su vez estaban rodeados por nuestras tropas. Cada vez que los soldados del Consejo conseguían acercarse a ellos, eran repelidos. Un hombre logró colarse entre Crispin y Ash y se dirigió corriendo hacia nosotros, levantando con manos torpes el hacha por encima de la cabeza. Tenía los ojos desorbitados y más bien parecía que estaba huyendo en lugar de atacándonos. Paloma y yo lo recibimos con las espadas, y me alegré de que la oscuridad y el barro me ocultaran los detalles de lo que acabábamos de hacer y mantuviera sin resolver la incógnita de quién de nosotras había asestado el tajo mortal.

La puerta del Refugio 6 no había sido diseñada para aguantar un ataque sostenido desde el exterior. Se había construido a prueba de las miradas curiosas o para impedir la salida de algún que otro omega aterrizado que se arrepentía de haber entrado en el refugio cuando reparaba, en el último momento, en el inquietante silencio que reinaba en un refugio en el que supuestamente vivían y trabajaban miles de personas. Cuando Simon y su escuadrón finalmente se impusieron en el terreno que se extendía ante la puerta y echaron mano de las cadenas con garfio y los arietes, solo tardaron un par de

minutos en arrancar de los goznes una de las dos hojas y entreabrir la otra.

Caída esta, al ejército del Consejo no le quedó otra que defender el refugio con sus propios cuerpos, de manera que se libró una batalla sin complicaciones ni estrategias en la que solo tenía importancia el tamaño de los contingentes. La simplicidad en su versión más espantosa: una masa de soldados del Consejo apretada contra una puerta derruida soportando la presión de nuestra masa de soldados. Avanzamos con paso constante. Zach, Paloma y yo progresábamos empujados y guiados dentro de nuestro cordón de guardias, hasta que la ligera pendiente que conducía a la puerta se empinó debido a montaña de cuerpos que se acumulaban ante ella.

Se suponía que iba a ser una victoria, un triunfo con el que no nos habíamos atrevido a soñar y, sin embargo, no había presenciado nada más atroz en toda mi vida.

Vi que una mujer se subía encima del cuerpo tendido de un camarada moribundo para asestarle un tajo en el vientre a un jinete. Vi a un hombre que se extraía una flecha del estómago, se sentaba y se quedaba mirando el proyectil que sostenía entre las manos como si contemplara una concha encontrada en la playa. Vi a una mujer que se batía en duelo con un hombre y, tras varios minutos de lucha feroz, acababa con él gracias a una elaborada finta y un certero tajo para, a continuación, sin tiempo siquiera para limpiar la hoja, morir con el cráneo aplastado por la coxa de un caballo aterrorizado.

Si aprendí una lección ese día fue que toda muerte es absoluta. Todas las armas tienen el mismo efecto que la deflagración en la persona que es degollada.

Enfilé a pie hacia la puerta del Refugio 6 acompañada de Zach. Nos rodeaba el silencio desolador que sigue a la conclusión de la batalla. En cualquier momento amanecería y el cielo ya clareaba. Había perdido el escudo y llevaba la espada recubierta de barro y sangre. En el cuello tenía una costra de la sangre que había perdido por el corte en la oreja, pero todas mis heridas eran superficiales: nudillos raspados y cardenales en los brazos. El brazo derecho, que no se había curado como era debido tras rompérmelo en la batalla de Nuevo Hobart, había recibido golpes suficientes para reavivar viejos dolores.

Eché la vista atrás y contemplé el campo de batalla. Los soldados estaban reuniendo los caballos, tantos los nuestros como los enemigos, y retirando los cuerpos del camino para que los carros pudieran entrar en el refugio. Simon estaba en la puerta, dando instrucciones a nuestros centinelas para que ocuparan los puestos de vigilancia del recinto y organizando batidas y patrullas. Otros soldados se paseaban encorvados entre los muertos y los moribundos, buscando a los que todavía podían salvarse o dando la puntilla a aquellos para los que ya no había esperanza. Zoe y Simon habían dado órdenes claras para que se mantuviera vivos a los prisioneros. No fui tan ingenua para pensar que era un acto de misericordia: necesitábamos toda la información que pudiéramos sacarles.

No había tiempo que perder, pues todavía nos aguardaban los tanques. Entrar en el refugio solo era el primer paso, y cada hora que pasábamos aquí era una hora más que Piper y el Maestro de ceremonias tenían que contener al

enemigo en el cañón. Cada segundo que estábamos en el refugio se medía con sangre.

Respiré hondo y entré en el complejo. El edificio más cercano estaba a una veintena de metros y ya habían echado abajo la puerta de una patada. Zoe, Ash, Violet y Crispin no se alejaron de nosotros mientras caminábamos hacia allí, ya que todavía se producían escaramuzas y se oían gritos mientras nuestras tropas vaciaban uno a uno los recintos de los soldados del Consejo que se habían refugiado en su interior.

—¡Despejado! —gritó Zoe desde la puerta, y nos hizo una señal para que la siguiéramos adentro.

Los tres, Paloma, Zach y yo, entramos juntos en el edificio sin ventanas.

Después del campo de batalla, la sala de los tanques por un momento pareció un lugar lleno de paz, con sus ordenadas filas de tanques cilíndricos de cristal, cada uno de ellos del tamaño de la cocina de Elsa. Una escalera llevaba a las pasarelas metálicas que cruzaban el espacio por encima de nuestras cabezas, y más arriba aún se divisaba la sofisticada instalación de tubos y cables. El silencio era absoluto y la iluminación escasa, apenas la que proporcionaban las bombillitas y los indicadores del cuadro de mandos y la mortecina luz del amanecer que se colaba por el hueco de la puerta.

Sin embargo, eso no le restaba horror, simplemente lo pervertía para transformarlo en una especie de espanto esterilizado y radiante. Con mucha frecuencia, cuando estaba inmersa en mis sueños de llamas y sangre, intentaba gritar, pero no conseguía emitir ningún sonido. En esos sueños, abría la boca una y otra vez y mi cuerpo se negaba a producir sonidos. El silencio de los tanques también era el grito de unas personas incapaces de emitir sonidos dentro de sus sueños.

Y había tantas... En abstracto. Sabía que había mil personas confinadas en los tanques. Pero ese número solo eran palabras despojadas de significado. La realidad —hileras de voluminosos tanques dispuestos uno detrás de otro, atestados de personas— era muy distinta. Y este hedor, el repugnante olor a sudor del líquido de preservación, que formaba parte de la lista de los olores más nauseabundos, como el del agua sin cambiar de un jarrón cuando los tallos de las flores ya se han podrido. De repente me asaltaron los recuerdos: las salas de los tanques en las profundidades de Wyndham, donde había

encontrado a Kip; los tanques de Nuevo Hobart, de donde sacamos los cuerpos de los niños ahogados; los tanques sepultados en el Arca, donde había vuelto a encontrar a Kip. Me quedé paralizada y comencé a tener dificultades para respirar. Cada recuerdo era un tanque en el que yo estaba atrapada.

Zach me tiró del brazo.

—No tengo ni idea de cuánto tiempo aguantará tu ejército en el cañón, pero te aseguro que será menos del que piensas. Como sigas ahí parada conseguirás que nos maten a todos.

—No os separéis de él —nos ordenó Zoe a Violet y a mí mientras ella se acercaba a Paloma.

Paseamos entre los tanques y vimos los cuerpos. Cada tanque tenía capacidad para albergar a cuarenta personas. En el interior de los contenedores, la gente se hacinaba como los cadáveres amontonados ante la puerta del refugio. Todos estaban desnudos y su piel tenía la textura (blanduzca, blanca y arrugada como la película que se forma sobre la leche al hervirla) que recordaba de Kip y de los otros tanques que había visto.

Paloma deslizó la mano para encajarla entre los dedos de Zoe, pero incluso esta, que había visto los tanques de Nuevo Hobart, había palidecido y caminaba con los dientes apretados. A nuestro alrededor, Crispin, Violet y Ash estiraban el cuello para observar los tanques desde arriba. Violet extendió el brazo para tocar uno, pero lo encogió rápidamente antes de que su mano rozara el cristal. En el tanque que me quedaba más cerca, el cabello de una mujer que tenía los ojos cerrados flotaba como las algas en la superficie del mar. Yo también cerré brevemente los ojos, como si así pudiera borrar todo lo que había visto.

—No podréis sacarlos a todos vivos —dijo Zach.

—Tú nos ayudarás —dije, volviéndome hacia él—. Vas a contarnos todo lo que sabes.

—No hay ningún secreto —respondió alzando los brazos—. Habrá que confiar en la teoría.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Zoe, y le dio un fuerte empujón a Zach en el pecho.

Yo doblé inconscientemente la pierna para protegerme de su caída, pero mi hermano se mantuvo en pie y se quitó de encima las manos de Zoe de un

golpe.

—Nunca se nos ocurrió sacar a nadie de los tanques. ¿Para qué? La Confesora decía que en teoría debía ser posible. Pero el único caso que se ha dado es cuando Cass sacó al gemelo de la Confesora. Y como consecuencia, sufrió graves daños.

Lo interrumpí. No me apetecía oír a Zach hablar de Kip, y menos aún discutir sobre los daños que había sufrido.

—Vamos a sacarlos —dije—, con tu ayuda o sin ella. Pero si sabes alguna cosa que pudiera ayudarnos, podrían morir menos. Y también menos de sus gemelos. Te recuerdo que hay en juego la vida de seis mil alfas.

Me miró con ojos escrutadores y luego echó un vistazo al cuadro de mandos y sus lucecitas intermitentes que estaba situado en la pasarela, en el centro del recinto.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Ya conoces la respuesta —dije—. No mucho.

Se encogió de hombros.

—Puedo igualar la presión y subir la temperatura. Tal vez así podamos atenuar los efectos de la transición cuando los saquéis.

Asentí. Zoe se inclinó hacia él con uno de sus cuchillos arrojadizos en la mano y le recorrió lentamente la mejilla con la punta, sin apenas rozarlo, con tanta delicadeza que habría sido fácil confundir el gesto con una tierna caricia. Zach no movió un músculo mientras la punta se deslizaba por su mejilla y se abría paso por la barba de dos días hasta detenerse debajo de su mandíbula. Mi hermano respiraba con agitación y tenía los dientes apretados. Zoe sostuvo el cuchillo orientado hacia dentro y hacia arriba con una precisión milimétrica. Yo había visto una herida en ese mismo lugar en el cuello de Sally. Sin duda, Zoe había tenido una buena maestra.

—Si haces alguna cosa para sabotarnos, o si causas más daño, o incluso si se te ocurre estornudar sin mi permiso, te rajaré. —El cuchillo hizo el camino inverso por el rostro de Zach y se detuvo debajo de su ojo derecho. Zoe levantó entonces la hoja y la sostuvo a medio dedo del globo ocular de Zach. Mi hermano consiguió mantener el ojo abierto y fijo en la hoja, pero los párpados le temblaban del esfuerzo que le exigía imponerse al instinto de cerrarlos—. Empezaré con los ojos —continuó Zoe—. Y cuando acabe, te

dejaré aquí para que la General haga lo que quiera contigo cuando te encuentre. Y me da igual el sufrimiento que eso pueda causarle a Cass.

Todos sabíamos que estaba hablando en serio.

Me incliné para susurrarle a mi hermano al oído:

—Como intentes algo, yo misma te clavaré ese cuchillo.

Zoe apartó el cuchillo de su cara y Zach respiró hondo.

—Ponte a trabajar —le ordenó Zoe, empujándolo hacia la escalera más cercana—. Haz lo que tengas que hacer para sacar a esas personas vivas.

—No se puede acelerar el proceso —dijo Zach, quitándose de nuevo de encima la mano de Zoe—. Ya es bastante arriesgado de por sí. —Puso un pie en el primer escalón y se volvió hacia ella—. Se necesitan diez minutos por lo menos para igualar la presión. Di a los tuyos que se preparen para vaciar rápidamente los tanques en cuanto dé la señal.

Vi cómo la rabia corroía a Zoe por dentro al recibir órdenes de Zach, pero se volvió a Crispin, que estaba esperando junto a la puerta, y le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

Luego seguí a mi hermano escalera arriba, con Zoe y Paloma inmediatamente detrás de mí. La primera aún empuñaba el cuchillo y no despegaba los ojos de Zach mientras este enfilaba hacia el cuadro de mandos central, lleno de botones y de ruedas. Pese a la escasa luz pude leer algunas etiquetas: «H₂S»; «Calibrar niveles de O₂»; «Iniciar hipoxia inducida». Aquellas palabras no tenían ningún significado para mí, como no lo habían tenido buena parte de los escritos que había visto en el Arca, en los que las letras eran meras figuras grabadas sin sentido alguno.

Pero Zach las entendía perfectamente. Giró las ruedas del cuadro de mandos, apretó los botones y un par de veces se inclinó para mirar con detenimiento los pequeños indicadores de cristal cuyas luces de colores destellaban intermitentemente.

Se oyeron gritos fuera, y más de medio centenar de soldados entraron en tropel y, siguiendo las órdenes de Crispin, se desplegaron por el interior del recinto para situarse delante de cada tanque. Me fijé en que todos aminoraban repentinamente el paso nada más entrar en el edificio y miraban a su alrededor con incredulidad; algunos incluso se quedaban completamente parados y los que venían detrás tenían que empujarlos para que continuaran. Zoe los había

advertido de que verían algunas cosas horribles dentro del refugio, pero nada podría haberlos preparado para aquello. Todo lo que les había enseñado el tabú, todos sus temores sobre las máquinas, se confirmaba en aquel penumbroso recinto. Miraban con ojos desorbitados cables, tubos y tanques, y varios sacaron instintivamente las armas, como si con ellas se pudiera derrotar a las máquinas.

Zach no les prestó atención, ni siquiera cuando unos cuantos subieron a la pasarela y pasaron por nuestro lado cargados con escaleras de cuerda para acceder a los tanques desde arriba. Caminaban encorvados, acobardados por los cables tendidos encima de sus cabezas.

Yo intenté concentrarme en las personas recluidas en los tanques con la esperanza de atisbar algún efecto de lo que Zach estaba haciendo en el cuadro de mandos, preparada para dar la voz de alarma si advertía algún cambio a peor. En el tanque que tenía justo debajo, un muchacho estaba flotando encima del resto de los cuerpos, con la cabeza echada hacia atrás y los brazos abiertos. Su pelo suspendido en el líquido se arremolinaba cerca de la superficie. Debía de ser un par de años más joven que yo, si bien la gruesa tapa de vidrio y el fluido en sí no permitían afirmarlo con rotundidad.

Pasaban los minutos y Zach seguía trabajando en el cuadro de mandos. Tal vez fueran imaginaciones mías, pero me dio la impresión de que el rostro del muchacho estaba recuperando una pizca de color; y estaba casi segura de que su brazo derecho, a la que le faltaba la mano, había temblado ligeramente.

—Está bien —dijo Zach. Posó las palmas de las manos en el cuadro de mandos y suspiró mientras alzaba la cabeza—. Ahora.

Los soldados desplegados por las pasarelas levantaron las tapas e hicieron una mueca al recibir la oleada del repugnante olor. Todos a una, nuestros soldados situados en el suelo tiraron de las palancas tal como Crispin les había enseñado. Un chirrido resonó por todo el recinto y los cuerpos de las personas confinadas en los tanques se movieron mecidos por el fluido que escapaba de los contenedores. Según descendía el nivel del líquido de preservación, los cuerpos recuperaban su peso, y los soldados se vieron obligados a dirigirse al interior de los tanques para evitar que las personas situadas en el fondo fueran aplastadas por las que tenían encima.

Yo estaba allí, asomada al tanque, cuando levantaron el cuerpo del

muchacho rubio, que había comenzado a revolvearse. Los soldados le retiraron el tubo de la boca y lo tumbaron en la pasarela, y su cabello se coló entre los orificios de la rejilla del suelo. Estaba pálido como Paloma, y su cuerpo era tan delicado que cuando levantó el brazo para tocarse la cara, ya tenía marcada la piel con el dibujo de la rejilla, que casi se la había perforado.

Tosió y su estómago se hinchó debajo de sus costillas con cada convulsión. Le puse la mano detrás de la cabeza para que no se la golpeará contra el suelo cuando vi que el ataque de tos se agudizaba. El chico ya había abierto los ojos.

—¿Quién? —dijo. Solo una palabra, dirigida al techo, y no había manera de saber a qué se refería: «¿Quién soy?». «¿Quién eres?». «¿Quién me ha hecho esto?». Incluso podría no haber sido más que un sonido accidental que había surgido de su garganta al expulsar el líquido del preservación y la flema acumulados en la boca.

Los soldados corrían de un lado a otro a mi alrededor. Algunos sacaban personas de los tanques, otros las bajaban al suelo desde las pasarelas y las envolvían con mantas traídas de los carros. Solo Zach permanecía inmóvil ante el cuadro de mandos, contemplando su obra. Aquellas personas, con los cuerpos laxos como peces recién pescados, eran sacados de los tanques y depositados en el suelo, donde temblaban y gemían, o se incorporaban y miraban en derredor con incomprensión.

No estaban bien. No había manera de saber si alguno de ellos volvería a estar bien alguna vez. Pero estaban fuera y los habíamos librado del pánico angustioso de los tanques y del abrumador silencio subacuático. El chico rubio que tenía a mi lado miró a su alrededor; escrutó primero el techo, luego la puerta del recinto y, finalmente, la mano que se había llevado a la cara. La giró una y otra vez mientras la examinaba detenidamente. Su propio cuerpo se había convertido en un ente extraño en el que tendría que aprender a confiar.

Tardamos casi todo el día en sacar a los omegas de los tanques y a nadie se le pasó por la cabeza parar para descansar. El complejo de edificios constaba de una docena de recintos con tanques, y en cada uno de ellos había confinadas centenares de personas. Zoe, siempre con el cuchillo empuñado, y yo no le

quitábamos el ojo de encima a Zach cada vez que se situaba ante un cuadro de mandos y transmitía órdenes. Enseguida empezamos a ir más rápido, pues todo el mundo se familiarizó con el proceso y los soldados se movían con menos aprensión entre las máquinas. Pero luego el cansancio hizo mella en todos nosotros y volvimos a ir más despacio.

No logramos sacar de los tanques a todos con vida. Algunos no volvían a respirar; otros solo respiraban durante un par de minutos; un hombre sufrió una serie de convulsiones dentro del tanque antes de que pudiéramos sacarlo y se golpeó contra los cristales del contenedor. Pero la mayoría consiguió respirar de nuevo e incluso algunos pronunciaron unas pocas palabras. Muchos gritaban, pero los que más me preocupaban eran los que no emitían sonido alguno, aquellos que se quedaban sentados o tumbados en silencio, con la boca cerrada y la mirada perdida.

Ya solo quedaba una pequeña antecámara ubicada en uno de los principales recintos del complejo. Crispin había entrado el primero, y Zach me agarró antes de que pudiera seguirlo al interior.

—No entres ahí —me dijo con un tono apremiante.

Miré la mano que me aferraba el brazo, de la que colgaba laxa la cadena que le apresaba las muñecas.

—No me digas lo que tengo que hacer —le espeté, liberando el brazo de un tirón.

—Aquí conservábamos algunos de nuestros primeros experimentos —dijo bajando la voz—. Las primeras personas que metimos en los tanques. No puedes hacer nada por ellas.

Me detuve con el picaporte en la mano.

—No sobrevivirán —insistió Zach—. Solo son unas cuarenta personas. Es una pérdida de tiempo. Créeme.

—¿Qué les hiciste? —le pregunté, pronunciando lentamente cada palabra.

—Estábamos empezando —respondió atropelladamente—, y al principio tuvimos algunos problemas para reproducir lo que habíamos encontrado en el Arca. No disponíamos de los materiales adecuados. Hasta que logramos dominar el entubamiento por el esófago tuvimos que... —hizo una pausa— tomar otras medidas para evitar que se ahogaran.

—Deja de marearme con tu palabrería —gruñí—. Dime qué les hiciste.

—Cass —me llamó Crispin desde el interior de la antecámara—. Será mejor que veas esto.

Crispin estaba con nosotros cuando sacamos de los tanques a los niños ahogados, pero en su voz advertí un temblor que era completamente nuevo para mí.

Empujé a Zach a un lado y entré en la habitación. Dentro solo había tanques individuales, más pequeños aún que los que había visto en las profundidades de Nuevo Hobart. Estaba tan oscuro que en un primer momento no acerté a distinguir qué los diferenciaba del resto, pero cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, vi dentro del tanque más próximo a la puerta a una mujer flotando, con el pelo rojo ondulándose alrededor de su cuerpo. Me acerqué un poco más para mirarle la cara.

Había visto toda clase de rostros humanos, desde el de Nina, con un solo ojo, o el de Crispin, con las facciones hinchadas, pasando por el de Paloma, de una blancura cegadora, o el de Eva, con una segunda boca en la nuca. Había visto una multitud de rostros marcados, plagados de cicatrices y descarnados. Pero nunca una cosa como aquella: la boca sellada alrededor del tubo y los orificios nasales también cosidos, de manera que toda su cara estaba llena de costuras.

—No tuvimos más remedio —se justificó Zach detrás de mí, mirando con cara de asco a la mujer metida en el tanque—. De lo contrario se habrían ahogado. Fue idea de la General. Les cosimos la boca y la nariz.

Crispin tenía los puños apretados, todavía con el cuchillo en la mano derecha.

—No es tan doloroso como parece —continuó Zach—. Después de todo, teníamos que tener en cuenta a los gemelos alfas.

Crispin tragó saliva y trató de controlar la velocidad de su respiración mientras daba un paso hacia Zach.

Yo llegué antes a mi hermano, que pareció aliviado cuando me interpuse entre él y Crispin. Pero entonces cogí impulso con el brazo y le propiné un puñetazo en el estómago. Ambos nos doblamos a la vez y gruñendo de la misma manera. Continuamos plegados unos segundos, con las cabezas a punto de tocarse. Esperé a que mis pulmones volvieran a dejar entrar el aire y a que remitiese un poco el dolor en el estómago para hablar:

—Quiero que te quede clara una cosa —le dije a Zach con un jadeo en cuanto el aire consiguió penetrar en mis pulmones. Seguíamos doblados y con las cabezas muy cerca—. El único monstruo que hay en esta habitación eres tú.

Zach tenía razón: no sobrevivieron. Lo que quiera que hubieran tenido que soportar durante aquellas chapuceras pruebas iniciales para la conservación en los tanques no se limitaba a las mutilaciones en los rostros. Cuando nuestros soldados, con la cara blanca y en silencio, vaciaron el líquido de los contenedores, sus ocupantes no despertaron. Uno de los hombres se llevó una mano a la boca sellada y se arrancó el tubo, y los bordes del estrecho orificio que quedó a la vista vibraron cada vez que tomaba aire con un silbido. Pero solo tomó aire media docena de veces, la siguiente siempre más lentamente que la anterior.

Paloma y yo nos sentamos con ellos. Me reconfortó tenerla a mi lado durante los pocos minutos que permanecemos dentro de aquella habitación en semioscuridad mientras el oxígeno abandonaba a aquellas personas como el agua que escapa de un vaso agrietado. Este horror no tenía nada que ver con ella y, sin embargo, lo compartía conmigo, sentada a mi lado, cogiéndoles la mano mientras los veíamos morir juntas. Apretó la palma contra la frente de un hombre y me fijé en que su piel era del mismo color blanco que las costuras en la cara mutilada de él. Yo cogí la mano de una mujer pelirroja y la envolví con las mías. Era consciente de que ella no sabía que yo estaba allí y de que mi gesto no hacía más plácida su muerte, pero en situaciones como aquella siempre se busca el contacto físico.

Miré los tanques vacíos que había detrás de Paloma y pensé en los que Piper y yo habíamos encontrado en el Arca, en los que los líderes del Arca se habían recluido voluntariamente. Habían cambiado tantas cosas y a la vez tan pocas desde que aquellos hombres presenciaron la deflagración...

—La mutación que de verdad necesitábamos tras la deflagración nunca se produjo, ¿verdad? —le dije a Paloma. Nuestros cuerpos se habían transformado, pero la capacidad humana para la crueldad se mantenía inalterable. Bajé la mirada al rostro de la mujer muerta por obra y gracia de mi hermano—. Mira a lo que hemos llegado.

Ya estaban cargando en los carros los cuerpos de las personas rescatadas de los tanques. Más allá del campo de batalla, en dirección sureste, el humo ascendía cielo arriba. Cada vez que intentaba pensar en el desfiladero y en lo que Piper debía de estar sufriendo se me hacía un nudo en la garganta. Me había dado cuenta de que Zoe también miraba con frecuencia en esa dirección y escudriñaba el horizonte en busca de alguna pista sobre lo que estaba ocurriendo allí.

Algunos omegas liberados podían caminar y desfilaban con andares tambaleantes hacia los carros, envueltos en mantas o en sábanas. Una vez allí, los ayudaban a subir y se sentaban en el suelo irregular de los vehículos. A otros había que llevarlos en brazos. Me quedé mirando a uno de los soldados alfas del Maestro de ceremonias, que hacía una mueca de asco y giraba el cuello para alejar todo lo posible la cara de la pálida mujer que llevaba a cuestas. No sabía si lo que le repugnaba de ella era su carne flácida y empapada o el hecho de que tuviera un tercer ojo en la frente, debajo de la marca, pero tomé aire para decirle algo.

Zoe también había estado observando al soldado y me puso una mano en el hombro antes de que pudiera hablar.

—Tómalo con calma, Cass. Han luchado para liberarlos y están ayudando. No les pidas tanto tan seguido.

Estaba demasiado cansada para discutir, así que di media vuelta y continué con lo mío. Zach también estaba echando una mano a mi lado. Dudaba que lo

hiciera de corazón, pero colaborar con todos en la cadena humana hacía que llamara menos la atención que si se hubiera mantenido aparte y a su aire. Aun así, todos los soldados que pasaban ante él lo fulminaban con la mirada y mascullaban alguna cosa, tanto los alfas como los omegas, y tomamos la precaución de que siempre estuvieran cerca de él Zoe u otro guardia de confianza. Solo los omegas liberados de los tanques no le prestaban atención, cuando ellos más que nadie tenían derecho a descargar su rencor en mi hermano. En cambio, pasaban ante él con los ojos vidriosos, y cuando me ayudaba a subirlos y a acomodarlos en la parte trasera de los carros, se cogían a sus brazos sin siquiera mirarlo.

—¡Hay alguien aquí a quien me gustaría que vieras! —me gritó Simon desde la parte delantera del carro situado a continuación del nuestro, que ya estaba lleno. Subí a él y avancé con cuidado entre las filas de personas que lo atestaban. Algunas estaban conscientes, o al menos tenían los ojos abiertos; otras dormían sentadas, pues estaban tan apretadas que era imposible que se cayeran. Los soldados cuidaban de ellas y acercaban cantimploras con agua a los labios de los que estaban despiertos.

Un hombre miraba el cielo y no paraba de gritar: «Neil. Neil». Lo primero que pensé es que se llamaba Neil, o que ese era el nombre de alguna persona querida, pero entonces caí en la cuenta de que también podría estar diciendo: «Arrodíllate. Arrodíllate»^[1]. Tal vez la última orden que había recibido antes de que lo metieran en el tanque.

Crispin estaba en cuclillas junto a una muchacha en la parte delantera del carro.

—¿Es ella? —preguntó Simon—. ¿Estás seguro?

Crispin asintió.

—Sí, es Rhona, la sobrina de Lewis. La conozco desde que era una cría, cuando Lewis la trajo. Se presentó en la isla después de que el Consejo la detuviera.

Simon asintió. Crispin le apretó cariñosamente el hombro a la joven mientras se ponía de pie y se marchaba.

Ella no dijo nada y continuó como estaba, con la espalda apoyada contra la pared del carro. Alguien la había sentado derecha, pero había ido escurriéndose poco a poco y ahora yacía recostada, con la cabeza ladeada y

apoyada sobre la mujer sentada a su lado.

—¿Has oído lo que ha dicho Crispin? —me preguntó Simon.

Asentí. Jamás podría olvidar el nombre de Lewis, no después de que su sangre me hubiera empapado la manga mientras le presionaba el tajo en el cuello que le había abierto el cuchillo de Piper. Lewis había sido uno de los consejeros de Piper y había querido matarme en la isla. La muchacha que ahora tenía derrumbada delante de mí era la razón de que hubiera intentado asesinarme, y por lo tanto, asesinar a Zach.

—Conocía a tu tío —dije—. Un poco.

Zoe, que me había seguido, resopló y soltó:

—Es una manera de decirlo.

Rhona no dijo nada. Tenía el pelo negro largo y enredado, y miraba fijamente el cielo por encima de mi cabeza. No paraba de llevarse la mano a la melena para peinársela, pero siempre se le quedaban los dedos trabados en los mechones apelmazados.

Yo siempre había evitado hacer promesas, pues había descubierto lo difícil que era mantenerlas y que el futuro estaba impregnado de sangre. Ni siquiera Kip y yo nos habíamos prometido nada, salvo las promesas que hacen los cuerpos y todas las cosas que no se dicen.

Pero antes de saber todo eso, le hice una promesa a Lewis. Ahora la había cumplido encontrando a su sobrina, cuyo cuerpo todavía estaba hinchado como un cadáver. Le puse la cantimplora en los labios, pero ella no reaccionó y el agua corrió por su mentón y cayó a la manta con la que Crispin la había envuelto. Solo movía la mano para intentar en vano peinarse con los dedos.

—Tu tío fue un hombre valiente, a su manera —dije—. Estaba muy preocupado por ti.

No sé si asintió voluntariamente o si su cabeza simplemente se inclinó un poco.

Yo tenía un peine, bueno, más bien un rudimentario utensilio de madera que Zoe había tallado para mí unos meses antes. «Para que dejes de quejarte de tu pelo apelmazado», me dijo una noche al tirármelo desde el otro lado de una fogata. Ahora lo saqué del bolsillo y me acerqué a Rhona. Ya se le había secado el pelo, pero el fluido del tanque lo había dejado recubierto de una capa pegajosa y los mechones se habían apelmazado. Con una mano se lo

recogí para peinarla desde las raíces sin hacerle daño. Ella cerró los ojos, pero yo seguí peinándola. Saqué pelos sueltos de los dientes del peine hasta que tuve una montaña de pelo muerto en el suelo, a mi lado. Uno de los nudos estaba tan apretado que no podía deshacérselo sin hacerle daño, así que sujeté el peine entre los dientes un momento y le corté con cuidado el mechón enredado.

Parecía una cosa frívola, una tontería en comparación con todo lo que estaba sucediendo a mi alrededor, pero continué peinándola, por insignificante que fuera, porque era lo único que podía hacer por ella.

Dos veces vino Simon y Violet para hablar conmigo. Oía lo que decían: «Patrullas en el perímetro exterior». «Cargando los últimos carros. Algunos tendrán que ir a caballo o incluso a pie». Tal vez incluso les respondí, pero en ningún momento desvié la atención de Rhona. Había hecho pocas promesas en mi vida, y menos fueron las ocasiones que se me presentaron para cumplirlas. Lewis estaba muerto, y había algo dentro de mí que no estaba dispuesto a permitir que aquella chica se arrancara el pelo con los dedos.

Estuve con ella unos diez minutos, y en todo ese tiempo no me habló ni una sola vez, ni siquiera me miró a los ojos. Era consciente de que no estaba curándola ni haciendo otra cosa más que deshacerle los nudos del pelo, pero cuando terminé, se llevó de nuevo la impaciente mano al cabello y pudo peinárselo desde las raíces hasta las puntas sin impedimentos. Siguió atusándose, incluso cuando parecía dormida.

Una muchacha liberada de los tanques y que había vuelto a nacer. No era gran cosa en comparación con la deflagración, los tanques y los cadáveres esparcidos por el campo de batalla, pero mientras la miraba supe que tampoco era nada.

Lo último que hicimos antes de abandonar el refugio fue destruir los tanques. Comenzamos con entusiasmo, y mientras unos soldados hacían añicos los contenedores de cristal con las hachas, otros quemaban las paredes de madera de los recintos. Yo misma tomé prestada una hacha de Simon, asesté un golpe a un tanque y me quedé contemplando la grieta que se extendía por el vidrio desde el punto del impacto. Levanté de nuevo la hacha y la emprendí a golpes

contra él hasta que lo destruí y saltaron cristales en todas direcciones.

Todo el refugio vibraba con un estrépito de cristales rotos amortiguado por el humo. Pero al rato le devolví el hacha a Simon y salí del recinto. Ya tenía suficiente de cosas rotas.

No había tiempo para enterrar a los muertos, y tuvimos que abandonar los cuerpos de los que no habían sobrevivido a la extracción de los tanques para que los encontrara el ejército del Consejo. Al otro lado de los muros del refugio, los hombres y las mujeres que perecieron en la batalla yacían allí donde habían caído, incluso los de nuestro bando. Solo retiramos los cadáveres tendidos sobre el camino para permitir el paso de los carros. Ahora nuestra prioridad eran los vivos, y cada hora que pasaba crecía la montaña de muertos en el cañón.

Partimos a última hora de la tarde, cuando el sol todavía calentaba. Nosotros marchábamos cerca de la cabeza de la columna de carros, y cuando traspasé la puerta destrozada del refugio, salí por primera vez del complejo desde la batalla.

La oscuridad en la que tuvo lugar el combate nocturno me había parecido entonces una maldición. Pero ahora que veía el campo de batalla a la luz del día, eché de menos esa oscuridad. Dos densas capas se extendían sobre la ladera; una era el reflejo del sol a ras de suelo; la otra, los enjambres de moscas que sobrevolaban los cadáveres con su zumbido discordante.

Los cuerpos que nuestra traqueteante caravana de carros y jinetes iba dejando atrás solo era la mitad de la historia. Lejos de allí yacían más personas muertas en sus hogares, asesinadas por espadas que nunca habían visto en una guerra en la que no habían luchado.

Zach cabalgaba a mi lado.

—¿Esto es lo que querías? —me preguntó al oído.

—Quería salvar personas —respondí con la mirada fija al frente.

—Lo que querías era sentirte una salvadora —repuso mi hermano.

—Eso no es cierto —repliqué sin convicción en la voz.

—Mira a tu alrededor.

No había cadáveres en la carretera, pero los caballos avanzaban con incomodidad, sacudiendo las cabezas y esquivando las nubes de moscas. Mis fosas nasales se cerraron ante el hedor, y tuve que taparme la boca con la

mano e inspirar lentamente para no vomitar.

—No me digas que esto es mejor que los tanques —añadió mi hermano, señalando los muertos a ambos lados del camino. Incluso sin la sangre y sin las moscas no habría cabido duda de que aquellos cuerpos eran cadáveres. Sus posturas eran inverosímiles, empezando por el ángulo que formaban sus cuellos y continuando por la rigidez de sus extremidades.

—No hay que elegir entre guerra y tanques —dije—. No son las únicas opciones que tenemos.

Miré sin darme cuenta a Paloma, que cabalgaba a mi derecha, unos metros más allá, y cuando me volví de nuevo hacia mi hermano, vi que él también estaba mirándola.

Sacar a la gente de los tanques solo era el comienzo. El refugio no era una fortaleza, como había dejado clara nuestra victoria. La parte más difícil de la misión sería trasladar a las personas liberadas hasta Nuevo Hobart. A caballo y viajando de día habríamos tardado alrededor de una semana en llegar a la ciudad desde el Refugio 6, pero no disponíamos de tanto tiempo. Piper y el Maestro de ceremonias no podrían aguantar mucho más tiempo en el cañón, y la General probablemente ya se habría dado cuenta de que su ataque solo había sido una maniobra de distracción. Sus soldados acabarían encontrando la manera de vadear el río por el norte para flanquear a nuestras fuerzas del cañón y emprender la persecución de nuestra caravana. Si nos alcanzaban antes de llegar a la fortaleza de Nuevo Hobart, exhaustos tras la batalla y lastrados por los desamparados omegas rescatados de los tanques, todo lo que habíamos hecho hasta ahora no habría servido para nada. Así que marchamos durante todo el día y toda la noche, deteniéndonos solo un par de horas para descansar cuando los caballos comenzaban a flaquear. Cuando la oscuridad nos dificultaba la vigilancia, yo no me atrevía a dormir y me concentraba con todas mis fuerzas para no pensar en Piper ni en los centenares de soldados desplegados en el cañón.

Los omegas de los tanques, hacinados en los carros, apenas decían palabra y hacían todo lo que les pedíamos. Eso nos había facilitado el trabajo, pero habría preferido ver algunas expresiones desafiantes en lugar de los

semblantes ausentes de las personas a las que habíamos ayudado a subir a los vehículos. Los que podían caminar, alrededor de dos mil, partieron hacia el norte escoltados por un escuadrón del Maestro de ceremonias, en dirección a sus guarniciones. El viaje no debía durar más de media jornada, pero mientras contemplaba cómo se alejaban lentamente, renqueando por la llanura, comprendí la situación de vulnerabilidad en la que los estábamos poniendo.

Zoe se acercó a mí en su caballo.

—¿Sientes algo de lo que está pasando en el cañón? —me preguntó.

—Nada que sea de ayuda —respondí.

Lo peor de mis visiones era que los horrores que veía formaban parte de nuestro plan. Sabíamos que habría una batalla y muertes, pues nosotros mismos las habíamos planeado. Nada de lo que veía, ni la sangre ni las espadas, eran una sorpresa ni un elemento de ayuda. Lo que necesitábamos saber era cuánto tiempo duraría, cuánto tiempo teníamos hasta que el Consejo frustrara por completo la carga, aplastara nuestro ejército o lo flanqueara por el norte para atacarlo en el cañón por la retaguardia. Habíamos enviado exploradores al este para que informaran a Piper y al Maestro de ceremonias de que ya habíamos partido del Refugio 6. Nuestra caravana solo necesitaba un día más para conseguir una ventaja suficiente y luego los soldados podrían retirarse del cañón. Pero ignorábamos si para entonces la retirada sería posible o si quedaría alguien para retirarse.

Aun en el caso de que nuestro ejército estuviera resistiendo en el desfiladero, había guarniciones y escuadrones del Consejo que no habían quedado atrapados en la trampa de Wyndham. Uno de esos escuadrones nos atacó en la mañana del segundo día. Más de ochenta jinetes aparecieron desde el sur. Nuestros exploradores divisaron la nube de polvo levantada por los cascos de los caballos en la tierra seca cuando aún estaban a un kilómetro y medio. La refriega fue breve, ya que los superábamos en número, pero tuvimos que proteger la columna de carros. Simon ordenó que los vehículos formaran un círculo y que los soldados se desplegaran en torno a ellos. Zoe nos reunió a Zach, a Paloma y a mí junto a los carros. Nuestros caballos se juntaron y nos parapetamos detrás de los escudos y de las paredes del carro más cercano.

Lo más extraño de la escaramuza fue la falta de reacción de las personas rescatadas de los tanques. No solo cuando nuestros soldados se enzarzaron en

un combate cuerpo a cuerpo con el enemigo, sino también cuando las flechas acribillaron los vehículos. Cuando una saeta alcanzó a un hombre con el pelo negro que estaba en el carro más próximo a mí, la víctima no emitió sonido alguno ni las personas que lo rodeaban reaccionaron. Se limitaron a seguir sentadas donde estaban, apretadas unas contra otras, mientras la flecha sobresalía de la espalda desnuda del hombre. Esperé oír un alarido que nunca se produjo, y mirando al hombre, me dio la sensación de que su cuerpo no le pertenecía, ni tampoco su dolor. Tenía la boca abierta y un hilillo de sangre se deslizaba por su mentón desde una comisura. Al cabo de unos segundos, el omega se inclinó ligeramente y quedó apoyado en la espalda de la mujer que tenía delante.

Resultaba difícil creer que el escuadrón del Consejo tuviera alguna esperanza de victoria, al fin y al cabo eran ochenta hombres contra varios centenares. Por lo tanto, concentraron todos sus esfuerzos en causar los mayores estragos posibles en nuestras filas cuando cargaron contra nosotros. Incluso desde mi escondite y con el escudo levantado, y a pesar de las filas de soldados que me separaban del enemigo, me di cuenta de lo desesperado de su ataque. También lo percibí cuando llegaron hasta mí sus gruñidos cavernosos y sus imprecaciones y gritos. Un torbellino de sonidos y de movimientos rodeaba el silencioso círculo de carros. Nos dispararon más flechas que desgarraron cuerpos, pero no lograron desgarrar el silencio de los omegas rescatados.

La lucha cesó cuando todos los soldados enemigos murieron. Mientras retirábamos sus cuerpos del camino para reanudar la marcha, pensé en que sus muertes habían sido en vano. A mi izquierda, Paloma estaba muy seria. Nos habíamos puesto en marcha de nuevo y cabalgábamos en dirección oeste. Cerré los ojos y me asaltaron las llamas. Por primera vez me dije: «Déjalas libres. No solo en Otraparte, en todas partes. Si en esto hemos convertido el mundo, que las llamas campen a sus anchas por él».

Zoe estaba bramando algo, pero yo solo veía moverse sus labios y los aspavientos que hacía con la espada mientras hablaba. Lo único que oía eran las llamas y su promesa de arrasar este mundo atroz.

—¡Tirad a los muertos! —volvió a gritarnos a Crispin, a Violet, a Ash y a mí. Debió de percatarse de nuestro desconcierto, pues insistió con

impaciencia—: ¡Vamos! ¡Aligerad la carga para los caballos y haced sitio!

Obedecimos. En los carros había por lo menos una veintena de muertos que se mantenían erguidos por la presión de los cuerpos. Dos de ellos viajaban en el carro más próximo a nosotros. Violet ya se había subido a él y estaba arrastrando uno de los cuerpos por el suelo. Le pasé las riendas de mi caballo a Zach, salté al carro y me abrí paso entre la gente sentada hasta el cadáver de una mujer. La larga melena rubia le tapaba la cara y se le había escurrido la manta de los hombros, y solo se mantenía derecha por la flecha que se le había hundido en la nuca. A pesar de que los tanques la habían dejado más ligera de lo que ninguna mujer debería ser, me costó levantar su cuerpo. Le pasé los brazos por las axilas, y cuando la alcé sobre el desnivelado suelo del carro sus flácidas piernas se arrastraron sobre las cabezas del resto de los omegas, que ni siquiera tenían espacio para apartarse.

Mi intención era bajarla del carro cuidadosamente, pero el traqueteo del vehículo y la sangre que embadurnaba la mitad derecha del cuerpo de la mujer hicieron que me resbalara de las manos y rodara por el suelo varios metros antes de detenerse. El silencio del resto de los pasajeros fue peor que el grito ahogado de Paloma.

Cuando monté de nuevo en mi caballo, Zach volvió la vista atrás para mirar el cuerpo despatarrado abandonado en la polvorienta cuneta del camino.

—¿Crees que estaba contenta? —me preguntó.

No miré a mi hermano. Tenía las manos recubiertas de la sangre de la mujer y se me pegaban las riendas del caballo.

—Zoe dio un discurso sobre construir un mundo diferente —continuó Zach—. ¿Crees que esa mujer disfrutó del tiempo que pasó en ese nuevo mundo vuestro?

Me volví y lo fulminé con la mirada.

—Tú sigue chinchándome. Sigue provocándome y sembrando dudas sobre lo que estoy haciendo.

Zach enarcó ligeramente la ceja izquierda.

—Todo lo que haces me da la razón —repuso, y se quedó expectante, con la ceja alzada.

—Sabes perfectamente cómo provocarme —respondí—. Sabes qué decir para asustarme o para que me rebele contra los demás. —Hice una pausa—. Y

eso es porque me conoces muy bien; tan bien como yo te conozco a ti. Porque crecimos juntos. Puedes fingir cuanto quieras que somos criaturas diferentes, de mundos diferentes. Y tienes razón, no somos iguales. Hemos tomado decisiones distintas. Pero me conoces. —Me encogí de hombros—. Como yo te conozco a ti. —Me volví a mirar el cuerpo de la mujer, que ya solo era una mancha lejana—. Eso de allí es obra tuya —continué—. Tuya y de la General. —Señalé los carros que nos rodeaban—. Deja de decir que esto es elección mía. Tú lo has elegido. No permitiré que sigas haciéndome sentir culpable. Soy tu hermana gemela. Crecí contigo y moriré contigo. Pero, entretanto, no cargaré con el peso tus crímenes.

Nunca había imaginado que fuera posible dormir mientras se cabalgaba, pero hubo momentos durante esos días y noches de regreso a Nuevo Hobart en los que habría jurado que la sensación de urgencia y los pasos de los caballos eran lo único que impulsaban mi cuerpo mientras yo dormía. Cuando Crispin repartía cecina para comer, estaba tan cansada que incluso me sentía incapaz de masticar. Y cada vez que nos deteníamos para descansar, dedicaba la mitad del tiempo que estábamos parados a asegurarme de que los omegas rescatados comían o, por lo menos, bebían agua.

En la mañana del tercer día, nos detuvimos en una charca que había junto a la carretera, en un espacio abierto a salvo de emboscadas. En cuanto desmontamos, los caballos enfilaron al trote hasta la orilla y se empujaron unos a otros para abrirse un hueco y beber antes de que rellenáramos las cantimploras. Eso nos salvó, pues al cabo de un minuto, el primero de los caballos, una yegua gris, comenzó a corcovear, se derrumbó sobre las rodillas y siguió revolviéndose con frenesí tumbada de costado, agitando el agua con las patas.

Simon bramó una orden y los soldados corrieron a alejar al resto de los caballos de la charca.

—Han envenenado el agua —dijo Zoe, escupiendo al suelo—. Sabían que pasaríamos por aquí.

Murieron ocho caballos; cinco de manera instantánea y el resto cuando Simon ordenó que fueran degollados para acabar con su agonía. A partir de

ese momento, solo rellenamos las cantimploras y los toneles en arroyos cuyas aguas corrieran bravas.

Cuando estábamos a media jornada de viaje de Nuevo Hobart divisamos una nube de polvo en el horizonte y se me encogió el estómago. Sin embargo, la sensación de pánico duró poco, ya que sabía que eran nuestras tropas, que habían salido de Nuevo Hobart para recibirnos y escoltarlos hasta la ciudad. Respiré hondo y tuve la sensación de que era la primera vez que respiraba desde que habíamos partido de Nuevo Hobart hacía más de una semana.

Ya más cerca, distinguí la figura encorvada de June al frente del grupo de soldados procedente de la ciudad. Zoe, Paloma y yo nos adelantamos para reunirnos con Simon en la cabeza de la columna y preguntarle a June si Nuevo Hobart había sufrido alguna represalia.

—Se presentaron hace dos días —declaró June—. Pero solo eran tropas emplazadas en la zona. Ni siquiera penetraron el perímetro exterior. No ha habido noticia de refuerzos llegados de Wyndham.

Simon asintió. June paseó la mirada por la larga caravana de carros atestados de hombres y mujeres pálidos. Seis mil personas habían estado confinadas en los tanques del Refugio 6. Cuatrocientas no sobrevivieron al sacarlas de los contenedores, y otras dos mil se habían dirigido a las guarniciones del Maestro de ceremonias en el norte. Durante el viaje perdimos a otro medio centenar, la mayoría en la emboscada, y otras porque se habían negado a comer y a beber y murieron silenciosamente sentadas en los abarrotados carros. Habíamos bajado sus cuerpos de los vehículos sin detenernos, y sus cadáveres marcaban como mojones el camino desde el refugio hasta Nuevo Hobart. Por lo tanto, traíamos con nosotros a más de tres mil quinientos omegas rescatados de los tanques.

Las muertes que se habían producido durante el viaje dejaron sitio en los carros para que alguno de nosotros pudiera viajar en ellos, así que me subí a uno de los vehículos no solo porque estuviera cansada de cabalgar, sino porque quería recorrer en compañía de los omegas liberados aquel último tramo del regreso a casa. Zach y Paloma subieron al carro conmigo, si bien mi hermano se quedó recostado en la pared trasera, guardando las distancias con

los omegas más próximos a él. Crispin, Ash y Violet cabalgaban al lado del vehículo, mientras que Zoe iba de pie junto con el conductor.

Según nos acercábamos a la puerta de la ciudad, algunos omegas se volvieron a mirar la colina sobre la que se levantaba Nuevo Hobart. La mayoría permanecieron callados y no variaron su gesto de indiferencia, pero unos pocos habían comenzado a recuperar la facultad de hablar en los últimos dos días.

—Conozco este lugar —dijo un omega, señalando la colina y agarrando el hombro del que estaba sentado delante de él—. Es Nuevo Hobart.

Sus palabras causaron tanta sorpresa en él como en mí. Estaba sonriendo, y a pesar de que la última semana había sido una de las más terribles de mi vida, yo también sonreí.

El viaje desde el refugio había sido una evacuación. Pero en este momento, mientras entrábamos por la puerta oriental poco después del amanecer, tuve la sensación de que estaba desfilando en una marcha triunfal. En la parte delantera del carro, Zoe seguía de pie rodeando con el brazo un poste del armazón del vehículo. Se volvió para mirarme sonriente y con los ojos entornados por el sol que brillaba con fuerza. Paloma, sentada a los pies de Zoe, alzó los ojos para mirarla y dijo algo, aunque no pude oírla y solo la vi mover los labios en medio del traqueteo del carro, los gritos jubilosos de los soldados que cabalgaban a nuestro lado y el chacoloteo de los caballos cuando alcanzamos las calzadas adoquinadas de la ciudad. Estábamos en casa.

Sin embargo, debería haber tenido presente que no podía confiar en mi alegría.

Zoe desvió la mirada hacia el este y oteó el horizonte como si buscara algo. Entonces todo su cuerpo se quedó rígido y cayó desplomado del carro, como un ahorcado cuando cortan la soga de la que cuelga.

Paloma gritó y saltó del carro. El vehículo aún estaba en movimiento cuando me lancé al suelo desde la parte trasera y eché a correr. Tuve que apartar a Violet y a Ash para llegar al cuerpo de Zoe, que yacía boca abajo. Escruté la muralla en busca de un arquero con el temor de que nos hubieran tendido una trampa. Sin embargo, no descubrí nada raro, y cuando agarré a Zoe por el hombro y la giré para tumbarla boca arriba, no vi sangre, solo las magulladuras y los moratones de la batalla, cuyos bordes ya habían comenzado a adquirir un tono amarillento.

Entonces supe que su vida no estaba en nuestras manos. Crispin se agachó para ayudarme con ella, pero cuando advirtió que no había ninguna herida en su cuerpo volvió a levantarse, sudando, se volvió hacia la puerta de la ciudad y llevó la mirada más allá de los últimos carros, hacia el camino por el que habíamos venido.

Zach asomaba la cabeza desde el carro, que ya se había detenido, y evaluaba la situación con los ojos entrecerrados.

Solo Paloma no comprendía lo que había sucedido.

—¿Qué le pasa? —preguntó gritando, y tiró de la blusa de Zoe como si así fuera a dejar a la vista una herida no sangrante que habíamos pasado por alto—. ¡Haced algo! —gritó tan cerca de mí que noté su aliento en la cara—. ¡Haced algo!

No había nada que yo pudiera hacer. Cuando apreté el dedo contra el cuello de Zoe, apenas noté la palpitación de la vena.

—No es ella —le dije a Paloma—. Es Piper.

Y nunca había parecido más cruel esta jugarreta de la historia, este vínculo que la deflagración había establecido entre dos cuerpos, entre hermanos gemelos. Zoe, pálida como la tierra sobre la que yacía sufriendo la agonía de Piper, tan lejos de aquí.

Zoe, con su estatura y su musculatura, pesaba tanto que tuvimos que levantarla entre tres para subirla al último carro cuando entró por la puerta. Depositó su cabeza y sus hombros en el suelo, pero era el cuerpo de Piper el que veía, maltrecho en mitad del campo de batalla. Estaba vivo, pero a juzgar por la débil respiración de Zoe, ahí acababan las buenas noticias.

La gente se congregó en las calles para observarnos. No sé qué habían esperado ver cuando se anunció nuestra llegada, o si habían planeado vitorearnos, pero nos miraban en silencio e inmóviles, salvo por los que ocupaban las últimas filas, que saltaban y estiraban el cuello para ver mejor lo que entraba por la puerta de su ciudad: soldados heridos, personas en un estado lamentable y quietas como estatuas dentro de carros, ajenos a la muchedumbre que los contemplaba; y en el último vehículo, el cuerpo tendido de Zoe, y Paloma y yo buscando alguna cosa con la que cubrirlo.

Tuve la sensación de que tardamos una eternidad en llegar a la oficina del recaudador de tributos y dejar atrás la multitud de rostros curiosos. En la puerta estaban esperándonos algunos soldados para ayudar a bajar a los omegas liberados de los tanques y escoltarlos a las camas que les habían preparado en dos amplias estancias situadas en la parte trasera de la oficina que se habían convertido en dormitorios improvisados. Acostamos en una de las camas a Zoe, cuyo aspecto era peor que el de cualquiera de los omegas rescatados. Su piel se había vuelto de un color ceniciento y tenía el cuerpo agarrotado. Las filas de personas que había a su lado estaban calladas pero conscientes. Zoe, sin embargo, estaba completamente quieta y tenía la boca abierta.

Elsa nos encontró allí, en la habitación en penumbra. Se abrió paso entre la gente para llegar a nosotras todo lo rápido que le permitían las piernas torcidas.

—¿Dónde está? —preguntó en cuanto comprendió el significado del estado de Zoe.

Negué con la cabeza.

—Cuando partimos del refugio seguía la lucha en el cañón. Solo gracias a eso hemos conseguido llegar a Nuevo Hobart sanos y salvos. Cuando decidan retirarse todavía les quedarán cinco días de viaje...

Dejé la frase en suspenso. No añadí «si», pues me pareció que ya había demasiados sis: si Piper no muere antes; si no lo dan por muerto y lo abandonan en el campo de batalla; si alguien lo pone a salvo; si son capaces de retirarse del cañón y hacer el viaje de vuelta. Demasiadas razones para que cada respiración de Zoe pareciera un milagro.

Desde el mismo momento que había propuesto mi plan del señuelo supe que Piper decidiría liderar nuestro ejército en la incursión en el cañón. También sabía que el rescate de los omegas conservados en los tanques tendría un coste en vidas. De modo que era muy egoísta por mi parte lamentarme ahora de que entre los muertos pudieran contarse a Piper y a Zoe. Me pregunté si volvería a tomar la misma decisión de haber sabido exactamente el precio que íbamos a pagar, pero era una pregunta que no podía responder, ni siquiera solo para mí. Además, sabía que yo no había tomado la decisión; lo había hecho Piper, y por extensión, también Zoe.

Trasladamos a Zoe a la casa de acogida esa misma noche. También se instaló a cuarenta omegas de los tanques en el dormitorio de Elsa. Se ocuparon todas las camas y aún hubo que acomodar a algunos en el suelo. Mi cama y la de Zach fueron llevadas al comedor. Yo había sugerido que nos quedáramos en el antiguo cuarto de Sally y Xander, pero Simon insistió en que ocupáramos una habitación que diera al patio y no a la calle, y me alegré de no tener que dormir donde Sally había muerto. Simon fijó personalmente en la pared de un rincón del comedor el aro de acero por el que pasaba la cadena de Zach.

La casa de acogida estaba de nuevo llena a rebosar, como la primera vez que entré en ella. Pero en lugar de los escandalosos niños, la ocupaban los omegas con el silencio que habían traído de los tanques. Deambulaban por la casa vestidos con prendas que no eran de su talla donada por los habitantes de Nuevo Hobart o confeccionada por Elsa con sábanas y mantas. La mayoría de los rescatados se pasaban el día sentados en el patio, y aunque se quemaban

con facilidad, no podía reprocharles su ansia por sentir en la piel los rayos del sol después de tantos años metidos en los tanques.

Me aseguré de que Rhona fuera una de las personas que se instalara en la casa de Elsa. La mañana siguiente de nuestra llegada la observé mientras ella estaba sentada en el suelo del patio dibujando en la tierra con un palo. Me acerqué furtivamente para ver qué estaba dibujando. Con trazos infantiles había esbozado una casa y luego algunas letras, el comienzo de una palabra que no terminó. Luego dibujó una montaña y otra casa. Al acabar cada dibujo, pegaba el palo al suelo y borraba lo que había hecho para empezar de nuevo. Cuando unas horas después regresé al patio, el sol ya declinaba y las sombras alargadas se extendían hacia el tejado de la casa de acogida, pero allí seguía ella, dibujando en la tierra.

Paloma deambulaba por la casa como un fantasma furioso. Solo hablaba para pedir cosas que necesitaba para Zoe: una sábana limpia, algo para clavar a la ventana e impedir que las moscas entraran en la habitación. Cuando le llevábamos la comida, parecía que comía y bebía solo porque su cuerpo le recordaba cómo hacerlo, no porque quisiera.

Todos estábamos en un estado de espera; pasábamos las noches en vela esperando la recuperación de Zoe y pendientes de recibir noticias de Piper. Si estas eran buenas, llegarían por la carretera oriental. Si eran malas, las conoceríamos antes a través de Zoe, cuando dejara de respirar.

Desde Wyndham llegaron exploradores con información, pero las noticias que traían eran de hacía varios días. Contaron que la batalla en el cañón había sido cruenta. Nuestros sabotadores habían destruido por completo los puentes y las fuerzas de la General se habían dado cuenta enseguida de que estaban atrapadas, pero todavía tenían a su favor las defensas naturales del cañón y la superioridad numérica. Habían cargado con fuerza contra nuestros soldados desplegados en el cañón, y al segundo día de lucha, los soldados del Consejo habían comenzado a cruzar el río en una flota reunida apresuradamente. Nuestros arqueros apostados en la otra orilla habían impedido que algunas embarcaciones lograran su objetivo y abatido a numerosos enemigos. El ejército de la General también había construido balsas para trasladar los caballos, aunque los animales, en un ataque de pánico, habían hundido por lo menos una y los hombres y los caballos que viajaban a bordo se habían

ahogado. Sin embargo, finalmente habían conseguido cruzar el río suficientes tropas del Consejo para atacar a nuestros arqueros y recuperar el control del río. Algunos escuadrones de la General habían partido hacia el Refugio 6, pero cuando llegaron lo encontraron vacío. Las caravanas que habíamos enviado hacia el norte habían sufrido ataques: «bajas importantes», le dijo la joven exploradora a Simon, y yo asesté un manotazo a la mesa.

—Sé más concreta —le dije—. ¿Qué significa eso? ¿Cuántos han muerto?

La muchacha se mordió el labio inferior y respiró hondo.

—La caravana que se dirigía a Haven llegó intacta. Pero los soldados del Consejo alcanzaron la segunda caravana en el valle del Ithon y mataron a casi la mitad de los omegas rescatados... alrededor de quinientos... y al menos a cincuenta soldados nuestros.

Ojalá no se lo hubiera preguntado. Simon maldijo en voz alta con los tres puños apretados. Me volví hacia la ventana y vi a Rhona en el patio, rodeada de otros rescatados que tenían los ojos cerrados y los rostros vueltos hacia el sol. Ella seguía dibujando en la tierra con el palo, y sentí que todos mis planes y mis cálculos habían sido tan inútiles como sus garabatos. ¿Cómo se calculaba el valor de esas vidas y de las pérdidas?

Miré de nuevo a la exploradora.

—¿Eso es todo? —le preguntó Simon.

Ella asintió.

—Lo último que vi fue que las tropas del Consejo estaban rodeando a nuestro ejército para atacarlo por ambos flancos.

Simon le concedió permiso para que se retirara y respiró hondo.

—Aguantaron en el cañón más tiempo del que jamás nos habríamos atrevido a imaginar, Cass.

—No hables así —dije.

—¿Así cómo?

—Como si ya te hubieras rendido. Como si todo hubiera acabado.

Suspiró.

—Ya has visto cómo está Zoe. Has oído a la exploradora. Tenemos que decidir qué hacemos ahora. Hay que ganarse la lealtad de lo que queda del ejército del Maestro de ceremonias para conservar Nuevo Hobart sin él. Hay que centrarse en llevar a Paloma a la costa para que pueda regresar a

Otraparte.

La mención de Otraparte hizo aparecer un fuego arrasador en mi cabeza y me tambaleé.

—Aún no ha acabado —dije a través de las llamas—. Conozco a Zoe. Y a Piper. Esto no ha acabado aún.

Durante los cinco días siguientes me asustó la idea de dormir, y me daba miedo no hacer nada. Cuando Xander desapareció, soñé con su cuerpo y supe que estaba muerto. No quería que ahora pasara lo mismo con Piper. Y si él y Zoe iban a morir, tampoco quería saberlo. De manera que buscaba mantenerme ocupada día y noche. Ayudaba a Elsa con sus tareas: cosía ropa para los omegas rescatados, cocinaba y fregaba cacerolas hasta que las manos se me agrietaban y sangraban. Pese a ello, las visiones irrumpían en mi cabeza, estuviera despierta o dormida; sin embargo, no me decían nada nuevo, solo que el fuego arrasaría el mundo. A veces notaba que después de una visión tardaba un par de minutos en poder hablar de nuevo, e incluso cuando por fin podía emitir sonidos, se me trababa la lengua. Era como si las llamas estuvieran quemando mis palabras.

La mayoría de las personas liberadas de los tanques tenían alguna lesión (rozaduras en la piel blandísima debidas al largo viaje dentro de los carros, heridas sufridas durante los ataques a la caravana) de la que aún estaban recuperándose. Les vendábamos las heridas y les administrábamos tintura de amapola y beleño para aliviarles el dolor, y valeriana por la noche para ayudarlos a conciliar el sueño. También nos esforzábamos en que comieran. Había sido una bendición que no comieran más, pues incluso después de haber recuperado el control del paso de los Demoledores, teníamos poco que ofrecerles, pero cuando veía las clavículas de Rhona marcadas en su pecho hundido rezaba para que tomara una cucharada más del caldo que le ofrecía.

Ya no cabía duda de que la rápida recuperación del organismo de Kip después de sacarlo del tanque se había debido a la fortaleza de su cuerpo alfa. Para los omegas, el proceso era más lento y su resultado una incerteza. Incluso Kip había sufrido daños cerebrales; sus recuerdos se habían borrado, como la estela de un barco en el mar. Kip había tenido que renacer sin saber quién era

ni lo que había hecho.

Ahora los millares de personas que habíamos rescatado de los tanques tendrían que hacer lo mismo; reunir las pocas piezas del rompecabezas de sus vidas que habíamos podido rescatar de los tanques y rehacerlo.

La mayoría tenía problemas para dormir. Por la noche, cuando Zach y yo estábamos acostados en el comedor, oía sus pasos mientras deambulaban por la casa. El tiempo no existía para ellos. Habían despertado de un pasado que no recordaban en un presente que era inasible para ellos. Tal vez por eso me sentía cómoda en su compañía, ya que mi propia noción del tiempo era tan incierta que compartía su sensación de vivir perdida en los días.

Paloma no prestaba atención a los omegas ni a su errar por la casa, de la misma manera que no hacía caso de nuestras súplicas para que descansara y comiera. Se negaba a separarse de Zoe, y cuando entré en su habitación al segundo día de nuestra llegada, ni siquiera levantó la cabeza para mirarme.

—Está peor —dijo mientras apretaba un paño contra la frente de Zoe.

Tenía razón. Zoe tenía la piel seca y pálida y los labios agrietados. Sus párpados se abrían de vez en cuando, pero entonces ponía los ojos en blanco. Presté atención a su respiración. Cada vez que espiraba, tardaba tanto tiempo en volver a coger aire que cuando por fin lo hacía daba la impresión de que había sido por casualidad. Paloma también estaba en vilo cada vez en espera de oír que Zoe inspiraba de nuevo.

—Por primera vez entiendo a tu hermano —dijo Paloma. La miré y siguió hablando atropelladamente—. No es que crea que los tanques estén bien. Sé que no son la solución... Ya lo sabía antes de ver el Refugio 6. Pero ahora... —hizo una pausa y bajó la vista hacia Zoe— ahora puedo entender, por lo menos en parte, por qué los puso en marcha. Y por qué algunos alfas estuvieron de acuerdo con él.

Recordé cuando Zach y yo vivimos de críos la lenta agonía de nuestro padre, muriendo de la enfermedad de su hermana gemela. Había visto el miedo y la ira en el rostro de Zach, y ahora los reconocía en la cara de Paloma.

Entonces me sobrevino la visión. Aunque tal vez «visión» no sería la palabra adecuada para definir lo que vi, pues no era más que una oscuridad tachonada de destellos. Pero oí la respiración de Piper y percibí su caballo dando brincos debajo de su cuerpo.

—Ya vienen —dije.

Simon envió dos escuadrones a su encuentro. Le supliqué que me dejara acompañarlos, pero se negó rotundamente.

—Ya hay bastantes peligros como para salir a buscar más. Si están regresando, las tropas de la General no deben de andar lejos.

En contrapartida, me permitió esperarlos en la puerta de la ciudad escoltada por Violet.

—¿Será esa la vanguardia del grupo? —me preguntó mientras observaba el puñado de soldados desaliñados que enfilaba por la carretera oriental al encuentro de Simon y sus jinetes.

Negué con la cabeza.

—Es todo lo que queda de ellos.

De los cuatrocientos soldados que habían marchado al cañón, apenas sesenta regresaban en aquella columna renqueante. La mayoría iba a pie y solo unos pocos a caballo. De montura a montura habían tendido parihuelas que transportaban a los heridos más graves. Cuando los soldados estuvieron más cerca, no acerté a ver a ninguno de ellos que no estuviera herido. Incluso el Maestro de ceremonias llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo y un tajo le cruzaba la cara desde el ojo hasta la mandíbula y le torcía la boca. «Perfección física», había dicho sobre los alfas cuando discutimos sobre el final del vínculo gemelar. Sin embargo, no me alegró ver su rostro mutilado.

Había cedido su caballo a un soldado con heridas más graves y él llegaba caminando. Cuando lo recibí en la puerta no se anduvo con rodeos.

—Vienen detrás de nosotros. Nos atacaron en el paso de Aser y de nuevo en la margen occidental de los pantanos. Han estado en el refugio. Ya han tomado represalias, en la hondonada de Shute. Han hecho incursiones y arrasado asentamientos enteros. Imagino que habrán llevado a todo el mundo al Refugio 3.

—No se puede hacer nada para detenerlos, ¿verdad?

—Es más fácil empezar una guerra que terminarla —respondió el Maestro de ceremonias—. Tomamos una decisión. Y no me refiero a la de atacar el refugio... Fue mucho antes, cuando liberamos Nuevo Hobart. El contraataque de la General era una cuestión de tiempo. —Pese a la gravedad de sus palabras, el Maestro de ceremonias hablaba con los hombros caídos y un

cansancio evidente—. ¿Cuántos conseguisteis regresar vivos?

—En total, más de cinco mil —respondí. Creo que sonrió, aunque con la boca torcida por la herida era difícil saberlo con certeza—. ¿Podemos repeler un ataque?

Se volvió para echar un vistazo a su ejército diezmado; los soldados renqueantes y ensangrentados entraban en fila por la puerta.

—Temporalmente.

Cuatro soldados llevaron a Piper a la casa de Elsa. Lo trasladaron en una parihuela caminando con solemnidad y lentamente, como si estuvieran trasladando su cadáver a la sepultura.

Su cuerpo respondió todas las preguntas que yo pudiera tener sobre lo ocurrido en el cañón. En el brazo y en la mano exhibía los rasguños y los cortes ya cerrados del inicio de la lucha. Los moratones tenían varios días y ya habían adquirido tonos morados y amarillos. Luego estaba la herida más reciente, atroz y devastadora, que databa del momento en que el ejército de la General los había derrotado. Estaba en un lado de la cabeza y no era un tajo limpio del filo de un acero, sino el estropicio informe de un golpe con un hacha o la empuñadura de una espada, que más que hendirle esa parte de la cabeza se la había machacado. Elsa hizo lo que pudo para coserle la herida, pero lo que quedaba de su cuero cabelludo era una masa de sangre y carne triturada. En algunas zonas incluso se le veía el cráneo, cuya blancura contrastaba con el revoltijo de piel ensangrentada que lo rodeaba.

—Creo que también tiene una fractura en el cráneo —dijo Elsa cuando me incliné para mirar detenidamente la herida—. Pero a veces es mejor que sea así. Si el cráneo no se abre, la hinchazón se queda sin espacio...

Dejó la frase en suspenso y me imaginé el cerebro de Piper aplastado contra el cráneo.

Por la comisura de la boca le brotaba un hilillo de sangre hasta la barbilla. Ya estaba seca y formaba una costra negra. Se la limpié con un paño húmedo, dándole suaves toquitos en la piel.

No me di cuenta de que le había puesto una mano en el pecho para asegurarme de que ascendía y descendía hasta que bajé la mirada. En la cama

de al lado, el pecho de Zoe se movía en sincronía con el suyo.

Al día siguiente me enteré de cómo se había salvado. Elsa me había enviado a la sala de estar para que le trajera más aceite del árbol del té para la cabeza de Piper. La ventana estaba abierta, así que solo los barrotes me separaban de la calle. Violet estaba de servicio en la puerta principal y hablaba con un soldado alfa que había luchado en el cañón.

—¿Has visto cómo está? —preguntó el hombre.

—Tiene mal aspecto —respondió Violet.

—Tendrías que haberlo visto cuando el jefe lo rescató. Pensé que ya estaba muerto. No entendí por qué se molestaba en arrastrar el cuerpo hasta nuestras líneas.

Cuando esa noche el Maestro de ceremonias volvió a la casa de Elsa, yo estaba en la cocina lavando mi camisa manchada de la sangre de Piper. La había tenido en remojo en agua fría todo el día, pues en los últimos meses aprendí que era lo mejor para sacar la sangre de la ropa.

Me di la vuelta, todavía con las manos apoyadas en el fregadero, y vi que el Maestro de ceremonias se servía agua en una taza. Intenté imaginármelo cargando con el cuerpo inconsciente de Piper, que era más alto y más corpulento que él. No debía de haber sido sencillo, y mucho menos en mitad de la batalla.

—He oído que fuiste tú quien rescató a Piper de la batalla.

—Da igual quién lo hiciera —dijo mientras se servía un poco más de agua.

Durante unos momentos, el único ruido que se oyó fue el que hizo la taza cuando volvió a dejarla en la mesa.

—Gracias —dije.

El Maestro de ceremonias se encogió de hombros.

—Lo necesitamos. Sobre todo después de lo de Sally. —Se sentó y tomó otro trago de agua—. Necesitamos a alguien que lidere a los omegas. —Bebió otro sorbo—. Además, me cubrió las espaldas en la entrada del cañón. Me salvó la vida un par de veces.

Menos de un mes antes, Piper y yo habíamos estado desollando ratas en esta misma cocina y riendo juntos mientras enumerábamos las cosas que

quedarían fuera de los relatos de nuestra aventura si alguna vez alguien escribía sobre ella. Ahora pensé en las historias que el Maestro de ceremonias y yo nos contaríamos si vivíamos lo suficiente para algún día hablar sobre todo esto. ¿Qué nos dejaríamos? ¿A los que habían muerto por obedecer nuestras órdenes? ¿Los cadáveres abandonados en el cañón? ¿Los cuerpos que habíamos dejado en el refugio?

Seguí frotando la camisa. La mancha había desaparecido casi por completo y solo quedaba el rastro de los bordes, un terco contorno parduzco de sangre, como el dibujo de una isla en un mapa.

Tendí la camisa delante del fuego y atravesé junto al Maestro de ceremonias el patio en dirección al pequeño cuarto donde descansaban los cuerpos convalecientes de Zoe y de Piper, uno al lado del otro. Paloma no dio muestras de percatarse de nuestra llegada. Estaba sentada junto a la cama de Zoe, con la silla pegada a ella para poder poner los brazos y la cabeza en el colchón. A pesar de que la ventana estaba abierta, el olor a enfermedad flotaba en el ambiente, pues había demasiada gente respirando en muy poco espacio.

Cada vez que Piper tomaba aire, este tenía que pasar por los pulmones ensangrentados y su respiración era anhelante. Pensé que no podía existir nada peor que ese sonido, ese ruido borbotante y sibilante del aire buscando un resquicio para pasar. Pero entonces cesaron los resuellos y fueron sustituidos por algo peor. Una y otra vez tuve que pegar la oreja a su boca para comprobar que seguía respirando. La quietud absoluta de su cuerpo y la perfecta definición de sus músculos le conferían el aspecto de una estatua. Su tez había palidecido y los bordes de sus labios mostraban un color azul. Cuando le cogí la mano, tenía los dedos rígidos y fríos.

—¿No hay más mantas? —le pregunté a Paloma.

—Se dejó la mitad de la sangre en el cañón —dijo el Maestro de ceremonias—. Las mantas no van a solucionar nada.

No le hice caso y subí la manta que lo tapaba hasta la barbilla. Dejé la mano posada en su mentón unos segundos.

—Deberías descansar —le dije a Paloma—. Y comer algo.

Pero no me hizo caso. El pelo, tan sucio que su rubio cegador se había oscurecido, le colgaba delante de la cara mientras miraba fijamente a Zoe. Cuando el Maestro de ceremonias se marchó, ni siquiera alzó los ojos.

—¿Estás bien? —le pregunté cuando oí que los pasos del Maestro de ceremonias se alejaban por el patio.

Era una pregunta estúpida y no se molestó en contestarme. Volví a intentarlo.

—Tienes que ir a la costa. Te llevaremos hasta los barcos. Dentro de un par de semanas cambiarán los vientos y podrás navegar.

Los exploradores del Maestro de ceremonias habían traído información del oeste. Al parecer, la *Rosalind* ya estaba completamente reparada y lista para zarpar, y los dos barcos de los escuadrones costeros del Maestro de ceremonias ya casi estaban a punto para acompañarla en la travesía. No obstante, los exploradores también habían informado de un incremento en la actividad de la flota de la General, ya que habían divisado barcos negros patrullando la costa, y en los astilleros que el Consejo tenía en los acantilados Blancos se trabajaba día y noche. Cuando terminara la primavera, los vientos del sur que debían llevar a Paloma y a nuestra flota al norte para alertar a Otraparte también empujarían los barcos del Consejo que estaban buscando la tierra de Paloma. Siempre y cuando las naves de Otraparte no arribaran antes y sus tripulantes cayeran en manos del Consejo.

—No voy a abandonarla en este estado —dijo Paloma.

—Las tropas de la General están congregándose ahí fuera. Aquí no estás a salvo.

—No estoy a salvo en ninguna parte —repuso. Me miró a los ojos—. Tú misma me lo dijiste. Creí todo lo que me contaste sobre el Consejo, pero ahora que lo he visto con mis propios ojos, sé que es real. Van a bombardear mi hogar. ¿Qué más da que llegue a tiempo para alertarlos? No se puede huir de un bombardeo. No se puede evacuar a un millón de personas. —Cerró los ojos un momento antes de continuar—: De todos modos, no cambiaría nada. No pienso marcharme de aquí. —Tenía la mano encima de la de Zoe—. No sabía qué esperar cuando me ofrecí como emisaria. —Me sorprendió la sonrisa que se le dibujó en el rostro. Últimamente no había habido muchos motivos para sonreír—. De todas las cosas que han pasado —añadió, ahora mirando a Zoe—: encontrar la *Rosalind*, sobrevivir a las tormentas y encontrar un nuevo lugar donde todavía hay gemelos, ninguna era más inverosímil que conocerla.

Zach evitaba cuanto podía a los omegas rescatados. Si se cruzaba con alguno en el pasillo cuando lo llevábamos a la cocina, encogía el cuerpo y se pegaba a la pared. Cada vez pasaba más tiempo en nuestra habitación, sentado en la cama, sin querer salir al patio ni ir a comer a la cocina. Yo no me quejaba, ya que prefería no tenerlo sentado a la mesa con Elsa y conmigo.

Una mañana lo encontré mirando a Rhona a través de la ventana de nuestra habitación. La muchacha estaba sentada en el suelo del patio, reconcentrada en la naranja del árbol de Elsa que estaba comiendo. Colocaba cuidadosamente en el suelo las semillas que iba encontrando y formaba una fila con ellas. No era la primera vez que la veía hacer una cosa parecida. En otras ocasiones había corregido milimétricamente todos los tenedores de la mesa para que estuvieran rectos, o había juntado la ceniza del fuego de la cocina para formar líneas rectas. Entendía, o eso quería creer, su búsqueda de alguna clase de orden en un mundo que tenía tan poco sentido para ella.

—No son muy útiles, ¿eh? —dijo Zach—. No los veo engrosando las filas de vuestro ejército.

—No es una cuestión de utilidad —repliqué—. Ese ha sido siempre tu problema.

—¡Mira a tu alrededor! ¡Has sacrificado la mitad de tu ejército para rescatar a una pandilla de pirados! La General está cada día más cerca. Diría que no soy el único que tiene problemas.

Se asomó de nuevo a la ventana. Los omoplatos se le marcaban a través de la camisa. Siempre había sido delgado, pero las facciones de su cara eran ahora más afiladas. Reparé en que se toqueteaba la mandíbula. Tenía las uñas muy crecidas, astilladas y negras. Estaba asustado, lo sabía porque reconocía mi propio miedo en él. Cada día llegaban exploradores con información nueva sobre el ejército que la General estaba congregando.

—¿Qué quiere la General de ti?

Le había hecho la misma pregunta tantas veces desde que la General se presentó con la exigencia de que se lo entregáramos, que ya había perdido la cuenta. Y nunca me respondía; ni tampoco al Maestro de ceremonias ni a Piper cuando lo interrogaban. Ahora me acosaba la duda de si la desesperación que había mostrado cuando lo torturé fue sincera. No pude sacarle más que lo del

bosque Negro, que en definitiva no nos supuso ningún beneficio y nos costó la vida de Tash.

Sin embargo, su inquietud iba en aumento ahora que el ejército de la General estaba acercándose a Nuevo Hobart, y por primera vez, cuando lo interrogué sobre la General, no hizo oídos sordos a mi pregunta.

—Me consideraba prescindible —dijo sin dejar de mirar por la ventana—. Desde entonces ha tenido tiempo para darse cuenta de que estaba equivocada.

—¿Por qué? Tú mismo dijiste que quien de verdad conocía las máquinas era la Confesora. Ella fue quien consiguió volver a ponerlas en funcionamiento. —La Confesora estaba muerta. Lo que Kip había empezado con el salto, yo lo terminé al sepultar su cuerpo en las aguas del Arca inundada—. Por lo tanto, ¿qué quiere la General de ti?

Mi hermano se volvió entonces para mirarme.

—Tal vez la Confesora conociera los secretos de las máquinas, pero trabajaba para mí. Era demasiado inteligente para confiar en la General. Ahora la General ha comprendido ese detalle, supongo. Se ha dado cuenta de que me necesita. —Se volvió de nuevo hacia la ventana y dirigió la vista hacia el este, donde las tropas del Consejo estaban reuniéndose—. Comenzó conmigo y terminará conmigo.

Soltó una carcajada estridente y siniestra, y ni todas mis amenazas y diatribas consiguieron sacarle más información. No entendía qué había querido decir, pero una cosa sabía con seguridad: el final estaba cerca.

Estaba con Paloma en su habitación, respirando el aire cargado, cuando ya entrada esa noche los párpados de Zoe se despegaron una fracción. No quise echar las campanas al vuelo, ya que no era la primera vez que sus ojos se abrían durante unos instantes sin que eso significara una mejora en su estado, pero esta vez también abrió la boca y dejó salir un gruñido grave de dolor.

Paloma soltó el aire de los pulmones en una mezcla de suspiro y de sollozo. Durante días sus labios habían estado prácticamente sellados y apenas había hablado, pero ahora se inclinó sobre el rostro de Zoe y comenzó a susurrarle y a llorar y a besarle la frente.

No me pareció bien seguir mirándolas, así que me volví para observar a Piper y esperé. No pareció verme cuando abrió los ojos.

—¿Me oyes? —le pregunté cuando vi que escrutaba el techo.

Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y el movimiento le produjo un breve estremecimiento. Carraspeó.

—¿Lo conseguisteis? —Siempre había tenido la voz grave, pero tanto tiempo sin hablar hizo que ahora sonara como un graznido.

—Sí —respondí. Era mentira, pero solo en la medida en que todas las palabras son mentira, porque describen superficialmente las cosas y dejan fuera la complejidad de la verdad. Cuando llegara el momento, Piper se enteraría por sus propios medios de lo demás: los miles de omegas que habíamos sacado de los tanques estaban mal y quizá nunca alcanzaríamos a comprender qué les pasaba; habíamos perdido a centenares de personas en el

refugio y en las caravanas, así como en el cañón; las fuerzas del Consejo procedentes de Wyndham estaban congregándose en las llanuras que rodeaban Nuevo Hobart.

Pero Piper, por ahora, podía conformarse con una respuesta sencilla como ese «sí».

Intentaba no escuchar lo que Paloma y Zoe se decían en susurros durante esas primeras horas después de que Zoe y Piper despertaran. Me mantuve atareada ocupándome de los cuidados de Piper: le acercaba a los labios la cuchara con el caldo que Elsa le había preparado; lo regañaba cuando hacía el ademán de tocarse la herida; respondía a sus preguntas sobre lo ocurrido desde que nos separamos en el cañón. Yo estaba sentada entre su cama y la de Zoe, de espaldas a ellas, así que por lo menos tenían una impresión de intimidad. Pero la habitación era pequeña y oía todo lo que decían.

Zoe se había recuperado más rápidamente que Piper y ya intentaba sentarse e incluso hablaba de que quería levantarse pese a las protestas de Paloma. Cuando esta le repitió por tercera vez que permaneciera acostada, oí que Zoe se dejaba caer sobre la almohada.

—Se suponía que no ibas a ser tú la que cuidara de mí —refunfuñó Zoe.

—¿Se suponía? —Paloma se echó a reír—. Hablas como si hubieras sabido de antemano que todo esto sucedería.

—Pensaba que podría protegerte de todos los peligros —repuso Zoe con seriedad—. Cuando apareciste, creí que sería capaz de cuidar de ti hasta que te enviáramos a casa. Me sentía como si mi vida y mi mundo fueran una pesadilla en la que tú habías entrado casualmente. —Hizo una pausa y tragó saliva. Todavía tenía la garganta seca—. Pero no es una pesadilla de la que uno se despierte. No puedo protegerte, así que mucho menos puedo proteger Otraparte...

—Yo no he entrado casualmente en ninguna parte —la interrumpió Paloma—. Yo elegí unirme a la expedición marítima de mi pueblo. Elegí subir a bordo de la *Rosalind* y no huir cuando me enteré de lo que era capaz de hacer el Consejo. Yo elegí esto.

Estaba de espaldas a ellas, pero reflejado en el vidrio del vaso que

sostenía en la mano vi que Paloma se inclinaba y tendía lentamente los dedos para posarlos en los de Zoe.

—Todo esto —concluyó Paloma.

Zoe se recuperó rápidamente y al segundo día ya estaba en pie, cruzó el patio y se encontró con Elsa en la cocina. Sin embargo, Paloma nunca volvió a ser la misma con Piper. Me percaté de las reservas que mostraba en su relación con él durante los siguientes días, mientras Piper seguía convaleciente. Le hablaba como siempre y lo ayudaba de buena gana cuando en esos primeros días incluso sentarse en la cama le suponía un gran esfuerzo. Pero estaba pendiente de él todo el tiempo, y el primer día que consiguió levantarse de la cama y arrastrarse hasta la ventana, Paloma no le quitó el ojo de encima en ningún momento. Cuando Piper comenzó a moverse con más autonomía por la casa de acogida, me di cuenta de que Paloma a veces se interponía entre él y Zoe, como si poniendo su cuerpo en medio pudiera romper el vínculo que unía a los dos hermanos en la muerte.

Paloma conocía de antes los efectos del fatal vínculo, pero no se había dado cuenta de lo que este significaba realmente hasta que vio peligrar la vida de Zoe. Hasta que la vio desplomarse desde del carro solo había sido un concepto abstracto. Solo ahora comprendía qué era el vínculo gemelar y la importancia que tenía para nosotros su llegada de Otraparte. La capacidad de poner fin a ese vínculo era, a su manera, tan poderosa como la misma deflagración.

Los días que siguieron fueron eternos y llenos de inquietud. El verano se acercaba y al mediodía hacía tanto calor que los barrotes de las ventanas quemaban cuando se apoyaba la cara en ellos. Yo seguía buscando en vano la máquina de la deflagración. La mayoría de las veces no sentía nada en absoluto. Pero más frustrantes eran los días que sentía algo, ya que las ubicaciones que recibía eran contradictorias; a veces el fuego me llamaba desde el nordeste, pero días después estaba igual de segura de que recibía su llamada desde el sur. Estaba acostumbrada a perder la noción del tiempo — una ventaja de ser vidente—, pero comenzaba a perder la capacidad de orientación en el espacio, y esto era algo nuevo, un terror desconocido hasta

ahora.

Piper y Zoe prosiguieron su mejoría, Piper con más lentitud. Los omegas rescatados de los tanques también estaban volviendo a aprender a vivir. La mayoría ya hablaba, y aunque solo fuera un par de palabras de vez en cuando, por lo menos quebraban el silencio dominante de su dormitorio. Algunos recordaron su nombre; otros preguntaban dónde estaban y qué había sucedido. Rhona hablaba poco, pero se volvía inmediatamente cuando la llamaba por su nombre. Una vez le pregunté si recordaba a Lewis, y su rostro se escindió con una sonrisa tan ancha que no pude evitar sonreír yo también. Durante un minuto olvidé todo lo demás; olvidé las tropas que se reunían al otro lado de los muros de la ciudad; olvidé que Lewis estaba muerto.

Una cosa que aprendí de los omegas rescatados fue tener paciencia. Los progresos se producían, pero muy lentamente, y daba la impresión de que nuestro verdadero enemigo era el tiempo. Todas las cosas que valían la pena, las cosas buenas, requerían mucho tiempo, como que Piper hubiera recuperado por fin las fuerzas para empuñar la espada y practicar con Zoe en el patio, o los lazos de amistad que habían surgido espontáneamente entre alfas y omegas en esta ciudad, o la paulatina recuperación de la memoria de Rhona. La destrucción, en cambio, era fulminante, y bastaba una espada, una flecha o la deflagración.

Las tropas de la General seguían reuniéndose al este de la ciudad. La proximidad del verano indicaba que pronto zarparía la flota del Consejo en busca de Otraparte, cuyos barcos a su vez ya podrían haber partido hacia el sur en nuestra búsqueda. Ignoraba quién encontraría a quién primero, pero el resultado sería el mismo: la aniquilación de Otraparte y de las esperanzas de la resistencia.

Piper me había dicho antes de emprender la marcha hacia el cañón que el mundo era algo más que fuego y cenizas, y era cierto, lo sabía, y por eso seguía luchando. Pero a medida que iba sumando fracasos en mis intentos de localizar la máquina de la deflagración y se acumulaban en mi cabeza las visiones de fuego, con más frecuencia recordaba a Xander, su mirada perdida y sus manos temblorosas. Cada vez que despertaba jadeando de mis visiones de llamas, comprendía que aunque salváramos este mundo, el fuego y la ceniza serían lo único que me quedaría.

El ejército de la General estaba acampado en la llanura oriental. Todas las noches veíamos el humo que ascendía desde sus hogueras a poco más de media docena de kilómetros de Nuevo Hobart. Habíamos considerado la posibilidad de salir para enfrentarnos en campo abierto con él, pero con nuestras fuerzas tan mermadas, el riesgo era excesivo.

—Si son capaces de pensar con frialdad —declaró el Maestro de ceremonias—, intentarán asediarnos. Saben que tenemos muchos omegas liberados entre nosotros y que no podemos alimentarlos eternamente. Si centran sus esfuerzos en recuperar el paso de los Demoledores, nos tendrán postrados ante ellos en menos de dos meses.

—Pero no piensan con frialdad —repuse—. Están furiosos. —Percibía la ira de la General porque se correspondía con la mía—. La General está ansiosa por acabar de una vez con esto.

Nunca se me había ocurrido pensar que pudiera tener algo en común con la General, pero en este momento entendía su impaciencia. Yo también quería que esto acabara de una vez, de una manera o de otra.

La General envió un mensajero ese mismo día con una escueta nota: «Entregadme al Reformador y a la mujer pálida de Otraparte o arrasaremos Nuevo Hobart».

—¿Queréis dejar de mirarme así? —dijo el Maestro de ceremonias.

Zoe se había puesto delante de Paloma, con una mano apoyada en la daga que llevaba en el cinturón, y miraba fijamente al Maestro de ceremonias. A mi lado, Piper también lo observaba detenidamente y se había colocado entre el Maestro de ceremonias y la puerta de la cocina, que daba al comedor en el que estaba encadenado Zach.

—Quizá no me entusiasmen tanto como a vosotros los medicamentos que podemos conseguir de Otraparte —añadió el Maestro de ceremonias—, pero sé que nadie quiere ser testigo de otra deflagración, ni aquí ni en ningún otro lugar. Y si hoy bombardean Otraparte, quién sabe qué bombardearán después. —Se puso de pie—. De todos modos, la General nunca cumple sus promesas. Aunque le entregáramos a Zach y a Paloma ahora mismo, nadie nos garantiza que mañana la ciudad no sea reducida a cenizas.

Se frotó la cara y respiró hondo mientras me miraba.

—La General y tu hermano son iguales; siempre quieren más. No se conformaron con controlar el Consejo, tenían que construir los tanques. Encontrar el Arca no fue suficiente para ellos, tenían que desenterrar la máquina de la deflagración. Y dominar este territorio tampoco les basta, tienen que asegurarse de que Otraparte nunca sea una alternativa.

—¿Vas a enviarle una respuesta? —preguntó Paloma.

—Recibió mi respuesta hace unos meses, cuando lideré mi ejército contra sus fuerzas. En cierta manera, la General me conoce mejor que ninguno de vosotros. Y sabe que saldré de esta.

Al día siguiente al amanecer envié a Crispin colina arriba para que le transmitiera un mensaje al Maestro de ceremonias. Solo eran dos palabras, pero suficientes para que Crispin se quedara blanco cuando se las dije: «Esta noche».

Cuando vino el Maestro de ceremonias le conté todo lo que me había mostrado la visión. Le hablé de la señal de fuego en la carretera oriental en la semioscuridad de la última hora de la tarde y de los soldados de la General poniéndose en marcha; de la eficacia de nuestros fosos y de nuestras defensas cuando los soldados del Consejo caían y se empalaban en las estacas; y de su pérdida de eficacia cuando los muertos se acumulaban en los fosos y sus cuerpos servían de pasarelas por las que progresaban sus compañeros. Sabía de la crueldad de la General, pero la llanura sembrada de cadáveres que me mostraban mis visiones alcanzaba unas cotas inauditas de horror. Me había despertado gritando tan fuerte que Zach se despertó con un sobresalto y chillando. Incluso ahora, mientras le relataba mi sueño al Maestro de ceremonias, respiraba con agitación y se me quebraba la voz.

—¿Traspasan la muralla? —preguntó el Maestro de ceremonias.

Todas las miradas se posaron en mí; no solo la suya, también las de Piper, Zoe, Paloma, Simon y Elsa. Todos esperaban con impaciencia mi respuesta, cuando yo lo único que tenía era una cabeza llena de imágenes atroces de sangre, espadas y fuego.

—No estarás en la primera línea de la batalla —dijo el Maestro de ceremonias—, pero te necesito en la torre oriental para que me cuentes todo lo

que veas.

Ojalá tuviera algo útil que contarle, algo distinto de lo que veía ahora cuando cerraba los ojos, que no era otra cosa que la deflagración engullendo el mundo.

Por la tarde, mientras yo afilaba la espada, Zach estaba sentado con las piernas cruzadas en la cama, con la cadena tendida desde la pared hasta sus muñecas.

—Ten cuidado —dijo—. No hagas que nos maten a todos.

Deslicé la hoja por la piedra de afilar.

—Es un poco tarde para las advertencias, ¿no te parece?

—Escucha —dijo cuando enfilé hacia la puerta—. Es importante. —Se acercó un poco más a mí y las cadenas se tensaron hasta el límite. Se asomó a la ventana para asegurarse de que no anduviera nadie cerca—. Tengo algo que quieren —dijo en voz baja y con rapidez—. Ya lo sabes.

Recordé lo que me había dicho unos días antes, cuando me confesó que la General lo necesitaba: «Comenzó conmigo y terminará conmigo».

—Si me coge —continuó—, me torturará hasta que lo consiga. Si eso sucede, si empiezas a sentir el dolor, asegúrate de que te maten. Pídele a Piper que lo haga. O hazlo tú misma. ¿Has entendido? Porque me torturarán y después nos matarán de todos modos.

—¿De qué va esto? ¿Qué me impide torturarte yo misma en este momento?

Movió instintivamente la mano hasta el lugar de su pierna en el que me había cortado la última vez. Mi pierna, su pierna; mi dolor, su dolor.

—No le cuentes a nadie lo que acabo de decirte —dijo sin responder a mis preguntas—. Sobre todo, no se lo digas al Maestro de ceremonias.

—No voy a guardarte ningún secreto —le espeté—. Dime qué es lo que sabes.

—¿Quieres seguir viviendo? Si los demás se enteran, te matarán al instante para librarse de mí.

Más tarde, cuando repasé la conversación, me pregunté si no habría sido ese el momento de quitarme la vida; podría haber acercado la espada a mi garganta, o a la suya, para que la información que poseía jamás pudiera ser

utilizada. Pero no lo hice. Esperanza. Ese era el ardid al que recurrían nuestros cuerpos, como ya había averiguado cuando el mío se aferró a la vida en el Arca inundada. A nuestros cuerpos les costaba romper el hábito de la vida y en su lugar escogían la esperanza, una elección tan instintiva como retirar un dedo del fuego. La esperanza era la bendición o la maldición del ser humano.

De manera que enfundé la espada y salí de la habitación. Me pareció que era innecesario despedirse. ¿Qué sentido tenía una despedida cuando mi muerte vivía en él y la suya en mí? Pasé ante Ash, que estaba apostado en la puerta. Por su parte, Violet se quedaba para vigilar la habitación de Paloma, al otro lado del patio. El dormitorio ya estaba vacío porque Elsa se había llevado a los omegas a la plaza del mercado, donde todos los que, como ella, eran demasiado mayores o no estaban en condiciones para luchar esperarían juntos.

Habíamos discutido la posibilidad de que Paloma y Zach se quedaran en la plaza con los demás, pero al final, el Maestro de ceremonias se había negado tajantemente. «Si cae la ciudad, quiero que estén escondidos, no con los demás como gallinas esperando al zorro», había dicho.

Piper y yo enfilamos hacia la puerta oriental cuando el sol ya declinaba. Se encontraba mucho mejor; la herida en el costado de la cabeza se había cerrado y ahora tenía esa zona cubierta por una capa de tejido cicatricial sonrosada y con forma de espiral. Durante los últimos días había estado entrenando todas las mañanas en el patio con Zoe, que ya se movía y hablaba como nos tenía acostumbrados. De todas maneras, Piper no había recuperado su fuerza anterior, y le supliqué que no acompañara a Zoe, Simon y el Maestro de ceremonias a la primera línea de la batalla.

—Te necesito conmigo —le dije. Y era cierto. Incluso con las fuerzas mermadas, no había nadie en quien confiara tanto como en él y lo quería a mi lado. No por su espada ni por su destreza como guerrero, aunque también. Pero sobre todo necesitaba su presencia, que me había sustentado en los páramos, en los túneles del Arca y en los meses que habían transcurrido desde entonces. Antes del asalto al refugio, Zoe había dicho: «Ese valor, que existe, debemos encontrarlo dentro de nosotros». Sabía que tenía razón, pero tampoco me avergonzaba reconocer que me resultaba más fácil encontrarlo cuando

tenía a Piper a mi lado.

Los soldados y los habitantes de la ciudad habían estado atareados con los últimos preparativos todo el día. Ya no quedaba nada por hacer salvo esperar. Los arqueros se habían desplegado a lo largo de la muralla y a las torres de vigilancia se habían subido los abrevaderos de los caballos llenos de agua para apagar los incendios que se produjeran. Piper y yo esperábamos en lo alto de la torre oriental, y entretanto contemplábamos a los soldados congregados abajo a este lado de los muros. La mayoría aún exhibía las heridas de la batalla en el cañón o en el refugio. Éramos un ejército hecho de remiendos, un conjunto de puntos de sutura y tejido cicatricial.

A nuestra espalda, en el horizonte de poniente, el sol había comenzado a ocultarse.

—Ahí están —dijo Piper, señalando hacia el este.

Seguí la trayectoria de su dedo, y cuando vi encenderse el fuego que era la señal en la carretera oriental, me pareció estar reviviendo otro momento de mi vida. Ya lo había visto en mis sueños, de la misma manera que lo había visto extinguirse. Ya venían a por nosotros.

Mi visión se cumplió, aunque en parte. Coincidió en el ataque y en su ferocidad, pero falló en la velocidad. En mi sueño había visionado los acontecimientos de manera secuencial, sucediéndose uno detrás de otro: la carga del ejército de la General por la llanura, sus dificultades con nuestras defensas, el combate en la muralla... Pero cuando estos hechos finalmente se produjeron, todos parecieron transcurrir simultáneamente. Las flechas enemigas acribillaron la torre de vigilancia en la que Piper y yo nos parapetábamos, y sentimos las vibraciones de las tablas del suelo al recibir los impactos. Nuestros arqueros no parecían hacer mella entre las filas del Consejo, y cada vez que uno de sus soldados caía, otro ocupaba su lugar.

No salimos a cargar contra ellos. Teniendo en cuenta lo diezmadas que estaban nuestras tropas, las defensas de Nuevo Hobart eran una apuesta más segura que una batalla campal al otro lado de la muralla. Sin embargo, el Maestro de ceremonias estaba preparado para repeler el asalto y coordinaba las maniobras defensivas y la acción de los arqueros. Estaba justo debajo de

Piper y de mí en la puerta oriental, tan cerca de nosotros que oía los bramidos con que transmitía las órdenes.

A pesar de hallarme en una posición elevada, no advertí los barriles colocados en los fosos del perímetro de la ciudad hasta que el Maestro de ceremonias dio la orden de que se prendieran las flechas y vi que nuestros arqueros apuntaban las saetas llameantes en dirección a los fosos. Allí, justo delante de la primera línea del avance del contingente del Consejo, había por lo menos veinte toneles de madera. Las primeras flechas se quedaron cortas, pero entonces una alcanzó el foso y un barril respondió con una erupción de llamas.

Los soldados que estaban buscando la manera de sortear los fosos quedaron atrapados por el fuego cuando los barriles explotaron uno detrás de otro y las llamaradas se propagaron como si las hubieran vertido a lo largo de la llanura.

—Es una especie de aceite —dijo Piper mientras observaba la escena a mi lado—. Lo encontramos en la sala de los tanques cuando conquistamos la ciudad. Se utilizaba como combustible para su funcionamiento.

—¿Ha sido idea del Maestro de ceremonias ponerlos en los fosos? —pregunté.

—No, ha sido mía —respondió Piper, mirándome a los ojos sin un atisbo de arrepentimiento.

El fuego obstaculizó el avance enemigo, al menos por el norte de la llanura. Pero en el sur, la presión no había decaído y las fuerzas del Consejo estaban atravesando el muro de llamas y acercándose peligrosamente a la puerta de la ciudad. Los soldados que marchaban en cabeza arrastraban algo que a primera vista me pareció alguna clase de escala de asedio para subir por la muralla o de ariete para golpear la puerta. Pero se detuvieron a un centenar de metros de la muralla y se pusieron a montar una máquina. Era una catapulta, una versión gigantesca de los juguetes que Zach y yo construíamos de niños para lanzarnos bellotas en el patio.

Primero nos arrojaron piedras. Una aterrizó cerca de la muralla, al lado de la puerta, y la onda expansiva del impacto se propagó por el muro.

Debajo de nosotros, el Maestro de ceremonias ordenó a los arqueros que apuntaran a los soldados que manejaban la catapulta e hizo preparar un

pequeño escuadrón de caballería para salir a la carga y destruir la máquina, que ya estaba erizada de flechas. Sin embargo, los hombres que correteaban en torno a ella habían salido indemnes de la andanada de saetas, y la siguiente vez que el brazo de la catapulta soltó su carga, el proyectil que voló hacia nosotros dibujó una estela de llamas en el cielo nocturno. Piper me agarró y me arrastró hacia la escalera.

No éramos los únicos en emplear alguna clase de combustible. El proyectil, grande como una roca y envuelto en fuego, impactó en la puerta y luego explotó.

La torre había comenzado a tambalearse, y cuando la explosión derrumbó uno de los pilares que la sostenían en pie, Piper no tuvo que decirme lo que debía hacer ni tirar de mí para lanzarme por el borde de la construcción. Saltamos juntos.

No vi derrumbarse la torre; solo oí cómo lo hacía, con un ruido de desgarró, como un árbol centenario arrancado de raíz. Quedé tendida boca abajo en el suelo, con la cara llena de polvo y de piedrecitas, intentando respirar y envolviéndome el estómago con los brazos. Se me habían vaciado los pulmones de golpe y mi pecho irradiaba dolor y una sensación de náusea cada vez más intensa. Piper estaba acuclillado a mi lado; había conseguido caer de pie pero una mueca de asfixia le desencajaba el rostro. Me volví para mirar la torre, que se había desmoronado hacia fuera y la mitad de los restos cayeron delante de las ruinas de la puerta. Se oyeron una serie de graznidos, que perfectamente podrían haber sido los últimos pedazos de la torre asentándose o los alaridos de las personas que habían quedado atrapadas debajo de ella.

El Maestro de ceremonias, a quien la explosión había sorprendido justo detrás de la puerta, salió disparado de su caballo, mientras que los soldados que lo rodeaban se dispersaron. Él se puso enseguida en pie, bramando órdenes y haciendo señas a sus soldados para que acudieran al encuentro de los soldados del Consejo que ya estaban abriéndose paso por la puerta destrozada. A través de las llamas y de la nube de polvo vi a Simon blandiendo las hachas detrás del Maestro de ceremonias y distinguí la silueta de Zoe.

Yo no podía respirar. Lo achaqué a la caída; me puse a cuatro patas y

esperé a que se me pasara la sensación de ahogo. Pero esta se prolongó y creció el nudo que notaba en la garganta, y entonces me sobrevino el dolor y me llevé las manos al cuello.

Piper me vio jadeando sin poder respirar y agarrándome el cuello, me pasó el brazo alrededor del torso y me alejó a rastras de las llamas y de la batalla en la puerta para ponerme a salvo detrás de un abrevadero de acero para los caballos. Me apartó las manos del cuello y me lo examinó en busca de alguna herida.

—Zach —resollé. Casi no podía ni hablar.

El dolor cesó y pude respirar de nuevo. Tomé unas bocanadas de aire y tosí, todavía con la garganta y la boca llenas del polvo de la explosión.

—Zach —repetí.

Me puse de pie, pero Piper tiró de mí para que me agachara de nuevo detrás del abrevadero justo en el instante previo a que una flecha surcara el aire encima de nuestras cabezas. Eché un vistazo por debajo de la base del abrevadero y vi el caos de cuerpos y de espadas en la puerta, todavía controlada por el Maestro de ceremonias y su escuadrón. Un poco al sur de allí, al otro lado de la torre en llamas, un puñado de soldados del Consejo se había abierto paso a espadazos a través de la brecha. Nuestros soldados les habían plantado cara y la lucha había sido feroz, pero algunos de los hombres de guerreras rojas de la General habían conseguido pasar a este lado de la muralla y sus arqueros estaban cubriéndolos. Otra flecha pasó por encima de nosotros, y las dos siguientes impactaron en el abrevadero. Este estaba casi vacío y sonó como una campana cuando las saetas lo golpearon, con un estruendo capaz de reventar los tímpanos. Resonaron contra el abrevadero dos flechas más, y luego parecieron cesar los disparos contra nosotros. Piper asomó la cabeza por un lado del abrevadero, pero la encogió inmediatamente cuando otra andanada de flechas voló directamente hacia él, acribilló el suelo de tierra a pocos pasos de nosotros y provocó una lluvia de piedrecitas.

Se me hizo eterno el tiempo que estuvimos escondidos allí. Yo únicamente podía pensar en Zach y en los dedos que había sentido estrangulándome. Estrangulándolo. ¿Cómo era posible que el enemigo hubiera llegado a la casa de acogida tan pronto? ¿Qué haría la General con él, y conmigo, si lo atrapaba?

—Tira —me dijo Piper al oído.

Pasó la mano por debajo del abrevadero y comenzó a arrastrarlo para cubrirnos detrás de él mientras gateábamos hacia la entrada de un callejón que había a medio centenar de metros. Avanzábamos muy despacio, y a pesar de que yo también tiraba, apenas conseguíamos moverlo. La poca agua que contenía se agitaba con el vaivén de nuestros movimientos. Los arqueros adivinaron nuestra intención y una flecha salió rebotada del borde del abrevadero apenas a un dedo de la mano con la que lo asía.

Casi habíamos llegado a la entrada del callejón cuando los disparos cesaron. Un hombre gritó y me pareció oír la voz de Zoe y el fragor de la reanudación de la lucha.

No miré atrás. Piper y yo nos levantamos y salimos disparados hacia el callejón y luego colina arriba en dirección a la casa de acogida, perseguidos por el ruido de la batalla.

La puerta principal de la casa de Elsa estaba abierta. El Maestro de ceremonias había apostado un centinela en la entrada, pero no encontramos ni rastro de él hasta que entramos y vimos al hombre tendido boca arriba en el pasillo, con la guerrera empapada en sangre y los ojos abiertos y sin pestañear.

Recorrimos el pasillo echando un vistazo a las habitaciones de ambos lados, todas vacías y en silencio. La puerta del comedor estaba abierta, y dentro, las cadenas de Zach yacían sobre la cama, con los grilletes abiertos y todavía con las llaves puestas.

El cuerpo de Violet yacía debajo de la ventana, sobre un charco de sangre que manaba de una herida en la parte trasera de su cabeza. La mandíbula dislocada le torcía la boca abierta, congelada en mitad de un grito silencioso. En el cuello distinguí unas marcas moradas, casi negras, de dedos, los dedos de Zach, y bajé la mirada a mis manos.

Me acuclillé para recoger una barra de metal que estaba tirada a un par de metros del cadáver. La pintura blanca de uno de los extremos tenía manchas de sangre seca de Violet. La certeza de lo que había ocurrido me golpeó como si fuera la barra de acero que sujetaba entre las manos. Era un barrote del pie de la cama de uno de los niños; en cada uno de sus extremos tenía unos orificios por los que se atornillaba a la estructura de la cama. Recordé las uñas

astilladas de Zach... Cada vez que lo habíamos dejado solo en la habitación, en su cama... Me pregunté cuántas noches habría necesitado para desatornillar lo sin otra herramienta que sus manos y durante cuánto tiempo habría estado esperando pacientemente la oportunidad para utilizarlo.

Violet había forcejeado con él a pesar de recibir el golpe en la cabeza. El espejo de la pared estaba roto y se veían dos sillas volcadas. Aun cuando la acorraló y mientras la estrangulaba, Violet se defendió; yo había sentido en mis propias carnes la presión de sus dedos alrededor del cuello de Zach, de mi cuello.

Pero mi hermano había ganado. El cinturón de Paloma estaba vacío donde habitualmente le colgaban la espada y las llaves. También había desaparecido el cuchillo que llevaba sujeto con una correa por debajo de la rodilla.

Volví a recordar lo que Zach me dijo justo antes de salir del cuarto. En ese momento casi me compadecí de él porque sabía que el miedo que veía en sus ojos era real. Y no me equivocaba, aunque no temía ser capturado en el ataque a la ciudad. Sabía lo que iba a ocurrir porque él lo había planeado.

—Es más estúpido de lo que pensaba —dijo Piper—. La General lo matará en cuanto se le presente la ocasión.

—No lo hará si mi hermano tiene algo para negociar un trato.

Ya me había levantado y corría hacia la puerta tan rápido que derribé la única silla que seguía en pie. Ambos salimos como un rayo del comedor.

En la habitación de Paloma y de Zoe no había señales de que se hubiera producido una lucha. Zach estaba armado y debía de haber pillado por sorpresa a Ash. La habitación estaba ordenada y la única nota discordante era el cadáver de Ash, desplomado al lado de la silla que había junto a la puerta. Presentaba una sola herida en el cuello. Ojalá hubiera tenido una muerte rápida.

Paloma había desaparecido.

Mientras corríamos a su habitación me había imaginado lo peor: el cuerpo de Paloma tirado en el suelo, degollado. O colgado de una soga, como habíamos encontrado el de Leonard. Había imaginado un millar de muertes diferentes para ella mientras recorríamos los pocos metros de patio, así que cuando no la encontré en la habitación ni tirada junto al cadáver de Ash, sentí un alivio momentáneo.

Llegaron ruidos desde la casa principal. La puerta del patio se abrió violentamente y oí los pasos de Zoe acercándose a la carrera.

Cuando vio el cuerpo de Ash soltó un chillido que no se parecía a nada de lo que hubiera oído salir de su boca antes; sonó como un aullido animal sin principio ni final que se prolongó en la noche.

En el suelo, a poca distancia del cadáver de Ash, estaba la cápsula que Sally le había dado a Paloma. El cordón de cuero estaba roto y la cápsula se había alejado rodando por el suelo.

Ignoraba si Zach, durante las semanas que había pasado en silenciosa observación, llegó a enterarse de que Paloma tenía la cápsula y por eso se la había arrancado del cuello. Tal vez solo reparó en ella al ver que Paloma se llevaba la mano al cuello cuando tiró abajo la puerta de la habitación. O quizá no había ocurrido ninguna de esas cosas y simplemente se le cayó del cuello por accidente. Lo que hubiera sucedido en realidad no cambiaba el hecho de que Paloma ya no la tenía consigo. Me agaché para recogerla y le di unas vueltas entre los dedos antes de guardármela en el bolsillo.

Entonces me di cuenta de que no había imaginado lo peor. Si Zach se la había llevado era por un motivo. Él y la General la torturarían para conseguir la ubicación de Otraparte. Le harían cosas tan terribles que Paloma añoraría la misericordia de la cápsula o de una rápida cuchillada en la garganta. Y al final conseguirían bombardear Otraparte y provocar de nuevo la deflagración. El aullido de Zoe contenía todo eso: los alaridos de Paloma, el rugido de las llamas, los gritos de miles de personas quemadas... No era de extrañar que los cuervos hubieran respondido al graznido de Zoe alzando el vuelo desde el tejado de la casa de acogida.

Salimos corriendo de la casa de Elsa, pasando por encima del cadáver del centinela tirado en el pasillo, y nos dirigimos a la puerta oriental. El humo invadía la ciudad, pero junto a la torre derrumbada de la muralla los gritos de batalla habían sido sustituidos por una serie de sonidos distintos. A través de la puerta destrozada estaban entrando a los heridos para tenderlos en filas a lo largo de la calle y se levantaban barricadas con abrevaderos y tablones en el hueco entre la puerta y la torre. Desde el otro lado de la muralla llegaba algún

que otro grito, pero no arrebatados bramidos de batalla, sino los quejidos de los heridos y las voces de las patrullas intercambiando información.

Crispin, alumbrado por una antorcha plantada en los escombros de la torre derrumbada, se paseaba con el cuerpo encorvado entre los restos buscando supervivientes. Cuando nos vio se irguió.

—¡La puerta ha caído! —gritó mientras se frotaba la cara con la mano dejando en ella un rastro de ceniza—. Y al otro lado hay un par de brechas, pero están retirándose. —Hizo un gesto de incredulidad con la cabeza—. Y no me refiero a su campamento... ¡Los escuadrones de la General están marchándose!

Me miró, luego miró a Piper y de nuevo a mí mientras se preguntaba por qué no compartíamos su entusiasmo por la noticia que acababa de darnos.

—¡Están retirándose! —exclamó.

—No es eso —dije—. Ya tienen lo que habían venido a buscar.

Todo el cuerpo de Zoe temblaba. Estaba sentada en un banco de la cocina de Elsa, echada hacia delante, y no paraba de retorcer las manos sobre el regazo como si estuviera estrangulando el aire. Dos soldados pasaron ante la puerta abierta cargados con el cuerpo de Ash. Violet y el otro centinela muerto ya habían sido sacados de la casa. No había tiempo para llorarlos.

Cuando aún estábamos en la muralla, Piper le ordenó a Crispin que ensillara los caballos y reuniera un pequeño contingente. Ahora, de nuevo en la casa de acogida, el Maestro de ceremonias, al que no parecían molestarle la manga de la guerrera chamuscada ni el brazo lleno de ampollas, estaba transmitiendo sus propias instrucciones a un soldado.

—Coordina la batida —le ordenó—. Registrad cada edificio y cada callejón.

—No te molestes —dije, y apreté los labios—. Se ha ido.

—Registradlo todo —repitió el Maestro de ceremonias sin tomar en consideración mis palabras, y el soldado se retiró tras hacer el saludo militar.

Yo sabía que registrar Nuevo Hobart era una pérdida de tiempo. Recordé cómo Kip y yo habíamos escapado del fuerte de la isla mientras estaba siendo atacado por las fuerzas del Consejo. En medio del caos de la batalla y con tantas brechas en la muralla, ¿quién se habría fijado en que Zach huía amenazando con un cuchillo a Paloma?

—Fue él quien acudió a nosotros —dijo el Maestro de ceremonias—. La General lo quiere muerto. ¿Por qué iba a volver a su lado?

—Acudió a nosotros porque no tenía alternativa —repuse—. Y la General lo quería muerto porque quería matarme a mí. Pero todo eso cambió cuando se enteró de la existencia de Paloma. Ella es más valiosa que mi muerte. Es el billete que llevará a mi hermano de vuelta al Consejo. Va a entregarles Otraparte.

—Cuando les entregue a Paloma lo matarán —dijo Zoe. Alzó la cabeza con los ojos desorbitados y no pareció darse cuenta de las implicaciones de lo que acababa de decir, pues su mirada no se detuvo en mí y siguió saltando de un lado a otro de la cocina.

—Es probable —dije con un nudo en la garganta.

Piper me puso una mano en el brazo.

—Zach también lo sabe. Conoce la crueldad de la General. Seguro que tiene un plan.

Sabía que lo decía para tranquilizarme, pero no lo consiguió. Todos los planes de Zach culminaban en fuego. Si era cierto que mi vida dependía del éxito de su plan, yo sería su cómplice. Tal vez ya lo fuera, porque no les había contado lo que mi hermano me había dicho solo unas horas antes. Paloma no era su único as en la manga; sabía algo que la General necesitaba, y no estaban torturándolo para obtener esa información porque yo era involuntariamente su salvaguardia. Sabía que me mataría antes que permitir que le entregara a la General esa información tan valiosa. Pero ¿qué pasaría si se la entregaba voluntariamente? ¿Me mataría para impedirselo? Y si lo hiciera, ¿cómo sabría que no era demasiado tarde?

Zoe caminaba de un lado a otro ante la puerta de la cocina como Xander hacía algunas veces. Sus manos iban y venían de la cabeza a la espada.

—¿Cómo es que no lo supiste? —me soltó, deteniéndose repentinamente y volviéndose hacia mí—. ¿Para qué sirves si eres incapaz de predecir una cosa así?

Recordé los pálidos ojos de Paloma y sus huesudas muñecas y pensé en lo que la General haría con ella.

—Se dirigen hacia el oeste —dije.

Piper se volvió hacia mí.

—¿El oeste? ¿No van hacia el este, de regreso a Wyndham?

—No. Hacia el oeste. Puedo sentirlo.

—¿Y sientes a Zach?

Negué con la cabeza. No quería decirlo en voz alta delante de Zoe, pero no era a Zach a quien sentía, sino a Paloma. La abrumadora sensación de pavor y de dolor que me llegaba desde el oeste procedía de ella, no de mi hermano.

Sin embargo, Zoe lo adivinó y me agarró con ambas manos.

—¿Está viva?

Me tiró de la camisa para acercarme a ella y no supe si estaba interrogándome o abrazándome. Ella tampoco sabía qué estaba haciendo.

—Está viva —respondí—. De momento.

Sonaron los cascos de los caballos en la calle. Zoe salió y esperaba montada a Crispin y a Simon antes de que yo hubiera llegado al final del pasillo.

—Reflexionad un momento —nos suplicó el Maestro de ceremonias desde la puerta de la casa de acogida—. Corréis un gran riesgo saliendo precipitadamente tras ellos. Y hay que defender la ciudad. Aunque la General se haya marchado, el grueso de sus fuerzas aún está en la llanura oriental. No puedo enviar a mi ejército para rescatar a Paloma.

Yo ya había puesto el pie en el estribo. Cogí impulso y pasé la otra pierna por encima de la silla. Para mí el mayor peligro era que Zach cayera en manos de la General, pues podía matarnos a ambos en cualquier momento, y ya estaba enfrentándose a ello.

—No puedo ganar esta lucha sin alguien que aglutine a los omegas —me dijo el Maestro de ceremonias—. Ya hemos perdido a Sally. Si os perdemos a ti, a Piper y a Zoe, y también a Paloma, jamás nos recuperaremos.

—¿Recuperarnos de qué? —inquirí mientras hacía girar a mi caballo—. Esto es el final. Si bombardean Otraparte no quedará nada por lo que luchar. —Apreté los talones a los costados del animal y sentí el calor de su cuerpo en las pantorrillas—. Envía un escuadrón detrás de nosotros —le grité por encima del hombro cuando me puse en marcha—. Y también provisiones.

Cabalgamos colina arriba a través de la ciudad, galopando por las angostas calles en dirección a la puerta occidental. Cuando doblamos una esquina cerca de la oficina del recaudador de tributos, Zoe estuvo a punto de arrollar a la persona que se había detenido en mitad de la calzada. Era Elsa, que me cogió el tobillo.

—Ya me he enterado —dijo, levantando los brazos para lanzarme un paquete a las manos—. Esto es para cuando la encontréis.

No hubo tiempo para decirse nada más, pues Zoe ya había espoleado su caballo para reanudar la marcha y yo la seguí, agradecida por la pequeña muestra de fe de Elsa al decir «cuando la encontréis» y no «si la encontráis». Bajé la mirada al paquete y vi los diminutos tarros y botes que tan bien conocía. Los envolví apresuradamente y me incliné para guardarlo en las alforjas. Repasé mentalmente las etiquetas de los tarritos mientras seguía al resto del grupo al galope: tintura de amapola, valeriana, beleño para el dolor, aceite del árbol del té para las heridas, salvia para las quemaduras... Cada uno de los remedios me recordaba lo que Paloma debía de estar viviendo, y me estremecía cada vez que los recipientes tintineaban en las alforjas.

Solo éramos cinco en este primer grupo de rescate: Crispin, Simon, Piper, Zoe y yo. Zoe no abandonaba la cabeza de la columna y cabalgaba con una temeridad que no le había visto jamás. Cuando pasamos la puerta occidental tuvimos que continuar sorteando los fosos de las defensas exteriores de la ciudad iluminados únicamente por la luna, pero Zoe apenas aminoró el paso.

El ataque principal se había producido en el tramo oriental de la muralla, pero incluso aquí, en el lado occidental, nuestro ejército seguía atareado en restablecer la seguridad de la zona y reparar dos pequeñas brechas en el muro. Los soldados omegas con los que nos cruzábamos nos saludaban respetuosamente cuando veían a Piper. Nadie nos paró, y a quien hubiera tenido la intención de hacerlo le bastó una mirada a Zoe para comprender que no le convenía darnos el alto.

El último puesto de vigilancia en la carretera del oeste se encontraba a un kilómetro y medio de la ciudad. El tejado de la torre estaba erizado de flechas, una bandada de pájaros que no remontaron el vuelo cuando pasamos por debajo de ellos. Al acercarnos un poco más, vi un cuerpo que se había precipitado desde el muro y ensartado en una estaca ahora teñida de sangre seca.

Solo permanecimos allí el tiempo que tardamos en rodear la torre. Piper gritó dos veces para comprobar si quedaba alguien dentro, y en ambas ocasiones no recibió más respuesta que el zumbido de las moscas que ya se reunían formando nubes negras encima de los cuerpos. Continuamos nuestro

camino.

Cuando el terreno se volvió pantanoso y a las monturas se les empezaron a hundir las patas en el barro, Piper le gritó a Zoe que aminorara el paso mientras espoleaba su caballo para alcanzarla en la cabeza del grupo, pero Zoe no obedeció.

—Vas a matar a tu caballo —le dijo Piper—. ¿Qué harás luego?

—Luego mataré a la General, y a Zach —respondió, señalando con la cabeza hacia la carretera que se extendía delante de nosotros.

—No podrás hacerlo si no los alcanzamos —repuso Piper, cogiendo las riendas del caballo de Zoe. Esta tiró de ellas para recuperarlas y continuó cabalgando, si bien ligeramente más despacio.

Quedaba poco para que amaneciera cuando coronamos la cresta occidental, a un par de kilómetros de donde habíamos encontrado el cuerpo de Leonard, y entonces los vimos. El grupo estaba formado por cuarenta jinetes o más cubiertos de polvo. Estábamos acortando la distancia con ellos, aunque muy lentamente, y nuestros caballos no aguantarían mucho más tiempo a esta velocidad. Decidimos dar una tregua a los animales en la cresta, desde donde veíamos el escuadrón de la General, y los dejamos reposar una hora para que bebieran del arroyo que discurría junto al camino.

Mientras esperábamos, oímos ruido de cascos a nuestra espalda. Piper se volvió hacia el este, con los dientes apretados y la mano en la empuñadura de la espada. Los caballos estaban agotados y no podíamos huir. Vi que examinaba la zona evaluando las ventajas del terreno elevado y los sitios más idóneos para tender una emboscada. Pero cuando por fin divisamos los caballos que habíamos oído, a poco más de medio kilómetro debajo de nosotros, Piper se relajó. Era el escuadrón que el Maestro de ceremonias enviaba desde Nuevo Hobart. Nos había mandado catorce de sus soldados; no todos los que necesitábamos, pero más de los que yo había esperado. También traían monturas de refresco y alforjas con comida y avena.

Perseguimos al grupo de Paloma y de Zach durante tres días. A pesar de que cambiábamos de caballos con frecuencia, estos se agotaban rápidamente. Después del primer día, cuando ya habíamos salido de las tierras pantanosas, los manantiales comenzaron a escasear y la sed hizo mella en todos nosotros, hombres y animales. Los caballos espumajeaban por la boca y nosotros

teníamos la lengua como papel de lija. Cuando el escuadrón de la General se detenía, nosotros también lo hacíamos y establecíamos turnos de guardia para arañar algunas horas de sueño. Ya debían de haber descubierto que los seguíamos, puesto que nos movíamos demasiado rápido para escondernos, y la mayor parte del tiempo a campo abierto. Sin embargo, su superioridad numérica y la ventaja que mantenían debían de tranquilizarlos. Si después de descansar nos poníamos en marcha antes que ellos, reaccionaban rápidamente y la columna de humo volvía a alejarse de nosotros por el oeste.

El tercer día amaneció nublado, y cuando por la tarde apareció la lluvia, levantamos los rostros al cielo con la boca abierta mientras los caballos tiraban de las riendas para beber de los riachuelos que se formaban en el suelo polvoriento. Perdimos de vista el escuadrón de la General en mitad del chaparrón, pero yo aún los sentía, a pesar de que habíamos abandonado los caminos y estábamos viajando a través de vastas llanuras. No encontré el valor para confesar a Zoe por qué me resultaba tan sencillo; era como seguir el rastro de un animal herido, solo que el de Paloma era el del terror, como un reguero de gotitas de sangre en el suelo.

—¿Adónde está llevándolos la General? —me preguntó Piper.

—A la costa —respondí. Todas las noches, en las pocas horas de sueño que nos concedíamos, no veía más que fuego y agua. Ambas cosas se confundían; me ahogaba en un mar de llamas y las olas me quemaban.

El cuarto día desperté de madrugada agotada y somnolienta tras apenas una hora de sueño.

—¡Rápido! —dijo Zoe, subiéndose a la silla de montar—. ¡Ya se han puesto en marcha!

Esa mañana era más fácil distinguirlos en la distancia porque habían encendido lámparas.

—¿A qué vienen las lámparas? —inquirió.

—A lo mejor ya no se molestan en esconderse —respondió Simon—. Saben que los seguimos y no han conseguido darnos esquinazo.

Asentí sin despegar los ojos del escuadrón de la General.

—Ayer también lo sabían —señalé—. Y con la tormenta estaba más oscuro. ¿Qué ha cambiado hoy?

—¡Daos prisa! —nos apremió Zoe.

Negué con la cabeza.

—Vigilad dónde pisáis —les advertí a Piper y a todos los que nos acompañaban.

Llegamos al lugar donde el escuadrón de la General había pasado la noche al raso. Era un claro rodeado de maleza. Debido al calor, la tierra se había secado rápidamente y no quedaba ni rastro de la tormenta del día anterior, pero el círculo pisoteado de hierba delataba dónde habían estado pastando sus caballos. Y cerca de allí aún seguía aplastada la hierba por los cuerpos que habían dormido encima. Me pregunté dónde habrían estado acostados Paloma y Zach.

Más allá del claro, las huellas de cascos continuaban en dirección oeste por el suelo polvoriento. No fui capaz de calcular el número de caballos, ya que del polvo no se podía extraer más información que el paso de los animales, pero volví a pensar en las lámparas que habían encendido por primera vez esa noche despejada. Querían llamar nuestra atención para que los siguiéramos.

Zoe se había puesto de pie sobre los estribos y se volvió hacia mí con impaciencia.

—¡Vamos! —gritó.

—¡Espera! —repliqué.

No me hizo caso y reanudó la marcha siguiendo el rastro de huellas. Pero Piper acercó su caballo al mío.

—¿Qué estás buscando?

—Quieren que los sigamos —respondí.

—¿Por qué?

Señalé el rastro que había seguido Zoe.

—No van todos en esa dirección.

Me miró con gesto dubitativo.

—¿Y en qué dirección van los otros? —preguntó.

Escruté el claro. En el norte había una barrera natural de espesos arbustos jalonados de espinas largas como mi antebrazo.

—¡Que se quede ahí si no quiere venir! —le gritó Zoe a Piper.

Pero Piper desmontó.

Y encontró las huellas. Los soldados habían tenido cuidado de no pisar las

zonas de tierra para no dejar pistas, pero entre la maleza había hojas mordisqueadas por sus caballos al pasar. Yo misma, en los últimos seis meses, había tenido que tirar de las riendas multitud de veces para frustrar los intentos de mi montura de pararse a pacer. Ahora me alegraba de la glotonería de los caballos.

El otro indicio que encontramos fue una huella parcial en el estrecho pasillo que atravesaba los espinos. Las pistas no eran gran cosa, apenas un surco semicircular en la tierra y un poco de hierba mordisqueada, pero sabía que debíamos seguir las con la misma certeza con la que sentía el dolor de Paloma.

Zoe se había detenido a un par de centenares de metros. Su caballo había advertido su impaciencia y estaba piafando. Ella nos miraba con ferocidad a Piper, a Simon, a Crispin, a mí y al resto de los soldados que esperaban detrás de ella.

—¿Jefe? —preguntó Crispin.

—Por ahí —dijo Piper—. Se ha escindido un grupo que ha seguido hacia el norte y no quieren que lo sepamos.

Nos dividimos. Diez soldados del Maestro de ceremonias seguirían al escuadrón principal de la General mientras que los otros cuatro se sumarían a nosotros para dirigirnos al norte. Después de todo, existía la posibilidad de que el pequeño grupo que se había escindido fuera un señuelo, una ingeniosa trampa. Sin embargo, cerré los ojos y abrí mi mente al dolor de Paloma. Cuando lo recibí, me arrepentí inmediatamente de haberlo hecho. Su dolor me llegó en forma de un rugido, y mi rostro se contrajo y comencé a hiperventilar.

—Se han llevado a Paloma en esa dirección —dije, señalando los espinos del norte.

—¿Estás segura? —preguntó Zoe mirándome fijamente.

Asentí.

—La siento.

—¿Y Zach? —inquirió Piper.

Pero Zoe ya había hecho girar el caballo y se había puesto en marcha, inclinada hacia un lado para seguir el rastro.

—¿Y Zach? —repitió Piper.

—No lo siento —respondí—. Pero da igual. Tenemos que seguir a Paloma.

Esas palabras siguieron dando vueltas en mi cabeza mientras cabalgábamos para rescatar a Paloma. «No lo siento». Eso significaba que no estaban torturándolo; mi propio cuerpo era la prueba. Jamás había estado tan pendiente de mi cuerpo. Cada segundo que pasaba sin sentir dolor era un motivo de alivio y de terror. Yo formaba parte de ese plan y todavía no sabía en qué consistía.

Zach me había pedido que me matara si la tortura comenzaba. Me llevé inconscientemente la mano al cuello, donde me había colgado la cápsula de Paloma con el cordón atado con un nudo doble para mayor seguridad. «No es una muerte agradable», había dicho Sally, pero sí más agradable que la tortura. Si tan valioso era para la General lo que Zach sabía, no podía permitir que se apoderara de ello. Pero Zach no me merecía más confianza que la propia General. La información, por el mero hecho de poseerla él, ya estaba en malas manos, y matarme era la única manera que tenía de remediarlo.

No obstante, yo también era nuestra mejor baza para encontrar a Paloma. Si yo moría, probablemente Piper y Zoe no darían con ella jamás.

De nuevo sucumbí al ardid de la esperanza. Me aferré a la ilusión de que podría encontrar a Paloma, de que estaría viva y de que encontraría la manera de detener a Zach antes de que fuera demasiado tarde.

No queríamos que se enteraran de que habíamos descubierto que se habían escindido del escuadrón principal, así que avanzábamos con más cautela. El grupo que seguíamos era más reducido, de manera que dejaba menos huellas. Para mí también era más difícil seguir su rastro. En las últimas horas, el dolor de Paloma se había vuelto menos estridente; seguía ahí, pero como amortiguado, extenuado.

Mediado ese primer día, cuando encontramos un poco de barro pisoteado y huellas en la orilla de un arroyo, Piper oteó el horizonte del norte.

—Deben estar dirigiéndose a Sulpice. Es la guarnición todavía controlada por la General más cercana. Calculo que está a unos dos días a caballo de aquí, al norte.

—¿Y la General? —pregunté. Me había metido hasta las rodillas en el arroyo mientras mi caballo bebía y Piper examinaba las huellas.

Negó con la cabeza.

—No viajaría sin su escuadrón. Me apostaría cualquier cosa a que se ha quedado con el grupo más numeroso.

—¿Por qué se habrán separado? —inquirió Crispin.

Vacilé un momento y miré de reojo a Zoe, que se había dejado caer en la orilla del arroyo. Pero ella se dio cuenta y dijo:

—No te cortes. Nada de lo que digas será peor que lo que se me ha pasado por la imaginación estos últimos días.

Asentí.

—Paloma está herida. Probablemente los ha retrasado y ya han conseguido lo que necesitaban de ella.

—Pues pongámonos en marcha —dijo Zoe, poniéndose de pie—. Tenemos que alcanzarlos antes de que lleguen a la guarnición.

Mantuvimos una distancia prudencial con los jinetes del Consejo y no encendimos antorchas para orientarnos en la oscuridad ni fogatas cuando nos deteníamos para comer apresuradamente o dar descanso a los caballos. Al amanecer del siguiente día encontramos cenizas en el lugar que habían elegido para acampar entre los pinos.

—Creen que se deshicieron de nosotros cuando se separaron del grupo principal —dijo Piper—. Nunca encenderían un fuego si sospecharan que los estamos siguiendo.

Se acercó al árbol más grande que había cerca de las cenizas y se arrodilló para examinarlo detenidamente. En la base, a unos diez centímetros del suelo, había marcas de rozaduras, y debajo la tierra estaba salpicada de fragmentos de corteza de árbol.

—Está encadenada —dijo Piper.

Las hormigas atraieron mi atención hacia la sangre. Las gotas negras coaguladas en la tierra estaban rodeadas de hormigas. Me puse de pie de un brinco.

—Sigamos —dije.

Sin embargo, a Zoe nunca se le escapaba nada, y se arrodilló al lado para examinar el suelo personalmente. No dijo nada sobre la sangre, aunque vi que

sus ojos se detenían en ella, pero cuando se inclinó para mirar con más detenimiento el árbol, se le dibujó una sonrisa amarga en los labios.

—Aún no se ha rendido —dijo, señalando la franja sin corteza del árbol, raspada por la cadena de Paloma—. Sigue intentando escapar.

Los alcanzamos a medianoche. Habían elegido bien su refugio. La humilde cabaña estaba sepultada en la maleza de un claro rodeado de pinos. Alrededor de la casa no había dónde esconderse salvo un pequeño arbusto a mitad de camino entre los árboles y la cabaña.

Habíamos dejado los caballos atados a los pinos a algo menos de un kilómetro cuando vimos la luz en el interior de la cabaña. Ahora estábamos tendidos boca abajo en el denso sotobosque del borde del claro, apoyados sobre los codos, y no podíamos acercarnos más sin dejarnos ver.

—Lo mejor será esperar a que se pongan en marcha otra vez —sugirió Simon en un susurro.

—No podemos esperar —replicó Piper—. Podrían haber enviado refuerzos desde Sulpice para que se reúnan con ellos. —Señaló los caballos de los soldados atados a una estaca en el claro. Había alrededor de diez animales pastando despreocupadamente mientras nosotros los mirábamos—. No son más de diez. No vamos a tener una ocasión mejor.

—Seguramente habrá centinelas en esos arbustos —dijo Zoe, señalando unas matas de vegetación que había a medio centenar de metros de nosotros. Sacó un cuchillo del cinturón.

—¿Cómo nos acercaremos? —pregunté.

—No lo haremos —dijo Zoe—. Quemaremos a los centinelas.

Hurgó en su mochila un momento y cortó tres tiras de una manta con las que envolvió la empuñadura de sendos cuchillos arrojadizos. Se mordió el

labio mientras sacaba el corcho de una botella de aceite para lámparas y vertió lentamente el líquido sobre las tiras de tela hasta que estuvieron empapadas.

Zoe se quedó dos cuchillos y le dio el otro a Piper, que lo sopesó en la mano. Luego Zoe cortó otra tira de la manta, también la empapó cuidadosamente de aceite y la metió hasta la mitad en la botella. Se volvió a los demás.

—Desplegaos —ordenó a los cuatro soldados del Maestro de ceremonias—. Cubrid los otros flancos por si acaso intentan huir.

Los hombres del Maestro de ceremonias se despidieron con el saludo militar y retrocedieron hacia la espesura del bosque para desplegarse alrededor del claro. Zoe miró entonces a Simon y a Crispin y señaló el borde oriental del mismo.

—Estad listos para cargar contra la puerta principal desde allí en cuanto yo me encargue de los centinelas.

Simon hizo un breve gesto de asentimiento con la cabeza y enfiló hacia el este, seguido de cerca por Crispin.

—¿Estáis preparados? —nos preguntó a Piper y a mí—. En cuanto encienda la llama nos convertiremos en blancos. Seguro que tienen arcos.

Ambos asentimos. Se encorvó de espaldas al arbusto donde debían de estar apostados los centinelas para encender la cerilla y esconder la llama. El fósforo no prendió a la primera. A la segunda brotó la llama. Cuando encendiera el primer trozo de tela no habría dónde esconderse. El aceite se prendió con un silbido y la tela llameó. A pesar de que Zoe sujetaba el puñal por la hoja y mantenía la empuñadura llameante apuntando al cielo, percibí el olor a quemado del vello de su mano.

Encendió el segundo puñal con el fuego del primero. Piper acercó el suyo para prenderlo y la llama se propagó por la empuñadura del arma.

Desde el claro llegó un grito, pero Zoe ya había arrojado el primer cuchillo y la llama giró en la oscuridad y se cruzó en pleno vuelo con el puñal de Piper.

Los centinelas reaccionaron inmediatamente y se oyó otro grito. Y entonces tres flechas volaron hacia nosotros en una sucesión tan rápida que debía de haber más de un arquero disparándonos. Los proyectiles impactaron en el

suelo, tan cerca de mí que la tierra que levantaron me salpicó la cara mientras me acurrucaba contra el árbol que utilizaba como parapeto.

Antes de que Zoe se desprendiera del tercer cuchillo, Piper le tendió la mano con la botella de aceite y ella acercó la llama del puñal al trozo de tela que asomaba por la boca de la botella. La llama se propagó rápidamente por la mecha y Piper lanzó la botella al mismo tiempo que Zoe arrojaba el último cuchillo.

La siguiente andanada de flechas nos alcanzó antes incluso de que Zoe bajara el brazo y una saeta se hundió en el tronco del árbol tras el que se había cobijado. Entonces se produjo una explosión en el arbusto de los centinelas y una llamarada cegadora iluminó los árboles. Se oyeron más gritos y luego un alarido. Una figura, con la ropa envuelta en llamas, salió corriendo del arbusto sin importarle quedar expuesto y se dirigió a ciegas hacia nosotros. Era un hombre de fuego huyendo de sí mismo, y su boca abierta era como una oscura cueva rodeada de llamas. Era una imagen atroz, pero me sentía incapaz de desviar la mirada de ella.

Piper salió de su escondite cuando vio que el hombre corría por el claro, y en dos pasos se plantó ante él y le rebanó el cuello con la espada. Por un momento, el fuego ardió en la hoja de Piper y convirtió su espada en una lengua llameante en la oscuridad de la noche. El hombre se derrumbó, muerto, y Piper regresó a mi lado seguido por el olor a carne quemada.

Gracias a la luz del fuego vimos salir a otro hombre del arbusto. Miró en dirección a nosotros tres, que estábamos agachados detrás de los árboles y del cuerpo llameante de su compañero, y echó a correr hacia la cabaña.

Zoe le arrojó un cuchillo, pero le salió desviado y los tres nos levantamos corriendo de nuestros escondites y dejamos atrás el cadáver del centinela tendido en su lecho de llamas.

Yo empuñaba una espada corta y llevaba la daga ceñida al cinturón. Por primera vez en mi vida estaba ansiosa por utilizarlas, y no solo para defenderme y sobrevivir. Mientras corríamos hacia la cabaña en la que estaba Paloma sentía el deseo de matar.

Estaban esperándonos. Cuando vimos venir las flechas, Zoe salió disparada hacia delante y Piper y yo nos tiramos a un lado, pero no lo hice con la suficiente rapidez y una saeta me rozó el brazo derecho. En un primer

momento no sentí el dolor de la carne desgarrada, solo una intensa quemazón, y lo primero que pensé fue: «¿Has sentido eso, Zach? ¡Siéntelo!».

Se me había caído la espada de la mano y me puse a cuatro patas para buscarla a tientas en la hierba. Divisé en la puerta de la cabaña a un arquero que preparaba otra flecha. A partir de ese momento, todo pareció transcurrir a cámara lenta: el hombre llevándose la mano a la aljaba; mis dedos recorriendo con frenesí la hierba en busca de la espada. La encontré en el mismo momento en que él colocaba la flecha en la cuerda.

Agarré la espada por la hoja y me hice un corte entre los dedos pulgar e índice, pero me dio igual y deslicé la mano hasta la empuñadura. Sin embargo, era demasiado tarde. El arquero ya había tensado el arco. Apenas nos separaban seis metros, una distancia demasiado corta para que yo esquivara la flecha y para que él fallara el tiro. Zoe estaba un poco por delante de mí y tenía a Piper a mi derecha. En ese momento no existía en el mundo nadie más que el arquero y yo; yo tirada en el suelo, aferrando mi espada, y él a cubierto en la cabaña y con el arco tensado.

La maleza no me había permitido ver que Crispin se había deslizado hasta uno de los lados de la cabaña, pero entonces lanzó un grito, cargó hacia el arquero y le asestó un hachazo en las piernas. Al hombre se le doblaron las rodillas y la flecha se clavó en el dintel de la entrada mientras él caía de espaldas al interior de la casa. Aún estaba vivo e intentó empujar la puerta para cerrarla, pero su propia flecha lo impidió y Crispin introdujo el mango del hacha por el hueco para mantenerla abierta. Cuando Zoe llegó un segundo después y embistió con fuerza la hoja de madera, ella y Crispin desaparecieron dentro de la cabaña.

Corrí hacia allí. Piper iba delante de mí. Con el rabillo del ojo vi que Simon se apresuraba para unirse a nosotros. Se oyeron gritos en el interior de la casa y luego una voz femenina que chillaba. Los chillidos cesaron de un modo inconfundible, con la inmediatez que solo puede esperarse de la acción de una hoja de acero.

Entré detrás de Piper. La oscuridad era absoluta y el sonido de la respiración de Piper justo delante de mí era lo único que me guiaba mientras nos adentrábamos por el pasillo. Tropecé con un cuerpo todavía caliente que había tirado en el suelo y supuse que era el arquero. Los fragmentos de un

vaso roto crujieron bajo mis pies. Había olvidado que tenía el brazo herido hasta que tuve que limpiarme la sangre de la mano.

En la primera habitación había una vela encendida en la repisa de la chimenea. Rodeé las sillas que se habían volcado durante la reyerta y el cadáver de un soldado, una mujer que yacía boca abajo con la cabeza ladeada. Tenía los ojos abiertos y el cuchillo de Zoe aún estaba incrustado en su cuello.

—En esta no hay nadie —susurró Simon desde la habitación que había al otro lado del pasillo mientras seguía adentrándose en la casa.

—¿Cuántos quedan? —le pregunté en voz baja a Piper.

—Tres por lo menos.

Atisbé la herida en mi brazo a la tenue luz de la vela.

—¿Es grave?

Negué con la cabeza sin bajar la espada; la sangre se acumulaba en el pliegue interior de mi codo.

Piper asintió.

—No te separes de mí.

Desde el fondo del pasillo llegó el estrépito de un objeto de madera haciéndose añicos y luego un grito que podría haber sido de Zoe. Simon apareció por una puerta que teníamos a la derecha, retrocediendo a trompicones enzarzado con un soldado de gran estatura. Ambos habían perdido las armas e iban rebotando contra las paredes del estrecho pasillo mientras peleaban a puñetazo limpio. Piper levantó un cuchillo, pero los cuerpos de Simon y del otro hombre estaban entrelazados y se movían demasiado rápido para que Piper pudiera asestar una puñalada sin riesgo de herir a Simon. Finalmente se fueron al suelo los dos y el soldado aterrizó encima de Simon, que escupió sangre por un lado de la boca.

Se me ocurrió lanzarle mi daga por el suelo con la empuñadura por delante. El soldado le había inmovilizado dos brazos con los suyos, pero el tercer brazo de Simon agarró la daga que le había deslizado y se la hundió en el pecho.

Estábamos tan cerca del tumulto en aquel pequeño pasillo que el alarido del hombre retumbó en las paredes. También el grito de su hermana gemela resonó en mi cabeza, y noté el sabor de la sangre de ambos en la lengua.

Piper metió el pie por debajo del cadáver del soldado y se lo quitó de

encima a Simon mientras pasaba junto a ellos. No había tiempo para interesarse por su estado ni para ayudarlo a levantarse. Yo empuñé la espada con ambas manos y pasé por encima de él y de las piernas del hombre muerto. Oí que Simon gemía detrás de mí.

Piper y yo llegamos a la puerta que había al final del pasillo. Del otro lado llegaba un ruido ensordecedor de lucha. En el suelo había sangre y resbalé cuando la pisé siguiendo a Piper. Me apoyé en la pared y una punzada de dolor me recorrió el brazo herido.

Cuando entramos en la habitación quedó claro que los aceros se habían empleado a fondo. Junto a la puerta yacía boca arriba un soldado muerto; otro, una mujer de entre cuyos labios brotaba un hilillo de sangre, estaba desplomado en el suelo con la espalda apoyada en la pared y la cabeza ladeada en un ángulo inverosímil. Crispin tenía la camisa empapada en sangre, pero por lo demás parecía bastante entero y aún blandía el hacha, así que supuse que esa sangre no era suya.

Estábamos en una cocina. El contraste de la atmósfera acogedora de la cocina de una casita de campo con las espadas desenvainadas, los cristales rotos y los cadáveres en el suelo resultaba desconcertante. Encima de la chimenea había una polea desde la que se manejaba una rejilla de madera de la que colgaban cacerolas y sartenes de cobre, cazos pequeños y hierbas. El olor de la sangre se mezclaba con el aroma del tomillo seco y de los ajos suspendidos encima de nuestras cabezas.

Zoe blandía la espada junto a la otra puerta, al fondo de la cocina.

—La tienen ahí dentro —afirmó.

—¿Hay otra salida? —preguntó Piper.

Zoe negó con la cabeza.

—Es una despensa. No hay ventanas.

Acercó la cara a la puerta y trató de ver algo a través de una grieta en la madera, pero tiré de ella antes de que me diera cuenta de lo que estaba haciendo. Había sentido la hoja al otro lado sujeta como si fuera una flecha a punto de ser disparada, y justo cuando Zoe se volvía a mirarme con cara de pocos amigos, la espada atravesó la grieta de la puerta, pero la empuñadura se topó con la madera y la hoja se detuvo a medio dedo de su cara. Zoe respiró hondo, echó el cuerpo hacia atrás y, por debajo de la espada, lanzó una patada

a la puerta. Esta se abrió de repente antes de que su pie impactara en ella haciéndola trastabillar, y un soldado se abalanzó sobre Zoe, que todavía no había recuperado el equilibrio. El tipo era ágil y con sus manos fornidas blandía la espada como si fuera ligera como una pluma.

Zoe se estabilizó y lanzó un golpe con la espada, pero el soldado lo esquivó y la hoja golpeó la rejilla con cacharros que colgaba encima de nosotros. La rejilla comenzó a balancearse y una cacerola de cobre salió volando y se estrelló contra la pared.

Zoe insistió en el ataque. Piper tiró de mí hacia atrás para quitarme de en medio y se colocó al lado de su hermana. El soldado bloqueó una acometida de Piper y lanzó un gruñido cuando sus espadas chocaron. Zoe y Piper intercambiaron las posiciones para que ella quedara a la izquierda de él, cubriéndole el flanco del brazo que le faltaba. Su oponente luchaba con energía, pero no podía repeler las acometidas simultáneas de Piper y de Zoe, y en cuestión de segundos lo arrinconaron y Zoe le puso la punta de la espada en la garganta.

—Es demasiado tarde para salvar a la zorrita rubia —dijo el soldado.

Vi cómo se tensaban los tendones de la mano de Zoe alrededor de la empuñadura de la espada y aparté la mirada. Ya había visto suficientes muertes por hoy.

—Quítale la espada —dijo Zoe.

Me volví de nuevo hacia ellos.

—Y registradlo por si tuviera más armas —bramó.

La espada seguía pegada al cuello del soldado, pero Zoe simplemente la sujetaba sin una clara intención de hundirla en él mientras Piper le quitaba el arma y Crispin se acercaba para registrarlo.

Zoe y yo ya casi habíamos llegado de nuevo a la puerta de la despensa, con las espadas en alto, cuando el otro soldado salió como un vendaval del cuartito.

—¡La mataré! —gritó, señalando con la barbilla a Paloma, a quien había sacado a rastras de la despensa. Estaba demasiado oscuro para ver con claridad la gravedad de sus heridas, pero le faltaba la pierna ortopédica y apenas se mantenía en pie. El hombre la sostenía levantada con un brazo pasado por debajo de los brazos y alrededor del pecho mientras le apretaba

contra el cuello un puñal de hoja ancha con el filo de sierra.

—¡No os mováis o la mataré! —amenazó, escupiendo saliva mientras hablaba. Era un tipo casi tan rubio como Paloma y sus ojos frenéticos saltaban de un lado a otro de la cocina.

Paloma ni siquiera podía mantener levantada la cabeza y se le caía hacia ambos lados, hasta que sentía el acero en la mejilla y volvía a alzarla con una sacudida. Tenía los ojos en blanco como un caballo aterrado. Nada hacía pensar que nos viera siquiera.

Zoe retrocedió con las manos levantadas por encima de la cabeza.

—¡Atrás! ¡Contra la pared! —bramó el soldado rubio—. Y bajad las armas.

—Haced lo que dice —pidió Zoe.

Di tres pasos atrás, hasta que noté la pared de la cocina en la espalda, y dejé caer la espada, que repiqueteó en el suelo. Piper y Crispin también obedecieron, soltaron al otro soldado de un empujón y retrocedieron. Cuando Piper bajó la espada, el soldado se agachó para quitársela de la mano.

Yo no despegaba los ojos de Zoe, cuya mirada no se desviaba del cuchillo apoyado en el cuello de Paloma mientras retrocedía lentamente. Pero antes de soltar el cuchillo, lo alzó un poco más y volvió a bajarlo con un movimiento repentino.

Tardé un segundo en darme cuenta de lo que había hecho. Justo encima de su cabeza pasaba la cuerda que subía y bajaba la rejilla de madera con los cacharros de cocina de camino a la polea situada en la pared del fondo. La había cortado de un tajo.

Las cacerolas de cobre se precipitaron sobre el soldado y Paloma, seguidas de la propia rejilla. No fue suficiente para dejar sin sentido al soldado rubio, pero bastó para desequilibrarlo y obligarlo a soltar a Paloma para protegerse la cabeza con la mano. Zoe no necesitaba más. Se lanzó de un salto y los derribó a él y a Paloma. Cuando llegué al tumulto, Zoe ya había liquidado el asunto: el soldado, todavía sepultado por listones de madera y cacharros de cobre, yacía con la garganta rebanada y su sangre caía en una sartén que había aterrizado junto a él. Al otro lado de la cocina, el soldado que quedaba también estaba caído en el suelo, muerto, con el cuchillo de Crispin clavado en la espalda.

Zoe apartó de una patada la rejilla rota y cogió a Paloma.

Huimos. Zoe llevaba a cuestas a Paloma. Habríamos ido más rápido si Piper la hubiera ayudado, pero nadie sugirió esa idea y dudo que Paloma hubiera permitido que la tocara alguien que no fuera Zoe.

En el pasillo encontramos a Simon apoyado en la pared, todavía aturdido y sangrando por la nariz y la boca. Fuera esperaban los soldados del Maestro de ceremonias, que se habían quedado haciendo guardia alrededor de la cabaña. Los dos alfas que habían escapado de la casa por una ventana yacían muertos sobre la hierba alta junto con uno de nuestros hombres, que estaba tendido boca arriba con una flecha en el pecho y los ojos abiertos fijos en el cielo nocturno. Abandonamos los cuerpos donde habían caído y corrimos a través de los pinos en dirección a los caballos.

Nueve habíamos llegado a caballo al bosque y nueve partimos de él, pero todo lo demás había cambiado. Zoe sujetaba el cuerpo de Paloma sentado en la silla de montar delante de ella. Cada vez que me volvía hacia atrás veía el rostro de Paloma; tenía el ojo izquierdo tan hinchado que no podía abrirlo y el derecho estaba con la mirada perdida. Dudaba que supiera siquiera que la habíamos rescatado.

Cabalgamos kilómetros a través de la llanura, y a pesar de que había comenzado a clarear, no advertimos signos de que nos persiguieran. El sol teñía la hierba de gris, y cuando comenzó a soplar el viento, toda la planicie pareció fluctuar.

Zoe se detuvo antes del mediodía junto al primer manantial que

encontramos. El sol picaba y algunas heridas de Paloma habían comenzado a sangrar de nuevo pintando de rojo el pálido cuello del caballo de Zoe. Le llevé una cantimplora con agua y me ofrecí a ayudarla a lavar las heridas de Paloma, pero quiso hacerla sola.

No pude ver qué le habían hecho a Paloma, y no solo por el empeño de Zoe de mantenerla apartada de los demás, sino también porque su cuerpo era una confusa colección de heridas, moratones y costras de sangre seca.

Cuando Zoe terminó de lavarla, el trozo de tela que había utilizado estaba lleno de manchas parduzcas de sangre. También le quitó la ropa quemada y empapada en sangre y le envolvió el cuerpo con una manta. Cuando vi las manos de Paloma encima de la manta oscura tuve arcadas. Las uñas de los dedos habían desaparecido sustituidas por unas costras de sangre; y en la cara interna de las muñecas se apreciaba una serie de lesiones producidas por un hierro de marcar aplicado contra sus brazos en ordenados intervalos. Además, le habían roto varios dedos, que descollaban del resto de la mano formando extraños ángulos, de tal manera que sus manos parecían dibujadas por un artista poco dotado o por un niño pequeño. También le habían seccionado el dedo meñique de la mano izquierda, y la puntiaguda falange sobresalía de la herida abierta.

Apenas podía abrir aún el ojo hinchado, pero con el otro me miró.

—Se lo dije —declaró. No había arrepentimiento en sus ojos, solo extenuación—. Saben adónde ir —añadió con la voz ronca después de tantos días de gritos—. Se lo dije.

—Lo sé —repuso Zoe.

No nos sorprendió a ninguno de nosotros. Bastaba con llevar al límite un cuerpo para que encontrara su propia voz. Algunos tenían la buena fortuna de poder optar antes por la muerte, de atajar el motín de la lengua. Pero si los torturadores eran lo suficientemente hábiles para mantener con vida a sus víctimas, no existía ningún secreto que no acabara revelándose. Miré las manos destrozadas de Paloma y no me engañé con el pensamiento de que yo habría aguantado tanto como ella.

Zoe exprimió el trozo de tela con el que había lavado a Paloma como si estuviera retorciendo un cuello y el agua que cayó de él era de color rojo.

—Los mataré a todos. A todos los que te han hecho esto.

Paloma negó con la cabeza.

—No quiero que lo hagas. —Cerró lentamente el ojo intacto y volvió a abrirlo—. Concéntrate en detenerlos. En salvar mi hogar. A mis hermanas.

A Zoe se le dilataron las aletas de la nariz y se le hincharon los tendones del cuello mientras todos sus músculos se ponían en tensión. Su ira era una ráfaga de viento contra el que tenía que protegerse con sus propios brazos, pero no dijo nada más. No tocó los dedos rotos de Paloma; por el contrario, se inclinó sobre cada uno ellos, incluso sobre el amputado, y acercó los labios hasta casi rozar la piel destrozada para besar el aire que los rodeaba.

Mientras colocaba de nuevo la silla sobre mi caballo intenté convencerme de que en cierta manera habíamos conseguido una victoria. Habíamos encontrado y rescatado a Paloma. Sin embargo, era difícil sentir la satisfacción del triunfo cuando veía sus heridas; cuando recordaba los muertos que habíamos dejado en la cabaña y pensaba en sus hermanos gemelos; cuando Otraparte estaba condenada a ser arrasada por el fuego.

Si pensaba demasiado solo veía fuego. Apoyé la cabeza en la ijada del caballo y cerré los ojos, pero no hallé oscuridad ni reposo, solo calor y el rugido de las llamas. Cuerpos ardiendo al viento; un mar evaporado; islas desmoronadas.

Me acerqué al manantial y rellené la cantimplora de Zoe. Piper estaba allí, sentado con la espalda apoyada en una piedra, con las rodillas levantadas y la cabeza agachada. Tenía la boca abierta y estaba llorando.

Me detuve y froté las piedras con los pies a propósito para hacer ruido, con la mirada fija en la cantimplora mientras la abría para que Piper tuviera tiempo de limpiarse la cara. Supuse que le daría vergüenza que lo viera en ese estado, pero cuando alzó la cabeza no se inmutó ni se enjugó las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas. Me miró a los ojos.

—Se recuperará —dije, aunque no sabía si me refería a Zoe o a Paloma. Daba igual, porque ambos sabíamos que mis palabras no significaban nada y que ni Paloma ni Zoe se recuperarían nunca. Lo que le habían hecho a Paloma y lo que iba a sucederle a Otraparte eran cosas irreversibles.

—Acabo de darme cuenta de que nunca te había visto llorar —añadí,

mirándolo fijamente. Ni siquiera cuando sacamos a los niños ahogados de los tanques de Nuevo Hobart. Ni cuando murió Sally. Ni cuando trajo el cuerpo destrozado de Xander a Nuevo Hobart para enterrarlo, cargado como un saco delante de él en la silla—. Se te da bien eso de actuar. Llegaste a convencerme de que te habías... —vacilé un momento mientras buscaba la palabra adecuada— endurecido.

—Y así es. No estaba actuando. Soy todo lo que temes que sea. Soy lo que me han obligado a ser y a hacer, incluido protegerte. —No había pena en sus ojos—. Pero eso no significa que solo sea eso.

No me parecía correcto sentir alegría por nada cuando tenía a Paloma a veinte metros de mí con las uñas arrancadas y Otraparte estaba a punto de ser borrada del mapa, pero precisamente eso era lo que me hacía aferrarme a este momento con más fuerzas si cabe.

Me había lavado la herida del brazo y la había vendado como había podido. Crispin estaba examinándole la cara a Simon, que se encogía cada vez que le tocaba la nariz, pero por respeto a Paloma y sus heridas, nadie se quejaba.

Desenvolví el paquete con las hierbas que Elsa me había dado. Mientras molía y mezclaba los ingredientes del remedio para Paloma di gracias por las semanas que había pasado en la cocina de su casa ayudándola a preparar los remedios mientras ella me observaba y me aleccionaba.

—¿Para qué es? —me preguntó Zoe, mirando con aprensión la mezcla grumosa cuando se la di.

—No sé si servirá de mucho, pero debería aliviarle el dolor.

Paloma tardó algún tiempo en contarnos lo que había sucedido. Tenía algunos dientes rotos y no paraba de pasarse la lengua por ellos, con el labio superior doblado hacia arriba mientras se acostumbraba a la nueva configuración de su boca. Había perdido la prótesis de madera; incluso tenía doblada la barra de hierro que sobresalía de su rodilla y a la que iba encajada, como si le hubieran arrancado la pierna.

—Cuando terminaron de... —Hizo una pausa, y supe que evitaba las palabras para ahorrarnos el espanto del recuerdo también a nosotros, no solo a ella—. Cuando terminaron conmigo dijeron algo sobre la costa. —Hizo otra

pausa más larga y tragó saliva lentamente—. Creían que estaba inconsciente, pero yo perdía y recuperaba el conocimiento continuamente, aunque supongo que a esas alturas ya les daba igual lo que yo pudiera oír. Ya habían terminado conmigo. Cuanto más me preguntaban sobre mi hogar, más cuenta me daba de lo poco que sabía. No soy médico, así que no podía darles ningún detalle sobre las máquinas. Cuando les di la ubicación de Otraparte, las máquinas y los medicamentos eran lo único sobre lo que me interrogaban. No pude darles detalles sobre ellos, así que...

Interrumpió de nuevo su relato. ¿Tenía acaso Paloma las palabras para describir lo que le habían hecho? Cuando hablamos con ella por primera vez pensamos que necesitaríamos mapas nuevos para comprender las dimensiones y las distancias de Otraparte. Ahora necesitaríamos un vocabulario nuevo para comprender el tormento que había sufrido.

Al cabo de unos segundos volvió a hablar. Las palabras se deslizaban con timidez entre las ruinas puntiagudas de sus dientes.

—La General quiso matarme... Ordenó que me liquidaran... Pero Zach la convenció para que no lo hiciera.

Sospeché que el motivo de mi hermano para interceder por ella no había sido la compasión. Paloma confirmó mi sospecha.

—Le habló de mí y de Zoe —continuó Paloma—. Le dijo que yo podría ser un señuelo. —Sus labios hinchados encontraron dificultad para pronunciar esa palabra—. Le dijo que podrían utilizarme para atraparos si el bombardeo de Otraparte no bastaba para acabar con la resistencia. La General accedió a enviarme a Wyndham. —Se encorvó para toser y se tapó los labios partidos con el brazo.

Zoe le secó la cara con el trozo de tela escurrido, dándole suaves toquitos en la frente.

—En ese momento mencionaron la costa —añadió Paloma—. Hablaron sobre un lanzamiento.

—¿El lanzamiento de qué? —preguntó Piper—. ¿De una bomba?
Paloma negó con la cabeza.

—No lo sé. Ya os he dicho que perdía y recuperaba el conocimiento continuamente. No entendía la mitad de las cosas que decían.

—No pasa nada —dijo Zoe, apartando la tela de la frente de Paloma—.

Necesitas descansar. Iré a buscar otra manta.

—¿Zach te hizo daño? —le pregunté en voz baja a Paloma cuando Zoe enfiló hacia el montón de alforjas.

En cierta manera, la pregunta era irrelevante. Ya sabía que mi hermano era el responsable de todo lo que le había pasado a Paloma porque él la había sacado de Nuevo Hobart y se la había entregado a la General. Era tan autor de la tortura que había sufrido como la persona que había manejado el cuchillo. Aun así, quería saberlo.

Paloma mantuvo los ojos cerrados mientras negaba con la cabeza.

—Él estuvo presente, con la General. Pero nunca me puso la mano encima —dijo, y volvió a pasarse la lengua por los dientes partidos—. A él no le hicieron nada. La General lo dejó muy claro. Dijo que de no ser porque lo necesitaba, lo mataría ella personalmente.

De manera que todavía necesitaba a mi hermano. La esperanza y la desesperación llegaron cogidas de la mano; esperanza porque mi vida no corría peligro de momento, y desesperación porque Zach todavía no había dicho su última palabra en este asunto. Cualesquiera que fueran los planes de la General, Zach jugaba un papel importante en ellos. Ambos lo jugábamos. Se me encogió el estómago y sentí que se me hacía un nudo en la garganta.

—¿A él también lo trataban como a un prisionero? —preguntó Piper.

Paloma negó con la cabeza.

—Lo trataban más bien como si fuera alguien con quien estaban negociando. No paraba de repetir que él era el que me había entregado, que estaba de su parte. Y sabía cosas. Tenía algo que necesitaba la General.

—¿Qué era? ¿Qué tenía?

Paloma siguió con los ojos cerrados.

—No lo sé. Le ofrecían cosas; le decían que lo dejarían volver al Consejo. Incluso le prometieron que lo ayudarían a atraparte. «La encerraremos para siempre», dijeron.

Sabía a qué se referían: los tanques.

—¿Qué les contó?

Abrió una pizca el ojo sano.

—No lo sé. Pero seguro que les contó algo. El segundo día comenzaron a tratarlo de una manera diferente. Lo desataron y le hablaban de otro modo.

Creo que aún lo vigilaban. Se aseguraban de que los guardias siempre estuvieran cerca de él. Pero lo trataban de otra manera. Como si fuera uno de los suyos.

Volvió a quedarse en silencio. Zoe regresó y estiró la manta sobre el suelo para Paloma. Aunque procuraba no mirar su cuerpo mutilado, cuando Zoe la ayudó a tumbarse no pude evitar ver las heridas de las uñas arrancadas y mis dedos se cerraron instintivamente.

Me llevé la mano al cordón que me rodeaba el cuello con la cápsula de madera de serpiente que había recogido del suelo de su habitación y me admiré de que una cosa tan banal como un cordón partido, o cortado, hubiera acabado teniendo unas consecuencias tan terribles como el cuerpo mutilado de Paloma y la destrucción de Otraparte.

—Mencionaron un nombre... —dijo Paloma al cabo de un rato con una voz tan quebrada como lo estaba ella— cuando hablaban sobre la costa. Varias veces se refirieron a «la bahía». Pero una vez un soldado la llamó por su nombre: «bahía Rota».

Entonces las vi de verdad por primera vez. Cerré los ojos, todavía con la mano en la cápsula de madera de serpiente, y vi las islas Dispersas como si las contemplara desde el cielo. Eran un archipiélago de islas rocosas diseminadas por el mar como los fragmentos de algo roto.

Y luego vi la deflagración. Era como cuando un mago malo sacaba un conejo de la chistera, como un truco de prestidigitación a gran escala. Me asaltó un resplandor que pulverizaba montañas y hundía islas en el mar.

Nada resistía aquel resplandor. Era tan brillante que reducía los cuerpos a huesos y los huesos a polvo. El tiempo desaparecía, nada más existía salvo aquel fulgor que se había convertido en todas las cosas.

Las islas más pequeñas se desintegraban en cuanto las llamas las tocaban, y las cenizas se arremolinaban y luego se dispersaban por el cielo.

También los vientos que soplaban del norte. Otraparte respondería, no con otra bomba, sino con más cenizas, más veneno, que los vientos arrastrarían.

Decidimos que esa noche Piper y yo partiríamos a caballo hacia bahía Rota y Zoe se quedaría con Paloma. Nadie sugirió otro plan. Las dos, más Simon,

Crispin y los otros tres soldados se dirigirían a Hepburn, la guarnición más próxima controlada por el Maestro de ceremonias, que estaba a media jornada de viaje al sur. Las heridas de Paloma les retrasarían la marcha y todavía estábamos demasiado cerca de la cabaña y de la guarnición de la General en Sulpice para descartar una persecución, de manera que Piper y yo nos marcharíamos con dos caballos de refresco para ganar tiempo y los demás se quedarían vigilando a Paloma.

—¿Estás segura? —me preguntó Piper.

Asentí.

—Esto ya no es una cuestión de ejércitos, es una cuestión entre Zach y yo.

La inminencia de la deflagración había dejado en un segundo plano todo lo demás. Ahora sabía con absoluta certeza que era un asunto que teníamos que resolver mi hermano gemelo y yo. Habría preferido ir sola, pero sabía que nunca lograría convencer de ello a Piper en una discusión. También sabía que el número de efectivos era intrascendente; no me proponía aplastar al ejército de la General en bahía Rota ni intentar rescatar a Zach. Si mi hermano necesitaba que lo rescataran de algo era de sí mismo, y la cápsula que me colgaba del cuello lograría ese objetivo con la misma rapidez que todo nuestro ejército.

Piper me ayudó a subir a Paloma al caballo. Cuando estuvo instalada, con Zoe detrás de ella sujetándola firmemente por la cintura, Paloma me miró y me habló lentamente. Todavía tenía sangre seca en las comisuras de los labios y pronunciaba las palabras de un modo entrecortado, como si algunas sílabas cayeran por los espacios que habían dejado los dientes rotos.

—Tú no eres tu hermano, Cass. —Sus palabras no eran de reproche, pero su voz ronca por los gritos de los últimos días era en sí misma un reproche.

Zoe sujetaba las riendas y mantenía quieto el caballo, que piafaba y protestaba por la doble carga.

—Enviaremos soldados a bahía Rota desde Hepburn —me dijo, y se volvió a Piper—: Detén a Zach. Cueste lo que cueste.

Zoe no volvió a mirarme. Sabía lo que había querido decir. Todos lo sabíamos. No habría un final feliz para ninguno de nosotros si Otraparte era destruida.

—Lo haré yo personalmente —le dije en voz baja. No me di cuenta de que

lo decía de verdad hasta que lo pronuncié en voz alta. Las palabras me sonaron raras, rotundas y graves.

Zoe me miró brevemente y asintió. No teníamos nada más que decirnos; no había reproches, disculpas ni agradecimientos. Nos miramos fijamente a los ojos; éramos dos mujeres que sabíamos que habíamos llegado a un punto en el que nada de lo que dijéramos cambiaría las cosas. Íbamos a hacer lo que debía hacerse. Se habían agotado todas las opciones.

Zoe hizo girar el caballo y encabezó la pequeña columna. Piper y yo nos quedamos mirando brevemente mientras se alejaban en dirección oeste.

Yo iba a reunirme con mi hermano para acabar de una vez por todas lo que habíamos empezado muchos años antes, cuando solo éramos unos niños.

Las llamas, mis fieles compañeras, me seguían mientras cabalgábamos. La deflagración era el pasado y el futuro en equilibrio, y yo era el fulcro que estaba en medio, sobre el que se balanceaba el mundo. Sabía qué tenía que hacer.

Llegamos a las inmediaciones de la costa tras dos días y dos noches de viaje. El segundo día nos detuvimos para que los caballos bebieran de un riachuelo que se ensanchaba a medida que se acercaba al mar. Me tumbé en la orilla, con la cabeza ladeada para contemplar la hierba y las hojas espinosas de un cardo aplastado por el casco de mi caballo. Quería almacenarlo todo en mi memoria. ¿Sería ese el último cardo que vería en mi vida? ¿Sería esta la última vez que entrecerraría los ojos para protegerlos del brillo cegador del sol del mediodía?

Alcanzamos el mar antes de lo que esperaba. Bahía Rota era una ensenada, un abrupto entrante de mar en la costa, de manera que mientras que al norte las montañas seguían tapando el cielo y al sur el mar aún no era más que una mancha borrosa en el horizonte, inmediatamente delante de nosotros se abría una vasta bahía entre dos espolones rocosos que casi se tocaban en la distancia y daban paso al mar abierto.

Quizá en un tiempo anterior, en bahía Rota había habido arbustos o árboles, pero ahora en estos últimos kilómetros de tierra antes de llegar al mar no había nada más que piedras; el terreno era una sucesión de pedregales de esquisto desmenuzados. Dejamos los caballos junto al riachuelo que había

antes de que terminara la llanura. Los maneamos para que pudieran pastar sin alejarse demasiado, aunque me parecía intrascendente la preocupación de volver a encontrarlos. Era incapaz de pensar en el futuro cuando parecía imposible que hubiera un futuro después de la deflagración.

Un camino de tierra discurría serpenteando hacia el sur en dirección a la bahía, pero lo evitamos y enfilamos hacia la costa a través de la alfombra de fragmentos de pizarra, que resbalaban y se clavaban en las plantas de los pies. Antes de que anocheciera estábamos lo suficientemente cerca del mar para oír las gaviotas, cuyos graznidos sonaban como los chirridos de un cuchillo al afilarlo. Piper encontró una pequeña cueva, una fisura donde una placa de pizarra sobresalía por encima de otra. En el interior, tosiendo por el humo, me acuclillé ante el fuego y preparé un insípido guiso con lo poco que nos quedaba de la cecina y algunas setas.

—Tú también deberías comer —dijo Piper, mirándome, cuando nos sentamos fuera y contemplamos cómo se ponía el sol al otro lado del estrecho que formaban los espolones de la bahía.

—No puedo.

Puso la mano sobre la mía y señaló con la cabeza la costa, donde Zach estaba esperándome.

—Encontraremos una solución.

—¿De verdad lo crees? —le pregunté.

—La vidente eres tú, ¿tú qué crees?

Yo creía en estas cosas que tenía ahora, en la extraña belleza del pedregal, en las piedras desmenuzadas que se deslizaban hasta el mar, en la mano de Piper, caliente y grande, encima de la mía. Estas eran cosas reales, no más ni menos reales que la deflagración, y me concentré en ellas.

Piper retiró la mano de la mía y siguió comiendo. Cuando el cazo aún estaba por la mitad, los movimientos de Piper comenzaron a ser más lentos. Tosió dos veces y vi que se quedaba mirando la cuchara que sujetaba en la mano. Estaba temblando. Cuando volvió a bajarla al guiso, le habían brotado gotas de sudor encima del labio superior y en las sienes.

Me sorprendió que actuara tan rápido. Había esperado que se sumiera en un sueño profundo entrada la noche. Tuve dudas sobre la cantidad de beleño y de tintura de amapola que debía echar mientras preparaba el guiso. «Dos

cucharadas de eso, mezcladas con beleño, y puedes dejar inconsciente a una persona», me dijo Sally. Pero no había olvidado lo que añadió a continuación: «Un poco más de la cuenta y la matas». Había intentado ajustar la dosis a la altura y el peso de Piper y eché unas pizcas más mientras yo estaba en cuclillas junto al fuego y él vigilaba fuera de la angosta cueva.

Intentó hablar, pero no consiguió formar las palabras. Cuando se desplomó de lado, yo estaba preparada para cogerlo y evitar que se golpeará contra el suelo.

No era que temiera que Piper me matara. Temía que no lo hiciera, o que intentara detenerme llegado el momento. En el pasado me había asustado su determinación. Ahora me asustaba la posibilidad de que dudara, aunque solo fuera durante un segundo, cuando llegara el momento de hacer lo que debía hacerse. Y era un riesgo que no podía permitirme correr, y menos ahora que la deflagración estaba tan próxima.

Soltó un gruñido en sueños. Le pasé los brazos alrededor del pecho, lo arrastré al interior de la cueva y me aseguré de tenderlo de lado para que no se ahogara si vomitaba.

Fuera, afilé el cuchillo una última vez como me había enseñado Zoe. Sujeté la hoja formando el ángulo correcto con la piedra de afilar y lo arrastré, una vez, y otra, y otra, hasta que el acero quemó al contacto con mi piel. La cápsula de madera de serpiente colgaba entre mis clavículas, pero sabía que el veneno que contenía tenía varios años de antigüedad. Si no surtía efecto, confiaba en mi cuchillo, aunque no tenía tanta confianza en mi capacidad para deslizarlo por la muñeca. ¿Muñeca o cuello? Pensé en el cuerpo de Sally tendido en el suelo de la casa de Elsa e intenté recordar lo que Zoe me había enseñado acerca de los mejores lugares para apuñalar a alguien. Si la cápsula fallaba, tendría que actuar con la rapidez y la determinación necesarias para eliminar toda posibilidad de sobrevivir. Ya había sido testigo de la tozudez de mi cuerpo para aferrarse a la vida. Esta vez tendría que ser definitivo; no podía dejar abierta la puerta a la posibilidad de una vida de mentira en los tanques como les había pasado a Kip y a la Confesora.

Llegó el momento. No me gustaba dejar a Piper indefenso y drogado con los soldados de la General tan cerca, pero había visto la deflagración y tenía una misión que cumplir.

Los acantilados bañados por el mar eran escarpados y negros, aunque los envites de las olas habían derrumbado las paredes en algunos tramos. Caminé durante toda la noche con la intención de llegar al mar al amanecer. No encontré una guarnición esperándome, ni siquiera un campamento. Solo había una torre resguardada en la bahía y un largo embarcadero en la playa. Divisé un barco fondeado más o menos en el centro de la ensenada. No se parecía a ninguna embarcación que hubiera visto antes; era de metal y brillaba como un escarabajo negro en el agua. No se podía negar que sus estilizadas líneas y su tamaño descomunal le conferían cierta belleza, como la que tiene una tormenta, o una espada, o una avalancha que se lleva por delante la ladera de una montaña.

De repente la explicación se hizo tan sencilla, tan obvia... La máquina de la deflagración había estado en permanente movimiento; las informaciones contradictorias que recibía sobre su ubicación no se debían a un fallo de mi cabeza. El barco se desplazaba costa arriba y costa abajo, continuamente, con su cargamento letal.

Me acerqué al borde del acantilado y seguí caminando a lo largo de él, con los fragmentos sueltos de esquisto clavándoseme en las plantas de los pies. Cuando estaba a un kilómetro y medio al norte de la torre, el suelo terminaba abruptamente y lo siguiente era un precipicio con el mar al fondo. Sentí alivio. Así sería más fácil. Después de todo, no tendría que utilizar la cápsula, ni el cuchillo. Solo sería un salto. Me lanzaría al aire para seguir a Kip.

Recorrí con la mirada el camino imaginario que llevaba desde mis pies en el borde del acantilado hacia la torre, al sur. En el suelo había arena y algunos hierbajos quemados por el sol. La torre, de varias plantas, estaba construida con la misma pizarra grisácea que dominaba el paisaje. Torre gris, acantilados grises, mar gris. Cuando se abrió la puerta de la torre, las guerreras rojas destacaron sobre el fondo oscuro. Salieron seis soldados que cabalgaron en mi dirección.

Me quedé donde estaba y esperé. El viento me ceñía la ropa al cuerpo como si me envolviera una mortaja y la camisa ondeaba a mi espalda.

Levanté las manos abiertas con las palmas dirigidas a los jinetes. Podría haberse interpretado como una señal de rendición, o una orden para que se

detuvieran. Cuando solo los separaban de mí cuarenta metros, di un pasito atrás para dejar claras mis intenciones, y me acerqué tanto al borde del acantilado que la arena se precipitó al vacío cuando arrastré los pies. Sentí el temblor del suelo provocado por los cascos de los caballos.

—¡Alto! —grité. El viento se llevó mi voz, pero el soldado que marchaba a la cabeza del grupo gritó algo y los que lo acompañaban tiraron de las riendas para detener los caballos. Las dos mujeres de la derecha eran arqueras; ya llevaban las armas dispuestas y me apuntaban con ellas, pero el hombre que los mandaba mantuvo la mano levantada.

—¡Alto! —repetí—. ¡O saltaré y me llevaré al Reformador conmigo!

El hombre alzó el mentón y me miró con desconfianza. No esperé a que me hablara.

—¡Decidle a mi hermano que lo espero! —grité al viento.

—¡Yo no recibo órdenes de una omega! —replicó el soldado—. ¡Y él tampoco!

—¡Vendrá! —dije. Crucé los brazos e intenté aparentar la misma confianza que transmitían mis palabras.

Ahora todo dependía de Zach. Paloma aseguró que tenía alguna clase de influjo en la General. Le había entregado a Paloma y la ubicación de Otraparte, pero necesitaba algo más de él, algo que le había valido para seguir vivo desde que escapó de Nuevo Hobart. «Comenzó conmigo y terminará conmigo», dijo en una ocasión.

Ignoraba si era un prisionero o de nuevo miembro del Consejo. Pero lo cierto era que no lo habían torturado, y que si la General lo hubiera querido muerto ya lo habría matado.

El soldado que lideraba el grupo se inclinó y le dijo unas palabras al jinete que tenía al lado, que inmediatamente dio media vuelta y regresó al galope a la torre. Los demás no se movieron de donde estaban. Formaban un muro delante de mí y detrás tenía el acantilado. La arquera pelirroja bajó ligeramente la barbilla y apoyó la frente en la cuerda del arco, mientras que la otra jugueteaba con el pie en el estribo. Todavía me apuntaban con sus armas. Yo estaba lista para saltar. Si alguna de nosotras hacía un movimiento, solo había dos resultados posibles. Y en ambos casos yo moría, y también Zach.

Oí los cascos del caballo de mi hermano en el esquisto, pero no me atreví

a desviar la mirada de los soldados y solo me volví hacia él después de que lo hicieran ellos.

Llegaba solo. La última vez que lo había visto, su camisa tenía desgarrones en los codos y el cuello y sus pantalones estaban hechos jirones y mugrientos. Ahora llevaba puesta una camisa immaculada con los puños bordados y calzaba unas botas relucientes. Volvía a tener el aspecto intachable del consejero, salvo por la cicatriz de la marca en la frente y la agitación de su respiración.

—¡Retroceded! —ordenó a los soldados.

Estos vacilaron. Zach se volvió hacia mí y de nuevo a los soldados. Eché un vistazo al borde del acantilado, apenas a un par de centímetros de mis pies. Me invadió una calma extraña. Todos los acontecimientos nos habían conducido hasta este momento. Mi marca y la suya. El salto de Kip y ahora el mío.

—Tenemos órdenes de la General de vigilarlo, señor —dijo el soldado que comandaba el grupo—. No puedo dejarlo aquí con ella.

Las cuerdas de los arqueros vibraron al tensarse un poco más. La pelirroja entrecerró un ojo mientras mantenía el otro fijo en mí.

—La General os ha ordenado que me protegáis —dijo Zach—. Ya la oísteis. Tenéis que protegerme a toda costa.

Los soldados no se movieron.

—Si la matáis, también me mataréis a mí. ¿Qué explicación le daréis a la General entonces? Ya me habéis oído, ¡retroceded!

El soldado al mando se volvió a mirar a su patrulla, hizo un escueto gesto con la cabeza a las arqueras y estas bajaron las armas.

Los jinetes retrocedieron finalmente en formación de abanico y se detuvieron a un centenar de metros de Zach y de mí, donde aguardaron inmóviles.

Zach dio un paso en mi dirección.

—No te acerques.

Mi hermano levantó las manos y se detuvo a apenas cuatro metros de donde yo estaba. Me miraba, pero no a la cara, sino a los pies. Sabía que estaba calculando la distancia de estos al borde del acantilado y de este a las piedras y el agua de abajo.

Tras él, en el lado opuesto de los acantilados, el sol había salido por completo del horizonte y ya me calentaba el rostro. ¡Me sentía tan feliz en mi cuerpo, en esta cosa viva y caliente! Era una lástima que tuviera que acabar rebelándome contra él, que la última arma que me quedara fuera mi propio cuerpo y que tuviera que traicionarse a sí mismo.

Zach seguía esperando con las manos en alto.

—He venido para terminar con esto.

—¿Has venido hasta aquí solo para matarnos? —preguntó mi hermano—. ¿De verdad es eso lo que deseas?

—No. No lo deseo, pero lo haré si es necesario. Terminaré aquí.

Zach suspiró.

—La historia se repite —dijo. Sabía que ambos estábamos recordando el mismo episodio de hacía más de medio año, cuando lo amenacé con saltar desde las murallas de las Salas de Preservación—. Insistes con tus viejos trucos peligrosos.

—Igual que tú.

Me lo reconoció con un leve gesto de asentimiento.

—Aléjate del borde.

—Sabes que ya es tarde para eso —repliqué.

—Es más tarde de lo que piensas. La General ya ha partido. El proyectil está armado. —Señaló con la cabeza en dirección al barco fondeado en la bahía—. Llegas tarde para salvar Otraparte.

Había visto tantas veces la deflagración en las visiones que creía estar preparada para esa posibilidad. Pero al oírlo de boca de Zach, se me encogió el estómago y me sentí como si todo el aire de los pulmones se hubiera marchado acantilado abajo.

—¡No puedes hacer eso!

—No puedes detenernos. Nos has retrasado un poco. Me pusiste las cosas difíciles. Habíamos sacado casi toda la máquina cuando apareciste e inundaste el Arca, pero aun así fue un revés y por tu culpa perdimos algunas piezas imprescindibles. Sin embargo, ya teníamos las bombas. Las personas que construyeron el Arca las protegieron cuidadosamente por encima de todo. Pero había que poner en funcionamiento el equipo de lanzamiento y el sistema para misiles de largo alcance. No fuiste tú la única responsable. Algunas cosas

dependían de recursos que ya no existen, como satélites de navegación, el combustible correcto...

Solo entendía algunas palabras de las que decía, pero todas significaban lo mismo: fuego.

—A la General se le ocurrió lo del barco —continuó Zach, echando un vistazo a la bahía que estaba detrás de mí—. Lo había trasladado todo aquí antes de contármelo, cuando ya comenzaba a darme la espalda. Pero tengo que reconocer que fue una buena idea que el lanzamisiles fuera móvil.

—No tienes por qué hacerlo. Aún estás a tiempo de detenerlo.

—¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? Ya está hecho. Paloma nos dio las coordenadas. Otraparte está en el radio de alcance. Solo tenemos que llevar el barco a mar abierto para sacar de la trayectoria las montañas del oeste. Y para asegurarnos de que no hay testigos indeseados del lanzamiento... Mientras el tabú siga vigente, nuestro propio pueblo no nos creará más problemas.

Eché un vistazo atrás. Zach tenía razón, el barco estaba moviéndose. Las filas de remos batían el agua como las patas de una araña correteando. La nave estaba virando lentamente para enfilar hacia la angosta salida de la bahía.

—¿Qué les has dado? —inquirí—. ¿Por qué la General no te ha matado aún?

—Nunca estuve tan desamparado como me creían. Siempre supe que la General acabaría volviéndose contra mí si yo acumulaba demasiado poder. También sabía que si perdía a la Confesora sería vulnerable, así que me propuse conseguir un seguro de vida, algo con lo que negociar.

—Paloma...

Zach negó enérgicamente con la cabeza.

—Ella solo era un obsequio, un detalle para ayudar a la General a recordar lo útil que podía llegar a ser cuando volviera con ella.

Me revolvió el estómago oírlo hablar de Paloma con esa indiferencia. Recordé de nuevo las cutículas de sangre en la carne viva que sustituían ahora las uñas arrancadas.

—Antes o después habríamos encontrado Otraparte —se apresuró a añadir, como si llenando el silencio pudiera retrasar mi salto—. Solo era una cuestión de tiempo. Y si Paloma hubiera sido lo único que tenía para entregarles, se habrían quedado con ella y a mí me habrían matado. Pero

cuando regresé, la General ya se había dado cuenta de que me necesitaba. Tenía las bombas, pero no podía utilizarlas sin mí.

Recordé el día que la General se había presentado en Nuevo Hobart para exigir que le entregáramos a mi hermano y la nota de urgencia en su voz.

—Fue la Confesora —dijo Zach, y el orgullo afloró en su voz—. Lo hizo por mí. ¡Tú! —soltó, tomando aire por la boca con los dientes apretados—. ¡Tú y tus secretos! ¡Tantos años escondiendo quién eras en realidad! ¡La Confesora no era como tú! ¡Ella no me escondía nada!

—¿Qué fue lo que hizo por ti?

—Ella supervisaba la construcción de las bombas. Comprendía las máquinas mejor que nadie. Ella juntó todas las piezas.

—Ve al grano. Dime qué hizo por ti.

—Era demasiado lista para confiar en la General. Sabía que esa zorra nos traicionaría si se le presentaba la oportunidad. No podíamos ocultarle el proyecto del Arca, era demasiado grande y ella tenía mucho poder, pero la Confesora se las ingenió para que solo yo pudiera armar los misiles. Un código... Un número que solo me dio a mí.

—¿Y sin él...?

—Sin él, las bombas solo son chatarra, peligrosa, pero chatarra. No pueden ser detonadas. Yo soy el único que puede hacerlo. —El orgullo volvió a su voz—. Fue obra de la Confesora. Lo único que tú has hecho en la vida ha sido mentirme, esconderme las cosas. Pero ella me lo entregó todo.

Menudo regalo. La capacidad de destruir mundos enteros.

—Con el tiempo, la General podría haber encontrado una solución —continuó Zach—. Por eso quería un vidente, alguien que comprendiera las máquinas como las comprendía la Confesora. Pero no tenía a nadie. Podría haber tardado años en resolver el problema, si es que alguna vez lo hacía. —Tragó saliva—. De todas maneras, no estaba seguro de que el código fuera suficiente para salvarme. Cuando hui de Wyndham, la General me quería muerto. No os mentí en eso. Y estaba seguro de que me mataría, pues estaba furiosa después de que inundarais el Arca. Quería aplastar vuestra insurgencia a toda costa. Tuve que acudir a ti para protegerme y para darle tiempo a ella para que viera las cosas con perspectiva, para que entendiera lo que yo ya sabía, que la insurgencia y Otraparte estaban vinculadas y que si bombardeaba

Otraparte clavaría el último clavo en la tapa del ataúd de la insurgencia... Y que no podría hacerlo sin mí. —Alzó ligeramente el mentón—. Ahora lo entiende. Le entregué a Paloma y le di el código. Le dije también que si intentaba torturarme, tú morirías en cuestión de minutos.

Sonrió, y esa sonrisa me hizo más daño que cualquier amenaza o insulto que me hubiera arrojado antes.

—Todo ha sido posible gracias a ti. Por una vez has sido útil. Si estoy vivo es por ti.

En los últimos meses me había acostumbrado a ir siempre mugrienta, había dormido en pantanos y escurrido sangre de mi ropa, pero jamás me había sentido más sucia que en este momento.

—Vivo por ahora —repuse—. ¿Crees que no volverá a traicionarte cuando destruya Otraparte?

—Ella y yo tenemos el mismo objetivo. Y yo soy el que lo ha hecho posible. —Se señaló la cintura.

Prendida al cinturón llevaba una cajita metálica. Cuando se la vi la primera vez, al acercarse, me pareció que solo era un adorno, una ostentosa hebilla a juego con los puños bordados de la camisa. Pero ahora que la miraba más detenidamente me fijé en que era cuadrada y de acero, casi del tamaño de la palma de su mano, y en la parte delantera tenía unas filas de botones protegidos por una tapa de cristal.

—No le he dicho el código —continuó Zach—. No soy tonto. Sé qué tengo que hacer para que mi vida no corra peligro. Hay otras cabezas explosivas a bordo del barco. No vamos a utilizar todo el arsenal con Otraparte.

Intenté imaginar múltiples deflagraciones, pero mi cabeza no fue capaz siquiera de concebir esa idea.

—Mientras tenga entre sus planes utilizarlas, me necesitará. Y yo introduciré gustosamente el código. La General y yo gobernaremos juntos.

—Nadie puede garantizarte eso —dije—. La General ya te ha traicionado una vez, cuando tuviste que acudir a nosotros arrastrándote.

—No me preocupa —repuso Zach abriendo los brazos—. Conseguiré lo que quiero porque es lo mismo que quiere ella, la destrucción de Otraparte.

Una vez me había confesado que quería cambiar el mundo. Ahora me daba cuenta de que no era eso lo que deseaba en absoluto. Su único anhelo era que

el mundo siguiera igual, que el tiempo se detuviera, que los omegas vivieran recluidos en los tanques y los alfas disfrutaran de su perfección; que Otraparte desapareciera como si nunca hubiera existido. Estaba dispuesto a preservarlo todo tal como estaba, como los ancianos de los tanques del Arca.

—Allí vive un millón de personas, Zach.

Pensé en los padres y las hermanas de Paloma, y en las familias que nunca había conocido. Los conocimientos que poseían, los medicamentos y las respuestas arderían con ellos. Incluso los animales, los perros marinos, los entramados y los elces serían engullidos por las llamas. El final del mundo para Otraparte y el final de la esperanza para nosotros.

—¡Detenla! —grité, volviéndome hacia el barco, que había completado el viraje y comenzado a dirigirse hacia la boca del estrecho. Los tripulantes ya se movían por las cubiertas preparando las velas para cuando salieran a mar abierto—. ¡Si no la detienes, saltaré!

—Cuando escapaste de Wyndham me amenazaste con saltar. Solo fue un farol. No tenías el valor entonces ni lo tienes ahora.

Era cierto que tenía miedo, miedo de las rocas indestructibles que había abajo y del dolor. Más aún, tenía miedo de abandonar este mundo, de no volver a sentir el viento en la piel, de perder todo lo que había visto y aprendido. Tenía tanto miedo que la tráquea se me obstruía dolorosamente cada vez que respiraba y las lágrimas me emborronaban la visión. Sin embargo, eso no quería decir que no fuera a saltar.

—No tengo elección —aseveré. Me sentí aliviada, si bien de una manera extraña. Ya no se trataba de una cuestión de elección; me había liberado del peso de las decisiones. Si no detenía a la General, nos mataría a ambos, así de sencillo.

—Yo tampoco tengo elección —repuso Zach—. Jamás estaremos a salvo mientras Otraparte siga ahí.

Lo miré fijamente. Tenía los ojos entornados para protegerlos del viento y de la arena que este nos arrojaba a ambos.

—Qué asustado estás —dije. Pensé en el soldado imberbe que tenía a mi lado antes del asalto al Refugio 6, tembloroso y con los pantalones meados. El miedo de Zach era igual de tangible. Lo llevaba a cuestas adondequiera que iba.

—No has venido para matarnos. Te conozco. Seguro que tienes un plan.

Negué con la cabeza. Estaba harta de los planes; había seguido demasiados planes en mi vida. Para escapar de las Salas de Preservación cuando me encerró en ellas; para huir de la isla destruida por la Confesora y su máquina; para liberar Nuevo Hobart; para destruir el Arca; para rescatar a los omegas del Refugio 6... Había agotado los planes... no me quedaba ninguno. No había túneles secretos, ni ríos para inundarlos, ni señuelos, ni ejércitos. Mi buena estrella, si es que alguna vez la tuve, se había extinguido. Ahora solo estábamos Zach y yo, aquí, en el borde del acantilado.

—No hay ningún plan.

—¿Qué haces aquí, entonces? —En sus repentinas carcajadas, demasiado agudas y breves, había una nota de histeria.

—Para obligarte a detener la deflagración —respondí.

—No puedo.

—¡Entonces saltaré!

—¿Estás sorda? —bramó—. ¡No puedo detenerla! ¡No se puede detener! ¡Ya no está en mi mano! He armado el misil. La General está en el barco con él. Cuando llegue a mar abierto podrá dispararlo cuando le venga en gana y tú no puedes hacer nada para impedirselo.

Esas carcajadas de nuevo, desagradables como el rechinar de unas uñas arañando un cristal.

Era demasiado tarde. El fuego consumiría Otraparte porque yo no había tenido el valor de poner fin a esto antes. Debería haberlo hecho meses atrás, cuando la General vino a Nuevo Hobart para pedirnos que le entregáramos a mi hermano. Debí haberme dado cuenta entonces de lo mucho que necesitaba a Zach.

Le di la espalda para ponerme de frente al borde del acantilado. Abajo, el mar estaba agitado y las crestas de las olas eran tan afiladas como las rocas que había al fondo del precipicio. ¿A qué distancia caería de la pared del acantilado? ¿Aterrizaría en las rocas o en el agua? Qué más daba.

—¡Llegas tarde! —repitió mi hermano—. ¡No conseguirás nada matándome ahora!

Me volví hacia él y doblé ligeramente las piernas.

—¿Crees que podría vivir sabiendo lo que va a ocurrir? ¿Sabiendo que

podría haberlo evitado?

¿Qué importaba una simple muerte en comparación con la destrucción que mi cobardía ya había provocado? Levanté la cabeza y sentí el viento en la cara. Escuché mi respiración por última vez.

—¡No arreglarás nada! —gritó Zach—. ¡Y si me matas, no habrá manera de detenerlo!

Me quedé petrificada. Todavía tenía las piernas dobladas para el salto. La arena que había a mis pies caía como un fino reguero por el borde del acantilado. Percibía sus movimientos casi inapreciables y la llamada de las piedras del fondo.

—Dijiste que no había manera de detenerlo. —Me separé del borde del acantilado, ni siquiera un paso completo, apenas un palmo, pero lo suficiente para que Zach dejara escapar un suspiro tembloroso—. Habla ahora mismo o morirás.

Su respiración seguía siendo agitada y jadeante.

—Acabas de decirme que si mueres no habrá manera de detenerlo — continué—. Por lo tanto, hay una manera de detenerlo, ¿no?

Zach siguió callado.

—¿Qué más te dio la Confesora? —Sabía que volveríamos a ella. Cuando me preparaba para saltar, pensé en Kip. Y sabía que mi hermano, en esos instantes finales, había pensado en la Confesora. Los cuatro aún estábamos unidos de una manera u otra.

—Hay dos códigos —dijo al cabo. No paraba de lanzar miradas al borde del acantilado, como ensayando nuestra muerte—. Uno arma el misil... Es el que introduje para comprar mi billete de vuelta al Consejo.

—Pero hay otro...

Zach vaciló.

—La Confesora me entregó otro código para invalidar el primero —dijo como arrancándose las palabras de la boca.

—¿Qué significa eso?! —grité tan fuerte que se me quebró la voz.

—Es un código de seguridad, por si acaso las bombas caían en manos enemigas. Los misiles ya contaban con él cuando los encontramos en el Arca.

La Confesora lo descubrió e introdujo un código propio que me dio. La General ni siquiera sabe que existe. Cancela la activación de las cabezas de manera remota y ejecuta una explosión localizada.

—¡Deja de hablar como una máquina! ¡Habla de manera que yo te entienda!

—Detiene la deflagración y provoca una explosión. No es exactamente una explosión nuclear como la deflagración, pero sí lo bastante potente para dañar las cabezas explosivas, y para destruir el sistema de lanzamiento y todo lo que haya a su alrededor.

—Así que la Confesora te dio la oportunidad de elegir —repuse—. No solo te dio la opción de las bombas. Es cierto que te entregó lo necesario para utilizarlas, pero también el medio para destruirlas.

Zach negó con la cabeza.

—Ella sabía lo que yo quería. Sabía mejor que nadie que no podíamos permitir la existencia de Otraparte.

—Te dio la oportunidad de elegir —repetí—. A lo mejor te conocía mejor de lo que te conoces tú a ti mismo.

—Eso piensas tú de ti, ¿no?, que me conoces mejor de lo que yo me conozco. —Escupió y el escupitajo aterrizó a mis pies.

—Te conozco, Zach —respondí. Parecía tan poca cosa a lo que asirse... «Te conozco, Zach». Tres palabras contra un barco negro, la maquinaria de la muerte deslizándose por las aguas de la bahía debajo de nosotros.

—¡No me conoces! —gritó mi hermano—. Tienes una idea de mí y quieres limitarme a ella. No has cambiado. Crees que debería haberme quedado contigo y conformarme con llevar una vida sencilla, que no debería haberme unido al Consejo, que no debería haberme dejado llevar por mis ambiciones.

—Que nunca deberías haber matado. Que no deberías haber ahogado niños en tanques ni enviar una bomba para asesinar a cientos de miles de personas.

—¿Has tenido una visión de mí deteniendo la deflagración? —preguntó—. ¿Se trata de eso? ¿Me has visto cambiar de opinión?

Y entonces me di cuenta de que quería que le dijera que sí. Deseaba, más que ninguna otra cosa en el mundo, que asintiera con la cabeza y le dijera que había visto su redención en mis visiones.

En el Arca, cuando el nivel del agua negra crecía a mi alrededor y se me

pasó por la cabeza la idea de rendirme, la esperanza había tomado el control de mi cuerpo para rebelarse contra mí y obligarme a luchar para sobrevivir. Y en los meses transcurridos desde entonces había fomentado el valor de ese instante. Actualmente me costaba averiguar el verdadero significado de los actos de mi hermano, pero identifiqué ese anhelo en su voz; quería que le dijera que podía cambiar. No tenía fe en que fuera posible, pero la esperanza no lo había abandonado.

Sin embargo, no iba a mentirle.

—No —respondí—. La deflagración se repite en mis visiones. El fuego arrasa Otraparte. Xander también lo vio. Ambos tuvimos visiones de la deflagración que vas a provocar.

—No hay vuelta atrás, entonces.

—No —dije, y por primera vez lo vi claro—. No tiene nada que ver con las visiones, ni con el hecho de que yo sea vidente. Las visiones siempre han sido una distracción. No soy la única vidente. Lucia y Xander también tenían visiones. Y las visiones de la Confesora eran tan intensas como las mías... más aún, probablemente. Las visiones no van a cambiar lo que está ocurriendo. Ellas no juegan ningún papel.

»Lo más importante de ser vidente es que me dio la posibilidad de retrasar durante mucho tiempo el momento de separarnos, Zach. Me permitió estar a tu lado. Ese tiempo, esos trece años... son mi único don. No tiene nada que ver con las visiones, porque esos años fueron los que me permitieron ver las cosas de otra manera.

—Fueron los peores años de mi vida.

—Tal vez. Pero te conozco. No por las visiones, sino porque estuve a tu lado durante todos esos años. Te odio más de lo que creía posible que podía odiarse a alguien. Pero te conozco. Sé por qué te has convertido en lo que eres. Y sé que eres capaz de cambiar.

Recordé las palabras de Piper cuando lo encontré llorando junto al manantial: «Soy todo lo que temes que sea. Pero eso no significa que solo sea eso».

—No puedes obligarme a hacer nada —dijo Zach—. Ni siquiera aunque saltes.

Asentí.

—Lo sé. No he contemplado en mis visiones que detuvieras la deflagración ni que enmendaras nada de lo que has hecho. Solo existen las decisiones que tomas.

Eran muchas las decisiones que nos habían llevado donde estábamos ahora. Y eso era un círculo vicioso mucho mayor que cualquiera de nosotros. La deflagración, la de antes y la de ahora. Los tanques del Arca y ahora los refugios. Las cámaras del Arca en las que habían encerrado a los locos y los habían dejado morir y las Salas de Preservación. Todo era un círculo y Zach y yo debíamos decidir si queríamos seguir dentro de él o encontrar una manera de romperlo.

Le mentí a mi hermano cuando le dije que no existía la magia. Yo solo creía en una clase de magia, la misma que empujó a Kip a saltar; la que llevó a Paloma a quedarse con nosotros y no huir. Era una magia caótica que no prometía finales felices. No había salvado la vida de Kip ni protegido a Paloma, pero había guiado a Zoe hasta Paloma para que la rescatara. No salvó a los niños ahogados de Nuevo Hobart, pero gracias a ella, Elsa pudo amortajar sus cuerpecitos con sus manos temblorosas. Esa magia era el amor, la bondad y la esperanza, y aunque quedaba poca de ella en este carbonizado mundo nuestro, yo sabía que era real.

—Tomé mis propias decisiones —afirmó Zach—. Nadie me ha obligado a hacer nada de lo que he hecho.

—Sí. Nada ha ocurrido por casualidad. Tú escogiste en cada momento y tendrás que convivir con tus decisiones. Son responsabilidad tuya. Veía en lo que estabas convirtiéndote, pero eras tú el que escogía.

—Tus sermones no van a cambiar nada.

—No lo estás entendiendo, ¿verdad? Lo que eres es la suma de tus decisiones. Será un peso con el que tendrás que cargar toda tu vida. Pero eso también significa que eres libre para escoger ser otra cosa. —Pensé en todas las decisiones que se habían tomado: el salto de Kip, la decisión de Zoe de renunciar a una cómoda vida como alfa para colaborar con Piper en la resistencia, Paloma y su elección de quedarse para ayudarnos a pesar del precio que había tenido que pagar...—. No estás limitado por lo que me han mostrado mis visiones ni por todo lo que has hecho hasta ahora. Todavía tienes el poder de elegir.

Zach me miraba fijamente con semblante serio. Su nariz se dilataba cada vez que inspiraba. Yo lo miraba y veía al niño con el que había crecido; su cara infantil en nuestra habitación cuando charlábamos en susurros de cama a cama; el crío flacucho que había aprendido a nadar en el río conmigo mientras los rayos del sol se colaban entre las ramas de los sauces y nos sumergíamos hasta la barbilla en el agua, mirándonos.

—No tengas miedo —le dije en un susurro—. La decisión es tuya. Puedes escoger.

Ignoro qué vio o qué pensó durante esos instantes en el acantilado, mientras el viento nos azotaba el rostro y los soldados nos observaban desde los márgenes de mi campo visual, pero hizo un gesto casi imperceptible de asentimiento, una leve inclinación de la cabeza, y algo cambió dentro de él. Un antiguo terror se deslizó precipicio abajo como la arena que había a nuestros pies. El miedo aún era visible en su rostro, pues había muchas cosas que temer (los soldados, la tarea que teníamos por delante), pero algo se había alterado en su interior. Llevaba tanto tiempo huyendo de sí mismo que tuvo que haber algún elemento de alivio al detenerse al fin para enfrentarse a su propio ser.

—¡No os acerquéis! —gritó a los soldados mientras me llevaba por el acantilado hacia el norte—. ¡Si alguno de vosotros mueve un músculo, nos tiraremos! ¡Y os colgarán por ello...! ¡La General se asegurará de que así sea, de modo que no os acerquéis! —repitió—. ¡Tengo la situación controlada!

Me fijé en que su voz recuperaba el tono autoritario. Solo unos segundos antes me había suplicado con la voz temblorosa que no saltara. Ya no era Zach y volvía a ser el Reformador. Bramaba órdenes a los soldados y yo veía cómo miedos distintos (el miedo a desobedecer las órdenes, el miedo a él y el miedo a la General) se acumulaban en el interior de sus subordinados.

Si se hubiera dirigido a la torre o hacia su caballo, la provocación hubiese sido excesiva y habría obligado a los soldados a desobedecerlo. Pero simplemente se alejaba caminando, siguiendo el contorno del acantilado, seguido de cerca por mí, de manera que los soldados obedecieron y se mantuvieron donde estaban mientras nosotros enfilábamos hacia el norte por el borde del precipicio y nos acercábamos al estrecho de la bahía.

Cuando habíamos recorrido unos doscientos metros, encontramos un sendero que bajaba al mar. Lo cierto es que de sendero tenía poco, pues apenas eran unos escalones tallados en la piedra y en algunos tramos la pendiente era tan empinada que en cualquier momento podíamos precipitarnos rodando hasta abajo. Solo habíamos descendido unos pocos metros cuando dejé de ver a los soldados que se habían quedado arriba. Zach había impuesto su autoridad y no nos siguieron. El sendero terminaba abruptamente en el agua. ¿Qué podíamos hacer desde allí o desde cualquier otra parte para detener un barco que era más grande que la torre?

Zach marchaba delante de mí, y cuando mis pies provocaron un pequeño alud de piedras que cayeron encima de él, mi hermano maldijo en voz alta pero no aminoró el paso. Cuando nos acercamos al agua lo suficiente para distinguir el sonido de las olas, me llevé a la boca la cápsula de madera de serpiente y la coloqué entre los labios. Ya no tenía confianza en que la caída me matara y había aprendido a no fiarme de Zach.

Allí, en el lado norte de la bahía, había un pequeño embarcadero con un puñado de botes de pesca, probablemente abandonado cuando los soldados de la General se hicieron con el control de la bahía y construyeron el gigantesco embarcadero que había debajo de la torre.

Zach subió a una de las barcas. Yo no perdí el tiempo desanudando el cabo que la amarraba al embarcadero y lo corté con la daga.

El mar estaba picado y las olas me rociaban con su agua fría. Remábamos uno al lado del otro, en silencio, y nuestros hombros se rozaban mientras los cuerpos se movían en perfecta sincronía. Cuando llegara a mar abierto y desplegara las velas, el barco nos dejaría atrás rápidamente, pero al abrigo de la bahía, la mastodóntica nave avanzaba lentamente impulsada por los remos y nuestro bote era más ligero y también más veloz.

Escupí la cápsula, aunque todavía me colgaba del cordón que llevaba alrededor del cuello con el peso de una promesa.

—¿Cuánto tienes que acercarte para detenerlos? —pregunté, mirando la cajita metálica prendida a su cinturón.

—Bastante —respondió Zach—. Unos doscientos metros como mínimo. La Confesora me contó que antes funcionaba desde distancias largas, pero dejó de hacerlo, como el resto de las máquinas. Estaba investigando cómo arreglarlo,

pero entonces... —Se quedó callado. La historia terminaba como muchas otras últimamente, con un cuerpo destrozado. Un tanque.

Al cabo de un rato, con ambos jadeando mientras remábamos, volvió a hablar.

—Se producirá una explosión. Nada parecido a la deflagración... No es fácil llevar a cabo una explosión nuclear. Para que esta ocurra hay que poner en marcha una secuencia que solo se iniciaría cuando la General lanzara la bomba. La explosión que se producirá no tendrá nada que ver... pero será suficiente para hundir el barco.

Eché un vistazo al barco por encima del hombro sin dejar de remar. Desde el acantilado me había parecido muy grande, pero visto ahora desde el nivel del mar y desde menos de doscientos metros, era tan alto que parecía tapar la mitad del cielo. Era como una isla en mitad de la bahía.

Cuando Zach me hizo aquel leve gesto de asentimiento con la cabeza en lo alto del acantilado, me pregunté si solo quería salvar la vida. Ahora obtenía mi respuesta. Era evidente para ambos que una explosión lo suficientemente potente para hundir aquel barco negro también acabaría con nosotros.

—Nos han visto —dijo Zach.

Eché otro vistazo por encima del hombro y el movimiento que había sobre la cubierta negra ya no era solo para desplegar las velas. También llegaban gritos.

Zach se desenganchó la cajita metálica del cinturón. Habíamos dejado de remar y el bote cabeceaba sobre las olas. Intenté leer los números que había en los botones, pero entre las manos temblorosas de mi hermano las cifras eran unas manchas borrosas.

Una flecha voló hacia nosotros, y por una vez me alegré de que el mar picado mantuviera la barca en un constante balanceo. El proyectil pasó rozándome el hombro y se hundió en las olas. Me tiré al suelo y me acuclillé con los pies sumergidos en el charco que se había formado en el fondo del bote. Otra flecha impactó en la proa y se quedó clavada como un mascarón.

Zach estaba agachado enfrente de mí y sujetaba la cajita sobre el banco que nos separaba. Había levantado la tapa de cristal y los botones con números estaban a la vista. Los sobrevoló con el dedo índice de la mano derecha estirado. No hacía falta una guerra, ni siquiera una batalla. Todo se

reducía a aquel minúsculo artefacto. Nada de héroes ni de discursos grandilocuentes. Solo nosotros dos en un bote y su dedo en aquellos botones.

Le puse una mano en la muñeca. No pretendía consolarlo, pues no había consuelo que valiera en aquellas circunstancias, aunque Zach lo hubiera merecido. Solo quería detenerle el temblor de la mano para que no apretara los botones equivocados o echara a perder la única oportunidad que teníamos.

Levantó ligeramente la caja y la mantuvo en alto apuntándola al barco a pesar de los vaivenes del bote. Apretó un botón y luego otros dos. Otra flecha perforó las olas justo delante de él, pero Zach ni se inmutó y apretó otro botón. Entonces se volvió hacia mí y, sin despegar los ojos de los míos, apretó el último botón.

Por un momento que se hizo eterno no sucedió nada. «Ya está —pensé—. Es el final de Otraparte. El final de todo».

Entonces se produjo la explosión en las entrañas de la nave. Durante unos instantes todo el barco pareció hincharse, abultarse, hasta que la explosión reventó el casco y lo hizo añicos.

Y después, el fuego lo arrasó; la llama brotó en su blanco núcleo y la deflagración se expandió como un ojo que se abriera. Tantas veces había visto aquella figura en mis visiones que al producirse la explosión me sentí como si volviera a casa. El mástil se mantuvo suspendido en el cielo durante unos segundos como un dedo que señalara el cielo y luego también se precipitó al mar. De la nave ya solo quedaban fragmentos. Se había convertido en una nube de polvo negro que se depositaba en círculo alrededor de las llamas. Se produjo otra explosión bajo la superficie del mar y un chorro de agua se elevó cincuenta metros en el aire. También había visto esa figura (en forma de columna de llamas del tamaño del cielo) en mis visiones, pero esta era más pequeña y de agua. Y entonces la columna se derrumbó sobre el mar y desapareció. Debajo de las aguas apareció un círculo relumbrante, con el centro en el punto donde el barco había reventado, que se expandió por las profundidades.

La ráfaga de aire caliente de la primera deflagración había alejado el bote, pero casi inmediatamente fuimos succionados hacia la explosión. El bote se deslizó entonces por el agua a tanta velocidad que sentí que me sacaban el aire de los pulmones. Pero cuando la columna de agua trepó por el cielo, una

segunda ráfaga nos arrancó del bote y nos lanzó volando por el aire chamuscado.

Me estrellé de espaldas contra el agua y el impacto me vació de los pulmones el poco aire que me había dejado la explosión. El mar parecía un ser vivo que me apaleaba y tiraba de mí. Abrí los ojos debajo del agua y vi que el mar me miraba fijamente a través de la negra masa de agua, con un ojo más brillante que el cielo.

Entonces mis pulmones me recordaron con una punzada de dolor que aún existía el tiempo y que había transcurrido demasiado desde la última vez que había respirado. Encima de mí me esperaba el día, pero no tenía ni idea de qué lado era arriba y cual abajo, pues a mi alrededor solo veía agua negra y el resplandor de la explosión delante de mí.

Debí de gritar o chillar, porque los residuos de aire que quedaban en mis pulmones surgieron de mi boca en forma de burbujas, anaranjadas por el reflejo de la luz de la deflagración. Mi cerebro se había detenido, pero mi cuerpo aplicó un viejo conocimiento y siguió las burbujas en su camino a la superficie. Mis piernas patalearon y mis brazos se agitaron, y yo pensé que, aunque ya fuera tarde, era mejor seguir dando patadas y puñetazos al agua.

Encontré el aire cuando emergí en un día que solo era un pálido reflejo de la luminosidad que se había instalado en las profundidades de la bahía. Sentí un dolor agudo en los pulmones al tomar aire la primera vez, pero volví a hacerlo, con la boca completamente abierta, y luego otra vez. Fuera del agua reinaba una quietud extraña y la superficie lisa del mar contrastaba con la agitación de más abajo. Me volví hacia el lugar donde se había producido la explosión. Apenas quedaba rastro de ella y las aguas estaban recuperando su oscuridad habitual.

Zach estaba flotando sobre la espalda cerca de mí. Nadé hacia él y se volvió a mirarme. Tenía los ojos tan vidriosos como el agua.

—¿Estamos vivos? —preguntó.

Yo aún no había recuperado el aliento para hablar. Tosí y vomité agua, y cuando intenté respirar de nuevo, volví a toser y a expulsar agua por la boca. Vi detrás de Zach los restos del barco dispersos por la superficie.

—¿Estamos vivos? —repitió.

Abrí la boca para responder, pero entonces comencé a hundirme y me

entró agua salada por la nariz y por la boca. Zach también estaba hundiéndose y nos cogimos mientras el mar nos engullía.

Sería como siempre había sido. Nos ahogáramos mutuamente o nos salvaríamos el uno al otro.

Encontrar el bote fue la parte sencilla, ya que se conservaba intacto, y a pesar de que estaba lleno de agua hasta la mitad, seguía flotando ligeramente ladeado a unos cincuenta metros de donde estábamos. Zach y yo nos arrastramos juntos hacia allí, abriéndonos paso entre los restos del barco de la General.

Subir al bote fue más complicado, y durante un largo rato simplemente permanecimos agarrados a la borda, hasta que las manos yertas me comenzaron a resbalar y me di cuenta de que si no vencíamos ahora el agotamiento y subíamos a la embarcación no tendríamos otra oportunidad. Trepé por el casco, arañándome la barriga y los muslos con la borda, y ya estaba achicando agua con las manos cuando Zach hizo lo mismo. Los remos habían desaparecido, así que al principio flotamos a la deriva, rodeados por los pedazos del barco, que arañaban y golpeaban el maltrecho casco del bote. Luego remamos con los brazos a través de los restos, hasta que encontramos una plancha metálica retorcida e informe y la subimos a bordo; Zach recogió del mar una tabla de madera quemada por una cara y remamos con ambas cosas.

Le hablé mientras batíamos el agua con nuestros remos improvisados en dirección a la orilla. En los oídos tenía un pitido del que no me percaté hasta que comencé a hablar, y descubrí que apenas oía mi propia voz. Aun así le hablé. Era lo último que me quedaba por hacer.

—Cuando acudiste a nosotros en busca de protección, te dije que habías

cometido atrocidades indescriptibles. Pero no son indescriptibles.

Por mi comodidad, y por la suya, siempre evité hablar de ellas. Siempre habría un abismo entre la realidad y las palabras que la describían, pero podría haberlas descrito si me hubiera atrevido, pues poseía el vocabulario para hacerlo. Sin embargo, jamás quise hacerlo. Eso habría significado convertirlas en un elemento inseparable de mi hermano y, por lo tanto, de mí.

Así que hablé de ellas. Había aprendido mucho sobre la insuficiencia de las palabras, pero también sobre su poder. Describí sus crímenes de uno en uno mientras remábamos. Rememoré las batallas, los tanques, y pronuncié el nombre de todas sus víctimas que pude recordar: Kip, Rhona, Violet, Tash. Nombré a todos los niños que había reconocido cuando saqué sus cadáveres de los tanques de Nuevo Hobart: Alex, Louisa, Oliver. Le mencioné a Leonard, su tortura y su muerte; a Xander y su menudo cuerpo destrozado; a Paloma y las heridas y las lesiones en sus manos y muñecas. De algunas víctimas tuyas solo conocía el nombre, y también los pronuncié. Para la mayoría de las personas a las que hizo daño no tenía un nombre, pero describí los rostros y los cuerpos de los que vi en el refugio y en cualquier otra parte.

No sé si me escuchaba siquiera, pero seguí hablando al ritmo de los remos, pronunciando una palabra con cada palada. Él remaba a mi lado con la misma cadencia. Mis palabras no eran un castigo ni curaban todo el dolor que había infligido. ¿Cómo iban a hacerlo si los muertos yacían en sus sepulturas, las heridas de Paloma aún no se habían cerrado y los omegas rescatados de los tanques estaban pálidos y mudos en Nuevo Hobart? Pero tenía que enumerarle todas las atrocidades que había cometido, presentarle todos sus crímenes y ponerlos a sus pies y no a los míos. Tenía que decirle: «Lo has hecho tú».

En mi imaginación, el bote se hundía a medida que hablaba y se iba llenando con nombres de muertos y de omegas encerrados en tanques.

El agua se terminó antes de que yo agotara los nombres. Teníamos delante una pequeña cala de guijarros. Piper estaba esperándonos hundido hasta los muslos en el agua. Detrás de él, en la orilla, distinguí las guerreras rojas y los brazaletes negros de los soldados del Maestro de ceremonias.

Cuando dejé caer mi improvisado remo, Piper nos arrastró hasta aguas menos profundas y estuve a punto de resbalar cuando desembarqué sobre las

piedras.

—Hemos visto la deflagración. ¿Ha acabado?

Apenas oí su voz a través del pitido que tenía en los oídos. Me volví hacia el bote y vi a Zach derrumbado en el banco. Las aguas habían recuperado la calma. El mar se había tragado una vez más su secreto. La General y la máquina de la deflagración yacían en sus profundidades, y nada salvo una mancha de humo en el horizonte señalaba el lugar en el que se habían hundido.

—¿Ha acabado? —repitió Piper.

Me volví a mirarlo.

—Sí —respondí. Hasta ahora, al oírmelo decir, no creí que fuese verdad.

Llevamos juntos el bote hasta la orilla. Zach seguía sentado, en silencio, pero estiró los brazos para sujetarse cuando sacamos la barca del agua y la arrastramos por las piedras. Sentí el movimiento de los pequeños guijarros bajo los pies y cerré los ojos un momento.

No me sobrevino ninguna visión de la deflagración. Solo vi la negrura de mis propios párpados, que por primera vez recibí como una bendición.

—¿Y ahora qué? —preguntó Piper.

Abrí los ojos, lo miré y sonreí.

—No lo sé.

TERCERA PARTE

He olvidado buena parte de lo que sucedió en las horas y los días que siguieron. El agua y el pitido que me taponaban los oídos no desaparecían. Recuerdo haber visto a Piper, y también a algunos soldados nuestros, los que habían seguido al escuadrón de la General cuando decidimos dividirnos. Y había otros, enviados por Zoe y por Simon desde la guarnición del Maestro de ceremonias de Hepburn. No hubo batalla, o si la hubo ya había terminado cuando Piper nos condujo a Zach y a mí a la torre. Los soldados de la General habían visto explotar su barco y, huérfanos de líder, desarmados y superados en número por las fuerzas del Maestro de ceremonias, ahora formaban en fila delante de la torre. Al ver a Zach, algunos lo recibieron con el saludo militar.

Él pareció no verlos.

En los días y las semanas siguientes, su actitud no cambió. No tenía ninguna herida de la explosión; ninguno de los dos había sufrido mayor lesión física que algún que otro corte superficial y moratón, aparte del pitido en los oídos que oía cuando se hacía el silencio a mi alrededor. Pero algo había cambiado en él, o se había roto. Varias veces me pregunté si la explosión le habría robado las palabras, o si se debería a mi exposición de sus crímenes mientras remábamos para regresar a la orilla. Fuera lo que fuese, daba igual. Durante el viaje de vuelta a Nuevo Hobart cabalgó en silencio, con las manos encadenadas delante de la silla de montar.

Una vez en la ciudad, lo mantuvimos encadenado y vigilado, pero no había nada que vigilar. Comía, dormía e incluso obedecía. Elsa a veces le encargaba

pequeñas tareas domésticas y entonces él se sentaba en su cama y desvainaba guisantes o pelaba patatas. No tenía permitido salir de nuestra habitación. No es que temiéramos que escapara; lo hacíamos por Paloma, pues ya tenía bastante con saber que estaba en la misma casa que ella, y me había prometido a mí misma que jamás tendría que verlo de nuevo.

Yo apenas dije palabra durante el viaje de regreso a Nuevo Hobart. Me había pasado la vida pensando en el mañana e intentando descifrar el futuro. Ahora tenía la ocasión de volver la vista atrás y pensar en todas las cosas que habíamos salvado y en las que habíamos sido incapaces de salvar. Lo vivía como un escrutinio, como si tamizara las cenizas que las visiones de la deflagración me habían dejado en la cabeza y las nuevas visiones que las noches todavía me regalaban. Era una tarea ardua, y en las semanas de tranquilidad que siguieron a la deflagración, con frecuencia me sentí más cansada que durante los meses anteriores de urgencias y luchas.

Era un tiempo para la dispersión. Durante una eternidad todo había parecido confluír en Nuevo Hobart. Pero en las semanas que pasamos esperando la recuperación de Paloma, la gente comenzó a abandonar la ciudad. Los soldados de la General se habían rendido al Maestro de ceremonias y ya se rumoreaba sobre las personas que se sentarían en el nuevo Consejo. El campamento desmantelado del Consejo en las afueras de Nuevo Hobart había dejado varias hectáreas de hierba pisoteada. Cuando el viento soplaba del este traía la fetidez de los muertos enterrados en los terrenos pantanosos que la tierra había expulsado cuando el calor apretó en los últimos días de la primavera.

Los barcos esperaban en la costa y los primaverales vientos del norte estaban amainando, pero la flota no podía zarpar hasta que Paloma recuperara las fuerzas para el viaje. Los soldados de Nuevo Hobart comenzaron a ser trasladados a Wyndham y a las guarniciones costeras. Se desplegaron escuadrones para liberar el resto de los refugios y vaciar los tanques, mientras que otros partieron con la misión de edificar lugares para alojar a los omegas rescatados de aquellos. Era un proceso que requeriría tiempo y las soluciones que se adoptaban no eran sencillas, pero recordé lo que había pensado unas

semanas antes: la destrucción es un momento, pero las cosas que valen la pena necesitan tiempo. Y ahora, por primera vez desde que podía recordar, este nos sobraba.

La recuperación de Paloma también fue lenta. Estando ya de vuelta en la casa de acogida, y a pesar de que ya se habían cerrado las heridas y tenía los dedos mejor, no permitía que nadie la tocara. Si Elsa le pasaba un cuenco con comida, Paloma se estremecía si sus manos se rozaban. Y cuando alguno de nosotros se cruzaba en el pasillo con ella, que caminaba con muletas, se pegaba a la pared. Ni siquiera buscaba el contacto físico con Zoe, a pesar de que rara vez se separaba de ella y se ponía nerviosa cuando no estaba en la casa de acogida.

Zoe nunca se quejó. Una de las primeras mañanas de verano la vi junto a la leña apilada contra el muro del patio. Estaba buscando entre los troncos más grandes. Cogía uno y lo examinaba detenidamente, le daba mil vueltas y lo estudiaba desde todos los ángulos, lo inspeccionaba con minuciosidad, calculaba su peso y acercaba los ojos para escrutarlo de cerca. Luego lo descartaba, ya fuera porque tenía demasiados nudos o porque las vetas eran demasiado anchas, y cogía otro. Así hasta que por fin dio con el que cumplía todos los requisitos. La observé mientras arrancaba largas tiras de corteza y lo tallaba con la daga; primero cortó grandes trozos de madera y después lo cepilló, y las virutas caían a sus pies como copos de nieve. Finalmente talló la superficie hasta que la pierna comenzó a tomar forma.

Tardó días en acabarla. Una tarde me senté a su lado en el patio de Elsa mientras la lijaba. Paloma estaba durmiendo (durmió mucho los días que estuvo convaleciente).

—Es un trabajo lento —le dije, señalando la pierna que estaba trabajando con mimo.

Me miró y se encogió de hombros.

—Una de las cosas que se aprende cuando luchas es que no debes cometer el mismo error dos veces. —Hizo una pausa mientras se recolocaba el papel de lija alrededor de la mano—. Si cuando estás peleando con alguien recibes un fuerte puñetazo en la cara, aprendes que debes agacharte más rápido.

El papel de lija restregando la madera sonaba como el chirrido de las cigarras que había en el tejado.

—Con Lucia no tuve la paciencia necesaria —continuó—. No pienso cometer el mismo error.

No podía reproducir la pieza metálica de la anterior pierna ortopédica de Paloma que se encajaba en el hueso metálico, aunque de todas formas no habría servido para nada debido al mal estado de este. Por lo tanto, en el extremo superior estaba tallando una concavidad a medida de la rodilla y el muslo de Paloma. La observé mientras vaciaba la pierna ortopédica en la parte más ancha para que se ajustara milimétricamente a la rodilla. Jamás tocó a Paloma ni tomó ninguna medida de su pierna, pero la contemplé mientras recorría lentamente la madera con las yemas de los dedos, guiándose por su recuerdo de la forma exacta del muñón de Paloma. En el fondo de la concavidad hizo un orificio para que Paloma introdujera en él la retorcida punta metálica que sobresalía de su rodilla, y pasó medio día afinándola para que ninguna astilla se clavara en la piel de Paloma o la rozara.

No intentó tallar un pie, y la pierna terminaba en una punta chata que recubrió con varias capas de alquitrán, dejando secar una antes de aplicar la siguiente, hasta que consiguió darle el aspecto de una contera negra. Fijó unas correas de cuero alrededor de la parte superior de la pierna con unos tornillos, a los que cortó las puntas para que no llegaran a sobresalir por la parte interior, donde iría encajado el muslo de Paloma.

Esta nunca comentó nada sobre la pierna, aunque todos veíamos cómo iba cobrando forma entre las manos de Zoe. Se sentaba, siempre a prudente distancia de Zoe y esperaba. Cuando estuvo lista, Zoe la barnizó. Le dio tres capas, y cada una oscurecía un poco más la madera. Las manos de Zoe también acabaron barnizadas, lo que les confería un aspecto parduzco y brillante.

Por fin la terminó y se la entregó a Paloma. Tendió los brazos hacia ella con la pierna de madera encima, de manera que pudiera cogerla sin tocarle las manos. Paloma la tomó en silencio. No se la probó delante de los demás, ni siquiera a solas con Zoe, y regresó a su habitación ayudándose con las muletas.

Cuando volvió a salir un par de horas después, llevaba puesta la nueva pierna, con las correas fuertemente apretadas por encima del pantalón. Caminaba despacio y todavía utilizaba las muletas mientras aprendía a mantener el equilibrio. Pero enfiló hacia Zoe y se sentó un poco más cerca de

ella, con los codos de ambas casi rozándose. Al día siguiente apareció sin las muletas y se apoyó en el hombro de Zoe mientras daba sus primeros pasos inseguros alrededor del patio.

Los soldados del Maestro de ceremonias habían tomado el control de Wyndham sin encontrar resistencia por parte del ejército de la General, descabezado y con la incertidumbre sobre su futuro bajo el nuevo Consejo. Simon había acompañado al Maestro de ceremonias a Wyndham y regresó con un montón de noticias, como que los soldados omegas pisaban por primera vez las calles de Wyndham y que se habían abierto al público las cámaras del Consejo y los saqueadores, tanto alfas como omegas, se habían llevado la mitad de las cosas.

Le pregunté discretamente si habían encontrado al hermano gemelo de la General.

—Había una habitación... una celda, en realidad, justo debajo de los aposentos de la General. Sus soldados nos dijeron que ella era la única que tenía la llave. Tardamos dos días en tirar abajo la puerta.

No tuve que preguntarle qué habían encontrado dentro. Lo sentí en los instantes posteriores a la explosión del barco de la General. Sentí a su hermano gemelo, sumergido como yo y muriendo en la oscuridad.

—Le dimos el entierro que merecía —añadió Simon.

Asentí. Últimamente me asaltaba con frecuencia la sensación de que enterrar a los muertos era la única manera que teníamos de compensarlos. Habíamos enterrado a Xander e incinerado a los niños muertos y eso no había cambiado nada, salvo, quizá, que nos hizo más fácil seguir respirando. Tal vez en el fondo fuera razón suficiente.

Se estaba liberando gradualmente a los omegas de los tanques. Se habían vaciado cuatro de los refugios más próximos a Wyndham, pero aún quedaban muchos otros. Comprendía la necesidad de las precauciones, pues vi con mis propios ojos en el Refugio 6 que había personas que no sobrevivían cuando eran extraídas de los tanques. Y Zach, sumido en el silencio más absoluto, no

nos ayudaba con las máquinas que controlaban los tanques. No obstante, algunos soldados del Consejo que habían trabajado en los refugios colaboraron con nosotros a cambio de nuestra clemencia y nos dieron toda clase de información y de consejos para que sacáramos a los omegas de la manera más segura para ellos.

—Tenemos que tener en cuenta la historia —dijo el Maestro de ceremonias cuando me quejé de lo lenta que estaba siendo la liberación de los omegas de los tanques—. Si nos precipitamos, la General y el Reformador no pasarán a la historia por su crueldad y su monstruosidad. Seremos nosotros quienes lo hagamos por asesinar a centenares, no, millares de personas y a sus hermanos gemelos por sacarlos de los tanques.

Pasé todo el día dando vueltas a esas palabras. Hablé con Piper esa noche.

—Necesito que hagas una cosa por mí.

Piper arqueó una ceja y esperó mi petición.

—Reúne a los bardos. A todos los que puedas. Sobre todo busca a Eva. Diles que acompañen a los soldados a los refugios que aún no se han liberado. Que vean lo que el Consejo hizo en ellos.

No podía obligar a los bardos a que escribieran una canción sobre los tanques, pero sabía que si los veían con sus propios ojos, si conocían el tormento que se había vivido en esas cámaras penumbrosas, la canción y el relato se escribirían solos. Se difundirían como lo había hecho la canción que Leonard y Eva habían escrito juntos para que la gente se enterara de la verdad de lo que ocurría en esos lugares. Así no se repetirían.

Pero Piper me miró con gesto serio.

—Ya viste lo que le hicieron a Leonard.

Cómo iba a olvidar su cuello partido y su cuerpo colgado de un árbol con los dedos rotos.

—Viajaban juntos —continuó Piper—. Cantaban juntos. Ya sabes que lo más probable es que Eva también esté muerta.

—Pero podría seguir viva —dije sonriendo. Desde que habíamos salvado el mundo de la deflagración, cada día me parecía un milagro y me sentía capaz de tener fe en cualquier cosa.

—¿Aún no has aprendido que no debes subestimar su crueldad?

—Su crueldad es precisamente lo que me permite pensar que todavía

podría estar viva. Colgaron a Leonard en un lugar en el que sabían que lo encontraríamos, para mandarnos un mensaje a todos los que estábamos en Nuevo Hobart. Si hubieran cogido a Eva, se habrían preocupado de hacer que nos enteráramos. La habrían colgado del mismo árbol.

Piper asintió.

—Está bien. Correré la voz. —Se quedó un momento pensativo—. Y no solo buscaré a los bardos omegas. Los alfas también necesitan conocer la verdad... probablemente más que nadie. Le pediré al Maestro de ceremonias que reúna a los bardos alfas.

El resto del día estuve pensando en Leonard y en su voz, profunda y rota. Imaginé una nueva canción que llegaba a todos los rincones.

Hablé con Piper sobre los miembros del nuevo Consejo.

—Tú y Zoe, obviamente —me dijo—. El Maestro de ceremonias y yo. Simon. Probablemente June.

Asentí. La canosa omega había liderado la insurgencia de los ciudadanos de Nuevo Hobart mientras nosotros atacábamos la ciudad desde fuera.

—Y necesitaremos otro alfa —continuó Piper—. Hay una consejera de las regiones orientales que siempre ha mantenido una postura moderada... Es la que tiene más números.

—¿Simon quiere formar parte del Consejo? —Recordé lo aliviado que se sintió al devolverle el mando a Piper cuando regresó de los páramos.

Piper negó con la cabeza.

—No más que yo. Pero lo necesitamos. Los omegas de la vieja guardia lo respetan. Hay muchos que no quieren a los alfas en el poder con nosotros, sobre todo ahora que se está destapando la verdad sobre los tanques. Preferirían fundar un Estado independiente. Y muchos estarían dispuestos a llegar más lejos, si te soy sincero. Estarían encantados de devolver a los alfas el trato que ellos nos dieron a nosotros.

Después de liberar el Refugio 6, el Maestro de ceremonias me había dicho que era más fácil iniciar una guerra que terminarla. No iba a resultar sencillo aglutinar a todas las personas alrededor del nuevo Consejo. Se necesitaría tiempo.

—Cuando las aguas se calmen —continuó Piper—, tendremos que convocar elecciones y organizar los gobiernos regionales. Pero eso aún queda lejos. De momento, mi objetivo prioritario es la estabilidad, vaciar los refugios y comenzar las negociaciones con las islas Dispersas. El Consejo que se constituya solo será interino, hasta que la situación se estabilice.

Pensé en los documentos del Arca y en su gobierno provisional. Había mandado durante décadas, y lo seguía haciendo cuando el Arca se desmoronó y encerraron a los locos en las habitaciones y construyeron los tanques para ellos mismos.

—Ten cuidado —le dije a Piper.

Se echó a reír.

—No soy tonto. Sé que Wyndham es un nido de serpientes. Hemos cambiado muchas cosas, pero no hacemos milagros.

—No me refería a eso. —No estaba previniéndolo contra los asesinos ni las traiciones, aunque no me cabía duda de que Wyndham estaría lleno de ambos. Me preocupaba el efecto que las comodidades y el poder causaban en las personas.

—Aunque forme parte del Consejo, seguiré siendo la misma persona.

—No es cierto. Y lo prefiero.

Con el tiempo, aprendí que podíamos superar más adversidades de las que imaginábamos, pero siempre había que pagar un precio.

Paloma, a medida que el nuevo Consejo tomaba forma y su cuerpo se recuperaba, pasaba menos tiempo descansando y más conversando con nosotros sobre el carácter que deberían tener nuestras relaciones con las islas Dispersas. Discutía durante horas con el Maestro de ceremonias, Piper, Simon y Zoe sobre acuerdos y recursos. Debatían sobre cómo y cuándo la Confederación podría distribuir el medicamento contra el vínculo gemelar y la contraprestación que recibiría; sobre cómo poner freno a la piratería en las islas más lejanas de Otraparte si finalmente se establecía una ruta comercial marítima. Paloma no estaba autorizada a tomar decisiones en estos asuntos, solo a iniciar las negociaciones, pero mientras la escuchaba sentada en la oficina del recaudador de tributos discutiendo y persuadiéndonos sobre rutas

comerciales y precios de combustible, me di cuenta de que había encontrado un nuevo papel que le iba como anillo al dedo.

En los últimos días, la casa de acogida se había convertido en un lugar más ruidoso con las voces de los omegas rescatados de los tanques. Algunos seguían sin romper su silencio, pero la mayoría ya volvían a hablar, y una buena parte de las personas en principio instaladas en la casa de Elsa estaba en condiciones de abandonarla y emprender una nueva vida por su cuenta. No diría que estuvieran completamente recuperadas, y quizá nunca volverían a ser como antes de los tanques, pero habían recobrado las fuerzas y muchos comenzaron a trabajar. Se estaba desmontando la muralla que rodeaba Nuevo Hobart y trasladando los materiales recuperados para reconstruir algunas casas quemadas. Durante las largas jornadas de trabajo, los omegas recordaban fragmentos de sus vidas y los comentaban con los compañeros. Cuando Piper y yo paseábamos por la ciudad oíamos trozos de sus conversaciones, interrumpidas por los martillazos. «¿Abberly? Allí había un mercado, ¿verdad? Recuerdo que los bardos se pasaban por allí el día de mercado». Estaban reconstruyendo su pasado al mismo tiempo que las casas.

Rhona seguía en la casa de Elsa, pero ya hablaba, aunque de una manera titubeante. Recordaba muy poco de su vida anterior, y nada en absoluto del tiempo que había pasado dentro del tanque, y me alegré de que así fuera.

Me pregunté si alguno de los documentos recuperados del Arca que habíamos encontrado en el Árbol del Beso podría ayudar en la recuperación de los omegas liberados de los tanques. Eran básicamente textos técnicos (una página detrás de otra de números y diagramas) que recogían las investigaciones de las personas que habían vivido en el Arca, incluidos estudios médicos. Para nosotros eran ininteligibles, pero pensé que si venían médicos de las islas Dispersas, quizá para ellos tendrían más sentido.

—Pero tenemos que ser cautos —dije cuando se lo sugerí a Piper—. No solo estaban llevando a cabo investigaciones médicas. En los documentos hay información que podría ser peligrosa si cayera en manos de personas familiarizadas con otros temas; información sobre las bombas y los experimentos...

—¿No te has enterado? —me interrumpió Piper.

Me lo quedé mirando con cara de no entender nada.

—Hubo un incendio en la oficina del recaudador de tributos mientras estábamos en la costa, rescatando a Paloma. Todos los documentos se han quemado.

Ladeé la cabeza.

—¿Todos?

Piper asintió y una sonrisa amenazó con asomar a sus labios, pero la contuvo.

—Lo curioso es que el fuego solo afectó al almacén donde se guardaban los documentos. Y el Maestro de ceremonias me dijo que Elsa había estado allí esa misma tarde, con algunos omegas de los tanques.

Nunca le comenté ese asunto a Elsa ni ella me hizo confidencia alguna al respecto. Su marido había sido torturado y asesinado por aquellos documentos. La observé mientras se movía por la casa y me pregunté si la ligereza recientemente adquirida que advertía en ella era real o solo imaginaciones mías. En aquellos documentos había información que habría preferido no perder, como el relato del valor de Heaton y datos médicos útiles entre macabros detalles sobre experimentos, tanques y bombas. Pero no podía reprocharle a Elsa lo que había hecho, y una parte de mí se sentía aliviada de que los documentos hubieran sido pasto del fuego.

El Maestro de ceremonias fue el primero de nosotros en trasladarse definitivamente a Wyndham. Antes de marcharse vino a verme.

—No podemos seguir retrasándolo. Ahora que el fuerte está controlado, el pueblo necesita una demostración del liderazgo del nuevo Consejo.

—¿Qué pasa con los miembros del antiguo Consejo?

El Maestro de ceremonias se encogió de hombros.

—La General está en el fondo de bahía Rota... —Eché un vistazo hacia nuestra habitación, donde Zach estaba encadenado—. Él no está para nada, y si lo mostramos en público lo lincharán.

—¿Y los demás?

—La mayoría ha huido. Nuestros soldados capturaron a unos cuantos, entre ellos al Legislador y al Senador. El Benefactor se entregó. Muchos afirmarán que no tenían ni idea de lo que la General y el Reformador estaban haciendo,

pero no les servirá de nada. La gente, en vez de verlos como unos villanos, los verá como unos inútiles. Están acabados... Jamás volverán a sentarse en el Consejo.

—Tú tampoco —repuse.

—¿Cómo que yo tampoco? —Su cicatriz se arrugó ligeramente cuando sonrió—. Por supuesto que formaré parte del Consejo.

Me lo quedé mirando un momento.

—Como si nunca te hubieras ido.

—No será como antes.

—¿Te refieres a que ahora que no están Zach ni la General tendrás más poder? Serás más poderoso que nunca y controlarás todo el ejército. —Hice una pausa—. Has conseguido lo que querías.

¿Acaso importaba? ¿Qué más daba que hubiera hecho lo correcto por motivos equivocados?

—¿Y tu hermana gemela? —inquirí.

—¿Qué pasa con ella? —Sacudió la cabeza, como si espantara una mosca—. Ella no tiene nada que ver con esto ni conmigo.

—En ese caso, déjala libre.

—Aún podría suponer un riesgo —dijo el Maestro de ceremonias—. Hemos hecho un gran progreso, Cass... pero no pienses que las personas que vamos a asumir el poder dejaremos de ser un objetivo.

—Si no la dejas libre, no cumples los requisitos para formar parte del nuevo Consejo.

—Estás dejando que tu idealismo hable por ti. Tenemos que avanzar a pequeños pasos. No podemos cambiarlo todo de la noche a la mañana.

—No estoy pidiéndote que lo cambies todo, solo que des un paso fundamental para demostrar que has entendido que los tiempos de los tanques, de las Salas de Preservación y del dominio de los alfas han terminado.

Me siguió con la mirada mientras yo enfilaba hacia la puerta.

—Me necesitáis en el Consejo —dijo—. Soy un elemento de estabilidad. Un héroe alfa que comprendió la necesidad de un cambio y empezó una revolución. Necesitáis a alguien a quien los alfas respeten.

—¿Que tú empezaste la revolución? —Negué con la cabeza—. Supiste lo de los tanques durante años antes de unirme a nosotros en Nuevo Hobart. Tú y

tus tropas supervisabais lo que estaba sucediendo mientras la resistencia arriesgaba sus vidas en la lucha. Tus soldados formaban parte de la fuerza que atacó la isla. Pero ¡si ni siquiera querías que fuéramos a rescatar a Paloma cuando la raptaron!

—La gente no quiere oír esa historia. Quiere oír la historia del valiente rebelde que arriesgó su sillón en el Consejo para hacer lo correcto.

Ninguno de los dos se había movido, pero nos mirábamos el uno al otro como dos oponentes antes de desenvainar las espadas.

—Fuiste tú quien tuvo la idea de la canción para que los bardos omegas la difundieran —continuó el Maestro de ceremonias—. Tú entiendes el poder de las historias. Da igual que no sean completamente fieles a la realidad. Lo importante es el mensaje. Lo sabías entonces. Sabes hasta qué punto son importantes los relatos.

—¿Y qué pasa con la verdad? ¿Importa?

—La gente no necesita la verdad. Me juego lo que quieras a que ni siquiera la desean. Solo quieren una historia en la que puedan creer. Estamos pidiéndoles que tengan fe en un mundo nuevo, Cass. Quieren relatos que hagan de esa idea algo tangible. Quieren líderes en los que poder creer.

Extendió los brazos ante sí y se encogió de hombros, como si él no tuviera ninguna responsabilidad en que el sistema fuera así, como si le creara tanta perplejidad como a mí.

—Libera a tu hermana. Vive de acuerdo con la historia que cuentas de ti. Conviértela en algo mejor que una mentira.

—Tienes que afrontar los hechos. Si la liberara, mi vida correría peligro. ¿En qué mundo vives?

—En el mundo que estamos construyendo —respondí.

Aún tenía la mirada fija en mí cuando me marché.

Esa noche soñé con una mujer unos años mayor que yo. Tenía el mismo cabello ensortijado que el Maestro de ceremonias, aunque más largo, tanto que el peso del mismo le tiraba de la cabeza hacia atrás mientras permanecía sentada contra la pared de una celda.

Fueron a buscarla por la noche. Cuando los soldados iban a sacarla de la

celda, había pasado tanto tiempo desde la última vez que estuvo fuera de ella, que se detuvo bajo el dintel y dudó si salir.

—Vete —dijo el guardia. Le tiró una bolsa—. Hemos recibido órdenes. Tienes que irte, y rápido.

La mujer entornó los ojos para protegerlos de la luz. Recordé el dolor que sentí cuando vi la luz por primera vez después de los años que había pasado en las Salas de Preservación, después de tanto tiempo anhelándola, y me estremecí.

—¡Fuera! —la apremió el guardia, y le dio un empujón en la espalda.

En la calle estaba lloviendo. Sentí el agua en su rostro, porque también era el mío, cuando lo alzó al cielo y dejó que la lluvia cayera sobre mis párpados, sus párpados.

—¡Corre! —le gritó el guardia—. ¡No pares de correr! ¡No le digas a nadie dónde has estado ni quién eres!

Pisó la calle. Era Kip y yo, muchos meses atrás, saliendo de la cueva después de escapar de Wyndham. Era el profesor Heaton y su huida frustrada del Arca. Era todas las personas del Refugio 6 saliendo de los tanques para regresar a la vida. Todas con el rostro alzado al cielo. Pero lo más importante de todo es que era ella misma, con la lluvia tibia deslizándose por su rostro mientras su cuerpo comenzaba a recordar el mundo.

Los vientos del norte habían cambiado. La primavera había llegado a su fin y la hierba de la llanura empezaba a amarillear. Paloma caminaba con más seguridad con su pierna nueva. En los momentos de más calor se sentaba en el patio con un trozo de cuerda y practicaba nudos marinos con sus nueve dedos torcidos. Había llegado el momento de que los barcos zarparan.

Zoe me dijo que se marcharía con Paloma y la flota.

—Hemos esperado todo lo que hemos podido. Probablemente más de lo que debíamos... pero con los conocimientos que tiene Paloma de los vientos del norte, la travesía no debería alargarse. Hay mucho trabajo que hacer en Otraparte para coordinar la ayuda que pueden ofrecernos. Piper necesitará a alguien que nos represente... alguien en quien pueda confiar. Me acompañarán cuatro asesores del nuevo Consejo.

No me sorprendió la decisión de Zoe, pero pensé en sus sueños agitados por el mar implacable y la recordé aferrada a la caña del timón, con tanta fuerza que los nudillos sobresalían puntiagudos de sus manos, cuando huimos por mar de la costa Hundida.

—Pasarás meses en el mar —señalé.

Ambas conocíamos los peligros del viaje, no solo las tormentas y los arrecifes, también las placas de hielo procedentes del norte y los piratas que merodeaban en las islas más remotas del hogar de Paloma.

—Lo único que me aterra más que la idea de embarcarme en este viaje es ver zarpar los barcos sin mí a bordo.

Nunca la había oído reconocer que estaba asustada. Pensé en Lucia, y en cuando Zoe la vio partir en un barco y no volvió a verla nunca más.

Además, me dije que no sería la primera vez que Zoe lo abandonaba todo y empezaba una nueva vida. Lo había hecho con solo diez años al renunciar a las comodidades de una vida como alfa para seguir a Piper cuando lo marcaron y se lo llevaron.

Las dos observamos a Paloma mientras iba de un lado a otro del patio practicando con su nueva pierna de madera.

—Es la persona más valiente que he conocido —dijo Zoe—. Aun así, necesita mi ayuda.

Me la quedé mirando un momento.

—La segunda más valiente —repuse.

Zoe sonrió y seguimos observando a Paloma en silencio.

—¿Ya se lo has dicho a Piper? —le pregunté al cabo.

—Sí —respondió—. Pero él no tiene nada que ver en este asunto. Es cosa mía.

—No podemos posponerlo eternamente —me dijo Piper esa noche. Ambos estábamos sentados en la cocina de Elsa—. Hay que decidir de una vez qué hacemos con Zach.

Eché un vistazo al pasillo, en dirección a la puerta cerrada de la habitación en la que mi hermano estaba encadenado, y sentí un hastío atroz. En todas las etapas de mi vida tuve que hacerme siempre la misma pregunta:

«¿Qué hacemos con Zach?». Mi hermano había influido en todas las decisiones que había tomado.

—Sabes que no podemos dejarlo libre, ¿verdad? —añadió Piper.

—No quiero soltarlo —dije. Mi hermano no merecía la libertad... No merecía nada.

—La mitad de los representantes locales y la gente en las calles está pidiendo al nuevo Consejo que lo matemos. Reclaman que sea ahorcado públicamente, o por lo menos azotado.

Pensé en los cuerpecitos de los niños ahogados y en los rostros de la multitud que se había congregado en las calles para observar la procesión de omegas rescatados del Refugio 6 cuando los trajimos a Nuevo Hobart. No podía reprocharle a nadie que sintiera ira hacia mi hermano, yo misma la sentía. La General había recibido su castigo en el fondo del mar. ¿Acaso Zach merecía nuestra misericordia más que ella? ¿Y yo?

—Ya sabes que no permitiré que te maten ni que te hagan daño —dijo Piper—. Pero no podemos tenerlo aquí para siempre. Pronto tendremos que irnos a Wyndham... No quiero que el Maestro de ceremonias se convierta en el portavoz único del nuevo Consejo. Y Zach debe estar en un sitio seguro. Tiene más enemigos de los que puedas imaginar.

No me costó nada imaginar los enemigos que tenía. ¿En quién podíamos confiar para que protegiera a Zach durante años?

—En Wyndham... —continuó Piper, pero hizo una pausa y me miró. Sabía que no iba a gustarme lo que estaba a punto de decir— hay celdas. Debajo de las cámaras del Consejo. Allí estaría a salvo... Tú estarías a salvo.

Recordé mi experiencia de varios años en las celdas de las Salas de Preservación.

—Zach se volvería loco —dije. No estaba quejándome, solo exponiendo un hecho. No obstante, la idea de mi hermano enloqueciendo en las celdas despertó mi propia locura, con una avidez redoblada tras el prolongado letargo.

—¿Más de lo que ya está?

No respondí. No estaba pensando solo en las Salas de Preservación, sino también en el Arca. En todas aquellas personas encerradas contagiándose la locura. Algunas habían sido recluidas en el Sector F. Y pensé en la hermana

del Maestro de ceremonias en su celda, y en el hermano de la General en la recóndita sala del tanque debajo de sus propios aposentos. Se repetía la historia de siempre: el Arca, los tanques y las Salas de Preservación. Había llegado el momento de empezar una nueva historia.

—No lo recluyas en una celda subterránea.

—¿Es que merece algo mejor?

—¿Quién obtiene lo que merece? —inquirí—. ¿Lo obtuvo Kip? ¿O Xander?

—Entonces, ¿quieres dejarlo libre? —preguntó Piper.

—No. —Lo miré a los ojos—. Hay otra opción.

Me despedí de Elsa antes de partir hacia la costa para escoltar a Zoe y a Paloma hasta la flota.

—¿Te quedarás en esta casa? —le pregunté.

—Por supuesto —me respondió.

Yo no pensé que esa fuera a ser su respuesta, pues la casa había sido el escenario de episodios espantosos. Me pregunté cuántas veces sería capaz de cepillar el suelo para limpiar manchas de sangre, cuántas veces podría arreglar las puertas y las contraventanas antes de desmoronarse.

—Aquí me necesitan —continuó, señalando con la cabeza hacia la ventana que daba al patio. Ví a Rhona fuera, sentada con otros omegas de los tanques—. Una vez me dijiste que no volvería a haber niños.

Recordé ese momento. Estábamos en la cocina de la casa de acogida después de liberar Nuevo Hobart. Yo estaba furiosa y en un arrebató le lancé aquellas palabras, que cayeron al suelo como otra pieza de vajilla rota. Había querido decirle que la casa de acogida no recibiría más niños mientras estuviéramos en guerra y la ciudad siguiera asediada.

—Tenías razón —dijo, y suspiró—. No traerán más niños omegas, pero no por la razón que tú pensabas.

Si las islas Dispersas nos proporcionaban sus medicamentos, no nacerían más gemelos; se acabaría la distinción entre alfas y omegas. No habría más niños omegas abandonados en el umbral de la casa de Elsa.

—Pero los omegas necesitan a alguien que cuide de ellos —continuó—.

Aún quedan por llegar varios miles. Y siempre nacerán niños no deseados.

Asentí. Si acabábamos con el vínculo gemelar, todos los niños nacerían con mutaciones, y a algunos padres les costaría más que a otros enfrentarse a la realidad del nuevo mundo. Sabía que Elsa no daría la espalda a esos niños.

Le cogí la mano. Tenía la piel áspera y se le comenzaban a inflamar las articulaciones, como le había sucedido a Sally.

—Ojalá te hubiera conocido en otro momento —le dije—. Sin nada de todo esto. —Señalé la pared de la cocina, quemada y reconstruida, y el patio donde estaban sentados Rhona y los demás.

—No —repuso ella moviendo la cabeza—. Me conociste cuando me necesitabas. Y cuando yo te necesitaba a ti.

Viajamos a la costa con Paloma y Zoe. La caravana era nutrida, pues transportábamos una gran cantidad de suministros. Zach, con las manos y los pies encadenados, hacía el viaje dentro de un carro custodiado que marchaba en el centro de la columna. Al vehículo se le habían añadido unas paredes construidas con tablas de madera para cerrarlo. Se había hecho con la intención de proteger a Zach, pero también pensando en Paloma. No quería que tuviera que ver a mi hermano.

Nos cruzamos con una caravana que iba en sentido contrario. Estaba compuesta por un grupo de omegas liberados recientemente de los tanques del Refugio 12 y el escuadrón de soldados que los escoltaba. Se dirigían a un nuevo campamento que se había montado en Merricat, según informó a Piper el soldado que estaba al mando. Nos detuvimos y esperamos a que pasaran.

Observándolos mientras avanzaban lentamente ante nosotros, me pregunté qué imagen me habría chocado más solo un par de años antes, si la fila de personas semidesnudas, pálidas como el interior de una concha, que caminaba en silencio, o el escuadrón de soldados, alfas y omegas entremezclados, que los escoltaba a caballo.

Cuando coronamos las últimas colinas y la costa apareció ante nuestros ojos, divisé la *Rosalind*. Los otros dos barcos que conformaban la flota eran más grandes y elegantes, sin las manchas de alquitrán de la *Rosalind*, pero sonreí como sonreiría al ver a un viejo amigo.

En el campamento de la última noche, Paloma y Zoe dormían al otro del fuego cuando los sueños de Zoe volvieron a infiltrarse en los míos. Estaba segura de que sería la última vez que ocurriría.

Aún soñaba con el mar, pero su sueño había cambiado; esta vez había un barco de vela y tenía un destino.

Lo último que Paloma le entregó a Piper fueron los mapas que durante las últimas semanas había estado dibujando lo más detalladamente posible. En ellos se señalaban las corrientes, los arrecifes y las islas remotas donde eran más frecuentes los abordajes de los piratas.

No era una promesa, pues los mares no hacían promesas, pero sí alguna clase de ofrenda.

—¿Crees que tu pueblo querrá ayudarnos? —le pregunté a Paloma el día previo a su partida.

No podría reprocharle a la gente de las islas Dispersas que, horrorizada, rechazara nuestra petición. De los dos emisarios que habían embarcado en la *Rosalind*, uno murió ahogado antes de llegar a tierra y el otro había sido torturado.

Paloma nunca hablaba de las torturas que le infligieron. No tenía ninguna necesidad de hacerlo, pues no podía escapar de lo que le habían hecho. Tenía las manos destrozadas apoyadas en el regazo. A pesar de que Zoe se ocupó de ellas, las falanges aún estaban torcidas y las cicatrices se mostraban rugosas y rosadas. Las quemaduras de las muñecas se habían curado bien, pero la precisión de las franjas en la piel le conferían un aspecto en cierto modo peor que la enorme cicatriz que Piper exhibía en la cabeza, donde todavía no había vuelto a crecerle pelo.

—No puedo garantizaros nada —respondió—. Ya lo sabes. La Confederación es como cualquier otro grupo de líderes... Querrán saber qué pueden obtener a cambio. Lo he visto a menudo en las negociaciones con las islas independientes. Al final todo se reducirá a un acuerdo comercial. Poder y dinero, como siempre.

Señaló con el mentón el mar que se extendía hacia el norte. A nuestra espalda quedaban las llanuras barridas por el viento.

—Muchas islas son rocosas y los inviernos son duros —continuó—. Aquí podéis cultivar cosas que allí sería imposible. Y aquí han sobrevivido animales que en mi hogar ya no existen. Además, tenéis algunas reservas de combustible que escaparon al fuego... Lo sé porque Zach lo utilizaba para los tanques. De modo que habrá un ir y venir de delegaciones y sesiones interminables de negociaciones... reuniones entre nosotros y con la Confederación, y también con los médicos. —Noté la reverencia con la que hablaba siempre de los médicos—. Pero al final colaboraremos. —Miró a Zoe y se le iluminaron los ojos—. Y Simon y yo estaremos al quite por si se acalora demasiado durante las negociaciones.

Simon iba con ellas, de manera que el nuevo Consejo tendría representantes alfas y omegas en las negociaciones. Me daba pena despedirme de él, pero me alegró saber que acompañaría a Zoe y a Paloma.

Metí la mano por debajo del cuello de la camisa y me pasé el cordón de cuero alrededor de la cabeza.

—Esto es tuyo —dije, tendiéndoselo a Paloma—. Lo encontré tirado en el suelo cuando te raptaron.

Lo cogió y lo sostuvo en alto haciendo que la cápsula oscilara en el aire.

—Llega un poco tarde, ¿no crees? —Lo miró detenidamente. Representaba otro pasado en el que el final era muy distinto. No le pregunté cuál habría escogido.

Aferró la cápsula con los dedos torcidos durante unos segundos y luego echó hacia atrás el brazo y la arrojó al otro lado del acantilado. La observamos mientras caía y se introducía silenciosamente en el agua gris.

Zarparon antes del alba. Paloma y yo dejamos a solas a Piper y a Zoe para que se despidieran. Nos adelantamos y descendimos por el camino del acantilado. Cuando nos volvimos a mirarlos, ya se habían dicho todo lo que tenían que decirse y Zoe, con el rostro surcado de lágrimas, enfilaba a grandes zancadas el camino para reunirse con Paloma.

Las dos se adentraron en el agua cogidas de la mano hasta el bote, donde Simon las esperaba con los remos en las manos. En el horizonte, la *Rosalind* aguardaba entre los otros dos barcos. La bruma matinal envolvía la flota y la

imagen parecía extraída de un sueño.

Zoe le sujetó el brazo a Paloma mientras esta subía al bote. Se sentaron juntas en la popa y Simon comenzó a remar. Zoe no volvió la vista atrás.

Piper no se movió de la orilla hasta que el bote llegó a la *Rosalind* y la flota zarpó en dirección al horizonte.

Mientras observaba a Piper durante ese rato, pensé que tanto si el barco llegaba alguna vez a Otraparte como si no, tanto si traían los medicamentos como si no, en este momento y en este lugar comenzaba el final del vínculo gemelar.

Partimos esa misma noche. Solo Piper, Zach y yo. Nos escapamos del campamento cuando anocheció. Íbamos a llevar a Zach a la isla.

Mi hermano no daba muestras de saber adónde nos dirigíamos y seguía en silencio a Piper, que lo llevaba cogido por una cadena enganchada a los grilletes de sus manos.

La idea había sido mía. Una prisión que podía prescindir de carceleros y donde no había nadie de quien mi hermano tuviera que protegerse. Garantizar la seguridad de Zach y evitarme la certidumbre de su locura era el último regalo que Piper podía hacerme.

En un primer momento me asaltó la duda de que la isla continuara desierta, o de que alguno de sus antiguos habitantes quisiera regresar, pero Piper estaba seguro de que esto último nunca iba a ocurrir.

—¿Después de lo que vieron? —me respondió cuando compartí mis dudas con él. Ambos recordamos los adoquines de la plaza del mercado bañados en sangre cuando la Confesora ejecutó de uno en uno a sus prisioneros—. Los supervivientes nunca volverán. Además, ¿qué les queda allí? El fuego arrasó la ciudad.

No era solo eso. La isla había sido un refugio, un escondite. Antes de la batalla de Nuevo Hobart, Piper se dirigió a los soldados diciéndoles: «Ya no queda sitio para los omegas en este mundo, salvo el que nosotros mismos hemos empezado a crear esta noche». Habíamos empezado a crearlo y este era el momento de que los omegas lo reclamaran para ellos, no de volver corriendo a la isla para esconderse.

Además, la vida en la isla no era sencilla. Había que cultivar la tierra en las escarpadas paredes interiores del cráter y los inviernos eran inclementes. La travesía hasta la isla, que duraba dos días y dos noches y culminaba con un arrecife de puntiagudas rocas que se extendía a lo largo de varios kilómetros alrededor de su costa, era peligrosa en verano e imposible en invierno. Aun en el caso de que algún isleño hubiera querido regresar, solo unos pocos conocían la ruta. La flota del Consejo solo logró atravesar con éxito el arrecife gracias a la Confesora, pero ella ya estaba muerta.

De modo que zarpamos, de nuevo dispuestos a confiar nuestros secretos a la isla.

Esta vez la travesía fue cómoda. El viento soplaba constante y el mar se mantenía tranquilo. Piper había conseguido una pequeña embarcación en perfecto estado con la cubierta techada para protegernos del sol. Zach contemplaba el siempre cambiante mar sentado en la proa mientras Piper se paseaba con determinación por la cubierta, revisando los cabos y ajustando las velas.

Las aguas se cerraban sobre la estela del barco y borraban todo rastro de nosotros. Al mar siempre se le había dado bien guardar secretos.

Los bardos cantaban con frecuencia una canción sobre fantasmas. La había oído cuando Zach y yo éramos niños. Leonard y Eva también la cantaron la noche que los conocimos. En la canción, un hombre estrangulaba a su amante y luego su fantasma lo acosaba; el hombre huía por el río para escapar de él porque los fantasmas no pueden viajar por el agua.

Sentada en la proa del barco, yo sabía que eso no era cierto.

Piper conocía tan bien el arrecife que no necesitaba mi ayuda para tripular la embarcación, así que me senté en la popa y contemplé la isla mientras surgía ante nosotros, con su única cumbre puntiaguda, desde el agua hendida por el arrecife.

Nadie había puesto los pies en ella desde la incursión del Consejo. En el puerto secreto de la costa occidental, el fuego había destruido una parte del

embarcadero y del agua sobresalían vergas carbonizadas. Aún quedaban algunas embarcaciones del Consejo fondeadas en el muelle, aunque ahora, pintadas por el guano de las gaviotas y maltratadas por el invierno, tenían un aspecto mucho menos aterrador.

Zach se sentó en el embarcadero con la mirada perdida en el agua mientras nosotros descargábamos todas sus cosas. Piper había sido generoso: le dejó comida para varios meses, así como semillas y plantas. La torre de piedra que se alzaba por encima del puerto seguía en pie, aunque el fuego había consumido el tejado, así que almacenamos las provisiones en su interior y las cubrimos con una lona. Condujimos a Zach hasta la entrada del túnel norte. Las hojas de la puerta colgaban milagrosamente de los goznes, y una de ellas acabó de caer cuando la empujamos para entrar en la galería que llevaba, a través de la pared del cráter, a lo quedaba de la ciudad. De las personas que murieron en el túnel, los bichos y el tiempo dieron buena cuenta de sus cuerpos y solo quedaban los huesos, que se partían con un crujido bajo nuestros pies. En el patio nos esperaba lo mismo: las lluvias invernales habían lavado los adoquines y las aves carroñeras se ocuparon de dejar limpios los esqueletos.

Las llamas devoraron buena parte de la ciudad, pero no así el fuerte de piedra, desde donde se dominaban las terrazas de los campos de cultivo, ahora cubiertas de maleza y matorrales.

—Supongo que sabes que tengo que destruir todas las embarcaciones — dijo Piper antes de que bajáramos de nuevo a la orilla.

—Sí.

La idea de que Zach, absorto en su silencio, fuera capaz de pilotar una embarcación, no ya de atravesar el arrecife y encontrar el camino de vuelta al continente, era disparatada, pero sabía que no podían correrse riesgos.

Piper inspeccionó las cuevas y el puerto y juntos arrastramos hasta la orilla dos chalanas que habían sido abandonadas durante la huida de los últimos miembros de la resistencia. Piper roció las embarcaciones con aceite para lámparas, las empujó para alejarlas del embarcadero y observó cómo ardían, hasta que nuestro barco fue el único fondeado en el muelle.

Habíamos dejado a Zach encadenado en la torre. Piper y yo nos sentamos en el embarcadero y contemplamos las llamas que trepaban por el cielo desde

los barcos, arrojando chispas a la noche.

—¿Alguna vez piensas que si Zoe y Paloma convencen a Otraparte para que nos ayuden seremos la última generación de hermanos gemelos? —me preguntó.

Por lo que Paloma había contado, en las islas Dispersas el vínculo gemelar ya formaba parte de la mitología de su pueblo. «La plaga de los gemelos». Algún día, si todo salía bien, aquí sucedería lo mismo. Probablemente tendría otro nombre, pero seguiría siendo una historia que se contaría por la noche alrededor de las hogueras; una canción cantada por los bardos. Con el tiempo, la gente acabaría por no creer que narraba un hecho real.

—Se lo ahorrarán —continuó Piper—. Nunca tendrán que enfrentarse a una cosa como esta. —Sacudió con desgana la mano delante de él, pero yo sabía a qué se refería.

La inmensa impotencia de vivir sabiendo que el cuerpo de tu hermano gemelo tenía la llave de tu muerte. Las manipulaciones y las atrocidades que el fatal vínculo hacía posible.

—Pero para nosotros es demasiado tarde —añadió Piper.

Lo miré. Estaba sonriendo, pero era una sonrisa amarga.

—No lo hemos hecho por nosotros —repuse.

Un cuervo remontó el vuelo cerca de nosotros y su graznido de dos notas fue el eco de las últimas palabras de Piper: «Demasiado tarde». «Demasiado tarde».

Esa noche en la isla, con Zach en la torre, Piper y yo nos acostamos. El cielo estaba despejado y nos tumbamos sobre una manta extendida en la playa de guijarros.

Hubo un tiempo en el que mi cuerpo era una pregunta y el suyo podría ser una respuesta. Ese tiempo había pasado y yo ya no necesitaba respuestas ni consuelo. No intentaba evadirme de la muerte de Kip ni sustituirlo. No había nada de eso; solo el cuerpo de Piper y su cara apoyada contra mi hombro, su barba de dos días en mi piel y las piedras todavía calientes del sol debajo de mí. Los cuerpos son sinceros; no hablan, así que no mienten. Piper y yo

sabíamos exactamente qué estábamos haciendo; no había malentendidos. Así que me tomé esa noche por lo que era: no una búsqueda de consuelo, sino una celebración de la felicidad. Hacía mucho tiempo, en Nuevo Hobart, Piper me había dicho que me necesitaba. Yo no lo necesitaba a él, pero lo deseaba, lo cual era más verdadero, más real.

Así que nos acostamos y disfrutamos el uno del otro. Después de todo, éramos amigos y habíamos recorrido un largo camino juntos. No hubo sorpresas, pues ya nos conocíamos y conocíamos el cuerpo del otro con una profundidad que quizá no era común en muchos amantes. Conocía su piel y sus distintos tonos: el lozano rosado de las palmas de sus manos, la textura cerosa de la cicatriz detrás de su oreja izquierda, la mancha oscura en la nuca. Le recorrí con los dedos esa zona, rugosa como un trozo de vidrio erosionado por el mar.

Habíamos vivido en un mundo en el que la muerte solía ser el único obsequio, como todo lo que Sally les había enseñado a Piper y a Zoe, o el sacrificio que hizo Kip por mí, o la cápsula colgada del cuello de Paloma. Sentaba bien regalar otra clase de obsequio, así como recibirlo. Nos despojamos de los prejuicios y los recelos y los dejamos tirados en la playa junto a la ropa.

No hubo confidencias ni declaraciones de amor; no se hicieron promesas. Ya teníamos los dos suficientes cargas sobre las espaldas, suficientes obligaciones. Nuestros cuerpos dijeron todo lo que teníamos que decirnos esa noche. Nos miramos, tumbados bajo la reticente luz de la luna.

—Todo va a cambiar, ¿verdad? —dijo Piper—. Lo presiento.

—De todos modos iba a cambiar —repuse, con la mano en su pecho, siguiendo su respiración—. Por lo menos ahora algunos cambios serán para bien.

En algún lugar al norte de allí, Zoe y Paloma navegaban sobre las olas negras, acercándose a Otraparte. Dentro de unos meses, o de años, tal vez los barcos regresarían cargados de medicamentos y de máquinas. Nada volvería a ser lo mismo.

Al amanecer, rellenamos las cantimploras y preparamos la barca para partir.

Piper abrió los grilletes de Zach, pero mi hermano no reaccionó y simplemente los dejó caer a sus pies, sin apartar la mirada del hueco que había dejado en la torre el derrumbamiento del techo. El mar era ahora la prisión de Zach.

Lo dejamos junto a la torre y enfilamos hacia el embarcadero uno al lado del otro. Cuando llegamos al barco, Piper se volvió hacia mí.

—No vienes conmigo, ¿verdad? —dijo.

Sonreí. Nuestros cuerpos no se habían mentido la noche anterior. A fin de cuentas, nos conocíamos muy bien.

—¿Serviría de algo que te insistiera en que cambiaras de opinión? —preguntó.

—No —respondí, mirándolo a los ojos—. Tengo que quedarme.

—¿Cómo puedes perdonarlo?

—No puedo. De todos modos no depende de mí. Las únicas personas que podrían perdonarlo son las que mató, y no están aquí decidir si quieren hacerlo. Ni siquiera Paloma. —Me volví hacia donde Zach estaba de pie, de espaldas a nosotros, mirando el aguzado pico de la isla.

—Pensaba que podría salvarlo. Quería redimirlo, o perdonarlo. Pero ya no. Sin embargo, es mi hermano gemelo. Para bien o para mal, eso no puedo cambiarlo.

Evoqué las ocasiones en las que había intentado torturarlo cuando compartíamos el dormitorio de la casa de acogida. Solo fui capaz de hacerlo cuando apuntó hacia mí el cuchillo. No cabía esperar encontrar libertad en ello, solo dolor y rechazo.

—Lo único que puedo hacer es aceptarlo. Vivir con ello —continué—. Y si regreso, siempre habrá alguien que quiera matarme y así matar a Zach. No puedo culparlo de ello, pero sé que nunca podría bajar la guardia.

—Yo te habría protegido.

Le apreté la mano.

—No quiero que me protejan —repuse. Ya había vivido demasiado tiempo protegida y vigilada.

—¿Y esto es mejor? —Hendió el cielo con el brazo cuando lo levantó para señalar la isla—. El hecho de que tenga vistas no cambia que sea una prisión.

—Pero será mía —respondí. Sin puertas cerradas con llave, sin guardias.

Solos Zach, el mar y yo—. Es mejor así. Diles a todos que hemos muerto. Diles que mataste a Zach con tus propias manos si crees que eso te ayudará a parecer un líder más fuerte. —El Maestro de ceremonias me había enseñado una lección: lo importante son las historias que se cuentan. A veces son más poderosas que la verdad.

—¿Incluso a Elsa? ¿Y a Zoe?

Sonreí.

—Elsa adivinará la verdad. Me conoce demasiado bien. Y también a ti. No creerá que me mataste. Y sabrá que no debe contárselo a nadie. En cuanto a Zoe... —Me volví a mirar el implacable mar—. Si regresa, te deseo suerte cuando intentes colarle una mentira. Pero a todos los demás diles que estamos muertos. Yo estaré más segura.

Meses atrás, antes del ataque en el cañón, Piper estaba preocupado por su legado, por cómo sería recordado. Yo lo único que quería ahora era ser olvidada.

—Volveré. Cuando pueda.

Negué con la cabeza.

—No puedes volver. Tienes una tarea importante por delante. Y cada vez que vinieras sería un riesgo, no por el viaje en sí, sino porque alguien podría descubrir adónde vas, que Zach yo estamos aquí.

—Volveré —repitió.

No discutí con él. Quizá lo decía en serio. Quizá un día volvería a ver un barco deslizándose por la estrecha entrada del puerto. Sin embargo, no alimentaría esa posibilidad, ni esperaría que se cumpliera. No quería esperar nada.

Le pasé la mano por la cara y me pregunté durante cuánto tiempo recordaría el tacto de su piel, el duro contorno de sus pómulos en la palma de mi mano, el roce de su barba en mi muñeca.

—Empieza un mundo nuevo —dijo Piper—, con Otraparte y todos los cambios que traerá. Una nueva era. Y tú no vas a verlo.

Había historias que todavía no habían concluido. Pensé en la flota que navegaba rumbo a Otraparte y me pregunté si Zoe y Paloma regresarían algún día, si el vínculo gemelar acabaría, si Eva estaría viva y cómo sería la canción que escribiría sobre los tanques, si Rhona y el resto de los omegas rescatados

de los tanques se recuperarían completamente con el tiempo. Pero pensaba todas esas cosas como desde una distancia muy lejana. Había convivido con las llamas demasiado tiempo. Esas historias ya no tenían nada que ver conmigo.

—Soy vidente, Piper. Ya estoy harta de ver el futuro.

Zarpó antes de que arreciara el viento para atravesar el arrecife. No nos abrazamos. Todo lo que había pasado entre nosotros era demasiado grande para abarcarlo con un simple abrazo o con cualquier despedida que se expresara con palabras. Me quedé mirando cómo se alejaba desde las maderas quemadas del embarcadero. Salió por la bocana del puerto y desapareció.

Me volví y alcé la vista al pico de la isla. Allí, en la rocosa boca del volcán, Zach yo esconderíamos nuestro último secreto...: que vivíamos.

Había algunos fantasmas esperándome en la isla. Otros llegaron siguiéndome. Pero por fin aprendí a no evitarlos, de la misma manera que no podía evitar a Zach. Convertí la isla en mi hogar con él y con los muertos desenterrados.

Zach volvió a hablar ese mismo verano, aunque de un modo desordenado. Hablaba cuando quería y a veces murmuraba para sí. Pero sus palabras no tenían sentido y sus frases eran confusas. Ya no sabía expresarse con el lenguaje y la mayoría de las veces optaba por el silencio. Yo lo prefería así.

Si mis visiones hubieran cesado, el final habría sido perfecto. A veces, cuando veía a Zach murmurando para sí, imaginaba que me había sustraído las visiones, que, de alguna manera, en aquel momento de fusión de fuego y agua cuando destruimos el barco de la General y la máquina de la deflagración, las visiones habían pasado de mí a él. Ahora eran su locura, no la mía, de la misma manera que los omegas cargaron con el peso de la deflagración durante siglos. Habría sido oportuno... la historia perfecta. Pero nuestra historia nunca sería perfecta, y la locura de Zach le pertenecía solo a él, como a mí la mía.

Mis visiones de la deflagración habían cesado, pero todavía tenía otros sueños, otras visiones. A menudo me sentía fuera del tiempo, como si los días y los años fueran las cuentas de un collar roto que no podía recomponer. Veía lugares nunca vistos hasta ahora y a personas que no conocía, y sabía que pertenecían a momentos que todavía no se habían producido. Aun así, las llamas de la deflagración desaparecieron de mi cabeza, y eso fue una bendición.

Con la General muerta, y Xander y Lucia muertos también, Zach y yo éramos los únicos que sabíamos lo cerca que estuvo de volver a producirse la deflagración. Vivíamos con ese conocimiento. Nos lo pasábamos el uno al otro como de niños nos pasábamos los tesoros que encontrábamos: la piedra con el fósil, la concha de una ostra... Vimos algo que nadie más había podido ver, y ahora, en la isla en la que estábamos, el uno era el castigo y el consuelo del otro.

La vida en la isla no era idílica. Tuvimos que retirar huesos del patio y maderas quemadas para despejar los caminos. Tardamos cuatro días en trasladar todas nuestras cosas a través del túnel hasta el fuerte. Inspeccionamos los almacenes saqueados en busca de alimentos no perecederos y de utensilios que pudiéramos aprovechar. No entré en la habitación que Kip y yo habíamos compartido, pues no quería que Zach pusiera sus pies en ella ni alterar los recuerdos que guardaba. Elegimos una habitación modesta en la planta baja, con una ventana que daba al lago que había en la base del cráter. Cuando llovía con fuerza, el agua se filtraba por el techo, así que colocábamos cubos y el goteo y las salpicaduras nos mantenían en vela toda la noche.

Los campos de cultivo llevaban mucho tiempo abandonados y había que limpiarlos. Me gustaba el trabajo, la dignidad de una jornada de trabajo manual. Era responsable de lo que hacía y cada día veía los resultados: las hierbas arrancadas de raíz y amontonadas en el borde del campo para quemarlas, el maíz sembrado, los tallos de las judías trepando por los tutores.

Zach resultó ser de más ayuda de lo que esperaba. No estaba acostumbrado a esta clase de trabajo y tenía las manos blandas, así que al principio se paraba a menudo para rascarse las ampollas o estirar la espalda, pero no se desanimó y cumplía al pie de la letra cualquier tarea que le mandaba. No estábamos de penitencia ni de meditación, era simplemente trabajo y había que hacerlo, así que lo hacíamos.

A veces se despertaba gritando en mitad de la noche. Aunque compartíamos habitación, yo no recibí ninguna imagen de sus sueños. Me alegraba no conocerlos, pues habíamos compartido demasiadas cosas y yo ya

tenía que lidiar con mis propios sueños. Encendía una vela en la oscuridad cuando gritaba, pero nunca le pregunté qué le mostraba su mente mientras dormía. Su pasado almacenaba horrores suficientes para llenar un millón de noches de pesadillas, y se las merecía todas.

En algunos lugares de la isla los muertos hacían más ruido que el viento. Cuando me cruzaba con ellos en los angostos senderos de la cresta del volcán, oía flechas desgarrando el aire.

A pesar de ello, no encontré ningún rastro de Kip, y eso me alivió. Lo enterré con la ayuda de Piper cuando el río inundó el Arca. Si Kip estaba rondando en algún lugar, no sería en esta isla donde habíamos sido felices durante algún tiempo.

Eso no significaba que no pensara en él. Cuando bajaba al puerto para pescar desde las rocas, me quedaba mirando el mar y recordaba cómo habíamos llegado el uno al otro a través del arrecife.

Kip me dijo una vez que deberíamos huir juntos y construir una casa junto al mar. Y aquí estaba yo, rodeada de agua en una isla llena de fantasmas. No era lo que me habría gustado, pero era lo que tenía. Yo la había elegido y vivía en ella, y encontraba la felicidad donde podía. En verano caminaba descalza y sentía en los pies el calor del sol entibiando las baldosas del fuerte. En otoño ascendía hasta la cresta del cráter al amanecer y contemplaba el manto de niebla que cubría el mar. Cuando el invierno traía las lluvias a la isla, me envolvía en una manta, me sentaba junto a la ventana y escuchaba lo que decían los truenos.

Los animales que había criado la resistencia se habían vuelto salvajes, se paseaban por el cráter y engordaban con los cultivos aún no cosechados. Zach y yo capturamos un par de cabras y reunimos algunos gallos y gallinas que metimos en un corral que construimos junto al patio. Descubrí que no podía matar más, así que no teníamos los animales por la carne, sino por los huevos y la leche fresca, y me gustaba oír el sonido de las pezuñas de las cabras en la cima del volcán y el canto de los gallos anticipándose al amanecer. Ahora era la única profecía que escuchaba.

—¿Dónde está el río? —me preguntó un día Zach.

Le dije que no había ningún río en la isla, solo el lago y el pequeño arroyo que se formaba cuando llovía. Pero a partir de entonces no paró de preguntarme por él, y pensé que quizá estaba recordando el río de nuestra infancia.

—Muy lejos —le respondí un día.

Y era cierto. Estaba a kilómetros, a años de aquí, y no había manera de volver a él.

Una noche soñé con un ave que podría haber sido un entramado. Era más grande de como lo había imaginado cuando Paloma me lo describió. Estaba suspendido en el cielo, con las alas extendidas imitando el arco del horizonte. No supe decir si sobrevolaba las islas Dispersas o si los entramados habían cruzado el mar hasta nuestro territorio, quizá posados en mástiles de barcos. Lo único que veía era un ave sosteniendo el cielo con las alas desplegadas.

Agradecimientos

Mi extraordinaria agente, Juliet Mushens, ha sido una magnífica defensora de esta trilogía. Siempre le estaré agradecida por su apoyo antes, durante y después de su publicación y por su amistad incondicional. Juliet contó con la experta colaboración de Sarah Manning, Nathalie Hallam y mi agente en Estados Unidos, Sasha Raskin.

Clara Haig-White, con sus demostraciones de confianza en mí y sus útiles comentarios críticos, fue de una ayuda inestimable durante los procesos de escritura y de corrección de las novelas. Alan Haig fue un lector riguroso, generoso y de una pedantería inestimable. Andrew North fue, como siempre, un apoyo indispensable tanto en las cuestiones gramaticales como emocionales.

Me gustaría expresar mi gratitud y mi enorme cariño a Julie Bonaparte, que me ayudó a cuidar de mi hijo mientras yo escribía este libro y sin cuyo trabajo esta novela no existiría.

Gracias también a todo el equipo de HarperVoyager (Reino Unido) y Gallery Books (Estados Unidos) por el apoyo que ha brindado a *El sermón de fuego*. Quiero agradecer a mis editores, Natasha Bardon, Emma Coode y Lily Cooper (Reino Unido) y Adam Wilson (Estados Unidos), su paciencia y sus ánimos. Mi agradecimiento se extiende a los correctores de esta novela, Joy Chamberlain y Janette Currie (Reino Unido) y Joal Hetherington (Estados Unidos), y a mi corrector de pruebas, Simon Fox (Reino Unido). Mi más sincero agradecimiento a mis editores y traductores de todo el mundo por dar

la oportunidad a mis libros de emprender unos viajes tan maravillosos y ponerlos a disposición de una variedad de lectores tan grande.

A Ω



FRANCESCA HAIG (Tasmania, Australia). Estudió en la Universidad de Melbourne, donde se doctoró, trabajando posteriormente como profesora en la Universidad de Chester.

En lo literario, Haig ha logrado un gran éxito dentro de los círculos dedicados a la poesía, siendo publicada en varias antologías y revistas especializadas, tanto en Australia como en Inglaterra.

Su primera poemario, *Bodies of Water* se publicó en 2006 y en 2010 ganó el Hawthornden Fellowship.

Haig dio el salto a la ciencia ficción con su primera novela *El sermón de fuego* (2015), una historia postapocalíptica situada 400 años en el futuro.

Actualmente reside en Londres con su marido y su hijo.

Notas

[1] «*Kneel*» en el original en inglés, con una pronunciación idéntica a «Neil». De ahí la posible confusión del personaje. (*N. del t.*) <<